

The background features a watercolor illustration of a town with a river, rendered in a golden-yellow hue. A grey silhouette of a woman's head with curly hair is positioned on the right side, partially overlapping the title text.

PETRA
RAMOS
"HEROÍNA
ANÓNIMA"

GUILLERMO
FRONTELA CARRERAS

PETRA RAMOS
“HEROÍNA ANÓNIMA”

Guillermo Frontela Carreras

*

PETRA RAMOS
“HEROÍNA ANÓNIMA”
Una historia de amor y sacrificio
en tiempos de guerra.

LOS HECHOS, PERSONAJES PRINCIPALES Y
ESCENARIOS SON REALES

DEDICATORIA

A los herederos de Doña Petra Ramos Baca de Villamizar, esposa del coronel de Artillería Don Mariano Gil de Bernabé e Ibáñez, heroína de la Guerra de la Independencia, durante el éxodo que sufrió con su familia, siguiendo a su marido, cuando salió de Segovia con el Real Colegio de Artillería, del que era profesor, ante la ocupación francesa, en busca de una ciudad segura donde poder continuar con la docencia.

*

“Tú (Mariano) y tú hijo (Dionisio) permaneced en las baterías hasta el último momento y después seguid la suerte de la Patria en el último rincón, con olvido absoluto de nosotros, que quedamos encargados al cielo”.

Petra Ramos, a su esposo Mariano Gil de Bernabé cuando éste partió de su casa en el Convento de San Laureano de Sevilla para la defensa del barrio de Triana contra los franceses.

Sevilla, 28 de enero de 1810.

Contenido

1. PANTEÓN DE MARINOS ILUSTRES. CIUDAD DE SAN FERNANDO. OCTUBRE DE 1982
2. 170 AÑOS ANTES. IGLESIA DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓ, VILLA DE LA REAL ISLA DE LEÓN. 24 DE AGOSTO DE 1812.
3. ASÍ CONOCÍ A MARIANO
4. MI NOVIAZGO CON MARIANO
5. MI BODA EN SEGOVIA
6. COMIENZA MI VIDA DE CASADA
7. EL NACIMIENTO DE MI HIJO JOSÉ
8. LA OCUPACIÓN FRANCESA DE SEGOVIA
9. MARIANO REGRESA DEL FRENTE
10. MI DECISIÓN DE SEGUIR A MARIANO
11. MI TORMENTOSA HUIDA DE SEGOVIA
12. EL COMIENZO DE OTRA PESADILLA
13. EL DESPERTAR DE MI PESADILLA
14. LA SEMANA SANTA SEVILLANA DE 1809
15. LOS FRANCESES SECUESTRAN MI HACIENDA
16. MI INQUIETUD ANTE UN POSIBLE TRASLADO
17. CESAN LOS PLANES DE TRASLADO
18. UNA ACADEMIA MILITAR EN MI CASA
19. MARIANO CREA LA PRIMERA ACADEMIA MILITAR GENERAL
20. LA OCUPACIÓN FRANCESA DE SEVILLA
21. MI ALBERGUE EN LA CASA DE NIÑOS EXPÓSITOS
22. MI ÉPICA HUIDA DE SEVILLA
23. COMIENZA MI VIDA EN LA ISLA DE LEÓN
24. MOMENTOS DE ANGUSTIA Y DESESPERACIÓN
25. LOS FRANCESES BOMBARDEAN CÁDIZ
26. MOMENTOS HISTÓRICOS Y DE ESPERANZA
27. EL NACIMIENTO DE “LA PEPA”
28. MIS ÚLTIMOS DÍAS CON MARIANO
29. 170 AÑOS DESPUÉS. PANTEÓN DE MARINOS ILUSTRES DE LA CIUDAD DE SAN FERNAND. OCTUBRE DE 1982.
30. PETRA RAMOS DESPUÉS DEL FALLECIMIENTO DE MARIANO
31. AGRADECIMIENTOS
32. ACERCA DEL AUTOR

1.

PANTEÓN DE MARINOS ILUSTRES. CIUDAD DE SAN FERNANDO. OCTUBRE DE 1982.

Unos obreros están trabajando en el Panteón de Marineros Ilustres de la Ciudad de San Fernando, donde se da sepultura a los marineros más ilustres o insignes de la Fuerza Naval española distinguidos por su trayectoria profesional, por sus méritos en actos de servicio o por sus heroicas intervenciones. Lo hacen para embellecer el templo, a propuesta de su Conservador, el director de la Escuela de Suboficiales de la Armada capitán de navío José María Maza Dabén.

Se van a retirar dos placas conmemorativas de la pared, en la zona situada a la izquierda del altar mayor, para ser desplazadas hacia arriba con el fin de dejar más espacio a otras placas de mármol con textos memorables que van a colocarse. Al despegar la primera, la pared se derrumba tras de sí, produciendo un enorme estruendo y levantando una gran polvareda. El albañil se aparta y cuando la polvareda se disipa deja a la vista un gran hueco. Asombrado por lo que vislumbra en su interior, suelta las herramientas y se apresura a dar aviso al maestro de la obra, que, sorprendido por el ruido, acudía al lugar de los hechos.

El encargado de la obra solicita una linterna, explora el hueco y se queda estupefacto con lo que se le presenta ante sus ojos entre algunos escombros que acababan de caer en el interior, exclamando:

—¡Dios mío! ¿Qué es eso? ¡Qué extraño! ¡Suspendan inmediatamente el trabajo, voy a dar aviso al Capitán!

El maestro de la obra se marcha y acto seguido aparece con el Conservador del Panteón, vistiendo su uniforme de capitán de navío, y su ayudante, en uniforme de capitán de corbeta. Con cara de asombro, les muestra el hueco que se ha producido en la pared al intentar despegar una de las placas conmemorativas que iban a reubicarse y le ofrece su linterna.

El señor Maza se asoma al interior del hueco, iluminándolo, y en su rostro se percibe que no puede dar crédito a lo que está viendo, pues no se imaginaba que algo podía haber detrás de esa pared.

Hay que averiguar de qué se trata antes de seguir con la obra, para ello es preciso retirar los escombros y limpiar el polvo caídos dentro del hueco y proceder a un reconocimiento detallado.

El Conservador dice que nadie toque nada, ordena paralizar los trabajos hasta nueva orden y da instrucciones al encargado sobre cómo proceder y a su ayudante, que toma nota del hallazgo y hace varias fotos del exterior y del interior del hueco. El encargado de la obra comunica a los operarios que se suspende la faena; estos, haciendo cábalas sobre el hallazgo, retiran los escombros caídos en el suelo, tapan el hueco con una cortina, dejan a sus pies la placa que acaban de despegar de la pared y recogen sus herramientas.

El Conservador del Panteón, con su ayudante, se marcha a su despacho e informa a la superioridad de lo acaecido. Se queda en espera de la realización de un estudio detallado y riguroso del hallazgo por personal cualificado y, después, de la decisión que tome la autoridad militar competente.

El maestro de la obra y los operarios, una vez que han dejado todo como dispuso el Capitán, abandonan el lugar, sin poder reprimir los comentarios sobre lo que imaginan que acaban de descubrir.

2.

170 AÑOS ANTES. IGLESIA DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN VILLA DE LA REAL ISLA DE LEÓN. 24 DE AGOSTO DE 1812.

Soy Petra Ramos Baca de Villamizar, tengo cuarenta y un años, estoy embarazada de mi noveno hijo y me encuentro sentada en la primera fila de bancos de la Iglesia de la Purísima Concepción del Poblado de San Carlos, en la Villa de la Real Isla de León. Me acompañan siete de mis ocho hijos y mis dos inseparables amas, Josefa y Fuencisla.

Todos con los ojos llorosos, y yo intentando contener el llanto, esperamos con desasosiego la llegada del capellán para officiar la Santa Misa y las honras fúnebres por la muerte de mi amado esposo, Mariano.

En el templo no cabe un alfiler. Los profesores y alumnos de la *Escuela Militar del Cuarto Ejército* ocupan los bancos de la parte delantera y los oficiales y suboficiales de distintas unidades de la Isla de León, la parte posterior. Multitud de paisanos, llenando en resto de la iglesia y hasta en la calle, van a seguir de pie la ceremonia con las puertas abiertas de par en par.

Conmovida por tanto calor humano transmitido por el pueblo hacia mi marido, recapacito sobre cuánto le quería todo el mundo; además de sus compañeros y alumnos, también le apreciaban cuantas personas le conocían o le trataban. Esto me hace pensar todavía más en el gran hombre que acabo de perder y mi angustia se incrementa por momentos.

El féretro acaba de entrar en el templo a hombros de los sargentos galonistas de la *Nacional y Patriótica Academia Militar de la Isla de León*, hoy convertida en la *Escuela Militar del Cuarto Ejército*, de la que mi marido fue su director desde que la creó hasta el día que abandonó este mundo. El ataúd, colocado sobre un catafalco, a los pies del altar mayor, está cubierto con la Enseña de la Escuela y sobre ella su gorra militar y un libro de texto. En su interior, el cuerpo de Mariano amortajado con su uniforme de gala.

Yo visto un sencillo traje negro y un velo largo del mismo color. En mi vientre llevo a nuestro último hijo, que, por desgracia, no conocerá a su padre. A mi izquierda está sentado el benjamín, Antonio, de dos años y medio, su hermana y madrina Juana, de diecisiete y sus hermanos Jacobo, de siete y Vicente, de cuatro. A mi derecha el resto de nuestra numerosa prole, María, de catorce, José, de doce, uniformado de alumno de la Escuela Militar y Pedro, de nueve. En el asiento de atrás, mis dos queridas amas, Josefa de

sesenta y uno y Fuencisla de sesenta y cuatro. Todos vestimos ropas humildes pero dignas; la situación económica actual, arruinados por culpa de los franceses, no nos permite ninguna licencia.

Dionisio, nuestro primogénito de dieciocho años, teniente de Artillería, no puede acompañarnos porque hace tres meses fue destinado al Ejército de Extremadura, que está en pie de guerra luchando contra los franceses.

Sumida en un profundo dolor por la pérdida del amor de mi vida y desesperada por el estado de orfandad y desamparo en que quedaban mis queridos hijos, comienza a desfilar por mi mente la película de mi intensa y apasionada existencia desde que conocí a este patriota, inteligente y extraordinario hombre.

¡Mi vida ha cambiado tanto...!

Entonces eran tiempos de paz, ahora estaba viviendo una sangrienta guerra, en la que estábamos implicados toda la familia y muy directamente mi marido y nuestro primogénito Dionisio. Antes habitaba en mi tierra castellana, ahora exiliada en la otra punta de España, forzada por las circunstancias para estar al lado de mi esposo, siguiendo el mejor dictado de mi conciencia. Antes tenía una buena posición social, ahora mis relaciones sociales se habían limitado a unos esporádicos actos protocolarios con mi esposo. Antes disfrutaba de una excelente economía, ahora estoy viviendo prácticamente de la caridad. Entonces estaba rodeada de mi familia y de mis amistades, ahora solamente con mi esposo, mis adorados retoños y mis dos fieles amas. Incluso esto acaba de cambiar drásticamente para mi desconsuelo, ya que sin mi querido Mariano me veía en la mayor soledad.

Atenazada por una inmensa pena y con el corazón encogido por una indescriptible congoja, que me corta la respiración, cierro los ojos y, entre suspiros, comienzo a memorar tiempos de bienestar no muy lejanos, cuando vivía en mi querida tierra segoviana, recuerdos que me llegan como un bálsamo benefactor, esforzándose en aliviar mi intenso sufrimiento.

Recuerdo el maravilloso armario de roble tallado que tenía en mi dormitorio, repleto de vestidos, abrigos, enaguas de encajes, sombreros, zapatos de tacón, botas a la última moda y todo tipo de complementos. Poseía todo lo necesario para estar bien arreglada en cualquier ocasión; siempre contando con la ayuda y la comprensión de mis dos inseparables amas, puestas a mi servicio desde mi nacimiento, cómplices de mis secretos y fieles a mis confesiones.

También recuerdo claramente la conversación que tuve cierto día con mi ama Josefa. Había asumido el papel de madre desde que faltó la que me concibió, cuando todavía era una jovencita que ya empezaba a soñar, a tener ilusiones y a pensar en su futuro. Mi ama tenía la sabiduría de la calle y de los libros, que me fue transmitiendo mediante dichos populares, proverbios y refranes, de los que siempre tenía uno apropiado para cada circunstancia, porque decía que en ellos se encontraba la filosofía de la vida.

—¿Ama, crees que algún día se fijará en mi algún caballero que me quiera, que de emoción a mi vida, que viva con él algo diferente a lo que estoy viviendo?, —un día le pregunté.

—¡Pues claro que sí, mi niña! Eres preciosa, educada, de modales refinados, tan especial, aunque todavía muy joven. ¡No te preocupes, todo a su debido tiempo! Cariño, confía en el tiempo, suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades.

Ensimismada en tan agradables pensamientos que me devolvían la respiración, Josefa, susurrándome al oído: ¡Petra..., Petra!, los interrumpe y me hace abrir los ojos y volver a la realidad del momento. Entonces oigo al sacerdote pronunciar las primeras palabras de la Misa:

—“Introibo ad altare Dei....”

¡Santo Dios!, como me recuerda todo esto el día de mi boda. Siento la realidad, pero solo por un instante, pues enseguida vuelvo a transfigurarme a causa de la gran aflicción que invade todo mi ser y el lugar donde me hallo comienza a traer a mi mente bellos recuerdos de aquel día que di el “¡Sí, quiero!” a Mariano.

La Iglesia me evocaba a la Catedral de Segovia, donde se celebró la ceremonia del enlace matrimonial. Las numerosas coronas y ramos de flores rodeando el féretro, a los espléndidos adornos florales del templo segoviano y al bonito ramo de camelias blancas que yo lucía. Los mandos del Cuarto Ejército, profesores y alumnos de la Escuela Militar asistentes al funeral, a los profesores del Real Colegio de Artillería, compañeros de Armas y militares amigos de mi marido, asistentes al desposorio. El piquete, con seis alumnos sargentos primeros galonistas de la Escuela, en su flamante uniforme de gala, dando escolta al féretro con sus sables envainados en la cintura, a los seis oficiales compañeros de promoción de Mariano, vistiendo sus mejores galas, que nos sorprendieron al salir de la iglesia haciendo un arco con sus relucientes sables desenvainados.

¡Era tan feliz! ¡Inmensamente feliz! Y aunque comenzaba una azarosa etapa de mi vida por las continuas ausencias de mi marido, a causa de sus destinos fuera de Segovia o de sus cometidos en alguna guerra, contaba con su inmenso amor y con el regalo de los hijos que me iba dejando.

Acababa de unir mi vida a la de este prodigioso hombre y, dadas sus largas estancias lejos de casa, un día tomé la determinación de seguirle, contra viento y marea, allí donde fuera.

No me importó soportar sus numerosas y largas ausencias, no me importó afrontar un largo e incierto viaje, arrastrando conmigo a una numerosa prole y con un recién nacido, huyendo de Segovia por la llegada de los franceses, no me importó afrontar los peligros de una despiadada guerra, no me importó claudicar ante el secuestro de mi hacienda, no me importó soportar las incomodidades de una casa en las celdas de la residencia de un convento sevillano y no me importó arriesgarme a huir de esta ciudad, a pesar de la orden de mi confinamiento y de burlar el cerco de los gabachos a la Isla de León. Lo único que me importaba era estar a su lado. Él era toda mi vida, le amaba tan intensamente que todo lo demás no tenía sentido. ¡Nada me impidió que le siguiera!

Después de tantos sueños frustrados, de tantas pesadillas y de tanto sufrimiento, cuando al fin me reúno con él, después de la última separación, comienzo a vislumbrar envejecer a su lado, pues la mayor pesadilla daba síntomas de empezar a alejarse. Mas ¡triste sino el mío!, este bendito sueño pronto se torna en otra maldita pesadilla real. Cuando llevábamos unos meses juntos, la amenaza francesa, antes de alejarse definitivamente, hiere mortalmente a mi marido, me lo secuestra y, preparándose para la huida, le quita la vida.

¡Si...! culpo a los franceses de la muerte de mi marido, y a los afrancesados, sus cómplices, porque se sacrificó tanto con sus planes para expulsarlos de nuestra tierra, con el fin de que sus habitantes pudieran recobrar la paz y la libertad, tan ignominiosamente arrebatada, que cayó gravemente enfermo. También culpo a los franceses del secuestro de mi esposo, pues terminó confinado en su casa por la gravedad del mal contraído.

Finalmente, cuando los gabachos estaban a punto de retirarse, porque las tropas españolas, junto con sus aliados, los tenían acorralados y sometidos, mi esposo fallece sin remisión, como consecuencia de un ataque repentino de su enfermedad, a la temprana edad de cuarenta y seis años.

Maldigo a Napoleón y maldigo a su ejército y a sus secuaces españoles, que han quitado la vida a mi marido y han arruinado la mía y la de toda mi familia. En este momento solamente deseo estar sola para consolarme con mi llanto, poder reprimir mi angustia y contener las lágrimas, para que cesen de brotar y poder transmitir a mis hijos un poco de serenidad. También quiero dejar de sentir los desenfrenados latidos de mi corazón, que no deja de atormentarme, emponzoñado con esta maldición de odio hacia tan crueles y desalmados invasores.

Pondré los cinco sentidos para alejar de mí este odio que invade mi cabeza y mi corazón, que se están envileciendo con tan aborrecible sentimiento; no quiero perder el juicio ni que mi alma se enferme. La dicha, que tan insistentemente perseguía para disfrutarla con toda mi familia de vuelta en mi tierra, ya no puedo esperarla; tampoco puedo esperar una vida en paz al lado de mis queridos hijos disfrutando de mis numerosas propiedades y sustanciosas rentas, que tan alevosamente me han sido usurpadas.

¡Solamente me conformaré con los recuerdos!

3.

ASÍ CONOCÍ A MARIANO

...Recuerdo el día que conocí a Mariano.

Fue el 4 de diciembre de 1790 en el tradicional baile de gala que celebraba el Real Colegio de Artillería con motivo de su Patrona en los

magníficos salones de su casa solariega del Alcázar de Segovia.

En este acto fui presentada en sociedad por mi tío y tutor, Pablo Ramos, por ser huérfana de padre y madre. Quizá por esta circunstancia y aunque desde muy pequeña muchas veces tenía que pensar y tomar decisiones por mí misma, con el riesgo de equivocarme, en día tan importante, deseaba la opinión, el consejo y la ayuda de mi ama Josefa, que continuamente suplía de buen grado el lugar de mi añorada madre.

Aunque la serenidad y la madurez eran cualidades que me distinguían, desde el día anterior a mi presentación estuve muy inquieta, casi sin poder conciliar el sueño. Pensaba en mi peinado, en mi vestido y en las alhajas que luciría. Ese día, que se reunía toda la alta sociedad de Segovia en un lugar de ensueño, como era su Real Alcázar, yo iba a ser el centro de atención y deseaba estar impecable.

¡Al fin, llegó tan esperado día!, y cuando Josefa me estaba ayudando a vestirme para el acto le pregunté:

—Ama, ¿cómo me ves? ¿Estoy bonita? ¿Qué te parece cómo me sienta este vestido? Estoy muy nerviosa.

—¡Tranquilízate, niña! Estás espléndida. Vas a ser la joven más hermosa del baile.

—Y de los zarcillos ¿qué me dices? Eran de mi querida madre. ¿No crees que sean los más apropiados?

—¡Claro que sí, cariño! Ese collar y los pendientes que luces son preciosos. Tu madre, que te protege desde el Cielo, estará muy orgullosa de que los lleves.

—¡Ah! Josefa, por favor, acércame el abrigo de pieles. Hace mucho frío en la calle. Parece que va a nevar.

—Toma, niña. ¡Qué te diviertas! Tu tío Pablo acaba de llegar y su carruaje está esperando.

Llegamos al enorme portón del majestuoso Alcázar, que cuando lo veía irremediablemente evocaba su grandioso pasado. Mandado construir para residencia oficial del rey Alfonso VIII, sus paredes albergan buena parte de la Historia de España; en él Alfonso X el Sabio celebró las Cortes Generales de 1256 y durante el Medioevo, por su privilegiada ubicación, sirvió de morada favorita a los Reyes de Castilla.

Nos identificamos y dos mayordomos de Artillería nos franquearon la entrada. Enseguida salimos a su primer patio, el mismo donde la reina Isabel la Católica esperó a su marido Fernando después de prestar juramento como

Rey Consorte de Castilla en la Catedral. Pasamos a su monumental patio de armas, de soberbio estilo herreriano, y continuamos por un lateral de su imponente arcada renacentista que, flanqueada por robustas columnas de granito, conducía a los salones de la zona noble.

A medida que recorría la galería del brazo de mi tío notaba cada latido de mi corazón y mi excitación iba en aumento. Su llamativa decoración, con panoplias de vistosas armas blancas y de fuego, apliques porta—antorchas y armaduras de a pie y ecuestres, como si de atentos vigilantes a la entrada de las salas se tratara, me hacía retroceder a la Edad Media. Una larga alfombra roja aislaba nuestros pies de la fría piedra del suelo.

—Tío Pablo... —le dije—. ¡Vayamos más despacio, por favor! Quiero verlo todo y llevo unos tacones más altos de lo habitual.

—¡Está bien, querida sobrina!, —me respondió, a la vez que reducía el paso.

Acababa de tropezar ligeramente con mi propio vestido, haciéndome parar y mirar de súbito hacia abajo. Me agaché para recogerme la falda y al levantar la cabeza en mis ojos se clavó la misteriosa mirada de un joven, dejándome paralizada durante unos segundos.

Seguimos hacia la Sala de los Reyes para incorporarnos a la fiesta. En la entrada nos dieron la bienvenida unos gallardos cadetes en traje de gala, que me ofrecieron una preciosa y fragante rosa roja.

La Sala, aunque ahora acogía una magnífica biblioteca, evocaba tiempos pasados, donde se desarrollaban los actos oficiales y protocolarios de la Corte, cuando el destino de España se decidía desde ella. Decorada con vidrieras conmemorativas de batallas famosas, de sus muros, cubiertos de llamativos brocateles y terciopelos, colgaban tapices flamencos y hermosas pinturas con retratos de monarcas y paisajes de Reales Sitios. Un fastuoso artesanado con motivos mudéjares y un friso superior con cincuenta y dos preciosas estatuas sedentes policromadas de los reyes de Asturias, Castilla y León lo contemplaban todo.

Eran testigos mudos de lo que estaba aconteciendo en su interior. Parecía sacado de un cuento de hadas. Bajo la iluminación de unas espectaculares arañas de cristal de Bohemia, artísticos candelabros y apliques en forma de antorcha, destacaban los militares con sus espléndidos uniformes para actos sociales, los civiles con su smoking y las damas con sus elegantes vestidos de noche. En puesto preferente, la Bandera de España y una talla de Santa Bárbara. En un lateral, la banda de música del Real Colegio vistiendo su

vistoso uniforme e interpretando una suave y melodiosa sinfonía. Todo ello creaba un ambiente muy especial, imposible de olvidar.

La estancia comenzó a llenarse de autoridades, profesores, alumnos, invitados y señoritas que, como yo, también iban a ser introducidas en sociedad. Nos sentamos en la mesa que teníamos reservada junto a otras dos jovencitas y sus acompañantes.

Poco después el maestro de ceremonias empezó a nombrar a las damas que iban a presentarse y a sus acompañantes. Al oír: “Doña Petra Ramos Baca de Villamizar, presentada por don Pablo Ramos Barreno, Notario del Tribunal Eclesiástico, el corazón me dio un vuelco, me levanté y me incorporé a la pista del brazo de mi tío, situándonos en el lateral dispuesto a tal fin. Cuando se terminaron los nombramientos sonaron los primeros acordes del vals de presentación. Salimos al centro de la pista y bailamos al son del Danubio Azul rodeados de las otras parejas, cuyas jóvenes casaderas, ataviadas con sus galas preferidas, también lucían espléndidamente.

Mientras bailaba me percaté de que un joven seguía insistentemente mis evoluciones con su mirada. Al terminar, nos sentamos. Mi presentación oficial acababa de realizarse. Di las gracias a mi tío y acto seguido se nos acercó el misterioso joven de la mirada penetrante; el mismo que no me había quitado ojo durante el baile. Era un oficial de Artillería, muy apuesto y de ojos grandes y expresivos, que nos saludó y me invitó a bailar:

—¡Señor... señorita, buenas noches! ¿Señorita, me concede este baile?, es otro bonito vals.

Me giré hacia mi tío y a la vez que pedía su aprobación con la vista, concedida con una ligera inclinación de su cabeza, contesté al militar mirándole fijamente, como si nuestros ojos estuvieran imantados, le contesté:

—¡Encantada, señor!

Sin dudarle un solo instante apoyé mi mano en su brazo, nos dirigimos a la pista y comenzamos a bailar. Tenía la sensación de estar flotando en cada paso que dábamos. Bailamos mucho y, a medida que transcurría el tiempo me sentía más cómoda a su lado, como si le conociera de toda la vida. Esto me aportó la serenidad que siempre había soñado.

—Mi nombre es Mariano... Mariano Gil de Bernabé. Como ve, mi uniforme es parte de mi presentación. ¿Y usted... cómo se llama?

El apuesto oficial rompió de esta forma el silencio que se interponía entre nosotros.

—Me llamo Petra... Petra Ramos. ¿Sabe usted que si los ojos hablasen ya

nos habríamos presentado? Por cierto, nunca imaginé que alguien como usted pudiera bailar tan bien y con tanta soltura y elegancia, —le respondí espontáneamente.

—Tiene usted razón, los ojos son el espejo del alma y parece que las nuestras quieren decirse algo. Ya me he fijado que usted también baila con mucha desenvoltura y donaire.

¡Qué buen bailarín era Mariano! Posteriormente supe que una de las asignaturas que estudiaban en la carrera era el Baile y supongo que también destacaría en ella, al salir graduado subteniente con el número dos de una promoción de doscientos cincuenta y seis.

Perdí la noción del tiempo que estuvimos bailando, pues terminaba una pieza y continuábamos con la siguiente. Entre una y otra comentábamos alguna cosa y después volvíamos a bailar en silencio, disfrutando del momento. Me encontraba tan bien que casi no sentía el cansancio, pero cuando tan rumboso vestido comenzó a sofocarme le pregunté:

—¿Mariano, nos sentamos? Tengo un poco de calor, desearía descansar un momento.

—¡Tengo una idea mejor, Petra!, —me contestó—. Si le parece, salimos al patio a dar un paseo o nos asomamos a contemplar la ciudad de noche desde algún ventanal. Hay unas magníficas vistas, le gustará.

—¡No sé... no sé! Aquí hay una buena temperatura y en el exterior me parece que hace mucho frío.

—¡Claro, Petra!, como corresponde a la estación en que nos encontramos con el invierno a las puertas. Mas en vez de salir al patio podemos hacer un recorrido por algunos salones.

—Eso está bien. Me apetece. ¡Vayamos!

Enseguida entramos en la Sala del Pabellón. Me extrañó ver la clase de mobiliario que tenía y le pregunté:

—Mariano, veo sillas y una mesa. ¿Para qué se utiliza esta estancia?

—Aquí es donde los cadetes reciben las visitas de sus familiares.

Después nos acercamos a su vidriera, donde Mariano me enseñó algunas vistas de la ciudad y me contó varias anécdotas.

—El río que se ve abajo es el Eresma, —me apuntó—. Hacia la izquierda se une con el río Clamores en el espolón del Castillo. Visto por ese lado, desde la lejanía, parece un gran barco.

—¡Es verdad! El Alcázar lo había visto con esa perspectiva, pero nunca había visto los dos ríos desde aquí.

—¿Sabía usted que desde este ventanal se despeñó el infante don Pedro, hijo bastardo reconocido del Rey Enrique II, cuando estaba jugando mientras su aya lo cuidaba?

—Sí, lo había oído, pero no sabía que era desde aquí. Lo que no recuerdo es lo que le pasó a su aya.

—El pequeño se precipitó al vacío al asomarse al alfeizar de la ventana y ella, en su desesperación, no dudó en arrojarle tras él, terminando ambos con su vida en los jardines.

—Mariano, al parecer es una leyenda.

—Así es, Petra.

Volvimos al Patio de Armas y accedimos a la Sala del Cordón, ahora dedicada a Sala de Juntas del Colegio. Le pregunté por qué se llamaba así y me contó otra anécdota:

—Petra, según otra leyenda, Alfonso X el Sabio, en un acto de soberbia, cuando se encontraba observando las estrellas desde este lugar afirmó que él habría hecho mejor el Universo si Dios le hubiera consultado. Un monje franciscano le solicitó su arrepentimiento por estas atrevidas palabras. Ante la negativa del rey, el enfado de Dios fue tal que envió un rayo contra la torre desde donde realizaba sus observaciones. El monarca, arrepentido y en señal de penitencia por su desmedido orgullo, ordenó colocar el cordón franciscano alrededor de la estancia. Por eso se llama Sala del Cordón.

—¡Qué interesante, Mariano! ¿Volvemos?, —le dije.

—Sí, Petra, ¡volvamos!

Regresamos a la Sala de los Reyes. Le presenté Mariano a mi tío y de nuevo estuvimos bailando y charlando, absortos el uno en el otro como si no hubiese nadie más en el salón. Mariano no paraba de referirme curiosidades de su querido Alcázar. Después, nos acercamos a la preciosa vidriera multicolor de la cámara y le hice un pequeño interrogatorio mientras contemplábamos el exterior.

—¡Qué noche tan bonita! Mariano, mire cuántas estrellas y como brillan. ¿Qué son esas luces, ahí abajo?

—Esas..., las que están más cerca, pertenecen al Santuario de Nuestra Señora de la Fuencisla.

—¡Ah..., si! Ahora recuerdo, lo conozco. Esa Virgen es la Patrona de Segovia.

—¿Y aquellas que se adivinan a lo lejos?

—Esa luminosidad que se adivina en la lejanía corresponde a

Zamarramala. En la ladera que asciende hasta el pueblo puede verse su iglesia parroquial románica de la Vera Cruz y, muy cerca de ella, el monasterio gótico de Santa María de El Parral.

—¡Es verdad! He estado en ese pueblo varias veces. En febrero celebran unas curiosas fiestas en honor a Santa Águeda.

—¡Efectivamente, Petra! ¿Sabía que su origen está relacionado con la conquista del Alcázar?

—¡Claro! Y eso supuso una serie de privilegios para el pueblo. Entre otros, que las mujeres, vistiendo los trajes típicos de alcaldesas, ostentasen el bastón de mando durante dos días al año.

—Además, desde aquí se puede contemplar muy bien el Convento de las Carmelitas Descalzas. Como usted sabe, fue fundado por Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

—Sí, ese convento es muy conocido. En él se conserva el cuerpo incorrupto del Santo. ¡Qué vista tan bonita!

Encontrándonos en esta conversación se dio por terminado el acto, un poco después de la media noche. Me dio mucha pena, pues me encontraba tan bien que hubiera seguido hasta el amanecer. En el momento de despedirnos Mariano me expresó con gran vehemencia su deseo de volver a verme:

—Petra, me ha hecho usted inmensamente feliz y me ha causado una grata impresión. Me gustaría volver a verla y conocerla mejor. ¿Tiene inconveniente en que la visite alguna vez?

A mí también me había encantado su compañía, pero me quedé un instante pensativa porque no quería contestarle precipitadamente. Deseando decirle un sí rotundo, fingí titubear:

—¡Bueno... sí! Puede hacerlo cuando guste. Me complacerá.

Una vez en casa, después del baile, estaba tan contenta que tenía necesidad de decirle a alguien cuanto me había acontecido. Tenía prisa por mostrar mi felicidad, pues sabía que al compartirla la multiplicaría y me sentiría más dichosa, si cabe. ¿A quién mejor para hacerle partícipe de ella que a mi ama Josefa, que la trataba y quería como si fuera mi propia madre?, y quién, sin duda, me aconsejaría y se uniría a mi felicidad. Así que, sin pensar en lo intempestivo de la hora, a medida que me acercaba a su alcoba, le iba gritando emocionada:

—¡Josefa..., Josefa! ¡Despierta, presta oídos! Quiero contarte como lo he pasado.

En realidad mi ama no estaba dormida. Estaba en vela esperando mi regreso, como la madre que espera el regreso de su hijo adolescente la primera vez que sale por la noche. Me senté en la cama a su lado y le relaté la fiesta con todo lujo de detalles. Cómo eran los espléndidos salones del Alcázar, su exquisita decoración, la maravillosa música con que fuimos deleitados, la gente tan encantadora que conocí, los elegantes uniformes de los militares y los preciosos vestidos que lucían las damas. Finalmente, le conté como conocí a Mariano, el joven de la mirada misteriosa, cada minuto que pase con él y la impresión que me había causado.

—¿Ama, qué te parece? ¿Crees que le habré gustado?, —le pregunté.

—¡Claro que sí, cariño! Eres guapa, tienes buena figura y tu posición social casa con él. Lo más importante, tus finos modales son un reflejo de tu interior y denotan una educación exquisita; son cualidades que los militares valoran mucho en una mujer. Y por lo que me has contado...

—Entonces... ¿crees que se interesará por mí?

—¡No lo sé, mi querida Petra! Tengo entendido que estos oficiales solo piensan en su profesión. Para ellos tiene prioridad el servicio a la Patria sobre cualquier otro asunto. ¿Qué edad tiene?

—Es unos años mayor que yo, pero no me importa.

—¿Dices que tu tío te ha dado su aprobación? ¿Qué le ha parecido? ¿Ya lo conocía?

—¡Huy..., cuántas preguntas, ama! A mi tío le causó muy buena impresión. Estuvo platicando con algunos profesores, conocidos suyos, mientras bailábamos y le dieron excelentes referencias. Al parecer, este atractivo oficial es muy listo y sensible. Ahora está en Segovia, porque ha sido seleccionado para seguir el primer curso de Química que se va a impartir en España. Quiere hacerse un experto en esa ciencia y poder quedarse como profesor de ella en su Colegio del Alcázar.

—Bueno, mi pequeña, es tarde, ahora vete a dormir y descansa. Mañana seguiremos hablando.

Así conocí a Mariano. Me acosté y no podía pegar ojo. Venía a mi mente cuanto había vivido y comencé a pensar que solamente estuvimos bailando y conversando unas horas y que para él tal vez yo no significaba nada, quizás solo un casual encuentro. Pero deseaba tanto volver a verle, que si pensaba en su cumplimiento tenía esperanza y si venía a mi mente lo contrario me entraba la desesperación. Debatiéndome entre la esperanza y la desesperación, me armé de paciencia, pues como me decía mi ama Josefa: “A

cualquier dolor, paciencia es lo mejor”.

A los pocos días Josefa me entregó un intrigante sobre que habían traído a casa para mí. Al verlo me quedé perpleja, el corazón comenzó a latirme tan fuerte que parecía salirse del pecho y me costó abrirlo para desvelar su contenido por cuanto se me venía a la cabeza y por el temblor de mis manos, producido por los traicioneros nervios a causa de la impaciencia.

4.

MI NOVIAZGO CON MARIANO

... Recuerdo mi noviazgo con Mariano.

Temblorosa abrí el sobre, dentro venía una nota, que se me cayó de las manos. Por fin llegaron las tan anheladas y esperadas noticias. Mariano me comunicaba su intención de pasar a visitarme en el plazo de dos días.

La paciencia es un árbol de raíces amargas pero sus frutos son muy dulces, y los correspondientes al árbol de mi paciencia acababan de madurar. Llegó el domingo, y poco antes del mediodía cuando llamaron a la puerta contuve la respiración, estaba esperando a Mariano. Nos fuimos a Misa de doce a la Catedral y a la salida caminamos por la ciudad, tomamos café y charlamos de muchas cosas.

Las salidas se repitieron regularmente. Dábamos largos paseos, nos sentábamos a conversar en algún banco del parque, íbamos a alguna cafetería o al Casino a bailar. Durante los encuentros nos fuimos relatando lo más

importante de nuestras apacibles vidas. Un día hablamos de nuestros orígenes. Mariano sacó la conversación preguntándome:

—¿Petra, de dónde es usted?

— De aquí, de Segovia, Mariano, —le contesté—. Nací en esta hermosa villa el 29 de junio de 1772.

—Ya presentía que usted era una mujer persuasiva, muy sensible y con elevados sentimientos hacia la familia y la patria.

—¿Por qué dice eso, Mariano?

—Porque mi presentimiento está de acuerdo con su horóscopo. Verá, usted nació bajo el signo de Cáncer, y estas personas son muy imaginativas, emocionales y persuasivas, siendo su mayor fortaleza su persistente determinación a la hora de perseguir un deseo o de afrontar un problema. Aman el matrimonio y los niños sobre todas las cosas y son felices con una familia cariñosa y unida y un hogar apacible. Quizá lo más llamativo de su personalidad son sus altas y bajas emocionales respecto al amor, la maternidad, los partos, la familia, los pesares, las alegrías, la tierra natal y la patria.

—Y yo estoy de acuerdo con usted. Nada más nacer se hizo patente mi tenacidad inconsciente para aferrarme a la vida, pues, al parecer, vine al mundo con algún problema grave de salud, ya que al día siguiente fui bautizada de urgencia en casa por mi tío Pablo Ramos Barreno, Notario del Tribunal Eclesiástico.

—¿Y qué le pasó?

Me quedé un instante pensativa y continué.

—¡Realmente, no lo sé! Mas el problema debió resolverse enseguida, porque el 4 de julio el cura párroco de la iglesia de San Martín, Juan Valle, me impuso el Santo Crisma y ofició las ceremonias prescritas por el Ritual Romano para el bautismo, poniéndome el nombre que llevo.

—A juzgar por quién es su tío, me parece que usted procede de ilustre familia, ¿verdad?

—¡Si, Mariano! Mi padre, Andrés Ramos Barreno, fue uno de los Próceres del Reino y Audiencias de los Tribunales Eclesiástico y Real de Segovia. Mi madre, María Antonia Baca de Villamizar, descendía de familia noble de esta ciudad.

—Petra, su asistencia al baile del Alcázar me hizo suponer un origen distinguido.

—Y usted, Mariano, ¿dónde nació?

—Yo vine al mundo el 14 de octubre de 1765 en la villa turolense de Báguena, perteneciente al partido judicial de Daroca.

—Mariano, yo también he leído algo sobre los horóscopos y el suyo le augura un futuro muy movido y excitante. Su signo es Libra, y los Libras destacan principalmente por su inquietud para el estudio y su excelente calidad intelectual, puesta de manifiesto principalmente por su aptitud para la difusión de conocimientos. Suelen ser muy sensibles a las necesidades ajenas y no manifiestan mucho interés por las cosas materiales. Les gusta la familia y para ellos el hogar es muy importante; en él suelen establecer su trabajo o realizar parte del mismo y sus conocimientos, unidos a su espíritu inquieto y curioso, les lleva a desarrollar ideas novedosas.

—Bueno, estoy empezando mi vida profesional, el tiempo lo dirá.

—Mariano, por sus estudios y categoría profesional me imagino que también procede de noble cuna.

—¡Así es, Petra! Pertenezco a una afamada estirpe de infanzones aragoneses. Mi padre, Juan Jerónimo Gil de Bernabé, fue Regidor Perpetuo de la Ciudad de Daroca y mi madre, Manuela Ibáñez, una mujer de noble linaje. Por línea paterna desciendo de Miguel de Bernabé, heroico defensor del castillo de Báguena.

—Mariano, estoy intrigada, me gustaría saber qué hecho heroico protagonizó su ilustre antepasado.

—Con mucho gusto, Petra. Cuando el castillo de Báguena, propiedad de la Corona de Aragón, fue sitiado en abril de 1363 por las tropas del Rey Pedro I de Castilla, Miguel de Bernabé, leal al juramento realizado a Su Majestad, se dejó quemar en su interior, defendiendo la fortaleza, a pesar de las considerables y atractivas promesas que le habían hecho si se rendía. Cuentan, que cuando se le encontró su cuerpo estaba completamente calcinado, excepto el brazo que sostenía las llaves del castillo.

—Ahora comprendo por qué su antepasado Miguel de Bernabé fue un héroe.

—Verá Petra..., como tuvo dos hijas, en prueba de gratitud, a sus descendientes se les concedió el privilegio de infanzonía permitiéndoles utilizar el apellido “Gil de Bernabé” en primera posición, tanto si fueran descendientes de hombre como de mujer, lo que suponía una prerrogativa dentro de las leyes medievales de Aragón.

—Por eso... ¿su primer apellido es Gil de Bernabé?

—¡Así es, Petra! Continúo. Por línea materna provengo de la familia

Ibáñez de Santa Cruz, que, por falta de varones, había heredado las casas de Segura y Marcilla.

—¡Ah! imagino que a estos rancios abolengos también pertenecían dos personas muy conocidas, Isabel de Segura y Juan Martínez de Marcilla.

—¡Efectivamente! Los famosos Amantes de Teruel.

Un día le manifesté a Mariano que de niña me había quedado huérfana de padre y madre y que me habían dejado una buena situación económica por las herencias recibidas.

—Mariano, al ser la primogénita he recibido como herencia dos mayorazgos. Como sabrá, el Mayorazgo es una institución del derecho castellano muy antigua, creada durante el reinado de los Reyes Católicos. Permite que el conjunto de los bienes vinculados de una familia se mantenga unido para que todo su patrimonio no se desperdigue, antes al contrario, pueda incrementarse.

—¡Sí, Petra, lo sabía! Además esa institución culmina una serie de privilegios a los castellanos otorgados por Enrique IV y, a veces, lleva consigo la concesión de un título nobiliario o la condición de hidalgo.

—¡En efecto, Mariano! Mire, por el mayorazgo de Pedro Baca Villamizar he heredado nueve casas en Segovia: una de ellas en la Plaza Mayor, otra en El Toril, otra junto al Convento del Carmen, otra en la Parroquia de San Martín, dos en la Parroquia de San Millán, dos unidas en el barrio del Barriguelo en la Parroquia de Santa Eulalia, y una con huerto y árboles frutales en la calle de Gascos. También, diversas haciendas en el término municipal de Fuentepelayo y la renta de granos de varias heredades en Villacastín.

—¡Eso es un extraordinario patrimonio! Pero usted me dijo que había heredado dos mayorazgos.

—¡Claro! El otro es el perteneciente a Baltasar Méndez. Me dejó cuatro casas en Segovia: una de ellas en la parroquia de San Clemente, dos en la de Santa Eulalia y una de fábrica de paños en la de Santa Coloma. Una casa en Coca, dos molinos harineros: El Quemado en la ribera del río Boltoya y El Berral en la ribera del Eresma, y cincuenta y cinco aranzadas de tierra en el término de Moraleja, con casa, oficinas, viñas, lagar y bodega.

—¡Cuánta hacienda! Usted es una mujer muy afortunada. Pero me interesa más su propia persona, su forma de ser, sus sentimientos, sus gustos. Más vale la riqueza del alma que muchas riquezas materiales; la primera es

eterna e inestimable, las segundas, temporales y sujetas a quiebra. Y en tal sentido estoy percibiendo que su alma no tiene precio. Usted tiene un corazón noble y me gusta mucho tal como es.

—¡Agradecida, Mariano!

—¡Lo ve, Petra, como tengo razón! La gratitud es una flor que brota de los corazones nobles.

Presentí que mi galán no prestaba mucha atención a la posesión de bienes materiales, en cuyo sentido, sin entrar en detalles, me refirió que él, por la condición de su familia, también tenía bastantes propiedades con unas buenas rentas en su ciudad natal y que era huérfano de madre.

Otro día hablamos de nuestra formación. Yo le referí la esmerada educación humanística y social que había recibido en colegios de religiosas, donde había estudiado de forma interna, dada mi condición de huérfana. Él me habló apasionadamente de su profesión.

—Petra, a los 14 años de edad ingresé como cadete interno en el Real Colegio de Artillería para seguir la carrera de las Armas. ¿Sabía usted que esta es la primera academia militar de España y una de las primeras del mundo?, —me dijo.

—Eso lo ignoraba, Mariano. Tiene que ser un orgullo estudiar en ella.

—¡Lo es, Petra! Además por mi aplicación y buenas calificaciones, en el tercer curso fui galardonado con el nombramiento de sub-brigadier de la compañía de alumnos y con el de brigadier en el cuarto curso.

—¡Qué jovencito! ¿Cómo tan pronto? ¿A esa edad ya pudo entrar en el colegio militar?

—Sí, Petra. Porque empezamos de niños, siendo educados como otros chicos en cualquier escuela y, además de aprender las mismas asignaturas que ellos, estudiamos las propias de la milicia y se nos inculcan ciertos valores morales, como la disciplina, el orden, la subordinación y el compañerismo. De esta manera se nos va formando un profundo espíritu militar. También aprendemos dotes de mando, porque cuando empezamos a ejercer como oficiales tenemos muchos soldados bajo nuestras órdenes.

—Ahora me explico por qué dura tanto su carrera.

—Petra, en lo que a mí respecta, siete años. El 9 de enero de 1787 recibí el despacho de subteniente de Artillería, en la misma promoción que mi querido amigo Luís Daoíz.

—¿Imagino que con tanta responsabilidad tendrá un buen salario?

—¡Qué va! Se me asignó un sueldo mensual de treinta escudos de vellón; además en campaña recibiré diariamente dos raciones de pan y una de cebada para el caballo. Es suficiente, porque el placer del trabajo hecho con amor es buena recompensa y la riqueza del espíritu es impagable, como ya le referí.

—¡Ya! Dígame, ¿cuál fue su primer destino?

—Fue en el Departamento de Barcelona. Como se me daba bien el dibujo y me aficioné a la técnica, allí se me encomendó dibujar los planos del célebre Tratado de Artillería de Tomás de Morla, obra que sería implantada como libro de texto en el Real Colegio y cuyo prestigio traspasaría fronteras, siendo admirada y leída en muchos países europeos.

—Entonces... ¿por qué vino a Segovia?

—Es que fui reclamado por el Inspector General del Arma para el aprendizaje de la Química en el Colegio de Artillería, centro pionero en España en la enseñanza de esta novedosa ciencia, y quedarme después en él como profesor.

—¡Qué gran valía la suya, Mariano, al ser escogido para tan importante cometido!

—Petra, como cualquier buen oficial, todos mis actos en la milicia se mueven por el amor al servicio, la constancia y la dedicación, virtudes inculcadas por mis queridos padres y por mis profesores.

Así terminé de conocer a Mariano y enseguida nos compenetramos. Me cuesta recordar el momento en que fuimos conscientes de la atracción mutua que sentíamos, porque cuando me quise dar cuenta me había enamorado de él. Sentía el enamoramiento como una tormenta, que comienza con avisos de lluvia y viento y, cuando menos se espera, llega el trueno y el rayo, cuyo relámpago lo ilumina todo. Estaba convencida de ello por muchos avisos; porque cuando nos separábamos sentía que me faltaba algo, porque hasta que volvía a verle estaba triste y porque por las noches tardaba mucho en dormirme y mientras, mis pensamientos sobre la vida real vividos con él superaban a los sueños que pudiera tener una vez que me quedara traspuesta. Y un día, cuando menos lo esperaba, el deseo me inflamó el corazón y el destello del amor llegó a mi rostro, tornándolo resplandeciente y jovial.

Mas esa sensación no duró mucho, otro aviso trajo la tristeza y la pesadumbre a mi ser. Eran las palabras de mi ama Josefa: “Tengo entendido que estos jóvenes oficiales solo piensan en su profesión. Para ellos tiene prioridad el servicio a la Patria sobre cualquier otro asunto”. Aunque esas

palabras venían a mi mente con mucha frecuencia, esta vez comenzaron a martillear mi cabeza insistentemente alertándome para que no me hiciera muchas ilusiones sobre mi futuro con Mariano.

Los altibajos emocionales me tenían en un sinvivir, tal como vaticinaba mi horóscopo, pero ya sería por poco tiempo. La incertidumbre se develaría muy pronto, para bien o para mal, pues acababa de recibir un mensaje urgente de Mariano; lo abrí y se me saltaron las lágrimas.

5.

MI BODA EN SEGOVIA

... Recuerdo los preludios de la boda.

Las dudas respecto a mi relación con Mariano no se me disiparon cuando recibí su mensaje, pues solamente ponía: “Petra, mañana necesito verte”. Me puse en lo peor y por eso se me saltaron las lágrimas. El flechazo había sido tan intenso que me moriría si la cita era para comunicarme su negativa a seguir la relación.

Afortunadamente esta vez me quería ver, a los pocos meses de conocernos, para pedirme matrimonio. Pero tal y como me había advertido mi ama Josefa, no deseaba casarse hasta que hubiera terminado los estudios de Química y hubiera ascendido a teniente.

La preocupación, la angustia y la intranquilidad que me producían mis altibajos emocionales desaparecieron y volvieron a aparecer lágrimas en mis ojos, esta vez de alegría. Entonces empecé a comprender que debía tener paciencia, pues: “la paciencia comienza con lágrimas y al fin, sonrío”, y que debía aceptar de buen grado su otra pasión, su carrera, porque con ella tendría que convivir el resto de mi vida.

En otro paseo Mariano me dijo que Su Majestad debía autorizar la celebración del casamiento y me explicó los numerosos requisitos para la solicitud. Con la instancia de petición debía adjuntar un extenso memorando, con varios documentos suyos y míos, según lo prevenido en diversas ordenanzas y reglamentos. La alegría que me entró cuando Mariano me comunicó la deseada decisión se enturbió un poco ante esta eventualidad, pues cabía la posibilidad de que el acto no fuese autorizado.

Por su parte, debía adjuntar: permiso, licencia y facultad paterna autorizando la celebración del casamiento, copia de su Fe de Bautismo y copia de su despacho de subteniente de Artillería, todo lo cual fue gestionado entre los meses de agosto a diciembre de 1791.

Los trámites para conseguir mis papeles fueron más tediosos, aunque más rápidos, pues se lograron a lo largo del mes de diciembre. Autorización de mi tío y tutor para la celebración del enlace, por ser huérfana de padre y madre; copia de mi Fe de Bautismo legalizada; dote, según declaración de mi tío, como administrador de mis bienes, por los dos mayorazgos heredados con indicación de las rentas y cargas que hubiere, haciendo constar que ya

estaban en mi poder y que su valor ascendía a 16.545,26 reales de vellón anuales; finalmente, las declaraciones juradas de cinco testigos presentados por mi tío, respecto a mis propiedades y a los antecedentes sociales y morales de mis progenitores.

Los testigos, Vicente Muñoz, Ángel García, Antonio Pérez, Eusebio Baños y Gabriel Gómez del Campo, tuvieron que declarar ante el Alcalde Honorario del Crimen de la Real Chancillería de Valladolid y Corregidor de la Ciudad de Segovia, Josef Santoña. Todos respondieron satisfactoriamente, como era de esperar, a las preguntas formuladas sobre mis progenitores y sobre mí:

“Si sabían y les constaba que mi difunto padre había sido uno de los Próceres del Reino y Audiencias de los Tribunales Eclesiástico y Real de Segovia, hijo y descendiente de labradores muy honrados del lugar de Otero de los Herreros y otros pueblos inmediatos. Si habían oído que alguno de ellos hubiese sido notado de infame Penitenciado por el Santo Oficio, ni que provinieren de alguna mala raza de moros, judíos o nuevamente convertidos a Nuestra Santa Fe Católica. Antes bien, sabían que obtuvieron los empleos honoríficos de alcaldes y regidores por el único estado llano que hay en dichos pueblos.

Si conocían que mi difunta madre descendía de las familias más nobles y conocidas de Segovia. Si ella, sus padres y sus abuelos estaban incorporados y recibidos como tales en la Noble Junta de Linajes de Caballeros Hijosdalgo que hay en la Ciudad.

Finalmente, si les constaba, sabían y habían oído que yo era la actual y legítima poseedora de los mayorazgos fundados por Pedro Baca Villamizar y Baltasar Méndez. Si sabían lo que valían y lo que producían mis fincas”.

En enero de 1792 el Inspector General del Real Cuerpo de Artillería cursa el memorial presentado por mi prometido en solicitud de la licencia para casarse. La ilusión sostenía mi espera, como las alas sostienen a las aves en el aire, aguardando un veredicto favorable, para bajar a la tierra y disfrutar de él.

Mi pretendiente se incorporó al primer curso de “Estudios Sublimes” en la Cátedra de Química de Segovia el 1 de febrero, día de su inauguración. Impartida por el eminente químico Louis Proust, que había sido contratado por el Gobierno mediante un acuerdo entre los reyes Carlos III y Louis XVI, tenía por finalidad instruir en Química y Metalurgia a los oficiales artilleros, promover la industria tintorera en la ciudad y adiestrar a fundidores para los

establecimientos fabriles del Cuerpo de Artillería.

Las clases eran públicas, pudiendo asistir personas “decentes” de ambos sexos con el fin de instruirse o practicar más convenientemente la Metalurgia, la Medicina, la Cirugía, la Farmacia o cualquier otro Arte en que se aplicara esta ciencia. Se dictaban en el Laboratorio del Real Colegio, conocido como la Casa de la Química, ubicado en la plazoleta del Alcázar. Era el mejor Laboratorio de Química de Europa, y por consiguiente, el prestigio de los oficiales formados en él era indiscutible.

Rememoro los antecedentes históricos y curiosidades que le narraron a Mariano el primer día de clase. Me los refirió nada más vernos, por estar relacionados con su querido Alcázar, del que me había contado algunas anécdotas el día que nos conocimos. Hacía poco tiempo que habíamos empezado a tutearnos.

— Petra... ¿sabías que, en el siglo XIII, Alfonso X poseía unos grandes laboratorios de Alquimia y Astronomía en una torre de la Fortaleza? Según cuenta la tradición, algunas noches salían de ella luces rojas y verdes y otras, luminarias que producían un lúgubre resplandor. Esto era observado con pavor por los atónitos segovianos, que lo atribuían a cosa de magia o de brujería.

—¡No, no lo sabía, Mariano! ¿Un rey científico? ¡Qué curioso! ¿Y qué hacía allí?

—En esos laboratorios el Rey Sabio, rodeado de varios colaboradores, llevó a cabo multitud de experimentos y preparó diversas pócimas encaminadas a encontrar compuestos para paliar las enfermedades y conseguir la riqueza, junto a otros ensayos relativos a esencias, metales y combustibles. Era una persona dotada de un brillante espíritu y de extraordinarios conocimientos, casi enciclopédicos, que compartía con su preocupación por el bienestar de sus súbditos.

—Y, dime, ¿se conocen sus trabajos?

—¡Claro, Petra! Dejó constancia de ellos en numerosas obras sobre diferentes áreas del saber, literario, científico, jurídico e histórico, redactadas en su escritorio real. Patrocinaba, supervisaba y a veces participaba en su propia escritura en colaboración con un grupo de intelectuales latinos, islámicos y hebreos, conocido como Escuela de Traductores de Toledo. Entre ellas, once obras de Alquimia, en una de las cuales describe un artefacto empleado por los artilleros, el “fuego griego”, una de las composiciones que llevaban los proyectiles especiales de los siglos pasados.

—¿Mariano, realmente Alfonso X era una persona sabia?

—¡Así es, Petra! Gracias a él y a sus laboratorios, el Alcázar de Segovia se convirtió en el establecimiento de España donde más descubrimientos científicos tuvieron lugar en su época.

...Recuerdo el día de la boda.

Mariano estaba convencido de que yo era la mujer de su vida y, aunque me había expuesto su idea de cuándo deseaba casarse, cambió de opinión. No quiso esperar más para demostrarme su amor ante los ojos de Dios, después que el fiscal militar diera el visto bueno a la autorización para el casamiento y el Consejo de Guerra de Gobierno firmara la concesión correspondiente.

Cuando Mariano me lo comunicó, las alas de mi ilusión me hicieron bajar a la tierra y el nerviosismo propio por la impaciencia que me invadía se tornó en una gran sensación de tranquilidad y mi gozo fue inmenso.

El 20 de marzo de 1792, encontrándose en pleno curso, se cumplieron mis deseos. Tal como me había sugerido mi ama, yo estaba siguiendo el consejo de Beethoven: “Haz lo necesario para lograr tu más ardiente deseo, y acabarás lográndolo”. Contrajimos matrimonio cuando yo tenía diecinueve años y él veintiséis.

Fue el día más esperado de mi vida y con el que siempre había soñado, haciéndose realidad ante el Altísimo en la Capilla Castrense de Santa Bárbara en la Iglesia Catedral de Segovia, donde habíamos asistido juntos a Misa muchas veces. El escenario era inigualable, un majestuoso templo de estilo gótico con vestigios renacentistas edificado entre los siglos XVI y XVIII, conocido como la Dama de las Catedrales.

Mi ama Josefa nuevamente suplió la ausencia de mi querida madre, ¡Dios la tenga en su Gloria!, tanto con los preparativos propios de la ocasión como con el cariño que me transmitía en todo momento. Siempre estaba a mi lado con una palabra de aliento, dándome consejos, compartiendo mi felicidad y a veces también mis desdichas.

¡Qué vestido tan primoroso llevé! y ¡cómo llamó la atención! Era de satén blanco, largo, con corte evasé ceñido a la cintura y con una espléndida cola, unos bonitos adornos de raso, mangas a medio brazo y cuello realzado con un discreto escote. Lo complementé con unos finos zapatos de tacón forrados con la misma tela y unos guantes largos de satén. Llevaba el pelo recogido detrás con una peineta y en mis manos sujetaba un precioso ramo de camelias blancas atado con un gran lazo de color rosa.

Mis tocados personales eran muy discretos y apropiados para la ocasión: unos espléndidos pendientes de perlas blancas, pertenecientes a mi querida madre, el anillo de pedida y un llamativo colgante de oro con un grabado de Santa Bárbara por una cara y el escudo de Artillería por la otra, regalo de mi prometido que ya nunca me volvería a quitar.

Mariano lucía su vistoso uniforme de gala de subteniente de Artillería y de su cinturón colgaba un reluciente sable provisto de una bonita y artística empuñadura con el escudo del Arma.

El director espiritual del Colegio nos auxilió en la doctrina cristiana y mi tío Pablo, con el padre de Mariano, organizó la ceremonia con un entusiasmo indescriptible. Fue oficiada por el Presbítero de Segovia y fueron testigos los vecinos de la ciudad Juan de Bartolomé, Alfonso Navas y Agustín González.

La capilla desbordaba colorido. Al brillante dorado de su retablo y de sus imágenes se unían los llamativos colores de los adornos florales, a base de rosas blancas y rojas, que desprendían un agradable aroma a recién cortadas. A derecha e izquierda del soberbio y reluciente altar, dos grandes búcaros de porcelana repletos de lirios y nardos.

Cuando todos los invitados, vistiendo elegantemente, estuvieron acomodados inicié la entrada al templo. Me dirigí al altar del brazo del padrino, mi tío Pablo, mientras sonaba el precioso “Canticorum Jubilo” de Haendel. Allí estaba esperándome mi prometido, acompañado de la madrina, su tía Isabel.

Recuerdo haber escuchado solamente las palabras de introducción a la Misa pronunciadas por el oficiante, pues durante su transcurso me sentía como en una nube. No oía otras voces que las de mi felicidad. Mis pensamientos apenas me dejaban prestar atención a la oratoria del páter y desperté de ellos en el momento de los esponsales.

Terminada la ceremonia salí del brazo de mí reciente esposo a los acordes de la Marcha Nupcial de Mendelssohn. Al pisar el umbral del Templo los asistentes comenzaron a saludarnos y a felicitarnos y, ya en las afueras, a lanzarnos pétalos de rosas y arroz sobre nuestras cabezas.

Luís Daoíz y cinco oficiales más, compañeros de promoción de Mariano, nos sorprendieron gratamente haciendo un arco con las hojas de sus relumbrantes sables. Pasamos por debajo, mientras nos deleitaban con sus bonitos piropos, y al terminar se acercaron a nosotros para desearnos toda clase de parabienes y felicidades.

Primero lo hizo Luís Daoíz, de quién recuerdo sus palabras:

—Querido amigo Mariano, os deseo la mayor dicha y ventura.

Le dio un fuerte abrazo y Mariano le respondió:

—Luís, querido amigo, ¡Qué detalle! Seguro que eres el promotor de esto.

—Bueno..., no solo yo, lo decidimos entre varios compañeros, ya sabes....

—¡Mil gracias, Dios os lo pague!

Después se dirigió a mí, me dio un beso en cada mejilla y me dijo:

—Petra, ¡enhorabuena! Deberás tener paciencia. Aprenderá a compartir la milicia contigo.

—Qué remedio, lo había asumido desde que le conocí. ¡Gracias, Luís!, —le contesté.

—¡Será un buen marido, verás!

Al terminar los saludos y las felicitaciones de los asistentes, lancé el ramo de novia hacia atrás, adonde se encontraban mis amigas. Después cogí de la mano a Mariano, le miré a los ojos, le di un apasionado beso de amor y, presa de emociones contrapuestas, los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¡Querida Petra, no llores! Sabes que las lágrimas muchas veces representan sentimientos que no se pueden expresar con palabras, intenta interpretar lo que sientes ahora, te encontrarás mejor, —me dijo.

—¡Mi amor, lo sé! Es que se trata de una mezcla de muchos sentimientos. El ambiente, mis amigas y tanta emoción me han hecho revivir el recuerdo de mis queridos padres. ¡Los añoro tanto! ¡Me hacían tan feliz! ¡Hace tanto que me faltan! ¡Me hacen tanta falta!

—Te comprendo, amor mío. Ahora sosiégate y disfruta del momento. Tendrás en mí esa familia que te falta.

—Tus palabras me consuelan. ¡Gracias! ¡Te quiero! Yo también siento la ausencia de tu madre. ¡Intentaré suplir su cariño!

Desde la puerta de la Catedral contemplamos una muchedumbre que llenaba la plaza en los alrededores del Templo. Eran arrendatarios, vecinos, amigos y conocidos míos o de Mariano, que teniendo noticia de nuestro enlace no se querían perder el vernos y algunos felicitarnos. También, muchos transeúntes, al presenciar el revuelo, se aproximaban para curiosar. En cuanto salimos del recinto del Templo y pisamos la plaza, oímos un gran aplauso mezclado con el tañido de campanas.

Este ambiente me hizo rememorar un importante acto histórico, que había tenido lugar a la vista de donde nos hallábamos el día 13 de diciembre de

1474, mientras nos dirigíamos hacia nuestro carruaje. La princesa Isabel la Católica, acomodada en un estrado delante de la puerta de la Iglesia de San Miguel, era proclamada reina de Castilla. Entre los aplausos y los eufóricos vítores del pueblo que llenaba la Plaza, se oían las campanas de todas las iglesias de la ciudad y las salvas de la artillería desplegada en el Alcázar.

La diferencia de este ambiente con el que estaba viviendo era que los alumnos de Mariano no hicieron tronar la artillería asentada en el Alcázar para nosotros, pero yo me la imaginaba por los fuertes latidos de mi corazón, a causa de la dicha tan grande que me embargaba.

Subimos a la calesa y nos marchamos a casa.

6.

COMIENZA MI VIDA DE CASADA

...Recuerdo mi vida de recién casada.

Nos quedamos a vivir en Segovia. Yo tenía un buen estatus social, poseía una magnífica casa, con los armarios repletos de lindos vestidos y la cómoda de mi alcoba llena de valiosas joyas, y disfrutaba de las rentas de mis múltiples propiedades. Sólo me faltaba un buen marido para formar una familia y lo acababa de conseguir. Ya poseía cuanto puede desear una jovencita y sobre todo el amor que nos profesábamos, que pronto se materializaría en el embarazo de nuestro primogénito.

Me sentía como una alegre mariposa, a la que Dios había dotado de grandes y relucientes alas de preciosos colores y a la que no le faltaba alimento, pues podía volar libremente sobre múltiples campos de fértil naturaleza para travesear y libar en sus variadas y deliciosas flores.

Mariano, amén de sus rentas en Teruel, tenía un apasionante trabajo. No nos podíamos quejar. ¡Éramos muy afortunados!

Un día a principio de mayo de 1792, cuando me encontraba en el salón, pensativa, entró Mariano, al terminar su jornada de trabajo, me dio un beso y me dijo:

—Petra, ¿qué te pasa, estabas ensimismada?

—Mi amor, solo pensando en cuan afortunados somos. ¿Cómo te fue?

Mariano se sentó a mi lado, me cogió de la mano y me contestó:

—¡Muy bien! Traigo dos noticias.

Cuando se dice esto es que una de las noticias suele ser mala, y a mí, que estaba alegre, se me apagó la sonrisa y le dije:

—Suelta la mala, ¡anda!

—No, mujer, alegre esa cara, son buenas las dos. Verás, ya hemos terminado el curso de Química, ha sido muy interesante.

Yo no estaba muy convencida de la bondad de la otra noticia y le pregunté:

—¿Y la otra?

—Pues, que he ascendido a teniente y me quedo en el Colegio como profesor de Química.

Mi semblante volvió a transformarse mostrando una amplia sonrisa y le contesté:

—¡Enhorabuena!, ¡bien!, así seguiremos en nuestra tierra y tú de

profesor, es lo que te gusta.

Mi esposo permaneció en el Colegio de Artillería como profesor de la nueva ciencia. Era su primera experiencia en la enseñanza, a la que dedicaría muchas horas de su vida, entregándose a ella con un entusiasmo indescriptible.

Casi siempre, al finalizar las clases, Mariano se quedaba en el trabajo algunas horas más. Yo estaba intrigada haciendo cábalas sobre por qué lo hacía. Aunque me lo imaginaba, para confirmarlo y aplacar mi curiosidad, pasados unos días se lo pregunté:

—¿Mi amor, por qué llegas tan tarde? ¿Te ha surgido algún imprevisto?

Se quedó un instante pensativo, como si su proceder entrara dentro de la normalidad y no fuera necesario hablar de ello, mas enseguida me contestó:

—¡No, querida, estoy bien! Lo que sucede es que cuando termino la jornada me quedo un rato más en el Colegio para preparar las clases del día siguiente y, a veces, se me va el santo al cielo.

—Y dime... ¿por qué no lo haces en casa?

—Es que lo hago en la biblioteca del Colegio. Por cierto... ¿sabías que es una de las mejores bibliotecas científicas del mundo?

—Ya me habías referido algo y tuve ocasión de ver parte de ella el día de mi puesta de largo, pero no sabía que fuera tan importante. ¿Por qué allí?

—Porque tanto a los artilleros como a los ingenieros, oficiales de las “Armas Sabias”, hay que enseñarles con todo detalle lo preciso para su formación científico- técnica y en la biblioteca estudio cuanto necesito. “Así como las abejas llevan el polen de una flor a otra, los libros llevan el conocimiento de una inteligencia a otra”.

—¿Mi amor, es qué no es suficiente con los libros de texto y los apuntes que les dictas en clase?

—¡No, Petra, no! En la biblioteca amplío con tranquilidad los distintos temas de su programa y contrasto opiniones. Según el catálogo que elaboró nuestro profesor Dátoli, tiene casi tres mil volúmenes en latín y en los principales idiomas europeos. Se trata de una acreditada institución de primer orden con fondos de todas las ramas del conocimiento que precisan los cadetes.

—Recuerdo me dijiste que también incluye una colección de memorias y publicaciones de hasta veinticuatro Academias y Sociedades Científicas europeas.

—¡Efectivamente! Cómo ves, esta biblioteca constituye un auténtico santuario del saber, un “Templo de Minerva”, junto con el propio Colegio. Así como un campo, aunque sea fértil, no puede dar frutos si no se cultiva, así le sucede a nuestro espíritu si no se cultiva con el estudio.

—Mariano, es un privilegio tener a tu disposición tanto conocimiento. Si puedo serte útil en algo, dímelo.

—Lo tendré presente, querida. ¡Te lo agradezco!

...Recuerdo la primera partida de Mariano al frente.

Dulce había sido nuestro primer año de matrimonio, mas, un acontecimiento vino a ponerle unas gotas de amargor, no por desavenencias propias sino por causas ajenas a nuestras voluntades. Desgraciadamente, mi marido estuvo poco tiempo en ese destino. Llevábamos varios años preocupados a causa de la situación del País, pues aunque Carlos IV había recobrado la supremacía en política exterior y había avanzado por la senda de la modernidad en política interior, la Revolución Francesa se cernía sobre nuestras cabezas, como una “Espada de Damocles”, paralizando las reformas que habían comenzado a practicarse.

Mi preocupación se transformó en verdadero desasosiego cuando llegó Mariano a casa un día de marzo de 1793 y me dio una noticia, más desagradable que inesperada. Al ver su rostro de circunstancias le pregunté:

—Mi amor, ¿pasa algo?

—Petra, ven, siéntate a mi lado, —me dijo.

—¡Huy, ese tono! Te vas, ¿verdad?

—¡Sí, mi bien!, no hay más remedio. Hemos declarado la guerra a Francia y tengo que ir a Cataluña, a combatir.

—¡Uff..!, en qué mal momento cariño, tan solo llevamos un año casados y yo encinta. ¿No pueden mandar a otro?

—¡Ojalá, querida!

—Entonces, no estarás para el nacimiento de tu primogénito.

—¡Ya!, me da mucha pena, mas ¿qué puedo hacer yo? Es una orden.

—Pero, eso es muy peligroso. Temo por tu vida,

—Querida Petra, sabes perfectamente que si lo rehúyo perdería mi carrera.

—¡Está bien..., está bien! Cuando haya alegrías las festejaremos juntos, ahora que hay penas las compartiremos.

En esta conversación recordé las palabras de mi ama Josefa. ¡Cuánta

razón la asistía! Yo tenía que encajar su profesión en mi vida y no era nada fácil; de lo contrario, como estas peligrosas ausencias se repitieran mucho, terminaría trastornándome. Sabía cuándo tenía que marcharse pero no sabía cuándo volvería, ni si lo haría con vida.

España había declarado la guerra a Francia y, a los pocos meses, mi esposo tuvo que incorporarse a la Brigada de Artillería de Cataluña. Tenía por misión tomar parte, con los revolucionarios galos, en la Campaña contra la Convención Nacional Francesa, cuyo objetivo era hacer una incursión en el país vecino para apropiarse del territorio vecino del Rosellón.

Mariano, gran entusiasta de la Mitología, desde este momento, se debatiría frecuentemente entre la influencia de dos divinidades romanas: Marte y Minerva. Ahora, en sus cometidos en guerra, en la del poderoso Marte, antiguo dios de la fecundidad, que pasaría a serlo de la guerra en su faceta más brutal y sangrienta. Por otro lado, en sus destinos como profesor, los de la culta Minerva, diosa de la sabiduría, que terminaría siéndolo también de la guerra, pero concebida como una cuestión técnica, fruto de la inteligencia y de una astuta manipulación de la trama del conflicto, por lo que sería adoptada como la diosa de la sabiduría, de las artes y de la ciencia de la guerra.

También, desde este momento yo me debatiría continuamente entre dos sentimientos encontrados, entre la alegría y la tristeza, entre la felicidad y la desdicha, entre la esperanza y la desesperación, precisamente los altos y bajos sentimentales pronosticados por mi horóscopo. Ahora, luchaba con denuedo entre la alegría y la tristeza, pues extraño es el amor que no pone condiciones y el mío acababa de imponerme una muy penosa, que me seguiría insistentemente el resto de mi vida. Hacía menos de un año que estaba casada y ya iba a vivir la insoportable experiencia de la soledad, muy a mi pesar y con el consiguiente disgusto de mi marido. Aunque ya estaba preparada para ello, la ocasión no podía ser más inoportuna, ya que esperábamos a nuestro primer hijo. La paz y la alegría que me embargaba desde que me casé con Mariano comenzaban a transformarse en desazón y tristeza por su ausencia sin perspectiva de fecha de regreso.

Cuando me despedí de él la angustia se apoderó de todo mi ser; de mi boca salió simplemente un “adiós”, pero en mi cabeza se cruzaron los pensamientos de un “adiós, hasta pronto” y un “adiós, para siempre”. Es lo que puede suceder cuando uno se va a la guerra.

Desde entonces los días se me hacían interminables. Pasaba las noches en vela, cavilando sobre su estado y esperando sus anheladas noticias y no dejaba de pensar en su regreso y en nuestro futuro hijo, que él no vería nacer por culpa de la contienda. Como la ausencia disminuye las pequeñas pasiones y aumenta las grandes, lo mismo que el viento apaga las velas y aviva las hogueras, sentía que mi amor por él crecía cada vez más y más, lo mismo que sentía crecer la semilla que había plantado en mi vientre. Todo ello aumentaba mi desesperación y hacía más penosa su ausencia.

Para evadirme visitaba frecuentemente a los arrendatarios de mis casas, huertas, molinos y viñedos de Segovia y Coca y a los renteros de granos de mis heredades en Villacastín y Fuentepelayo. A Dios gracias mi querido tío Pablo lo controlaba y administraba todo a la perfección, aunque a veces era preciso tratar algunos asuntos directamente con ellos y yo le acompañaba con frecuencia, porque quería conocerlos y aprender a gestionar mis propiedades.

Vivía en una constante tensión; cuando el tiempo transcurría sin recibir noticias de mi marido me imaginaba que estaría pasando por un mal trance. Únicamente recibía algún consuelo con las palabras de aliento de mis amas cuando me decían que era un gran hombre, que conocía muy bien su profesión y que nada malo le pasaría. A pesar de ello sus palabras no me devolvían la paz y no la tendría hasta que me llegara algún correo suyo.

Igual que las plantas esperan a que su flor sea polinizada y después a que salga y madure el fruto, yo esperaba impaciente sus noticias para que brotara el fruto de mi deseo y que este alimentara mi ilusión. Pero, cuando al fin tuve sus noticias, la ilusión que esperaba devolver el sosiego a mi alma se tornó en un cruel desvarío que aumentó todavía más mi pesadumbre. Las nuevas me llegaron en forma de un inquietante comunicado de la Comandancia Militar, que trajo a casa un oficial.

—Doña Petra, lo siento, —me dijo, a la vez que me entregaba un sobre.

—Gracias, oficial, me deja usted preocupada, —le contesté.

Abrí el sobre con gran nerviosismo y dentro había una nota con los últimos desaparecidos en el frente, entre los que figuraba mi marido. El fruto de mi ilusión seguía sin brotar y ni un minuto de sueño pude conciliar durante muchos días al no poder apartar de mi cabeza, repleta de tribulaciones, tan mala noticia. Mi desesperación llegó a un punto irresistible.

Por fin, después de casi medio año de la partida de Mariano, un día de agosto me llegó su primera carta. La abrí con recelo, pues, ¿la habría escrito

antes o después de que le dieran por desaparecido? Cuando comprobé que la fecha era posterior a la del fatídico comunicado, mi dicha fue tan grande que, antes de leerla, no pude reprimir el soltar unas exclamaciones de júbilo. Mis amas al escuchar: ¡Albricias..., albricias...! acudieron prestas para ver lo que acontecía.

—¡Josefa..., Fuencisla! ¡Acaba de llegar una misiva de Mariano! ¡Está vivo! ¡Qué alegría!

—Señora, si está temblando. ¡Sosiéguese! ¡Vamos, léala!, —respondió Josefa.

—Querida Josefa ¿por qué me das ese tratamiento? ¿Es que ya no soy tu niña?

—¡Cariño, claro que sigues siendo mi niña! Lo que pasa es que ahora eres una mujer casada y debo tratarte como a tu marido. Todo el mundo debe observar que os trato con respeto y tengo que acostumbrarme, pero eso no significa que ya no te quiera como si fueras mi propia hija.

Comencé a leer la epístola para mí, imaginándome las palabras saliendo de la boca de Mariano, como si estuviera soñando. Enseguida las amas me hicieron despertar.

—Señora... ¡Hable, por favor! ¿Qué dice? ¿Cómo está? Nos tiene en vilo, —inquirió Fuencisla.

— Bueno... dice que está bien, aunque con las estrecheces propias de la situación, que nos echa mucho de menos y que las circunstancias le han impedido escribir antes, como tanto anhelaba. Además de recordarme su gran amor y su deseo de estar junto a mí, me comunica que se halla al mando de una batería del Ejército del general Ricardos, cuyo cuartel maestro general es Morla y que tiene de compañero a su querido amigo Luís Daoíz. Termina relatando una de sus arriesgadas intervenciones en la guerra, durante el asedio a la importante fortaleza de Bellegarde. Dice que la acción de nuestra artillería, durante los cuarenta días del cerco, fue definitiva para el desenlace de la operación.

Después, a las palabras de aliento de mis amas se unieron las que Mariano me enviaba en su correo, haciendo que poco a poco me fuera acostumbrando a su ausencia y recobrando la serenidad para poder dedicarme en cuerpo y alma al hijo venidero, sin transmitirle malas vibraciones.

Aunque deseaba contestarle cuanto antes, me reprimía recordando sus palabras de que no tenía una residencia fija, ya que se movía de acuerdo con las necesidades de las operaciones. Pero cuando nació su primogénito la

impaciencia me ganó y no pude esperar más, me lancé para decírselo, le llegara o no mi correo.

Memoro que le escribí en la primavera de 1794, a los pocos días del alumbramiento. Ardía en deseos de comunicárselo, decirle que todo había salido bien y que le había bautizado con el nombre de Dionisio, según habíamos acordado, porque, como el agua estancada, todo deseo estancado es una ponzoña y hay que echarlo fuera cuanto antes.

El tiempo pasaba y a la esperanza de que Mariano recibiera mi carta le siguió una gran desesperación, pues pasaban los meses y no me llegaba su respuesta. Me ponía en lo peor y me imaginaba que le podía haber ocurrido alguna fatalidad. Hasta septiembre del año siguiente estuve sin saber de él. ¡Dios mío, cuánto tiempo! Entonces recibí otra agradable e importante misiva suya. Quise compartir mi alegría con mis queridas amas, pues la alegría compartida es doble alegría y las llamé para leerles el final:

—¡Josefa..., Fuencisla... venid! Acaba de llegar otra epístola de Mariano, —les anuncié.

—¿Qué dice, está bien?, —preguntó Josefa.

—Seguro que se muere por volver para ver a la preciosidad de hijo que tiene, —dijo Fuencisla.

—¡Prestad oídos! Os leo un párrafo: Petra, mi amor, os llevo en mi pensamiento a todas horas, el deseo de volver a estar con vosotros es la esperanza que me mantiene con vida y mitiga mi desesperación por no haber podido contestar antes a tu carta. La contienda terminó el 22 de julio con la Paz de Basilea. El día 4 de septiembre fui graduado de capitán y me han concedido unos días de permiso, que aprovecharé para pasarlos con vosotros ¡Ardo en deseos de veros y sobre todo a nuestro hijo!

Cuando terminé, mis amas me abrazaron mientras se deshacían en lisonjas hacia él. Lo admiraban porque me adoraba y a ellas las quería mucho.

...Recuerdo el permiso que disfrutó Mariano en Segovia.

A principios de enero de 1796 me llevé la más grata sorpresa que podía recibir. El fruto de mi ilusión al fin había madurado. Estaba entrada la noche cuando llamaron a la puerta. Abrió Josefa y exclamó:

—¡Es el señor! ¿Don Mariano, cómo está?

—¡Bien..., bien!, toma, ¿y mi esposa?

—Está en el salón, señor.

Mariano le entregó el equipaje de mano y vino hacia mí. Yo, que les había oído, y estaba pensativa, me levanté del sillón, fui a su encuentro y me arrojé a sus brazos, saboreé la dulzura de sus besos y sus tiernas caricias y, dado el persuasivo lenguaje de las lágrimas, que aparecieron súbitamente en mis ojos, sólo pude exclamar:

—Mariano, cariño, ¡qué sorpresa!, precisamente estaba volviendo a leer tu carta.

—Petra, mi amor, ¡qué ganas tenía de veros!

—¡Y yo a ti!

¡Si estás preciosa! Deseaba tanto abrazarte, pero cuéntame, ¿cómo estáis?, ¿y el niño?

—Todos bien, ¿y tú, parece cansado?

—¡Ya ves!, ha sido un viaje muy largo y tedioso. He viajado durante dos días en diligencia y he dormido muy mal en las casas de postas del camino.

—Cuanto te he añorado y cuan preocupados estábamos por ti. Cuando me comunicaron que te habían dado por desaparecido en el frente casi me muerdo de la angustia tan grande que me entró. ¿Qué te pasó?

—Verás, tras el ataque a Bellegarde, realicé una incursión con alguno de mis hombres para comprobar el estado de la fortaleza y, ante la aparición de un grupo enemigo, tuvimos que permanecer escondidos varios días. Al ver que tardábamos en regresar nos dieron por desaparecidos. Esos días se me hicieron una eternidad, pensando en vosotros, en cómo estarías llevando tu embarazo y el parto y como estaría creciendo el pequeñín.

—Querido, eso era lo que menos me preocupaba, todo fue bien, gracias a Dios.

Llamé a Josefa para que trajera al niño, que le acababa de acostar.

—Pero, dime, ¿a qué es lindo tu hijo?

—Este renacuajo, es Dioni, ¡claro que es guapo!

Mariano lo cogió en brazos, le dio un delicado beso en la mejilla, lo mecía un poco y le dio un caballito de juguete que le había traído y, que el niño me enseñaba insistentemente, balbuceando:

—“Peta..., Peta..., mia..., mia...”.

— ¡Anda!, si repite mi nombre, —exclamé.

—¡Mira por dónde!, desde ahora te llamaré cariñosamente Peta, bueno, Peti es más bonito, —contestó Mariano.

—Mi amor, ya te quedas en Segovia, ¿no?

—¡No... no, Peti! He venido con dos semanas de permiso.

—¡Qué cruel y despiadado es el destino! Lo que nos da con la mano derecha nos lo quita con la izquierda.

—Bueno, ahora cena un poco, que vendrás muerto de hambre y te bañas, que la cama nos está esperando.

Las amas y Dioni se retiraron a sus alcobas y mientras cenaba mi marido le preparé una tina con agua caliente. Después del refrigerio se hizo realidad su deseo de darse un buen baño. Le ayudé a enjabonarse y a secarse y al terminar me dio las gracias con un dulce beso mientras me rodeaba con sus brazos. ¡Saltó la chispa! Continuamos prodigándonos abrazos y caricias cuyo broche final fue un apasionado e interminable beso de amor. De esta forma entramos en el dormitorio y, sin más preámbulos, él se puso el pijama, yo el camisón y nos metimos en el lecho. Así como la ausencia disminuye las pasiones mediocres e intensifica las sublimes, su ausencia había intensificado nuestra pasión y continuamos demostrándonos nuestro amor a pesar del cansancio que acusaba Mariano. No dejamos de amarnos durante toda la noche y cuando me levanté tuve el presentimiento de que un nuevo ser había comenzado a gestarse en mis entrañas.

El gozo de mi marido era incontenible por la vuelta a casa y por ver a su primogénito por primera vez, dando los primeros pasos y balbuceando mi nombre. Mi gozo también era inmenso, porque podía estrecharle entre mis brazos. Mas la alegría es un bien efímero y su corto permiso estaba a punto de expirar. Yo no quería pensar en ese día y todas las noches me entregaba a él con desmedido frenesí para que regresara a Cataluña saciado de mi amor.

Llegó el día de la partida. Su estancia en Segovia se me había hecho cortísima. Le acompañé hasta la Casa de Postas para coger la diligencia y, esperando su llegada, de nuevo, la despedida. Le abracé fuertemente, le besé una y mil veces mientras le acariciaba la cara y le dije:

—Mi amor, otra vez te vas, mas tengo el presentimiento de que me has dejado otro regalito.

—Bueno... ya no estamos en guerra. Volveré en la primera vacante que se produzca en el Colegio. A ver si esta vez tengo suerte y estoy para el nacimiento; tus presentimientos siempre se convierten en realidad.

—¿Y si la vacante no se produce pronto? ¡Ya no aguantaría más estar tanto tiempo lejos de ti!

—En ese caso, como ya no tengo que vivir acuartelado, buscaré casa en Barcelona y vendré a buscaros.

Mariano se subió a la diligencia y, mientras se alejaba, sin dejar de

mirarme por la ventanilla, le despedí agitando la mano hasta que le perdí de vista; esta vez no pasó por mi mente otro pensamiento que el “adiós, hasta pronto”. Regresé a casa. Me senté en una silla de la cocina y me quedé pensativa, entre alegre y triste, presa de estos dos sentimientos contrapuestos que llenaban mi cabeza y mi corazón.

Josefa, que me había oído llegar, al encontrarme ensimismada, me preguntó:

—Señora..., mi niña, ¡está triste!, lo comprendo.

—Querida Josefa, no es solo tristeza lo que inunda mi corazón.

—Entonces... ¿qué te pasa?

—Es que estoy hecha un buen lío. Contenta porque acabo de estar con mi marido, y a la vez triste porque se ha marchado. Estoy contenta porque presiento que voy a traer otro hijo al mundo, y a la vez triste al pensar que su padre no estará para el alumbramiento. Estoy contenta porque la guerra ha terminado y Mariano ya no corre peligro, y a la vez triste porque tenemos que seguir separados.

—Cariño, ¡levanta ese ánimo! Sabes que la alegría y la tristeza son sentimientos inseparables, y así como las alegrías duran poco, tampoco los pesares son muy duraderos. Ten presente que una alegría esparce cien pesares. ¡Regocíjate pensando sólo en las cosas alegres que te han pasado y en las que están por venir!

—Ama, ya sé que esos sentimientos son inseparables, pero también están enfrentados y pugnan por ocupar un lugar en mi mente y en mi alma; me están produciendo un tremendo dolor de cabeza y me está entrando la desesperación.

—Sosiégate, eres una mujer enamorada y, como sabes, “la raíz de todas las pasiones es el amor”. De él nace la tristeza, la alegría, el gozo y la desesperación. Procura evitar los pensamientos tristes y que tu alegría no sea fruto de unas circunstancias favorables, sino de ti misma, de lo que tú posees, de tus hijos, de la esperanza de reunirte pronto con tu marido.

Por la mañana, cuando me levanté, el dolor de cabeza no me había desaparecido todavía. Las emociones de la víspera quedaban lejanas, mas su lugar lo ocupó una lamentable perplejidad, una honda decepción y una pesadumbre antes desconocida. Era la pesadumbre de tener muy lejos a quien amas y de sentirlo muy dentro, de querer besarlo y no poder hacerlo, de tener ganas de llorar a solas, de odiar las amargas noches en la soledad de mi alcoba y de estar llena de vida y no tener ganas de vivirla. Era como si algo

se estuviese muriendo dentro de mí y me rebelaba para que no sucediese; un calvario, sin consuelo, que solo podría aliviar la presencia de mi gran amor.

Pronto se confirmó mi presentimiento. La noche de tan intensa entrega amorosa por la bienvenida a Mariano sería el preludio de otros once meses, sin su presencia, sintiendo crecer en mis entrañas el fruto de tanta pasión desatada. A mediados de 1796 alumbré a una preciosa niña, que bautizamos en la Iglesia Castrense con el nombre de Juana.

Uno de los sentimientos que tuve cuando partió Mariano, motivo de la tristeza y de la posterior pesadumbre que me invadieron, era fundado; de nuevo tuve que parir sin tenerlo a mi lado, sin sentir su cariño, sin poder asir su mano y sin oír sus dulces palabras de aliento y consuelo, que me hubieran hecho más llevadero tan doloroso y a la vez gozoso lance.

...Recuerdo la marcha de la familia a Barcelona.

Había nacido nuestra hija y todavía no se había producido la tan deseada vacante que esperaba Mariano, por lo que no quiso esperar más para reunirse con su familia y a principios de 1797 vino a Segovia para recogernos y llevarnos con él a Barcelona. Y la historia volvió a repetirse, nuevamente le recibiría con el fruto de la simiente que me había plantado la última vez que vino de permiso y, después de tanta ausencia, volvería a plantarme otra.

El día de su llegada, como no podía a ser de otra forma, ocurrió lo inevitable. Por la noche él me hizo entrega del mejor regalo que pudo traerme y yo le di la bienvenida de la mejor forma que sabía y acostumbraba a hacerlo. Nuestros insistentes y apasionados besos y caricias nos llevaron a amarnos intensamente, una y otra vez, solamente interrumpidos por algunos lloriqueos de la bebita Juani. Un nuevo embarazo comenzó a gestarse, mas esta vez, tal como se estaban desarrollando las cosas, me disponía a viajar llena de esperanza, a sabiendas de que mi marido me acompañaría en el alumbramiento, aunque fuera lejos de mi tierra.

Preparamos la marcha rápidamente, pues ya tenía prevista la mudanza. Organizamos dos carruajes con los enseres de la casa, libros y ropas y, cuando todo estuvo listo, nos pusimos en marcha. Delante íbamos mi marido, la bebita y yo; detrás, nuestras dos fieles amas con el pequeño Dionisio. Hicimos el viaje por las vías de las Carreras de Postas: desde Segovia hasta Madrid, de Madrid a Soria, desviándonos en la villa de Lodaes hacia Zaragoza y de allí a Barcelona. Aprovechamos las fondas de las numerosas

Casas de Postas existentes en el camino para descansar, hacer las comidas principales y dormir, y sus establos para darle al ganado reposo, pienso y abrevadero. Después de tres interminables y fatigosas jornadas llegamos a nuestro destino.

En Barcelona seguían cumpliéndose los vaticinios de mi horóscopo sobre el amor a los niños y al matrimonio. A principios de 1798 alumbré a nuestro tercer hijo, otra hermosa niña, a la que bautizamos con el nombre de María. En agosto del año siguiente me quedé nuevamente embarazada y al poco tiempo recibí una alarmante epístola de mi tío Pablo.

7.

EL NACIMIENTO DE MI HIJO JOSÉ

Recuerdo la venida de José al mundo....

Mi tío Pablo me comunicaba que era necesaria mi presencia en Segovia, pues había problemas con algunas propiedades y no quería tomar las decisiones él solo. Por eso decidí regresar, lo que hice con toda la prole y mis dos amas. Además, así podría dar a luz en mi querida tierra, asistida por mis amas y el galeno de la familia.

En mi casa, contigua a la Plaza Mayor, rodeada de mis pequeños y de mis queridas amas, y cerca de mis tíos, esperaba ansiosa la venida del cuarto hijo y el regreso de mi marido. El 4 de mayo de 1800, al levantarme después de desayunar, me llevé un enorme susto, me sentía muy mal, me entró un fuerte dolor en la barriga y empecé a sangrar.

— ¡Dios mío!, —exclamé. ¡Voy a perder el niño!

Josefa, que oyó mis lamentos, acudió enseguida para socorrerme, me ayudó a meterme en la cama y le dijo a Fuencisla que se apremiara para avisar al físico. Yo necesitaba distraerme y, entre sollozos, empecé a hablarle:

—Josefa, que feliz fui en Barcelona, donde alumbré a María y me quedé embarazada del hijo que estoy esperando, que también habría nacido allí si mi tío Pablo no hubiera requerido mi presencia en Segovia. Si antes termino de decirle esto, antes rompo aguas y empiezan a venirme las contracciones del parto.

Josefa me asistió en el lance, me hablaba mientras me secaba el sudor que brotaba de mi frente y después de un buen rato soltó una exclamación:

—¡Sosiéguese, señora! Respire profundo, el niño asoma.

—Josefa, ¡albricias! ¡Qué susto me había llevado! Creí que lo perdía.

En el salón esperaban impacientes mi tío Pablo, que ya contaba cincuenta años, y mis hijos: Dionisio de siete, Juana de cuatro y María de tres. Cuando los dolores del parto me daban un respiro podía oír perfectamente la conversación que traían entre manos:

—Niños, vais a tener otro hermanito, ¿qué os gustaría, un niño o una niña?, —preguntó el tío.

—Un niño, tío, para jugar con él, —respondió rápidamente Dionisio.

Mientras venía al mundo el bebé los dolores fueron en aumento, llegando a un punto casi irresistible y se me saltaron las lágrimas. Pero Dios puso el placer tan cerca del dolor, que pasado éste al poco tiempo seguí llorando, mas ahora de alegría, cuando tuve entre mis brazos a la nueva criatura.

Acababa de dar a luz cuando entró el físico con su maletín de asistencias. Josefa le entregó el recién nacido y le dijo que el parto se había precipitado.

—Doctor, el bebé no llora. ¿Qué tiene?, —le preguntó.

—Es un bebé prematuro, es más pequeño de lo normal..., veamos....

El doctor le dio una palmadita y lo exploró; el bebé rompió a llorar.

El ama abrió la puerta de la alcoba para que entraran Pablo y los niños.

—Aquí está, señor. ¡Otro varón!, —le dijo Josefa.

—¡¡Bien, es un niño y un poco llorón!!, —exclamó Dionisio.

—Sí, otro varón que viene al mundo sin estar presente su padre, —replicó Pablo.

—¡Déjemelo, señor! Se lo voy a enseñar a sus hermanos, están impacientes, —le dijo Josefa enseguida.

—¡Quiero verlo! ¡A ver..., a ver!, —gritaban los niños.

—¡Mirad! Es vuestro hermanito José.

—¡Qué pequeñito!, ¡qué guapo! ¡Dámelo, dámelo!

—¡Cuidado, niños! Es muy delicado.

El tío Pablo interrumpió las alabanzas de los hermanos hacia el bebé cuando este empezó a lloriquear, pensando que ya era hora de devolvérselo a su madre y les dijo:

—¡Ya está!, dad un beso a vuestra madre y salid, el físico la va a reconocer y necesita descansar.

A los pocos días el recién nacido fue bautizado en la Parroquia de San Miguel, también contigua a la Plaza Mayor y cerca de casa.

Pasaron dos años y Mariano en otro correo me dio la buena nueva de que había recibido las estrellas de capitán primero en el Quinto Regimiento de Artillería a Pie, pero otra noticia le había colmado con más alegría, si cabe, su

destino nuevamente al “Templo de Minerva” como profesor.

¡Loado sea Dios! Por fin volvía a Segovia y podríamos estar todos juntos, en nuestra ciudad y en nuestra casa, aunque ahora, con cuatro hijos. Me alegraba por las novedades de mi marido, pero lo que más dicha me produjo fue saber que volvía a nuestra tierra, porque no hay alegría más grande que la que se ha hecho esperar mucho tiempo y, además, la compartiría con él.

...Recuerdo el regreso de Mariano a Segovia.

Cuyo reencuentro fue como un regalo, como pasaba siempre cuando regresaba a casa. Lo esperaba con impaciencia, con ansiedad, como se espera la más dulce de las sorpresas. Por fin, una noche de septiembre de 1802 me llevé la muy deseada sorpresa cuando llamaron a la puerta. Era Mariano, el contento no me cabía en el cuerpo, pues cuanto más larga es la espera el recibimiento es más caluroso, le rodee con mis brazos, le di un amoroso beso y me correspondió con otro abrazo y con el mejor presente que podía traerme, su persona.

—¡Qué veo!, otro ascenso. ¡Enhorabuena!, —exclamé.

—¡Gracias, cariño! Cuanto te he echado de menos y a los niños.

—Nosotros también a ti, mucho.

—Pero dime, ¿cómo estás?, ¿cómo fue el parto?

—Lo pasé muy mal, empecé a sangrar y se adelantó. Ahora estoy bien.

—Me alegro. ¡Alabado sea el Señor!

—¿Qué tal el viaje?

—¡Se me ha hecho muy largo y pesado!

Josefa, que nos había oído, entró con el bebé José en brazos y le dio a Mariano la enhorabuena por su ascenso. Yo le mostré a su nuevo retoño:

—Mira, este es tu hijo José, —le dije.

—Ya veo, otro que no he visto venir al mundo cuando más lo necesitabas. Es muy lindo, ya tenía ganas de conocerle.

Dio un beso en la frente a su hijo, se lo entregué a Josefa y desvelada la sorpresa, desenvolví su regalo con mis caricias y lo disfruté con mis besos. Le abracé de nuevo fuertemente, le di la más cálida bienvenida y le transmití mi lamento:

—¡No aguantaba más sin ti, cariño!

—¡Gracias a Dios!, por fin, en casa, —respondió.

Aparecieron Dionisio, Juana y María y se abalanzaron sobre su padre, rodeándole con sus brazos.

—¡Padre..., padre! ¡No se vaya más! ¡Quédese con nosotros!

—¡Si, hijos! Ya me quedo y... de profe.

Sabía que mi marido había hecho un largo viaje y venía muy fatigado y hambriento por lo que enseguida les dije:

—¡Niños, dejad a vuestro padre, está cansado!

—¡Qué rabia! Nos tiene que contar muchas cosas, —contestó Juanita.

—Mañana lo hará. ¡Vamos... vamos... a la cama!

Casi se trataba de una excusa; quién estaba impaciente por irse a la cama era yo, pero con él. Estaba tan feliz que deseaba matar esa impaciencia cuanto antes, porque la felicidad deja de ser tal cuando está acompañada por la impaciencia. Me moría de ganas por hacerlo, pero antes debía prepararle un pequeño refrigerio para que aplacara su hambre y la tina con agua caliente para que se bañara y relajara. Cuando terminó nos fuimos a la alcoba.

Fue tan larga su ausencia y tan grande el deseo de estar juntos, de besarle, de acariciarle, de apretarle entre mis brazos, que mi ardorosa entrega fue correspondida con una insaciable fogosidad, propia de la luna de miel de unos recién casados. Esa noche nos amamos intensamente, apasionadamente, una y otra vez, encontrando en nuestra entrega el más dulce consuelo que ponía fin al desconsuelo de tantos días de espera. Era como el alivio de la tierra cuando sale el sol, tras una persistente lluvia, para que la simiente germine. ¡Así sucedió! Fruto de tan esperada y deseada noche de pasión desenfrenada gestaríamos a nuestro quinto hijo, otro varón.

Vivimos seis años en Segovia felices y en paz y como “la felicidad es un sentimiento maravilloso, pues cuanto más se da más le queda a uno”, repletos de ella vinieron al mundo nuestros hijos quinto y sexto, Pedro y Jacobo. Mi marido transmitiendo a los artilleros sus enseñanzas y yo dedicada en cuerpo y alma a él y a nuestra numerosa prole. Además, yo me ocupaba en atender algunos problemas de los arrendatarios de mis propiedades, a quienes visitaba frecuentemente, pues me apreciaban mucho y tenía con ellos una relación muy familiar, aunque de los asuntos de caudales y otros temas legales se encargaba mi querido tío Pablo.

Llevábamos una vida tranquila y el tiempo transcurría muy rápido, como acontece cuando hay felicidad, pero acomodada en este estado me llegó el sufrimiento. El día 1 de enero de 1808 nuestro hijo Dionisio, entusiasmado con la profesión de su padre, con tan solo trece años de edad, sentó plaza como cadete en el Real Colegio de Artillería. Asistí al acto con todos sus

hermanos y al terminar, Mariano y Dionisio se nos acercaron. Le di un beso en cada mejilla a Dioni y le dije:

—¡Enhorabuena, hijo!, ahora sigue el ejemplo de tu padre, ¡aplícate!

—¡Si madre, lo haré!, ¡qué remedio!, con padre de profe, —me contestó.

—¡Bueno, hijo!, sabes que no va a ser fácil, pero es muy bonito ser útil a la Patria, tendrás que esforzarte mucho, — le dijo su padre.

Después regresé a casa con los niños y Mariano y Dionisio entraron en el Colegio.

El acontecimiento me colmó de gran dicha, así como la graduación de mi marido como teniente coronel ocho días después. Desgraciadamente todo esto ocurría en unos momentos de inquietante incertidumbre, pues lo que estaba sucediendo en política de nuevo no me gustaba. Pero como no hay dicha completa, igual que no hay rosal sin espinas, la conspiración del príncipe de Asturias, don Fernando, contra su padre para expulsarlo del poder, hacía tan solo tres meses, terminando con el “Proceso de El Escorial”, me había causado una gran inquietud.

A pesar de los infaustos avatares políticos, de imprevisibles consecuencias, procurábamos hacer una vida normal en espera de que las malas noticias se revelasen por sí solas.

Un día, a principios de marzo, cuando Mariano llegó a casa, más tarde de lo habitual, venía muy contento y tuvimos una pequeña conversación, muy distinta a la normal de estos días, a causa de la situación política. Me dijo que a Dionisio lo veía entusiasmado, porque se estaba adaptando muy bien a su nueva vida, cenamos y nos fuimos a la cama. La dicha que sentíamos por saber que nuestro hijo estaba feliz se materializó en un fuerte abrazo, seguido de muchos besos; finalmente un deseo mutuo recorrió nuestros cuerpos e irremediamente nos llevó a hacer el amor, fruto del cual nacería nuestro séptimo hijo, Vicente.

Las altas y bajas emocionales auspiciadas por mi horóscopo seguían cumpliéndose al pie de la letra. A los pocos días la tristeza volvió a ensombrecer mi rostro y a encoger mi corazón. A finales de marzo la inquietud que me había producido la noticia del “Proceso del Escorial” se trasformó en un profundo disgusto cuando nos enteramos de los sucesos del “Motín de Aranjuez” y la presencia de tropas francesas en España. ¡Esto no me gustaba nada y tuve un mal presentimiento!

8.

LA OCUPACIÓN FRANCESA DE SEGOVIA

...Recuerdo los inicios de la invasión francesa en 1808.

Mi disgusto no tardó mucho en convertirse en fundado temor. Nuevos clarines de guerra procedentes de allende los Pirineos empezaban a sonar por doquier a causa de una gran entrada de tropas francesas en España y la llegada a Madrid del mariscal Murat al frente de su ejército. Traían malos augurios, como las aves del Lago Estínfalo a los griegos, por lo que debían exterminarlas. Presagiaban que habría que combatirlos para expulsarlos de España y, por ende, que Mariano nuevamente tendría que marcharse a la guerra.

¡Adiós felicidad, dicha efímera a merced del tiempo, que nuevamente la volvería contra mí, transformándola en desdicha!

El 4 de mayo se confirmó que mi temor estaba completamente fundado,

cuando llegaron a Segovia las noticias sobre el levantamiento popular del día 2 en Madrid. Los franceses habían ocupado la capital y los madrileños, indignados, comenzaron las revueltas, siendo contenidas a sangre y fuego. Destacó la memorable defensa del Parque de Monteleón, dirigida por dos ex-alumnos del Colegio de Artillería, los capitanes Luís Daoíz y Pedro Velarde, que abrirían las puertas del establecimiento para entregar las armas al pueblo. En el enfrentamiento, los dos capitanes, desoyendo las órdenes que les mandaban deponer su actitud, caerían heroicamente al pie de sus cañones, derramando su sangre por la libertad de su Patria, atravesados por las bayonetas y disparos a quemarropa de los usurpadores y por las incruentas dagas de la incompetencia de sus secuaces españoles.

Ahora mi temor se tornó en una tremenda indignación y la indignación es una rabia incontenida y con la rabia hay que tener mucho cuidado, es muy peligrosa y puede llevar a cometer desatinos.

Mariano regresó tarde a casa, lo más ligero que le permitía su caballo por las calles de Segovia, entró por la puerta del patio, que da a la cuadra, con el rostro desencajado y las lágrimas nublándole los ojos. Al verme me dio un beso y rompió a llorar como un chiquillo. No podía reprimir su llanto y yo no encontraba la forma de consolarlo. Al fin, abrazado a mí, sollozando, comenzó a articular palabra.

—Petra, he tardado porque profesores y alumnos hemos tenido una reunión ante la gravedad de lo sucedido en Madrid. ¡Es indignante!

—Amor mío, ya me he enterado. Las malas nuevas vuelan y estos días, llevadas por los indeseables vientos que soplan por doquier, más rápido todavía. Entonces. ¡Esto es la guerra!, ¿no?

—¡Sí, querida! Ya se ha prendido la mecha que la ha activado.

—¡Qué desgracia! Mi mal presentimiento se ha hecho realidad. ¿Qué será de Dioni? Tan solo lleva cuatro meses de cadete. ¿Qué vais a hacer?

—Conmocionados por tan terrible suceso, hemos decidido combatir al enemigo sin reservas, emulando el ejemplo de nuestros heroicos compañeros. ¡No te imaginas cuanto disgusto tengo!

—Me lo imagino. Sé que entre vosotros el compañerismo y la amistad crean unos lazos muy fuertes, que se engrandecen en el ocaso de la vida. Esas lágrimas muestran las gotas de sangre de tu corazón herido.

—¡Así es! ¡No hay derecho! Tú conocías bien a Luís Daoíz. Además de un buen compañero de promoción era un gran amigo. Sabes que un compañero no se elige, se tiene por motivos profesionales; el afecto hacia él

nace después en la cabeza y cuando el sentimiento es muy fuerte se instala en el corazón y surge la amistad. Así me hice amigo de Luís.

—¡No sabes cuánto lo siento! Yo también le tenía mucho aprecio.

—Luís era un gran hombre.

—Lo sé, y muy detallista. Nunca olvidaré cómo nos festejó el día de nuestra boda.

—Yo tampoco lo olvidaré. Hemos pasado juntos tantos momentos buenos y malos... Tenemos que vengar su muerte como sea y acabar con esa chusma invasora. No debe quedar impune tamaña afrenta.

—Daoíz fue muy valiente; la Historia lo recordará como un gran artillero patriota y un héroe de guerra, pues cualquiera puede hacer historia, pero sólo los héroes pueden escribirla. ¡Tenéis que hacer algo!

—¡Claro que sí! Déjame pensar. La actuación de mis compañeros de armas me está dando una idea.

Las ambiciones de la clase política y la de ciertos mercaderes y funcionarios corruptos al servicio del invasor, unido a la debilidad y a la falta de principios de algunos gobernantes, estaba dividiendo a los españoles en dos bandos. Los afrancesados, que veían en ello una oportunidad para trepar, como los buitres rondando un cadáver para lanzarse sobre él en el momento preciso y los patriotas, que solamente ansiaban la paz y la libertad en su tierra, sin importarles prendas ni sacrificios.

Comprobé que Mariano tenía muy claro en qué bando estaba, como yo, cuando me dijo:

—¡Ya sé lo que voy a hacer de inmediato! Como la libertad es el patrimonio más valioso que se le puede expoliar a un pueblo voy a disponer municiones para armar a la población y a escribir a algunos compañeros para ofrecerme en su ayuda. Y... ¡algo más haré, ya se me ocurrirá!

—¡Amor mío, ten medida! ¡La cosa no está clara! Hay muchos dirigentes que apoyan la causa francesa.

—¡No me importa! mi honor y mi deber me dictan que debo hacer cuánto pueda ante esta situación. Recuerda que: “el secreto de la felicidad está en la libertad y el secreto de la libertad, en el coraje”.

Me dio un beso, salió al patio, montó su caballo y se marchó.

La intuición femenina, como corazón que presagia los sentimientos más ocultos, no me falló una vez más. Esa decisión, improcedente para algunos jefes, causó un gran disgusto al Director General del Cuerpo de Artillería, que escribió rápidamente a mi marido amonestándole para que depusiera de sus

intenciones y a otros compañeros suyos de Segovia amenazándoles para que no respaldaran sus ideas.

Mi esposo no se contuvo con esa amonestación, pues: “El coraje no se puede simular, es una virtud que escapa a la hipocresía”, según manifestaría el propio Emperador, cuya mano empuñaba el látigo que nos estaba “azotando”. Antes bien, se enardeció mucho más y publicó un excitante bando revolucionario, que levantó en armas y movilizó, en menos de un mes, a más de sesenta mil mozos de la provincia.

...Recuerdo la primera ocupación francesa de Segovia.

La reacción de mi marido con la sublevación que promovió no pudo ser más profética. El día 5 de junio me alertó sobre la inminente llegada a Segovia de tropas francesas y me informó sobre las medidas que había tomado la Junta de Armamento y Defensa. Había dispuesto que los jefes y oficiales del Colegio de Artillería se incorporasen de inmediato al Ejército y que su ayudante, el capitán Joaquín Velarde, hermano del insigne patriota caído, nombrado director del Centro, permaneciera en él con los alumnos. A los cadetes se les permitió ir con sus familias; algunos se marcharon para integrarse en las unidades del Ejército más próximas y otros se pusieron al frente de partidas de paisanos rebeldes.

Para la defensa del Alcázar se habían quedado cuarenta cadetes, entre ellos mi hijo Dionisio. Era un niño muy responsable, podía haber venido a casa, sin embargo, su alto sentido del deber le llevó a permanecer en su puesto. Era una lección inculcada por sus profesores y su padre. Imagino lo que en este sentido solía decir a sus alumnos: “el verdadero oficial no toma el camino que le lleva a vivir mejor sino el que le conduce a dónde está el deber”.

Cuando me acosté no podía conciliar el sueño pensando que algo desastroso le podría acaecer cuando llegaran los franceses. Después de la tensión de los últimos días necesitaba descansar y más porque en mi estado, otra vez embarazada y muy preocupada por él, tan importante como respirar es descansar, por lo que procuré relajarme y dormir aunque fuera brevemente.

Al día siguiente me levanté aturdida y con mucho dolor de cabeza a causa la mala noche de zozobra que pasé. Aunque estaba desganada para desayunar, acompañé a Mariano a hacerlo. Él se marchó nada más terminar y yo, encontrándome todavía sentada a la mesa, sobresaltada por un gran estruendo en la calle, me asomé a la ventana y me quedé estupefacta al ver a

pocos metros de mi casa una columna de tropas francesas. Pasaban por delante de la Catedral, a buena marcha, en dirección al Alcázar. Los negros pensamientos de la noche anterior se hicieron más patentes al constatar la aproximación de la amenaza.

Mi desasosiego llegó al máximo, cuando, a eso del mediodía, vi unas sombras cruzando por detrás de la ventana y, a continuación, oí golpear la puerta repetidamente. ¡Qué gran sobresalto! El corazón se me salía del pecho; estuve a punto de desmayarme y llamé a mis amas, que acudieron rápidamente.

—¡Josefa, Fuencis, venid!! Estoy mareada y alguien ronda la casa, — exclamé, alzando la voz lo más posible, pues casi no podían salir las palabras de mi boca.

—Señora, tome asiento, espere, voy a ayudarla. ¿Serán los gabachos? — dijo Josefa.

—¡Ama, no lo sé... no lo sé! Es muy extraño. Estoy temblando. ¡Quédate conmigo!

—¡Señora, sosiéguese! El miedo siempre está dispuesto a ver las cosas peor de lo que son, —respondió Josefa.

—¡Fuencis, corre!, encierra a los niños en una alcoba.

Con el apoyo de mis amas me sobrepuse para afrontar la situación y le dije a Josefa que abriera:

—¿Quiénnn... es?, —gritó Josefa.

—¡Soy yo, Mariano! ¡Abrid, abrid presto! se me olvidaron las llaves.

—Señor, su esposa no se encuentra bien, está en el salón, —le dijo Josefa, después de abrir la puerta.

—Toma Josefa, mete el caballo en la cuadra.

Al oír la voz de Mariano mi corazón volvió a su ritmo normal y se deshizo el nudo de mi garganta, que apenas me permitía articular palabra y pude corresponderle a su beso con gran satisfacción.

—¡Por el amor de Dios! ¡Qué susto más grande nos has dado! Creía que eran esos intrusos.

—El gran susto me lo han dado ellos a mí cuando los he visto cometiendo tropelías por la ciudad y después dirigirse al Alcázar. Pero dime, ¿cómo te encuentras?

—Con nauseas, pero es normal en mi estado. Y Dioni, ¿por qué no ha venido? ¿Qué le puede a pasar?

—¡Sosiégate, querida! Nada le va a pasar por ahora, pues los franceses

han autorizado a continuar las clases.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Tengo órdenes para incorporarme a una unidad del Ejército, pero esperaré a ver lo que pasa en el Alcázar. No puedo irme tranquilo sin saber de nuestro hijo.

Por la tarde un compañero de mi marido vino a casa para advertirle de que los franceses ya se habían enterado de quién era el cabecilla de los sublevados y estaban indagando donde vivía. Cuando se marchó, Mariano me llamó para comunicarme la mala nueva.

—Querida, no nos podemos fiar de nadie, —me dijo—. Los gabachos, acaban de llegar y ya saben que yo soy el responsable de la proclama revolucionaria. Han puesto precio a mi persona e impuesto pena de muerte a quién me proteja. ¿Qué mal nacido habrá sido el delator?

—Mi amor, ya te advertí que fueras cauto, —le contesté—. Los traidores son como la cizaña, que crece espontáneamente y se extiende con rapidez esquilmando los sembrados; así son los traidores, surgen donde menos se espera y sus perversas acusaciones se propagan velozmente, ofendiendo o maltratando a los ciudadanos honrados, actuando por represalia o esperando recibir una gratificación.

—Lo sé, querida, mas tenía que hacerlo por mi honor, por mi deber hacia España y por mis sentimientos hacia mis compañeros caídos.

—¿Y los mozos que levantaste? ¿Por qué no han reaccionado ante tan vil agresión?

—Porque las autoridades no han secundado mis planes; antes al contrario, se han rendido al enemigo y les ha faltado tiempo para desmontar la sublevación.

—¡Traidores! ¿Cómo han sido capaces de tal cosa?

—Querida, es fácil esquivar la lanza, pero no el puñal oculto.

—Amor mío, temo por tu vida, tienes que salir de Segovia cuanto antes.

—Sí..., sí. ¡Es lo más sensato! Me voy con gran zozobra por dejaros en esta situación y no saber nada de Dionisio.

—¡Hay que ver! Otra vez, y yo de nuevo embarazada.

—Es nuestro sino. Lo único que me consuela es que quedas en las buenas manos de tus amas y de tu tío Pablo.

—¿Entonces...?

—Antes de poner en riesgo vuestras vidas partiré sin demora para tomar las armas en el ejército de Castilla. ¡Presto! Di a las amas que me preparen el

equipaje mientras yo avió el caballo.

—Mariano, aprovecha la ocasión para vengar a tu amigo Daoíz y a todos los patriotas caídos. Sabes que el verdadero modo para vengarse de un enemigo es no parecersele, mas en este caso está justificado hacerlo para evitar que siga cometiendo tropelías y poder recuperar nuestra libertad. Pero ten cuidado, usar la venganza con el más fuerte es locura, con el igual es peligroso.

—¡Lo tendré, querida! He aprendido la lección y como todo hombre cauto emplearé los reverses del presente para prevenir aflicciones futuras.

—Rezaré para que vuelvas pronto. Yo no puedo vivir sin ti y no sabes bien cuanto te necesitan nuestros hijos.

En otras circunstancias la marcha de mi marido me habría causado una gran contrariedad y disgusto, pero en las actuales su partida me trajo cierto sosiego, porque su vida estaba en peligro si permanecía en Segovia.

Mientras preparaba su equipaje con algo de ropa, útiles de aseo y comida, él se marchó a la cuadra. Apenas había terminado de poner los arreos al caballo cuando salí para entregárselo. También salieron Josefa con las alforjas, Fuencisla con Jacobo en brazos y los demás niños.

Nada más colocar las alforjas en el caballo me despedí de él con un fuerte abrazo, que me costó soltar por la impaciencia de las amas y de los hijos para hacer lo propio. Se abrochó las espuelas, se puso sus guantes de cabritilla y ajustó la cincha de la montura, como solía hacer siempre antes de partir. Montó su caballo y mientras se alejaba al trote le desee buen viaje y todos le despedimos con lágrimas en los ojos, muy afligidos, agitando las manos.

—¡El Señor te acompañe! ¡Cuídate!, —le dije.

—¡Adiós..., adiós... padre, vuelva pronto!, —siguieron sus hijos.

—¡Con Dios, señor!, —continuaron las amas.

—¡Adiós, adiós..., no lloréis! Amas, cuidad de mi familia. Os llevo en mi pensamiento y en mi corazón, —respondió Mariano.

Apenas habían pasado veinticuatro horas de la marcha de mi esposo cuando un oficial al mando de un pelotón de gabachos se presentó en casa. El ruido de sus pasos los delataba, venían en formación y oí su voz al ordenar el alto delante de la puerta. Esta vez no se trataba de un presentimiento, sabía a ciencia cierta que eran ellos. El corazón comenzó a latirme con tal fuerza que parecía salirseme del pecho y todo el cuerpo se me cubrió de un sudor frío.

Me anticipé a que llamaran a la puerta y nuevamente alerté a las amas del

peligro para que se metieran con los niños en una alcoba. Al punto regresó Josefa para confirmármelo y porque no quería dejarme sola.

—Señora, ya están todos los niños con Fuencisla en un cuarto, encerrados con llave. Yo no la dejo sola, —me dijo.

—¡Por el amor de Dios, Josefa! ¡Estoy muerta de miedo! Imagino a lo que vienen. Registrarán toda la casa y al no encontrar a mi marido nos torturarán o nos llevarán a todos como rehenes, —le contesté.

—¡Tranquilícese! Debemos mostrar serenidad. ¡Vamos, siéntese!, en su estado no debe excitarse.

—Ama, esta vez no se trata de mi imaginación. El sufrimiento que me invade es por la espera de un mal inminente. Por eso tengo miedo.

—¡Ánimo, señora! La mejor manera de vencer el miedo es enfrentándose a él.

En esto, aporrearon la puerta, Josefa abrió y entraron un teniente y un cabo franceses.

Las palabras del oficial me estremecieron, cuando preguntó con voz enérgica:

—¿Es esta la casa del teniente coronel Mariano Gil de Bernabé?

—¡Si, es la casa de don Mariano! ¿Qué desean?, —respondió Josefa.

—¡Verle! ¡Verle inmediatamente!

—Pase, hable con su esposa, mas tenga cuidado, no se encuentra bien.

Josefa los acompañó hasta el salón, me presentó y el teniente me dijo:

—Señora, venimos a detener a su marido.

—Señor, no está en casa.

—¿Y dónde está?

—¡No lo sé! Se marchó y no dijo adónde iba.

El oficial, no satisfecho con mi contestación, ordenó al cabo que lo buscaran por si estaba escondido, bien en la casa o en la cuadra. Josefa se interpuso y un gabacho la apartó bruscamente, cayéndose de espaldas; obligaron a abrir el cuarto donde estaban Fuencisla con los niños bajo amenaza de derribar la puerta, registraron toda la casa y cuando terminaron el cabo dio parte al teniente:

—Mi teniente, ¡no hay ningún hombre!, sólo una mujer y cinco niños asustados en una alcoba.

—¡No puede ser! Ayer me dijeron que vivía y se encontraba aquí.

—¡Mi teniente, le debieron poner sobre aviso. ¿Qué hacemos? ¿Prendemos a la familia?

—¡No, todavía no! Sería un estorbo, son inofensivos y los tendremos controlados. Ponga un soldado de guardia y, cuando aparezca, que lo haga preso.

El teniente antes de marcharse nos amenazó, alzando la voz, con pena de muerte si mi marido regresaba y no se entregaba o no les avisábamos. Me lo dejaron bien claro: ¡Su vida o la de toda su familia! Yo me desmayé.

Durante varios días unos soldados franceses se turnaron en la vigilancia de mi casa, mientras tanto no nos atrevíamos a salir, y al ver que no aparecía Mariano retiraron la guardia.

De nuevo me quedaba sin mi esposo, sobre el que pesaba una orden de detención de los franceses y con la incertidumbre de cuándo volvería a verle. Ahora, con cinco hijos en casa más uno cadete en el Alcázar, resistiendo el embate enemigo, embarazada del séptimo y bajo la amenaza de los violentos gabachos ocupantes de la ciudad.

Casi todos los días me acercaba a la Comandancia Militar, con gran cautela, y preguntaba si habían llegado noticias del frente para saber de mi marido. No tenía paciencia para permanecer en casa de brazos cruzados, día tras día, esperando novedades, pues desdichado es el que duerme en el mañana. Siempre, me comentaban algo sobre la marcha de la contienda y esto me consolaba sintiéndome más cerca de él. Repasaban las listas de muertos, heridos y desaparecidos de los últimos partes y los correos recibidos; mientras, yo esperaba impaciente la respuesta con el corazón encogido. Al ver que no figuraba en ellas regresaba a casa llena de alivio.

De Dionisio nada sabía. ¿Se habrían enterado los franceses de que es el hijo del oficial que redactó la proclama revolucionaria? En tal caso, seguramente hayan tomado represalias contra él. Aunque es un niño, no me extrañaría, por la forma de proceder de estos desalmados. ¡Qué sufrimiento! Tampoco me atrevía a ir al Alcázar para verle, no fuera a levantar la liebre. ¡Dios mío! ¿Qué estaría pasando allí con los gabachos? Desde que entraron en Segovia no ganaba para sustos ni para disgustos.

El 25 de junio me llevé otro sobresalto bien grande cuando llamaron a la puerta a una hora temprana. Nuevamente el corazón comenzó a latirme con tal intensidad que los latidos casi podían oírse. Como estaba cerca de la puerta, alerté a las amas y a los niños y me dispuse a abrir, no sin antes

preguntar quién era. La voz era familiar, por lo que abrí rápidamente y al ver a mi hijo lo abracé con todas mis fuerzas, volviendo el corazón a su ritmo normal y le dije:

—Dioni, cariño, ¡qué gran susto nos has dado! Creíamos que se trataba de los gabachos otra vez.

—Madre, esa no era mi intención. ¡Lo siento!

—¡Lo sé, hijo, lo sé! Pero dime, ¿te han hecho daño?, ¿estás bien?

—Si madre, aunque he pasado unos días con mucho miedo y muy preocupado por ustedes. ¿Cómo se encuentran?

—Nosotros con mucho padecimiento desde que vinieron los gabachos a prender a tu padre e intranquilos por no saber de ti.

—¡Sosiéguese, madre! Ya pasó.

—Si, hijo, pero la procesión va por dentro. ¿Dime, que habéis hecho con el enemigo en casa?

—Madre, dispusimos los cañones de instrucción para defender el Alcázar y resistimos valientemente el primer ataque de los gabachos, mas la falta de sirvientes y de munición de guerra nos hizo abandonar. Velarde, consternado, se vio obligado a capitular ante el general francés. Afortunadamente no nos han causado daño alguno, ni tampoco al establecimiento, y a los compañeros que decidieron marcharse se lo han permitido sin problema.

—Menos mal, hijo. ¿Y ahora qué hacéis?

—Aunque los gabachos han ocupado la fortaleza, por ahora lo han hecho pacíficamente, autorizando a continuar las clases con los pocos cadetes que nos quedamos.

—¡Hijo, sé cauto! Ya sabes que se la tienen jurada a tu padre, no vayan a tomar represalias contigo.

—¡Sí madre, ando con mil ojos! No obstante el director me está protegiendo; cuando dio la relación de los cadetes que nos quedamos en el Alcázar puso mi nombre como Dionisio Ramos.

—¡Uff..., qué alivio, mi vida!

—De todas formas, el director ha solicitado el traslado del Colegio a otra ciudad, al encontrarse sin profesores, con muy pocos cadetes y los existentes propensos a la manipulación de algunos afrancesados desaprensivos, deslumbrados por la codicia o por unos falsos ideales.

—¡Hijo, lo que me faltaba! Ahora, tú también te marcharás.

—Todavía no es seguro, madre. A propósito, hay rumores de que los gabachos han capturado a un revolucionario.

—¡Santo Dios! ¿Será tu padre?

—No lo sabemos. Lo tienen en un calabozo del Alcázar. No puedo comprobarlo porque no dejan acercarse a nadie.

Hacía casi un mes que Mariano había partido y no tenía noticias de él. Para colmo de desdichas, ahora me quedaba con la incertidumbre de si habría sido capturado por el enemigo.

Cuan cierto es que las desdichas nunca vienen solas. ¡Qué crueldad! ¡Cuánto sufrimiento! ¡Cuándo terminará esta odiosa guerra!

A Dios gracias, a primeros de julio me llegó una escueta misiva de mi marido. Me llenó de júbilo, pues lo importante no era la extensión de su contenido sino el espíritu de la misma y la conexión que volvía a restablecer con él sabiendo que no había sido apresado por los franceses. Me expresaba su gran preocupación porque ignoraba cómo transcurrían las cosas en Segovia, temiendo por la seguridad de la familia. Como no podía extenderse, ahora me comunicaba su paradero.

Decía que se había incorporado al Ejército de Castilla la Vieja, que el capitán general de la provincia, García de la Cuesta, le había felicitado por su valiosa y arriesgada actuación con el levantamiento que hizo en Segovia y le había nombrado su secretario y ayudante de campo. Al final de la carta dejaba ver el enorme grado de exaltación que le embargaba, pues se había enterado de la cobarde actuación de los gabachos cuando vinieron a casa para prenderle.

Al mes siguiente me llegó otra epístola de Mariano. Era más extensa y me explicaba que su tardanza en escribir se debía a la dificultad del correo y a su intenso trabajo, ya que las operaciones no marchaban para los españoles como debían, y me reseñaba la sangrienta derrota del 14 de julio en la batalla de Medina de Rioseco, que implicaba el fin de las actuaciones de nuestro ejército en Castilla la Vieja. También me decía que seguía indignado por la intromisión de los gabachos en casa y pedía a Dios que dejaran de molestarnos y que se fueran de Segovia cuanto antes.

Cuando terminé la lectura llamé a mis amas para hacerles partícipe de mi preocupación pues, aunque no me lo decía para no alarmarnos, seguramente se encontraba en situación arriesgada por los continuos ataques franceses con éxito. Estaba convencida de que su vida corría peligro, tardaba mucho en escribir y en la tardanza dicen que suele estar el peligro.

A los pocos días, cuando fui a la Comandancia Militar y vi la lista de

desaparecidos, la funesta historia se repitió, su nombre figuraba en ella. El sobresalto me dejó casi sin respiración; afortunadamente me había acompañado Josefa, que me tenía asida por el brazo y evitó que me desplomara. Me ayudó a sentarme y recobrado el resuello le dije:

—¡Ves ama!, mi sexto sentido me anunciaba una tragedia.

—¡Ánimo, mi niña!, verás cómo aparece, no es la primera vez que le pasa esto, —me dijo.

...Recuerdo la segunda ocupación francesa de Segovia.

Aquí las cosas no marchaban mejor que en el frente de Castilla. El 21 de julio, alarmada por el ruido de un tropel de gente en la calle a primera hora de la mañana, miré por la ventana y angustiada comprobé que se trataba de otra columna francesa en marcha. Alerté a las amas llamándolas en voz alta:

—¡Josefa..., Fuencisla!

—¡Cuanta algarabía, señora! ¿Qué pasa?, —preguntó Josefa.

—¡Ven, mira, gabachos, otra vez! ¡Atrancad bien la puerta! —contesté.

—¡Loado sea Dios, cuantos jinetes y llevan cañones!

—Y de nuevo parece que se dirigen al Alcázar.

—Esto no me gusta, son muchos. Allí está Dionisio. ¿Qué va a ser de él? ¿Qué hacemos?

—¡No queda otra que rezar y esperar acontecimientos! Tantos sustos van a provocarme el parto. ¡Qué dolor!

Al día siguiente por la mañana volvieron a aporrear la puerta. De nuevo presentí lo peor, estaba segura de que se trataba de los gabachos. Como presentir es poner en alerta los sentidos, sentí un gran escalofrío que me helaba las palabras en la boca, mas sacando fuerzas de flaqueza comencé a hablar con voz trémula, soltando una exclamación:

—¡Santo Dios! Ayer llegaron más y les ha faltado tiempo. Ya están aquí otra vez.

Las amas, que me había oído, acudieron rápidamente.

—¿Señora, qué sucede?, —me preguntó Josefa.

—¿No habéis oído? Otra vez los gabachos. Eso es que vuelven en busca de Mariano,

—¡Venga..., rápido! Fuencis, refúgiate con los niños en una alcoba y trancad la puerta.

Fuencisla se quedó con los pequeños. Josefa acudió presta a mi lado e intentó tranquilizarme, diciendo:

—Señora, comprendo su temor, yo también lo tengo, mas el miedo es natural en el prudente y saberlo vencer es propio del valiente. ¡Ánimo, que usted es una mujer muy valiente!

—Josefa, abre, me encuentro fatigada.

—¿Quién va?, —preguntó Josefa

—¡Soy yo, Dionisio! ¡Abridme!

Dionisio entró y me dio un beso. El escalofrío que había sentido se tornó en una cálida brisa de alivio que recorrió todo mi cuerpo, deshelando las palabras de mi boca y pude responder con mi tono de voz natural:

—¡Uff... hijo mío! Menudo estremecimiento. Otra vez, creía que se trataba de los franchutes en busca de tu padre.

—No es de extrañar su temor, madre. Desde que pusieron vigilancia a la casa debe de estar en mucha tensión.

—¡Sí, hijo! No lo sabes tú muy bien. La gente nos mira como si fuéramos delincuentes y yo comienzo a verme como una extraña en nuestra ciudad. Con tu padre en el frente, sometido a la amenaza del ejército francés y aquí pendiendo sobre él una orden de captura, me siento como desterrada en mi propia tierra.

—Madre, usted sabe que eso está pasando por defender nuestra libertad y quién espera cosechar las bondades de la libertad debe soportar la fatiga de defenderla. No se apure, las aguas volverán pronto a su cauce. ¡Tranquilícese! ¿Cómo se encuentra?

—Solo un poco fatigada, hijo mío. Pero, ¿tú qué haces aquí? ¿Y el Colegio?

—Es que se han suspendido las clases.

—¿Por qué, ahora?

—Es por los causantes de todas nuestras desdichas. Los franceses han vuelto a ocupar el Alcázar y ahora con más efectivos. Ha llegado una columna con más de trescientos cincuenta hombres y cinco piezas de artillería y lo han tomado al asalto. Temiendo lo peor nos refugiamos en la Torre del Homenaje, menos el director que permaneció en su despacho. Entró el jefe francés, le pidió alojamiento y, ante la negativa de Velarde, le mostró las órdenes que llevaba y le amenazó con hacerlo por la fuerza si no consentía.

—Me lo imaginaba, hijo. Ayer los vimos pasar a buena marcha en dirección del Alcázar. ¿Por eso has venido?

—¡Sí, madre! Velarde, conteniéndose la rabia, para evitar males mayores,

no ha tenido más remedio que permitir la ocupación y el emplazamiento de su artillería en la Galería de Moros, con la promesa de que nos dejarían salir a todos sin causarnos daño. Obligado a ceder, dio parte de lo sucedido a la superioridad, comunicando que los franceses pretendían organizar en el Alcázar su bastión defensivo de Segovia.

—¿Y qué ha pasado, hijo?

—Se han tenido que desocupar las aulas de estudios que están en la planta baja y dos dependencias nuevas donde teníamos nuestros dormitorios. Por eso se han suspendido las clases.

—¿Entonces, qué vais a hacer?

—No queda otra que esperar acontecimientos, madre. Ya sabe que el director ha solicitado nuestro traslado a otra ciudad. Allí solamente se han quedado algunos compañeros que no tenían a dónde ir. ¡Les compadezco!

—Pero dime, ¿te han hecho algo?

—¡No, madre! Ya le manifesté que Velarde negoció nuestra integridad. Nos han permitido marcharnos y, aunque no nos han tratado mal, hemos tenido mucho miedo. ¿Y a ustedes?

—Hijo, los gabachos no nos han vuelto a molestar, pero estamos muy angustiados por todo lo que está pasando.

—¿Y de padre, sabe algo? Estoy muy preocupado por él.

—Sí, sí, he recibido un par de correos suyos y, aunque las cosas van mal para el Ejército, él me dice que se encuentra perfectamente, pero yo no me lo creo. Lo más probable es que lo esté pasando muy mal y que su vida peligre. ¿Sabes que le han dado por desaparecido otra vez?

—No, no lo sabía. ¡Pero, madre, sosiéguese! Pasó igual en Cataluña. Ya verá como aparece y se encuentra bien.

—¡Hijo, no puedo tranquilizarme! ¡Esto no hay quién lo aguante!

A principios de septiembre me enteré de que los franceses habían capitulado tras la Batalla de Bailén del 19 de julio. Habíamos terminado con el mito de las invictas tropas napoleónicas, pero todavía no con su ejército. Por eso, tomé con cautela este triunfo de nuestros soldados, ya que, a pesar de transmitirse como una gran victoria, no podía considerarse como tal, al no haber terminado la guerra.

Uno de los ejércitos más poderosos de todos los tiempos había sido humillado, por mar, en la bahía de Cádiz y poco después, por tierra, en los campos de Bailén. Estos triunfos de nuestras tropas sacaron a relucir el

ingenio y la chispa andaluza y empezamos a escuchar cancioncillas alusivas a ellas, que también se extendieron rápidamente por toda España:

*“Franceses, idos a Francia;
dejadnos en nuestra ley,
que en tocante a Dios, al Rey
a nuestra Patria y hogares
todos somos militares
y formamos una grey.*

*Todos le temen a Francia,
como si en la Francia hubiera
algún animal feroz
que a la gente se comiera.*

*Aquellos invencibles
allá en Austerlitz
huyen en las orillas
del Guadalquivir.*

*Allí les temen,
y un puñado de hombres
aquí les vencen.*

*Llegad ya, provincias
que valéis naciones,
ya vuestros pendones
deslumbran al sol.*

*Pálido el tirano
tiembla y sus legiones
muerden los terrones
del suelo español.*

*¡Oh, Francia, es llegado
tu trágico fin
si un hado a los buenos
protege feliz.*

*El león de España duerme,
dijo entre si Bonaparte
y a que le hicieran cosquillas
envió a sus generales.*

Despertó el león

*y se esperezó
y abriendo la boca
se tragó a Marmont.
¡Viva Wellington!
Digan todos a una voz
¡Viva España y muera Francia
y viva la Religión!”*

Con el éxito de Bailén, después de las derrotas en Castilla, parecía que volvíamos a ganar la partida a los franceses, pero todavía era muy pronto para lanzar campanas de victoria al vuelo. Por desgracia, el ejemplo de mi marido en Segovia apenas era seguido en el resto de España, y los gobernantes no querían o no sabían reaccionar ante tanta ofensa, o lo hacían a destiempo, tampoco concebían que el Ejército y las reservas de nuestro País, con el auxilio de nuestros aliados, pudieran enfrentarse con éxito a las implacables fuerzas napoleónicas. Lo peor, es que había compatriotas que estaban de su lado y veían bien tan cruel invasión, con la esperanza de que fuera acompañada de una Constitución, a imagen la instituida por el Emperador en su propio País, nacida de la atea ilustración francesa.

...Recuerdo las noticias que me llegaron de Mariano.

En septiembre recibí un correo suyo; estaba fechado en agosto, antes de la lista en que le habían dado por desaparecido, y comencé a leerlo con las manos temblorosas, pues no disipaba la angustia que tenía desde que me enteré de la funesta noticia.

Me decía que estaba muy preocupado por nosotros a causa de la nueva entrada de los franceses en Segovia y pedía a Dios que nada malo nos pasase. Que continuaba con los mismos cometidos y ahora, también con la responsabilidad de la Secretaría de Campaña, con los generales Eguía y Pignateli, sucesores del general García de la Cuesta en el mando del ejército de Castilla la Vieja. Además, por estar relacionado con sus paisanos, me contaba algo sobre la marcha de la contienda en Aragón.

Me emocioné mucho al leer el resto de la epístola por lo que llamé a mis amas e hijos para comunicárselo.

—¡Amas... niños... venid! Ha llegado correo de vuestro padre. Escuchad lo que dice:

“Conmovido por la patriótica respuesta de mi tierra al alistamiento

general, entre los que se encuentra mi hermano mayor Joaquín, mi padrino de bautismo, capitán del Regimiento Ligero de Voluntarios de Aragón, en carta del 30 de agosto he hecho el siguiente ofrecimiento al general Palafox: “Consciente de las penalidades que está sufriendo el pueblo de Zaragoza como consecuencia de esta guerra, he ofrecido la tercera parte de mis rentas en Báguena para la subsistencia de las viudas y huérfanos de mis valientes paisanos, defensores de la ciudad”.

Las amas, gratamente impresionadas, rompieron a llorar y me abrazaron, diciéndome:

—¡Señora, qué gran hombre es Mariano!, ¡qué valiente!, ¡qué corazón más noble y generoso tiene!

—¡Sí, amas, tenéis razón!, es un hombre extraordinario. Con su generoso ofrecimiento ha dado muestras de la gran sensibilidad y del altruismo que le caracterizan.

Pero ni el recibo de su carta ni la emoción que me había causado su noble gesto mitigaban la gran congoja que me asolaba desde que recibí la aciaga noticia de su nueva desaparición, pues ningún comunicado en contra se había recibido todavía y tampoco me decía nada la fecha de su misiva.

...Recuerdo la retirada francesa de Segovia.

En la amanecida del día 1 de octubre oí otra algarabía en la calle. Me levanté precipitadamente de la cama y me asomé a la ventana. Otra columna francesa estaba atravesando la ciudad. Mas algo extraño estaba pasando, pues esta vez marchaban en dirección contraria al Alcázar. Me estremecí sobremanera, pensé que iban a actuar contra el pueblo y se me puso la carne de gallina.

Dionisio salió de casa para averiguar lo que estaba pasando y cuando regresó, al poco tiempo, que a mí se me hizo una eternidad, le pregunté:

—¡Hijo, menos mal que has vuelto! Parece que los gabachos se han movilizado o es que vienen más. ¿Qué sucede, ahora? ¿Van a atacarnos?

—¡No madre, tranquilícese! Es que se marchan, se están retirando de la ciudad, —respondió.

A Dios Gracias, sus palabras tornaron mi piel a la suave tersura que la caracterizaba.

—¡Ya era hora! ¿Y cómo te has enterado?

—Será porque están cambiando de planes después de su derrota en Bailén. He visto un “Aviso al público”, difundido con el parte del general

Reding al general Castaños, jefe del Ejército de Andalucía. Dice que nuestra artillería aterró a los enemigos, desbaratando cuantas columnas se presentaban.

Llamé a mis amas para darles noticia:

—¡Josefa..., Fuencisla! ¿Habéis oído a Dionisio?

—¡Claro, señora! ¡Qué alegría!

—Quiera Dios que este éxito recorra toda España con la velocidad que la llama prende una mecha de pólvora, que los gabachos se retiren definitivamente y que Mariano vuelva pronto sano y salvo.

Para nuestra fortuna, los franceses abandonaron Segovia. Dionisio se marchó después de comer, pero cuando volvió a casa por la tarde estaba muy triste y le pregunté:

—¡Hijo mío, esa cara! Algo serio te acontece para que estés con tan sombrío talante.

—Madre, es que ustedes lo están pasando muy mal y deseaba continuar en casa para protegerles, pero el Colegio ha abierto de nuevo sus puertas y me han comunicado que debo incorporarme a la mayor celeridad.

—Cariño, comprendo que no tengas ánimo para volver a los estudios con todo lo que nos está pasando, mas vuestra formación es muy importante.

—¿Por qué ahora?, la guerra no ha terminado y los franchutes pueden volver otra vez. Parece que la han tomado con Segovia.

—Precisamente por eso. Ya sabes lo que ha hecho nuestra artillería en Bailén. Sois una pieza clave para la salvación de España. Cuanto más tiempo dediquéis a vuestro adiestramiento, mejor.

— ¡Tiene razón, madre! Además nos han dicho que el pueblo está tomando las riendas de la situación, ante la indolencia de los dirigentes, y la lucha contra el invasor se está generalizando con individuos de todas las clases sociales. Al parecer, en muchos sitios ya se están levantando como hizo padre por acá.

—¡Si... si... tu padre... tu padre! ¿Dónde estará, si es que está vivo? Ya, más de dos meses sin saber de él.

—Madre, deje de suspirar. ¡Vamos..., no desfallezca! Seguro que padre está con vida. Sabe que en guerra pasan estas cosas, hay confusión, uno no dispone de su tiempo y el correo está mal. Mas ya no hay peligro para que regrese a Segovia, le necesitamos aquí. ¡Verá como aparece!

—¡Dios te oiga, hijo! Pero tus palabras de consuelo no me quitan la zozobra.

9.

MARIANO REGRESA DEL FRENTE

... Y Dios oyó a Dionisio y no tardé mucho en recibir noticias esperanzadoras sobre el regreso de mi marido.

“Minerva”, consciente de que “Marte” estaba protegiendo a los franceses en los campos de batalla de Castilla, acudió a su templo del

Alcázar de Segovia en ayuda de los españoles y su plantilla de docentes empezó a completarse. A tal fin, el comandante de Artillería de la Plaza, Tomás de Morla, cursó una solicitud a la Junta Central el 3 de noviembre para que mi esposo, además del coronel Dátoli y del capitán Miralles, se incorporara a sus labores como profesor.

Esta nueva calmó un poco mi angustia por la desaparición de mi marido, haciendo decrecer la frecuencia de mis suspiros. Le seguirían otras noticias que continuarían tranquilizándome. La llama que había encendido la ilusión de los andaluces para arrojar a los invasores de su tierra estaba prendiendo en el corazón del resto de los españoles y, con la salida de los franceses de Segovia, empezamos a respirar aire fresco, esperanzados en que la guerra terminara pronto.

Yo me relajé algo y levanté la prohibición que había impuesto a los niños, dejándoles que se fueran a jugar a la calle. Recuerdo un día cuando José, ya con ocho años, me lo pidió:

—¿Madre, me da permiso para ir a jugar a la plaza?

—¡Si, hijo, vetel!, mas ten cuidado.

—Si me da la merienda, me la como allí.

—¡Claro! pídesela a Fuencisla.

José no tardó en regresar, venía jadeando, sudando y lleno de polvo.

—Hijo, ¡como vienes! ¿Qué habéis hecho?, —le pregunté.

—Madre, he jugado con mis amigos del barrio, luchando con espadas de madera. Hicimos dos bandos. Unos éramos soldados españoles y otros franceses. Acordamos que siempre cayeran heridos o muertos los gabachos y los que quedaran en pie salieran huyendo. Nos hemos divertido mucho, aunque... madre... mire, me han hecho un roto en el pantalón.

—¿Pero, te has herido?

—¡No, qué va! Ha sido solo el pantalón.

—¡Anda, entra... entra! Díselo a Fuencisla, lávate las manos, cámbiate de ropa y juega un poco con tus hermanos, sobre todo con Jacobo. Se quedó llorando por no llevártelo.

Aunque los últimos acontecimientos habían aliviado un poco mi ansiedad, seguía inquieta por las escasas noticias que llegaban del frente, que no disipaban mi preocupación por la desaparición de mi esposo. No obstante, como la preocupación mira alrededor y la fe hacia arriba, levantaba la vista al Cielo continuamente y elevaba mis plegarias al Señor para que nada malo le sucediera y para que nuestros soldados cambiaran definitivamente el curso de

la guerra.

...Recuerdo como la Universidad de Toledo se unió a la lucha.

Mientras estaba Mariano en el frente, la Imperial Ciudad de Toledo era protagonista de un acontecimiento inusitado, que terminaría marcando el resto de nuestras vidas, pues mi marido uniría al proyecto de esta Universidad el suyo propio, creando uno común de gran transcendencia histórica.

De ello tuve conocimiento por el presidente de la Sociedad Económica Segoviana de Amigos del País, el capitán Gómez, profesor de Matemáticas del Real Colegio y amigo de mi marido. Concedor de los planes de Mariano y de mi decidida oposición a la causa francesa, me llamó para informarme sobre la carta que había recibido del Rector de la Universidad de Toledo, con cuya institución mantenía muy buenas relaciones.

—¿Doña Petra, le gustaría conocer la “Proclama de Alistamiento” para luchar contra los franceses, que me ha mandado la Universidad de Toledo?, —me preguntó.

—¡Me encantaría! Usted sabe de mi manifiesta repulsa por la alevosa invasión perpetrada.

—Se la leo:

“PROCLAMA que la Real Universidad de Toledo dirige a todos sus Profesores y a los demás individuos de las Universidades y Estudios Generales del Reyno, y Privilegios que, con acuerdo y aprobación de la Suprema Junta Central y Gubernativa, se conceden a los que voluntariamente se alistaren en el “Cuerpo de Honor”, que para la defensa de la Religión y Patria se está organizando por dicha Real Universidad”.

—Capitán, veo que mi marido ya no está solo en su iniciativa de levantar al pueblo en armas para combatir a los franceses. Los universitarios, por su preparación, son fundamentales en esta tarea. ¿Cómo ha surgido tan brillante idea?

—Doña Petra, el Rector me explica que todo empezó con una patriótica propuesta de varios profesores y estudiantes de su Universidad ofreciéndose para participar en la contienda. La Institución, conmocionada por los acontecimientos, estudia la propuesta en un Claustro General de Doctores y Maestros en Arte. Con el visto bueno de todos, se dirige a la Junta

Provincial proponiéndole crear un batallón para unirse a las fuerzas que combaten al enemigo. Ante la manifiesta indecisión de la Junta, el plan, sin precedentes históricos, es aprobado inmediatamente.

—¡Formar una unidad del Ejército! Lo que pretende hacer la Universidad de Toledo es muy complicado y cuesta mucho dinero; armas, uniformes, adiestramiento, intendencia.... ¿Cómo lo van a costear?

—Vea... En otro claustro también fue aprobada por unanimidad la insólita propuesta sobre la forma de crear y financiar ese “Batallón Universitario”, que además se le encomendaría la protección de la Junta Central Suprema Gubernativa del Reino, constituida recientemente en la villa de Aranjuez, durante su marcha a Sevilla. Se constituiría con los escolares y con sus profesores como jefes naturales, y sería financiado por la propia Institución y el Cabildo de la Ciudad. Al mismo tiempo acordaron redactar la Proclama de Alistamiento en la unidad que se constituiría en breve, con carácter voluntario.

—Señor, la Universidad es un templo de la sabiduría. Sus alumnos son jóvenes y están recibiendo una esmerada educación. Estoy segura de que se inclinarán del lado que le dicte su honor y lucharán contra la tiranía, pues allí donde la tiranía levanta muros de opresión la sabiduría abre brechas que conducen a la libertad.

—Doña Petra, además el claustro decreta la inmediata difusión de la Proclama, como la mejor arenga para animar a sus estudiantes a intervenir en la patriótica misión de luchar por la independencia de España y también como ejemplo y estímulo para las demás Universidades.

—Sin duda, tendrá éxito, capitán. Es sabido que la fe mueve montañas y la fe que han puesto profesores y alumnos de la Universidad de Toledo en la iniciativa de su rector moverá las montañas que se interpongan en otras instituciones para seguir su ejemplo. España necesita muchos y buenos combatientes.

—Señora, la Universidad, trabajando sin descanso, con una rapidez digna del mayor elogio, completa en poco más de dos meses la organización, composición, armamento y uniformidad del Batallón, así como las prerrogativas de los enrolados. Las Juntas de Armamento y Provincial, colaborando con ella, la pertrecharon, facilitándole cuanto estaba en sus manos.

—Esta patriótica decisión contrasta con la división ideológica reinante, sobre todo en el círculo de los gobernantes, ¿verdad, capitán?

—¡Efectivamente! Continúo... Para exponer el proyecto a la Junta Central, y mediar ante su Presidente, el Conde de Floridablanca, enviaron a la villa de Aranjuez una comisión, formada por los vocales de Toledo, el catedrático García de la Torre y el canónigo de la Iglesia Primada Pedro de Rivero.

—Capitán, imagino que la Junta se llevaría una gran sorpresa. ¿Cómo reaccionaron sus vocales?

—¡Así fue! doña Petra. El derroche de patriotismo y de entusiasmo mostrado por los vocales y la importante contribución económica de treinta mil reales de vellón ofrecida por la Universidad para el proyecto fueron suficiente argumento para que la Junta diera el visto bueno por unanimidad.

—¡No era para menos! El lenguaje del entusiasmo y de las cosas hechas con amor y con voluntad, en busca de aquello en que se cree o se desea, abre los corazones y predispone a otorgar lo que se pide.

—¡Cuánta razón le asiste, doña Petra!

—¿Y sabe en qué estado se encuentra el proyecto?

—Ya está en marcha. Para organizar la Unidad, la Junta ha enviado al capitán Obeso de la Milicias Provinciales y como instructores al teniente de Infantería Navarro del Regimiento de Córdoba y al sargento Molinero de la Tercera División de Granaderos Provinciales de Andalucía.

—¡Qué excelente iniciativa ha tenido la Universidad de Toledo!

—¡Admirable! Esperemos que sigan tan magnífico ejemplo muchas más universidades e instituciones docentes. El ejército de Napoleón es muy numeroso y está bien adiestrado. Para hacerle frente, necesitamos levantar en armas a muchos hombres y cuanto más instruidos sean, mucho mejor.

La funesta noticia de que los indeseables gabachos habían puesto precio a la cabeza de mi esposo, y ahora su desaparición en el frente, me habían dejado angustiada, petrificada, como atrapada en un gran bloque de hielo, incapaz de moverme y de pensar con claridad. Su patriotismo le estaba causando muchos problemas y yo le apoyaba con el convencimiento de que había hecho lo correcto. Sin embargo, para que su decisión no fuera inútil era preciso que muchos más siguieran su ejemplo como único medio para expulsar a los invasores de nuestra Patria.

La iniciativa de la Universidad de Toledo me sentó como un bálsamo para mi aflicción y como un agradable soplo de aire cálido que empezaba a derretir el hielo que me atenazaba. Comenzaba a tener esperanza para que

vieran la luz muchas más ideas como esa y elevaba mis plegarias al Señor continuamente para que los franceses cesaran la presión sobre mi marido y para que salieran definitivamente de nuestra tierra y de nuestras vidas.

Pronto se unirían las dos motivaciones, de mi marido y de la Universidad de Toledo. Mariano, tomando como base a los soldados—estudiantes del Batallón toledano, crearía una academia militar de urgencia para proveer de oficiales a los ejércitos españoles, tan necesitados de mandos cualificados, permaneciendo como su director desde su fundación en Sevilla y después en la Real Villa de la Isla del León hasta el fin de sus días.

...Recuerdo el azaroso mes de noviembre.

Memoro aquel día en el que al anochecer, estando sentada en un banco del patio haciendo cábalas con Josefa sobre lo que le podría haber pasado a mi marido, llamaron al portón de la calle y, aunque ya no me sobresaltaba cuando lo hacían, porque la ciudad estaba libre de gabachos, tuve una extraña sensación y me llevé un buen susto.

Abrió Josefa, quedándose estupefacta al ver quién era. Mariano le dio el caballo para que lo llevara a la cuadra y vino hacia mí, que acababa de levantarme sorprendida, marchando a su encuentro, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

Le di un abrazo con tanto ímpetu que, sin echar cuenta de que estaba embarazada, casi perdemos el equilibrio. Le miraba una y otra vez como dudando si era él en persona o se trataba de una aparición. Al tocarle y recibir sus besos comprobé que era de carne y hueso y exclamé:

—¡Amor mío, qué alegría!

—Yo también me alegro mucho de verte y por regresar a casa.

— ¿Pero, dime, cómo es que te dieron por desaparecido en el frente?

—Fue cuando se extinguió Ejército de Castilla y me destinaron al del Centro, con el general Castaños. En la confusión..., ya sabes.

—Mariano, el mes sin ti se me ha hecho una eternidad.

—A mí también, por volver a verte.

—Pero qué aspecto traes, te veo muy sofocado.

—Es que he cabalgado dos días a uña de caballo y estoy abatido.

Mariano se entreabrió su polvorienta pelliza y me fijé en su camisa, que estaba sudada y ensangrentada.

—¡Dios mío, si te han herido!, —exclamé.

—¡No, tranquila, no es nada!, el caballo tropezó y di contra el suelo. Yo a ti tampoco te veo muy buen aspecto.

—Ya ves, mi estado, esta vez no lo estoy llevando muy bien. ¿Pero, por qué has vuelto tan pronto? Ya vienes al Colegio, ¿no?

—No, querida. El general Castaños, enterado de mis planes, me ha ordenado regresar para armar a esta gran provincia. Ante una comisión tan importante decidí realizarla sin pérdida de tiempo. Como sabes, ya había trabajado en ella con mucho entusiasmo y muy buenos resultados.

—¡Anda, vamos adentro!, que te vea esa herida y te cure.

Los niños, que ya se estaban preparando para irse a la cama, al oírnos entraron corriendo para saludar a su padre. Impacientes por besarle y las amas esperando su turno para saludarle esperaron un poco a que le curase la herida.

—¡Padre... padre!, ¡cuánta alegría!, ¡no se vaya más!, —le decían unos y otros, contagiados de la alegría.

—Bueno, hijos, espero que no.

—¡Bienvenido, señor!, —le saludaron las amas.

—Josefa, Fuencisla, me alegra veros, — les contestó.

—Niños, es muy tarde. ¡Hala, a dormir!, mañana hablaremos.

Aunque no tenía sueño ni cansancio, yo también estaba impaciente por irme a la cama. El amor que sentía por mi marido invadía todo mi ser, llenaba mi alma con una dulce pasión, mi espíritu con una agradable sensación de paz y mi cuerpo con un grandioso apetito oculto y delicado de poseerle. Por eso, era tan grande mi deseo de estrecharle entre mis brazos y de quererle hasta saciarme de él que no tuve reparos para entregarme repetidas veces, a pesar de encontrarme en avanzado estado de gestación.

Al día siguiente Mariano se fue al Alcázar para ver a nuestro hijo y yo le acompañé. Entramos en el despacho del director, Joaquín Velarde, que se llevó una gran sorpresa y nos hizo un caluroso recibimiento.

—Petra, me alegro de verla. ¿Cómo lo lleva?, —me preguntó.

—Esta vez no lo estoy pasando muy bien, tengo muchos vómitos y mareos.

—Ya queda poco, ¿no?

—Sí, menos de un mes.

—Mariano, celebro verte, te estábamos esperando, pero no tan pronto.

—¿Por qué lo dices?

—Porque se ha solicitado tu incorporación, con la del capitán Miralles y la del coronel Dátoli.

—Nada me han comunicado, traigo órdenes para armar al pueblo. Ahora venimos para ver a nuestro hijo. A propósito, te agradezco su protección cuando los franceses ocuparon el Alcázar.

El director llamó al ayudante para que avisara al cadete Gil de Bernabé y después le dijo a mi marido:

—¡Pero te necesitamos aquí! ¡Es importante continuar las clases!

Dionisio, vistiendo su flamante uniforme de cadete entreabrió la puerta del despacho y oí su voz.

—Mi capitán... ¿da usted su permiso?

—¡Pase... pase... cadete!, mire quién ha venido, —respondió el director.

—Padre, le he echado mucho de menos.

—Y yo a ti, hijo, dame un abrazo.

—¡Madre, qué dicha!

—Ven que te dé un beso, hijo. ¿Estás bien?

—Sí, desde que se fueron los franceses. Cuando estaban por aquí, aunque no nos causaron daño físico, el moral fue muy grande, lo pasamos muy mal.

—Bueno, hijo, ¡ya se acabó!

—¡Si... si... por ahora! ¿Padre, es que ya viene al Colegio?

—¡No, hijo!, ya le he dicho a tu capitán que vengo para armar a la población.

—Padre, aquí le necesitamos, pero también es necesario volver a levantar al pueblo. Nos hemos enterado de que Napoleón ha llegado con muchos refuerzos y han ordenado la defensa del Alcázar.

El director tomó la palabra.

—Mariano, es muy importante continuar las clases; cuando le propuse al Gobierno nuestro traslado a Madrid no lo aceptó para no causar alarma, disponiendo que siguiéramos aquí, mas esa orden ha sido revocada, así que en cualquier momento nos iremos de Segovia.

—Hijo, obedeced a vuestro director y si es preciso luchad por nuestra libertad.

—¡Sí, padre!, cadetes y profesores hemos decidido que ya no habrá más rendiciones ni banderas extranjeras en el Colegio, —continuó Dionisio.

—Eso está muy bien, aplícate en los estudios y se cauto.

Mariano se despidió de Joaquín Velarde con un fuerte apretón de manos

diciéndole:

—Amigo Joaquín, ¡nos vamos! Tienes muchas preocupaciones y yo tengo que comenzar mi labor. Es hora de centrarnos y atender con los cinco sentidos los problemas que nos atañen.

Después le dio un beso a su hijo, yo hice lo propio y nos marchamos.

Días después Mariano llegó a casa con el semblante muy serio. Entró por el portón de la cuadra. Cuando le oí llegar salí al patio, le vi nada más dejar el caballo en el establo y le pregunté:

—¡Mariano, qué pronto!, otra vez la maldita guerra, seguro.

—¡Así es, querida! Debo partir con la mayor urgencia, y sin ejecutar mi cometido.

—¿Ahora, por qué, si tan solo hace tres días que llegaste?

—¡Ya... ya...! Es que he recibido orden para unirme a las fuerzas del general San Juan, que marcha hacia Valladolid.

—¡Otra vez al frente; qué ganas de que termine esta odiosa guerra!

—¡Lo siento en el alma! Se me rompe el corazón, mas debo partir ya, y ahora que estás a punto de dar a luz. Esta vez tenía la certeza de que estaría a tu lado. Espero que todo venga bien.

—¿No vas a esperar a tus hijos?

—¡No, no puedo! Es mejor así. Dales un beso de mi parte.

—¡Está bien!, Mientras avías el caballo te prepararé el equipaje con algo de ropa y comida.

Entré en casa y Mariano se fue a la cuadra. Salí con su equipaje, colocó las alforjas y me despedí de él con un interminable beso mientras le rodeaba con mis brazos. Montó su caballo y se alejó al trote. Desde la puerta, conteniendo las lágrimas, le dije adiós agitando un pañuelo de seda, que había bordado con sus iniciales, hasta que le perdí de vista.

A medida que se alejaba me hubiera gustado gritarle que le amaba. Entré en casa, la tristeza se apoderó de mí y como la lluvia cae porque la nube ya no puede soportar más su peso, las lágrimas cayeron de mis ojos porque mi corazón ya no podía soportar más el dolor que sentía por su marcha y lo arriesgado de su cometido. Yo era consciente de que el amor no se grita, se demuestra y la tristeza no se llora, se supera, por lo que tragué saliva, me esforcé en superar mi tristeza y en silencio esperé su regreso para demostrarle todo mi amor.

Desgraciadamente, esta marcha privaba a Mariano de la satisfacción de

armar a los sesenta mil combatientes que había alistado con anterioridad, que sin duda habrían contribuido decididamente a nuestra liberación o, por lo menos, de no dejarlos con ese motivo a merced del enemigo.

No habían pasado dos semanas cuando llamaron al portón del patio. Josefa abrió y se llevó una buena sorpresa, exclamando:

—¡Don Mariano, de vuelta! No le esperábamos tan pronto.

—¡Hola Josefa!, ¿y mi esposa?

—En la cama, alumbró hace dos días.

Yo estaba en el lecho con mi bebé. Sabía que mi marido había vuelto porque pude oír su conversación con Josefa. No era la primera vez que se marchaba a la campaña o a otro servicio y me dejaba con un nuevo embarazo. Tampoco era la primera vez que a su regreso le recibía con el regalo de otro hijo. Entró, antes de darme tiempo para incorporarme, se sentó junto a mí y me dio un largo y sentido abrazo, siendo correspondido por mí de igual forma mientras le decía cuanto le amaba.

—Petra, querida, ¿cómo estás?

—Lo pasé muy mal durante el parto, pero la criatura ha venido bien.

—Mira tú benjamín, ¡qué colores!

—Déjame cogerlo. ¿Y los niños?

—José está en la cama con sarampión y tiene fiebre, los demás, procurando que no se le acerquen. Y tú, qué aspecto, cuanto polvo traes.

—Si... si..., es de tantas horas cabalgando, sin descanso, a uña de caballo para llegar cuanto antes.

— Además, te veo muy abatido.

—Es por la desastrosa evolución de los acontecimientos. Pero estoy contento por volver a vuestro lado.

—Espero que ya no te marches más.

—¡Ya... ya... eso desearía yo!

—¿Cariño, por qué has vuelto tan pronto?

—Es que no encontré al general San Juan y en Somosierra me topé con una retaguardia del general Castaños, en retirada después del ataque en Tudela. Me entregaron una orden para que me incorporara al Colegio.

—Qué alivio, amor mío, ¡ojalá te quedes ya definitivamente!, la alegría vuelve a entrar en casa.

—Sí, sí..., pero la amargura entra conmigo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque vengo indignado. ¡No puedo aceptarlo! He tenido que regresar a causa de nuestras numerosas derrotas en Castilla.

—Cariño, no desfallezcas. Es extraña ligereza con que los malvados creen que todo les saldrá bien. Se han perdido unas batallas, pero la guerra todavía no ha terminado. “Minerva” cambiará el rumbo de los acontecimientos.

—Eso espero. Mas la guerra se pierde a base de perder batallas y como sigamos de esta forma...

—¡Sosiégate! “En los trances duros y lo mismo en la bonanza, tente siempre con ánimo sosegado”, son palabras del propio Napoleón. Nuestros soldados son tenaces y valientes y tú eres fuerte y tienes brillantes ideas. Antes o después arrojaremos a los invasores de nuestras tierras y volveremos a tener una vida normal en paz.

—Cariño, son más de agradecer unas palabras de aliento después de una derrota, que una mano por la espalda tras una gran victoria. ¡Te quiero! Por cierto, ¿ha venido el físico a ver al bebé?

—Sí, mi amor. Lo ha reconocido y está perfectamente. También ha reconocido a José, le ha puesto un tratamiento y ha dicho que no tengamos a los niños cerca de él para evitar contagios.

—¡Ya! Iré a verle.

Por fin, la familia volvía a estar reunida, pero yo no estaba tranquila. Una idea me rondaba la cabeza continuamente. ¿Cuál sería la próxima sorpresa que el cruel destino depararía a mi marido?

Mariano se incorporó ilusionado y expectante a su “Templo de Minerva”, ilusionado por el reencuentro con su hijo cadete y confiado en poder continuar formando a más oficiales para combatir a los funestos invasores. En él, a los seguidores de esta diosa se impartían las enseñanzas de una guerra basada en la técnica y en el empleo científico de las armas, de la táctica y de la estrategia para que pudieran enfrentarse a las hordas del dios “Marte”. Así denominaba mi marido a las fuerzas galas, en oposición a las de “Minerva”, las españolas al mando de los oficiales preparados en su Colegio del Alcázar.

Homero enfrentó a Marte y Minerva en su *Iliada*. Marte adiestrando a los troyanos para la guerra en su aspecto más violento y Minerva preparando a los griegos para el combate de la forma más inteligente y astuta. Finalmente, Minerva dominó a Marte; la inteligencia superó a la violencia. De la misma

manera, la obsesión de Mariano era instruir a oficiales patriotas e inteligentes, para ponerse al mando de las tropas españolas y que con su sagacidad se impusieran sobre la característica barbarie del enemigo.

¡Bien poco le duró la ilusión! ¡Ni tan si quiera veinticuatro horas! Cuando mi marido regresó a casa, por las maldiciones que iba soltando y por la expresión de su rostro desencajado, comprendí que no traía buenas nuevas. Tenía los ojos encendidos, me dio un beso y le costaba comenzar a hablar.

—¡Cariño, te veo desazonado! Algo malo ha sucedido. ¿Los franceses, otra vez?, —le pregunté.

—¡Sí, Petra, sí! Cuán rápidamente caminan las malas nuevas. La diligencia que llegó esta mañana traía una terrible noticia. Las hordas de “Marte” se aproximan nuevamente a Segovia, a marcha forzada. Tenemos que salir de la ciudad cuanto antes ¡No hay alternativa!

—¿Y adónde vais?

—Si no surgen problemas, nos iremos al Seminario de Nobles de Madrid, donde podremos continuar las clases. El director me ha encomendado que organice el traslado con toda urgencia

Presa de desesperación, no pude impedir que el llanto me dominase, y le expresé mis sentimientos entre lamentos:

—¡Por el amor de Dios, Mariano! Si tan solo llevas aquí un día. ¡No nos dejes... no nos dejes! ¿Qué va a ser de nosotros?

Mi esposo, visiblemente consternado, me atrajo hacia sí, me dio un beso en la mejilla, me acarició suavemente la cabeza y estrechándome entre sus brazos me contestó:

—¡Lo siento! Lo que hoy no entiende tu corazón seguro que mañana lo comprenderá tu cabeza.

—Cariño, no lo puedo remediar, lo que la cabeza me pide hoy es lo mismo que demanda mi corazón.

—Es mi deber, mi trabajo. España nos necesita. ¡Lo entiendes, verdad!

—¡Ya... ya! Estoy acostumbrada, mas no por eso se me aleja la desazón. Cariño, el bebé está sin bautizar.

—Dile a Josefa que avise presto al párroco. A ver si puede venir esta misma tarde. Vicente... ¿no?

—Sí, así le pondremos.

—Aunque marchó angustiado y muy preocupado, me alivia pensar que las amas os atienden con esmero y que tu tío Pablo, como de costumbre, estará pendiente y cuidará de vosotros.

—¡Dios del Cielo! ahora, esos aborrecibles extranjeros no solamente me van a separar de ti otra vez más, sino también de nuestro hijo mayor, tan necesitado de nuestro cariño y atenciones, ahora que está dando sus primeros pasos en la milicia y en la vida como adolescente.

—Querida, tenemos que hacer cuanto sea posible para que nuestra aliada “Minerva” se imponga en esta guerra. No debemos interrumpir sus clases. Respecto a Dionisio, ¡pierde cuidado!, sabes que va a estar a mi lado y cuidaré de él. No dejaré que desfallezca.

En esta ocasión la noticia sobre la llegada de los gabachos se había precipitado. Nos fuimos a la cama y apenas pudimos conciliar el sueño. Apoyé mi cabeza sobre el pecho de mi esposo, le rodeé con mis brazos y estuvimos toda la noche hablando sobre los fatídicos acontecimientos. Por la tensión que nos invadía, ni pudimos dormir ni pudimos prodigarnos en delicias amorosas como era habitual en las noches de despedida.

Mariano se levantó con las primeras luces del día y, sin desayunar, se fue a la cuadra, preparó su caballo, lo montó y salió volando hacia su “Templo de Minerva”. Yo también me levanté muy temprano, a continuación de hacerlo él, pues seguía sin poder conciliar el sueño. Me fui al salón con el corazón en un puño, en mi cabeza comenzaron a agolparse mil pensamientos y, presa de un gran nerviosismo, se me cortó la respiración y me derrumbé en mi asiento.

10.

MI DECISIÓN DE SEGUIR A MARIANO

...Recuerdo el último día de noviembre de 1808.

Recobrado el resuello por la funesta noticia de la marcha de mi marido y de mi hijo Dionisio, me encontraba tan abatida que el mundo se me había venido abajo. Cabizbaja y meditabunda, no tenía fuerzas ni para ponerme en pie. Las amas, al verme en tal estado, respetaron mi silencio y se encargaron de atender a los niños y de que no me molestaran. Mariano, sorprendentemente, llegó a casa al mediodía, antes de lo habitual y cuando le oí en la puerta, salí precipitadamente a recibirle para ver que nuevas traía.

—Mi amor, ¿tan pronto?, ¿qué pasa?, —le pregunté.

—Querida, la situación no pinta bien, —me contestó—. Se están librando combates por la Sierra de Guadarrama. Nuestro ejército ha rechazado una ofensiva y el general San Juan está defendiendo el puerto de Somosierra para cortar el paso de Napoleón hacia Madrid, a dónde se dirige al frente de su “Grand Armée”. Lo peor es que una columna gala viene hacia Segovia a buena marcha.

—¿Eso quiere decir que os vais ya?

—¡Sí..., sí, claro! Saldremos al amanecer.

—¿Entonces, qué equipaje te preparo?

—Sólo el imprescindible. El habitual de las alforjas del caballo.

—¿Cariño, y qué vamos a hacer nosotros? ¿Por qué no nos vamos contigo?

—Querida, porque marchó cargado de desdicha.

—Es que no quiero separarme más de ti, tampoco tus hijos.

—Lo comprendo, mas yo no quiero arrastraros al infortunio conmigo. Sabes que al desdichado las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra.

—Siendo así, imagino que no te quedarás a comer.

—¡Eso quisiera yo, pero no puedo! Tengo que irme ya para organizar la marcha.

Nerviosa, con la voz entrecortada, llamé a mi ama para que me ayudara a prepararle el equipaje y le dije:

—¡Josefa!, pon algo de comida en una alforja, el señor se va. Mientras tanto, yo llenaré la otra con ropa y sus útiles de aseo.

—Al punto, señora, —contestó Josefa.

—Mariano, y para Dionisio ¿qué le preparo?

—Nada precisa, los cadetes solo llevan la mejor ropa puesta y los libros de texto en su mochila, porque su carrera del saber y del honor les exige continuar con los estudios, estemos donde estemos. Él tiene todo lo que necesita en el Colegio.

—¡Quiero verle, despedirme! ¿Podré hacerlo antes de partir?

—¡No sé... no sé! Lo veo difícil, no tenemos tiempo.

—Nuestros hijos están en clase. ¿Otra vez te irás sin despedirte de ellos?

—Me gustaría, pero ¿qué puedo hacer yo? Voy a ver a José. Despideme de los demás y diles que les quiero mucho.

Mariano guardó en un macuto sus propios manuscritos de enseñanza, varios libros y los estudios sobre el Arma que había comenzado a redactar y se marchó a la cuadra para aviar a su caballo. Cuando las alforjas estuvieron listas salí al patio con Josefa para entregárselas. Las colocó en el caballo, le entregué su macuto, me dio unas instrucciones y se despidió visiblemente entristecido, diciéndome:

—Querida, me duele lo indecible, me cuesta tanto separarme de vosotros. Sobre todo ahora, que los niños precisan de muchas atenciones, con Vicentín recién nacido y José enfermo, haciendo preguntas propias de su edad que no le podré contestar.

Me costó encontrar las palabras adecuadas para responderle. No quería que por mi boca saliera todo el dolor de mi alma para que no partiera preocupado. Le abracé fuertemente, por mis ojos brotó el dolor de mi corazón en forma de lágrimas, como las más amargas señales de despedida, y solamente le dije:

—¡Cuídate, cariño! y protege a Dionisio. Parece un hombre, mas es un zagalillo. Nosotros estaremos bien. Las amas y yo cuidaremos de sus hermanos. Tengamos esperanza para que todo esto acabe cuanto antes.

—¡Claro que lo haré! En la adversidad uno puede ser salvado por la esperanza. Por mi parte, mientras tenga aliento tendré esperanza. Marcho con el corazón encogido y un nudo en la garganta.

—¡Rezaremos para que volváis pronto!, —fueron mis últimas palabras de despedida.

Le costó la misma vida partir. Montó su caballo con la agilidad que le caracterizaba, Josefa le abrió el portón de la calle y mientras se alejaba al trote yo le seguía con la vista, diciéndole adiós con la mano, con el corazón,

te quiero y con los ojos, que no se fuera, hasta que desapareció.

En la agonía de la despedida comprendí cuan profundo era nuestro amor, realmente era pasión lo que sentía por él. Me quedé pegada al suelo, nerviosa, intranquila y, aunque ya no le veía, su imagen, que no se había borrado de mi retina, me impedía entrar en casa. El dolor de mi alma se reflejó en mi cuerpo y de tanto sufrimiento me derrumbé. Las amas me miraron de arriba abajo, me cogieron del brazo y me acompañaron adentro. Cuando llegaron los niños les dije que su padre ya había partido. Era la hora de comer y nadie probó bocado. Todos teníamos el estómago cerrado y sólo veía una forma de abrirlo, irnos con él. Estuve toda la tarde cavilando, escuchando los consejos de mis amas, los quejidos por el malestar de José, las lamentaciones de sus hermanos. Me estaban trastornando, así que al atardecer mandé a todos a la cama, cosa que hicieron refunfuñando porque era mucho más temprano de lo habitual. Yo también busqué refugio en la soledad de mi alcoba para meditar sobre tan insoportable situación.

...Recuerdo mi decisión de seguir a Mariano.

Me recosté sobre la cama y mi cabeza atormentada, por el torbellino de pensamientos que empezaron a girar en ella, me estaba arrastrando a las profundidades de un oscuro abismo. Mil y un pensamientos se arremolinaban en mi mente y parecía que en cualquier momento me iba a estallar la cabeza. ¡No podía dormir! Una terrible angustia se apoderó de mí ser y me faltaba el aire para respirar. ¡Menudo horizonte más negro se nos presentaba! Sin Mariano, con seis hijos menores, entre ellos un bebé y otro muy enfermo, la frágil ayuda de mis incondicionales amas y lo que es peor, ¿qué nos sucedería cuando los gabachos llegaran a Segovia y se enterasen de que mi marido era el cabecilla del bando revolucionario contra ellos?

Algo en lo más profundo de mi ser me gritaba que no me separara de él, como si las adversas vicisitudes de esta contienda me lo fueran a arrancar de mi lado. Sin pensarlo más, decidí seguir la voz de mi corazón. Le acompañaría a donde fuera, pues la razón nos puede alertar sobre lo que debemos evitar, pero solamente el corazón nos puede manifestar lo que debemos hacer. Asimismo, en los momentos complicados, el corazón acostumbra a dilucidar la mejor opción, antes que la propia cabeza. Me levanté muy nerviosa y expliqué la situación a las amas, que tampoco habían podido quedarse dormidas, dejándoles muy clara mi decisión.

—Amas, quiero irme con mi marido, y lo voy a hacer, no tenemos tiempo

que perder, — les dije.

—Señora, ¡sosiéguese!, ¿lo ha meditado pausadamente? ¡Es una locura!, —contestaron casi al unísono.

—Queridas amas, sabed que las locuras por amor es lo más cuerdo que suelen hacer los enamorados; pero si de verdad pensáis que irme con mi marido es una locura, prefiero una locura que me entusiasme a una cordura que me deprima; una auténtica locura sería quedarnos aquí. Los niños y yo nos vamos, llueva o truene. Si vosotras decidís acompañarme, está bien, me haríais muy dichosa. Si no lo hacéis, lo entenderé, es vuestra vida.

Las amas se miraron fijamente a los ojos y la expresión de sus rostros manifestó la decisión que habían tomado.

—¡Está decidido!, —respondió Fuencisla—. Estamos contigo desde que naciste. Te tuvimos en nuestros brazos, te criamos y ahora estamos haciendo lo mismo con tus hijos. ¿Crees que en estos momentos de zozobra, cuando más nos necesitáis, vamos a dejaros solos?

—Vosotros sois mi familia, —añadió Josefa—. No pienso abandonaros por nada del mundo. Hace mucho tiempo mi vida se unió a la vuestra. Además, ¿a dónde iría yo, ahora con los años que tengo? ¡Que no se hable más! Nos vamos contigo a donde sea menester.

—¡Sí..., sí..., claro!, —asintió Fuencisla.

—Josefa, urge preparar lo imprescindible para la marcha, algo de ropa y comida. Fuencis... ¡acompañame, por favor! Estoy apurada, quiero ir a varios sitios y ya está cayendo la noche. Necesitamos un carro y tengo que decírselo a mi marido antes de que sea demasiado tarde.

Pasé por casa de Cipriano, uno de mis mejores arrendatarios, para pedirle un carruaje y una caballería que precisaríamos para el traslado. Era una bellísima persona, me apreciaba mucho y, sin poner el más mínimo impedimento, se apresuró a preparar el carro con su mejor mula, después de una breve conversación y de desearnos mucha suerte.

Mientras Cipriano organizaba el carro, partimos hacia el Alcázar, con el camino iluminado por la luz de algunas antorchas de gas. Al atravesar el puente levadizo de la inexpugnable fortaleza, ahora fijo, el crujido levantado por nuestras aceleradas pisadas puso en alerta a sus ocupantes. Nos presentamos delante de su enorme portón de entrada y antes de llamar un centinela preguntó con voz enérgica:

—¡Quién va..., quién va!

—¡Soy Petra Ramos!, la mujer del teniente coronel Gil de Bernabé, — contesté.

El centinela entreabrió el portón y al instante me reconoció. Terminó de abrir y, extrañado por nuestra presencia, preguntó titubeante:

—Seño..., señoras, ¿en qué puedo ayudarles?

—Le ruego avise a mi marido, es muy urgente, —le contesté.

—¡Al punto señora! Por favor, pasen.

El centinela se apresuró a dar el aviso. Caminamos hacia el patio interior al encuentro de Mariano y oímos un gran revuelo de gente en las dependencias. El chirrido del enorme portón, al abrirse en el silencio de la noche, terminó de sobresaltar a los residentes del Alcázar. Mariano apareció de inmediato excitado y sorprendido y me preguntó:

—¡Tú, aquí! Qué gran sobresalto nos hemos llevado. No esperábamos a nadie. ¿Ha ocurrido algo?

—¿Qué va a pasar? ¡Cariño, sosiégate! ¡Nada pasa!

—¡Entonces! ¿Por qué has venido? ¡Ya nos habíamos despedido!

—Lo sé, cariño, lo sé, mas cuando te fuiste me invadió una tremenda congoja y desesperación. La cabeza me iba a estallar y no lo he podido soportar; vengo a decirte que nos vamos todos contigo.

—¡Qué me dices! ¡No puede ser! Yo no voy a poder preocuparme por vosotros, ya tengo bastante faena con mi cometido.

—¡Lo lamento! ¡No te enojés! No podíamos dormir pensando en ti y en Dionisio y no soportaríamos caer en manos del enemigo. Preferimos la muerte antes que afrancesados. Además, temo que nos utilicen como rehenes para obligarte a volver a Segovia y que los gabachos ejecuten su amenaza.

—¡Uf... uf...! ¡Vaya panorama!

—¡Tranquilízate, mi amor!, contigo somos parte del Colegio de Artillería y con él emprenderemos el viaje. Sólo quiero que nos dejes ir en vuestra expedición; no os causaremos problemas, de la familia me ocuparé yo.

—¿Pero cómo lo vas a hacer tú con Vicentín de pecho, José todavía con sarampión y cuatro pequeños más?

—Sabes que cuento con la ayuda de mis dos queridas amas. José ya ha superado la fase catarral contagiosa de su enfermedad y aunque ahora le ves lleno de manchas rojas ya no hay peligro de infestación para sus hermanos. No soportaríamos estar lejos de ti y de Dionisio.

—¡Pero qué dislate! No será fácil y tú lo sabes.

—¡Sí, cariño, lo sé! Pero contigo a nuestro lado será menos difícil.

—Es que no hay tiempo, ya tenemos todo listo. Acabamos de ultimar los preparativos para la partida y estábamos descansando un poco. Salimos con las primeras claras del día.

—No te preocupes por nosotros. Yo también tengo todo previsto, nuestro equipaje está listo, incluso he conseguido un carruaje y una mula, que partiremos ahora para recogerlos.

—Querida, alabo el talento natural que tienes y tus dotes previsoras y de prudencia. Como siempre, respeto tus decisiones. Tienes razón, si os quedáis temo que los franceses os hagan rehenes para obligarme a regresar y ejecutar su amenaza. ¡Está bien, sea!

—Entonces... ¡nos iremos todos contigo! Nos llevamos lo más imprescindible, como vosotros. ¡Dios proveerá!

—¿Sabes?, yo tampoco he podido conciliar el sueño, ni el director, ni los oficiales, ni el capellán, nadie. Hemos estado estudiando los planes de marcha y de avituallamiento, la composición expedición y los mapas para llegar hasta Madrid sin encuentros con los franceses.

—¡Ya veo... ya veo! Será toda una hazaña, mas no me importa.

—Tu hijo y sus compañeros también están desvelados en esta noche llena de sobresaltos, abrumados por la forma en que se irán, con tanto frío y atravesando la Sierra. La mayoría son unos imberbes, solamente tienen entre doce y quince años; harán la marcha a pie, soportando un tiempo tan inclemente y cargados de una pesada mochila con sus libros. No se les permite transportar más equipaje ni más prendas que las puestas.

—Mariano, llevaremos algo de ropa de abrigo, calcetines de lana y otras prendas de Dionisio, quizá las pueda necesitar alguien en algún momento. Además, las amas y yo podremos ayudarles y atenderles durante el viaje. Son unos críos y les confortará nuestra presencia recordando a sus añoradas madres.

—No sé lo qué podréis llevar, nosotros sólo disponemos de cuatro mulas para el menaje de cocina y algunas provisiones. Los pocos carros disponibles en la guarnición, ya preparados para trasportar lo principal, han tenido que dejarse para municionar a los combatientes de la Sierra.

—Por eso no te preocupes, aprovecharemos para meter todo lo que quepa en nuestro carro.

—¡Sea, Petra, date prisa!, el tiempo apremia. Como te he dicho, partimos con el crepúsculo.

Nos fuimos a las cuadras de Cipriano a paso ligero, nos estaba esperando con el carro listo y la mula enganchada con sus atalajes, le agradecí su ayuda y nos despedimos de él. Con gran agobio lo recogimos y volvimos a casa arreando a la mula al trote para llegar cuanto antes.

Mientras Fuencisla vestía a los niños, todos despiertos por el trajín reinante desde que se marchó su padre, Josefa terminó de preparar el equipaje con la ropa y viandas que cabían en el carro, que no eran muchas. Yo recogí cuatro recuerdos y mis joyas y las metí en una bolsa. Después me fui al escritorio de Mariano, revolví papeles hasta que encontré el que buscaba, lo enrollé cuidadosamente, lo até con una cinta y lo metí en mi faldriquera, bajo la indiscreta mirada de las amas, que ya habían finalizado sus tareas y no me quitaban ojo.

Empezaba a despuntar el día cuando el carro quedó listo para la marcha, tan cargado que tuvimos que dejar algún fardo de ropa, porque ya no cabían más bultos. Se subió toda la prole y Fuencisla con el bebé en brazos y salimos hacia el Alcázar, con Josefa y yo en el pescante. A la mula le costó arrancar y yo no dejaba de hacerme una pregunta:

¿Aguantará el carro con tanto peso? ¿Y si no es así, qué nos pasaría?
¿Nos tendríamos que quedar en el camino?

MI TORMENTOSA HUIDA DE SEGOVIA

...Recuerdo el comienzo de la marcha el día 1 de diciembre de 1808.

Llegamos al patio delantero del Alcázar con el arrebol matutino. El Colegio ya estaba formado listo para partir: en cabeza, su director, coronel Francisco Dátoli y mi marido, teniente coronel Mariano Gil de Bernabé. Seguidamente una sección con cincuenta cadetes y siete supernumerarios en dos hileras, entre ellos mi hijo Dionisio, al mando del subteniente Carlos Miralles; a continuación, otra sección con diecisiete dependientes (capellán, maestro de baile, segundo enfermero, picador, domador, tambor, pífano, ayudas de cámara, mozos de aseo, sastres, cocinero y ayudante de cocina) al mando del capitán Joseph Bergara. Detrás, cuatro mulas cargadas con enseres y avituallamiento, guiadas por los dependientes. Flanqueando la columna, para darle protección, los capitanes Josef de Cordova y Julián Solana.

Situé mi carro al final de la columna. En el pescante íbamos Josefa y yo, con mi ama a las riendas de la mula; en su interior, mis seis hijos: Juana de doce años, María de once, José de nueve, Pedro de seis, Jacobo de casi tres y el bebé Vicentín en brazos del ama Fuencisla. El capitán Antonio Miralles cerraba la marcha.

Me bajé del carro y, mientras el personal se despedía de sus familias, me acerqué a Dionisio. Estaba con su pequeño, pero pesado equipaje, y vestido de gala, como sus compañeros, para llevar consigo sus más preciadas prendas. A pesar del madrugón y del frío, solo se les veía cabizbajos.

—Dioni, hijo, te veo mustio. ¿Qué te sucede?, ¿es por la marcha?, —le pregunté.

—¡No, madre! Padre ya nos ha soltado una vibrante arenga y nos ha animado. Nos ha hablado de la importancia de nuestro traslado y nos ha dicho que será como ir de excursión hasta Madrid.

—¿Entonces, por qué estás triste, hijo?

—Madre, todos lo estamos, porque sólo faltan tres días para nuestra Patrona y no tendremos las competiciones, juegos, cultos y otras celebraciones propias de la festividad.

—No te preocupes por eso, hijo. Ten en cuenta que la tristeza mira hacia atrás, la preocupación a su alrededor y la esperanza hacia adelante. Todos estamos preocupados por la guerra y tenemos esperanza en su pronta terminación. ¿Qué prefieres tú?

—¡Qué voy a preferir, madre! ¡Qué termine la guerra cuanto antes! Mas los festejos de nuestra Patrona son una tradición y suponen un respiro en las duras jornadas de estudio.

—Te comprendo, hijo. Además tampoco disfrutaréis del tradicional baile de gala, donde yo conocí a tu padre; en él os esmerabais como si del examen de fin de curso se tratara, porque el maestro de baile no se perdía detalle de vuestros modales con las damas y de las evoluciones en la pista. Pero ahora lo importante es salvar la vida y que podáis continuar las clases.

Estando en esta conversación se acercó mi marido montando su caballo y le pregunté:

—¿Mariano, ha sucedido algún imponderable?

—¡No, querida! ¿Por qué me lo preguntas?

—Es que te veo muy serio, como a tu hijo, como a todos los profesores.

—No podemos estar de otra forma. Nuestros rostros reflejan la inquietud y la incertidumbre propias de esta injusta situación. ¿Lo comprendes, verdad?

—¡Claro que lo comprendo, amor mío! Yo también estoy muy apesadumbrada, pero al menos estamos juntos. Peor estaría si nos hubiésemos quedado.

—¡Hale..., subid al carro, nos vamos ya!

Acosado por las temibles hordas de “Marte” el “Templo de Minerva”, con todos sus educadores y educandos, tuvo que levantarse precipitadamente y comenzó su traslado a otra ciudad, lejos de la amenaza, donde sus discípulos pudieran instruirse apropiadamente para hacer frente a los seguidores del cruel dios.

En unos minutos nos encontramos en marcha. Excepto mi familia, que íbamos en el carro, todos los demás iban a pie, incluso los oficiales, aunque llevaban su propio caballo, que montarían solo para servicios específicos, como el control de la columna, reconocimientos y la preparación de los lugares de descanso o de pernocta.

Los segovianos salían a la calle para despedirse de nosotros. Yo les correspondía agitando mi mano y cuando los perdí de vista la desazón se apoderó de mí ser, como si unos malos vientos hubieran comenzado a alejar la linda mariposa que me sentía hacia tierras inciertas. Empecé a rezar en mi interior y no pude contener las lágrimas a pesar de los esfuerzos para no transmitir a mis hijos más pena de la que ellos llevaban. Josefa, que se percató, para desviar la atención de mis pensamientos empezó a darme

conversación.

—¡Señora, mi niña, ánimo! ¡Dios aprieta pero no ahoga! Sabe que este traslado es temporal. Verá como regresamos pronto.

—¿Josefa... ánimo, me dices? Ánimo es el que están derrochando todas las personas de la expedición con su actitud para no inquietar a sus familias, que han salido a despedirles.

—Ya me he dado cuenta. Es muy duro tener que abandonarlas, sin saber cuándo regresarán, y sin embargo, se han despedido con una sonrisa en los labios.

—Y ahora me imagino, que mientras decían adiós a Segovia, estarían rezando, como empecé a hacer yo, por los avatares que nos pudiera deparar esta desgraciada aventura.

—¡Qué valor tiene, señora! Me he dado cuenta de que usted es la única mujer de la expedición que sigue a su marido con toda la familia.

—Ama, será porque el verdadero valor consiste en saber sufrir. Sabes que he sufrido mucho en la vida, sobre todo por la enfermedad de mi hijo y por las ausencias de mi marido y me temo que muchos sufrimientos nos quedan por venir.

— ¿Y a su tío Pablo, qué le ha parecido su decisión?

—No lo sé, no he podido verle, pero estoy segura de que lo aprobará. Sin tiempo para despedirme de él, le dejé una carta en casa de Cipriano. No me gustaría que se enojara conmigo. ¡Es tan bueno!

Toda la prole iba cabizbaja y en absoluto silencio, como ignorando la situación, como si esto no fuera con ellos. No podía imaginarme lo que estaría rondando por sus juveniles cabecitas.

Al cabo de una media hora de marcha el silencio dentro del carruaje se rompió con el llanto del bebé Vicentín. Le había dado el pecho antes de salir de casa y su reloj biológico no entendía de situaciones extraordinarias. Miré adentro del carro y se lo pedí a mi ama.

—¡Fuencis... dame el bebé!, le toca el pecho.

—¿Señora es que vamos a parar?

—No, no podemos, tenemos que seguir al Colegio. Es igual, se lo daré en marcha,

—¡Tenga, señora!

—¡Gracias, Fuencis!

Las amas aprovecharon que yo estaba distraída con el bebé, y pensando que no entendía su charla, se pusieron a cuchichear haciendo cábalas sobre el

documento que había guardado con tanto esmero en mi faldriquera.

Durante poco más de una legua las cumbres blancas de la “Mujer Muerta”, brillando al tibio sol de finales del otoño, a cuyos pies los cadetes solían hacer las prácticas de tiro con cañón, nos dieron la despedida con su gélido aliento, que nos cortaba la cara y nos congelaba las manos, como si nos mostraran su descontento por nuestra marcha.

Cuando la luz del día comenzaba a apagarse y al frente se vislumbraban los tejados de un pueblo, Mariano se acercó a nuestro carro, dirigió la mirada hacia su interior y me preguntó:

—¿Petra, cómo lo lleváis?

—Todos estamos muy cansados, que mucho camino llevamos recorrido. Desde que partimos va ya para más de ocho horas. Escucha como se lamentan tus hijos.

—¿Y José?, es quien más me preocupa.

—¡Ya ves! El que se mas queja, parece que tiene fiebre.

—¡Rediez... como está!, y con tanto traqueteo. Haremos noche en ese pueblo.

La expedición llega a San Rafael

Con gran sufrimiento llegamos al anochecer a la villa de San Rafael, distante algo más de siete leguas de Segovia, haciendo pocos descansos y sin sentir los pies helados. Entramos en el patio de su Casa de Postas. Las amas desengancharon la mula, cuyo paso ya se había hecho cansino y torpe y la metieron en las caballerizas para que bebiera y comiera y también para que reposara de su acusada fatiga. Mientras, yo me acerqué a Dionisio, le di un beso y le pregunté:

—Dioni, mi vida, ¿cómo estás?

—Madre, he pasado mucho frío y estoy muy cansado. Hemos andado mucho y no siento los pies. ¡Mire!

—¡Qué veo! Las botas rotas. ¿Qué necesitas, hijo?

—Me vendrán bien unos calcetines de lana, los que llevo también se han roto. Un sastre me coserá las botas. ¿Y ustedes, cómo van?

—¡Ya ves, hijo! Con muchas incomodidades e incertidumbre, tus hermanos no paran de quejarse, sobre todo José. Yo estoy muy preocupada por él, temo que empeore.

—¡Pobrecito, cuídenle!

—¡Sí, hijo! Sólo Dios sabe lo que está padeciendo este niño.

—¿Y el bebé, está bien?

—Después de todo, es el que está mejor. ¡Anda!, vete con tus compañeros y descansa, que mañana nos espera otra dura jornada.

Nada más instalarme con las amas y mis hijos, le presté atención al enfermo, un tanto aliviada porque al fin podría hacerlo como es debido. Mientras le atendía, las amas fueron por agua y algo de comida.

—¿José, hijo, cómo te encuentras?, —le pregunté.

—No me encuentro muy bien, madre, tengo mucho frío.

—¡Tranquilízate, hijo! Tápate con esta manta y ahora, tómate ese caldo y come algo. Enseguida vendrá el enfermero a verte y podremos administrarte los remedios que te prescribió el físico.

Pernoctamos en este lugar estratégico, situado en la calzada real que une Madrid con el Palacio de la Granja de San Ildefonso, como lo hacen las diligencias y los viajeros que cruzan por aquí la Sierra de Guadarrama. En su fonda-casa de postas, descansamos, tomamos algo de alimento y los sastres Cabrero y Bexó se afanaron con sus herramientas para reparar las botas de los cadetes. Después, el cansancio nos permitió dormir un poco.

Con las primeras luces del día comenzamos la segunda jornada de marcha. En Guadarrama, hicimos un alto y bajamos del carro. Todos lo estaban deseando para estirar las piernas y alguno para algo más. Al punto se acercó Mariano y antes de desmontar me preguntó:

—¿Petra, va todo bien?

— ¡Bueno!, los niños no pueden reprimir las lágrimas con tanto frío. ¿Y tú, cómo estás?, te veo un tanto contrariado.

—¡Sí... sí! Es que tenemos problemas.

—¿Ahora qué pasa?

—Un correo de postas nos ha dado malas nuevas.

—¡Habla!, me tienes en ascuas.

—Las tropas de Napoleón, amparadas por una espesa niebla, el día 30 atacaron a nuestros soldados en Somosierra y no han tenido más remedio que retirarse. No han podido impedir el paso de los gabachos, que se dirigen hacia Madrid a toda marcha. Ya deben encontrarse muy cerca de sus puertas.

—Ese era nuestro destino, ¿no?

—¡Sí, claro! Ahora no tenemos más remedio que cambiar de rumbo. “Marte” no deja de acosarnos. Nos vamos hacia Talavera de la Reina. Descansaremos un poco aquí y enseguida partiremos.

Mariano desmontó y se acercó a sus hijos, que le estaban llamando. Le rodearon y abrazaron cómo pudieron y comenzaron a hacerle preguntas.

—¡Padre... padre! estamos muy cansados y pasando mucho frío. ¿Cuándo llegamos?, —preguntó José.

—¡Tened paciencia, hijos! Vamos a instalarnos en otra ciudad e iremos jugando. Cuando lleguemos a nuestro destino se acaba el juego.

—¿Qué juego?, —respondieron casi todos al unísono.

—¡El de la supervivencia!

—¿Y en qué consiste, padre?

—Hijos, pasaremos por muchos pueblos y distintos pagos, descansaremos en pajares y otros insólitos lugares y comeremos lo que solo Dios sabe. ¡Quién se queje menos, gana!

—¿Y cuál es el premio?, —preguntó José.

—Hijo, es una sorpresa. Os lo diré cuando lleguemos.

—Mariano, no sé qué haríamos sin ti, —le dije.

—Dios te bendiga, querida. ¡Hala!, subid al carro, nos vamos.

Yo no sé si el amor nace de la admiración o la admiración nace del amor, probablemente cualquiera de estos sentimientos lleva al otro. Lo que sé es que más que amar a mi marido sentía pasión por él y también sé que le admiraba continuamente, como ahora, por la seguridad que nos transmitía. ¡Dios le bendiga! Esa feliz idea de hacer creer a sus hijos que ir de pueblo en pueblo, dormir cada vez en un sitio diferente y comer lo que el azar nos deparase era como un juego, hizo que para ellos esta incierta guerra, durante el viaje, pasara lo más desapercibida posible.

La expedición llega a El Escorial (3 días después)

El día cuatro por la tarde sentí cierto alivio al divisar en la lejanía las cúpulas del histórico Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Llegamos a la villa y nos dirigimos a su fonda-casa de postas. Mi Dionisio, como la mayoría de sus compañeros, sus hermanos, las amas y yo, estábamos extenuados y las subsistencias se nos estaban terminando.

—Madre, madre, ¿por qué paramos?, —preguntó Juana.

—¡Hija, ya era hora! Hemos llegado al Escorial. Podéis bajar. ¡Ayuda a tus hermanos!

Dionisio se acercó a vernos, le faltaba tiempo, como hacía en todas las paradas, me dio un beso y me preguntó:

—¿Madre, cómo van?

—¡Ya ves, hijo! Y tú con el ceño fruncido. ¿Qué te pasa?

—Es que hoy es el día de nuestra Patrona y ni siquiera tendremos Misa, cuando más lo necesitamos para implorar su protección.

¡Pobres cadetes! Qué día tan triste para ellos. En esa fecha se olvidaban de los estudios, honrando a la Santa, y perfeccionaban su educación social, porque en el baile de gala llevaban a la práctica las estrictas normas de comportamiento aprendidas en clase. Encontrándome ensimismada en estas reflexiones la voz de Mariano pronunciando mi nombre hizo que le prestara atención:

—Querida, siento lo que voy a decirte.

—¡Malas noticias, claro!

—Bueno, así nos las imaginábamos, pero ya se han confirmado. Los gabachos han sitiado la Corte y la han sometido a un intenso bombardeo. Así que seguiremos alejándonos de Madrid. No sabemos todavía donde nos estableceremos, mas hoy dormiremos aquí.

La expedición llega a Robledo de Chavela, (4 días después)

Reanudamos la marcha antes de la amanecida. Seguimos el camino conocido como *La Ruta Imperial*, dejando atrás extensos campos y verdes prados donde pastaban rebaños de ovejas, cabras y vacas y, por la tarde, llegamos a la villa de Robledo de Chavela. Aquí nos detuvimos y, como de costumbre, lo primero que hizo Mariano fue acercarse a nuestro carro. Su cometido era preocuparse por el Colegio, mas a su familia no la olvidaba, la consideraba parte del mismo, como lo hacía yo.

—¿Petra, va todo bien?, —me preguntó.

—¡Qué va! Estamos pasando muchas fatigas. Los niños tienen mucha hambre. Ya se nos ha acabado la comida.

—¡Qué fatalidad!, a nosotros nos queda muy poca. A partir de ahora tendremos que improvisar. Vamos a descansar en este pueblo y veremos cómo nos las apañamos.

—Confíemos en la generosidad de los lugareños.

Afortunadamente la Divina Providencia vino en nuestro auxilio y los aldeanos, viendo nuestro lamentable estado, comenzaron a traernos viandas, que aceptamos de buen grado. Era tal nuestra necesidad y desesperación, que no tuvimos paciencia a la hora de llevarnos los alimentos a la boca. Pero yo no estaba tranquila sin saber de Dionisio e interrumpí la colación para

acercarme a él. Antes de decirle nada me preguntó:

—¿Madre, ya tiene ustedes comida?

—Sí hijo, acaban de traernos algo. ¡Pero que veo! ¿Qué está haciendo tu compañero?

—Madre, el hambre no aguarda. El pobre está tan desesperado.

—Dime, hijo, ¿tú has comido?

—Todavía no, madre. Necesito algo caliente.

Era tal el hambre que arrastrábamos que un compañero de Dionisio empezó a comerse una gallina cruda y yo en la vida me había visto con tanta necesidad e incontrolada ansiedad. Pero a mí lo que más me dolía no era el hambre ni la fatiga, sino ver el estado en que se encontraba mi hijo José, sin poder atenderle en condiciones para que pasara el sarampión debidamente; no se le terminaba de curar por tanto frío y las muchas penalidades que estaba sufriendo.

En este acogedor pueblo el enfermero atendió a mis hijos y yo le ayudé a curar a un miliciano herido que, con otros compañeros, acababa de llegar después de recorrer muchas leguas tras un enfrentamiento con una patrulla gala.

—Señora, —me dijo —, tenemos noticias de que el enemigo ha bombardeado Madrid incesantemente durante día y medio. La ciudad se ha visto obligada a capitular, después de ofrecer una tenaz resistencia con su fuego de contrabatería hasta agotar la munición de los cañones emplazados en el Retiro. Napoleón se ha instalado a cuerpo de rey en el Palacio Real y ha colocado a su hermano Josef en el trono de España.

—¡Tranquilícese, amigo!, —le respondí—. Su información nos será de gran utilidad, enseguida se la transmitiré a mi marido. Ahora, deje que le curemos sus heridas.

El miliciano no sabía cómo agradecer lo que estábamos haciendo por él y me entregó una hoja de papel con la letra de una canción que circulaba entre nuestras tropas del ejército y de las milicias. Se había hecho muy popular, tanto entre los militares como en la población civil, entonándose al son de “La Marsellesa”.

*A las armas corred, españoles,
de la gloria la aurora brilló;
la nación de los viles esclavos
sus banderas sangrientas alzó.*

*¿No escucháis en los campos vecinos
los infames franceses bramar?*

*¿No los veis con frenética furia
los hogares del pobre talar?*

*Los fuertes aceros,
patricios, guerreros,
al punto empuñad:
marchad, si, marchad.*

*Resuene el tambor,
veloces marchemos
y la sangre española vengemos
derramada con ciego furor.*

*Fuego y sangre, español valiente
son los polos de la libertad;
guerra, guerra al tirano y su gente
guerra, guerra, briosos clamad.*

*Despertad, españoles valientes,
que escucháis de la patria el clamor;
quien no acuda a salvarla brioso
será indigno del nombre español.*

La expedición llega a San Martín de Valdeiglesias, (6 días después)

Por la tarde, dejamos a nuestra derecha el embalse de San Juan y a ambos lados del camino varios viñedos y olivares, cuyos paisajes rompían la árida monotonía habitual de las tierras que veníamos atravesando. También la monotonía del interior del carro se estaba rompiendo con los continuos quejidos lastimeros de José, que me tenían muy angustiada y preocupada. ¿Ahora, que le estaría pasando?

Cuando estábamos llegando a la villa de San Martín de Valdeiglesias, después de seis agotadoras jornadas, se acercó Mariano al carro para decirnos que haríamos noche aquí. Josefa no pudo reprimir una exclamación:

—¡Señor, lo necesitamos tanto como comer, estamos desfallecidos!

Seguimos hasta su Castillo de la Coracera y nos instalamos en su interior, donde nos dispusimos a reponer fuerzas y descansar. Las amas desengancharon el carro, llevaron la mula al abrevadero y después a la cuadra para ponerle su pienso. Yo me fui con los niños a la estancia que

ocuparíamos y al cabo de un rato llegaron las amas y después lo hizo Mariano.

—Cariño, estoy preocupada por no poder atender debidamente a José, — le dije.

—¿Pero..., sigue mal?

—¡Sí, parece que está peor!

—¡A ver... hijo!, parece que le ha vuelto la fiebre. Me voy a avisar al enfermero.

Mientras volvía Mariano, me quedé hablando con Josefa.

—Ama, no sé cuánto más podremos aguantar.

—¡Ánimo, señora!, tenemos que pensar en la familia.

—Eso es lo que me da fuerzas, ama.

Después de atender el enfermero a José y de atender todos un poco a nuestros estómagos vacíos, nos acomodamos para dormir en uno de los pajares, como el resto de la expedición. Cuando me levanté, después de un corto y pesado sueño, mientras desayunábamos hice partícipe de mis lamentos a mi ama:

—Señora, ¡ha visto dónde hemos tenido que pasar la noche!, y mañana continuaremos sin habernos repuesto, —me dijo Josefa.

—¡Claro, ama!, he dormido como un tronco y sigo tan cansada como ayer. ¡Qué largo y penoso se me está haciendo el viaje!

—Señora, el sol no se ha puesto aún por última vez.

—¿Pero no te das cuenta que cada día nos ponemos en camino sin habernos repuesto? Apenas descansamos, nunca dormimos en un lecho decente y nos alimentamos muy mal.

—¡Cómo no me voy a dar cuenta si todos estamos igual! Bueno, el pobre Dionisio y sus compañeros están peor. Tras estas penosas marchas a pie y con el frío que están pasando tienen que taparse con lo que les ofrecen o lo que encuentran, sobre todo con mantas viejas, porque no han podido traer las suyas.

—¡Tienes razón, Josefa! Pero... ¿cuánto más podremos aguantar?

—Lo que haga falta, señora, mientras podamos ponernos en pie. ¡Tenga paciencia! Quién tiene paciencia, obtendrá lo que desea.

—Eso es lo que estoy haciendo, ama, pero, también es cierto que la paciencia tiene un límite y, en este caso, nuestra paciencia tiene el límite de la resistencia humana.

—Señora, tenemos una meta. Piense que más vale una senda llena de

obstáculos que nos lleve a esa meta que no una senda cubierta de rosas que conduzca a ninguna parte.

Apenas habíamos terminado el ligero refrigerio matutino cuando reanudamos camino a buena marcha. Al cabo de unos minutos nuevamente cambiamos de rumbo para alejarnos del enemigo, que ya había ocupado la capital. Ahora, nos dirigíamos hacia Salamanca. Atravesamos las sierras abulenses, dejando atrás El Tiemblo y Muñana, y Macotera en tierras salmantinas.

La expedición llega a Salamanca (12 días después)

Después de doce interminables jornadas, las cúpulas de la Catedral de Salamanca a la vista anunciaban un merecido y necesario descanso a nuestros extenuados cuerpos. Entramos en la ciudad el doce de diciembre y la expedición continuó la marcha hasta llegar al Colegio Mayor Santiago de Zebedeo. Bajamos del carro, Mariano y Dátoli desmontaron y entraron en el edificio para inspeccionarlo. Al cabo de un rato mi marido salió, volvió a montar, se nos acercó y nos dijo:

— ¡Alegraos!, nos vamos a establecer aquí.

—¿Y cómo es eso, cariño?, —le pregunté.

—Porque aquí no hay rastro de los franceses.

—¿Parece un magnífico edificio?

—¡Sí, lo es! Hemos tenido mucha suerte al encontrarlo vacío. Lleva varios años cerrado y cuenta con suficientes estancias y algún mobiliario para instalarse la familia y también aulas y útiles de enseñanza, por lo que las clases podrán empezar pronto.

Con la brillante amanecida del nuevo día, sacando fuerzas de flaqueza, pues todos estábamos muy cansados, nos dispusimos a organizar nuestra nueva residencia. También el “Templo de Minerva” puso en marcha los preparativos para comenzar las clases cuanto antes.

Desgraciadamente, el día 22 de madrugada, cuando ya estaba todo listo y la familia alojada debidamente, con la ilusión de que el trajín había terminado, el ruido de unos cañonazos en la lejanía vino a perturbar nuestro descanso. Mariano se levantó sorprendido, me alertó para que fuera preparando el carro para la marcha y se fue a ver al director.

¡Dios mío! Seguía sin ganar para disgustos. Presentía que los gabachos nos estaban persiguiendo para ejecutar su amenaza contra mi marido. Esta idea no se me quitaba de la cabeza.

Ya me encontraba en la calle con las amas y los niños delante del carro, y este cargado, cuando vimos a los expedicionarios salir a la carrera entre gritos apremiando para que se preparasen para la partida. Mariano llegó a caballo.

—¿Qué pasa, cariño?, —le pregunté.

—Petra, los gabachos se acercan. Hay que poner tierra de por medio. No hemos tenido tiempo ni para recoger las cosas. Nos vamos con lo puesto.

—Mariano, ¡Ya me lo barruntaba yo! ¡Qué poco ha durado la calma! ¡Qué rabia! Tan solo veintiún días. Ahora, cuando ya estábamos instalados, los niños atendidos y haciendo las comidas en condiciones.

—Espero que no se vean muy afectados. Nosotros hemos tenido que abandonar todo, ya listo para empezar las clases.

—¡Qué pena!, con lo que habéis trabajado y el entusiasmo de los cadetes para empezar lo antes posible. Ya me lo había dicho Dioni y lo estaba deseando.

—¡Si, es una pena! Pero lo conseguiremos en otro lugar; nuestros cadetes son los mejores y sabes que el trabajo y la lucha llaman siempre a los mejores. No podemos hacer otra cosa.

—¿Y a dónde vamos ahora?

—¡A Galicia..., a La Coruña!

—¿Por qué allí? ¡Está muy lejos!

—Por ahora, es el sitio ideal para establecerse bajo la protección del Ejército Nacional. Al parecer, está libre de franchutes.

¡Sí... sí!, dices bien, por ahora, como cada vez que intentamos establecernos en algún sitio. Y cuando lleguemos... ¿qué pasará? Sí parece que esos indeseables salen hasta de debajo de las piedras. ¡Qué tormento! No nos dan ni un minuto de respiro.

Amarga fue la satisfacción de profesores y cadetes al ver concluido su trabajo para comenzar las clases en Salamanca, pues los franceses hicieron que su esfuerzo fuera inútil. Tuvieron que abandonar precipitadamente la ciudad, dejando atrás casi toda la impedimenta y los bártulos de enseñanza, que con tanto afán habían conseguido, por no disponer de medios de transporte.

También fue amarga la ilusión con que yo organicé nuestra casa en algunas habitaciones de la residencia, procurando el mobiliario y los enseres de cocina necesarios y surtiéndola de provisiones para el sustento de unos cuantos días. De nuevo, integrada en la expedición también tuve que huir con la familia, dejando atrás cuanto había agenciado y algunas subsistencias.

Esta vez nos dirigíamos hacia Galicia por orden del general jefe del Ejército de la Izquierda, marqués de la Romana. A lo largo del día transitamos por caminos, atravesando algunos pinares cuyos abetos, encopetados de un blanco immaculado, a causa de las nieves recientemente caídas, me recordaban la próxima llegada de la Navidad.

La expedición llega a Aldeaseca de la Frontera, (1 mes y 3 días después)

Cuando llevábamos recorridos casi nueve leguas a marcha doblada, el crepúsculo vespertino nos sorprendió al aproximarnos a la villa de Aldeaseca de la Frontera, envueltos en una columna de polvo. Los gritos de un individuo en las afueras del pueblo me asustaron:

—¡Alarma...! ¡Llegan fuerzas enemigas, vienen muchos! ¡Detrás llevan mulas y un carromato!

—Parece que nos han confundido, —exclamé asustada.

Mis hijos se sobresaltaron, empezaron a hablar entre sí y uno exclamó:

—¡Ese ruido! ¿Madre, qué sucede?

—Niños, tranquilizaos, son las campanas del pueblo.

—Sí, son las campanas del pueblo que están repicando, parece que están tocando a rebato, —dijo Josefa.

—¡Dios mío! Es verdad, nos han confundido con gabachos, —repliqué yo.

Una gran desazón volvió a apoderarse de mí. No ganaba para sustos. Pero habiéndonos aproximado más al pueblo la desazón se disipó al oír los nuevos gritos del lugareño.

—¡Que no son gabachos, son militares... son artilleros... son de los nuestros!

—Menos mal que nos han reconocido y ya no tañen las campanas, —exclamé aliviada.

La gente del pueblo empezó a salir de sus casas para recibirnos. Mi marido ordenó detenerse a la columna y se adelantó, poniendo su caballo al trote.

—Vea, señora, su esposo está hablando con el cura del pueblo, —me indicó Josefa.

—Sí, lo veo, y por los gestos del sacerdote parece que tiene intención de llevarnos a algún sitio.

Unos aldeanos, apostados en las alturas cercanas, como si de centinelas se

tratase, conocedores de la crueldad de los gabachos, habían gritado confundidos y sobresaltados temiendo lo peor. El anciano párroco del pueblo había ordenado a los monaguillos tocar a rebato para que los habitantes acudieran a refugiarse en sus casas o en la iglesia. Este sonido, que al principio me había acongojado, pronto se transformó en campanas de alegría, porque cuando estábamos más cerca nos reconocieron.

La gente del pueblo aliviada, después del susto inicial, nos acogió con gran júbilo. Las mujeres percatadas del deplorable estado de los expedicionarios se apresuraron a dar ropa de abrigo, alimentos y bebidas a los jóvenes cadetes. A continuación, nos condujeron a un gran caserón, posada en su tiempo, para que todos pudiéramos tomar alojamiento y reposar, incluso las caballerías.

Nada más apearnos del carro se acercó una amable aldeana y me entregó algo de comida:

—Tenga señora, para su familia.

—¡Muchas gracias, buena señora!

—Ustedes y esos pequeños se merecen todo por lo que están haciendo.

—¿Señora, qué sucede?, solo veo a mujeres, ancianos y zagalillos en este pueblo. ¿Dónde están los hombres?

—Verá, lo que acontece es que todos los varones ya se han marchado para alistarse en el ejército y empuñar las armas contra los franceses. Sabemos que hacen falta muchos combatientes y nos duele lo indecible no poder acompañarles para luchar junto a ellos.

Pasamos la Navidad en este hospitalario pueblo. Yo me había convertido en la aliada y paño de lágrimas de los compañeros de Dionisio. Me consideraban como una verdadera madre. Querían hacer un Belén viviente y mi hijo con otros camaradas me pidieron que intercediera ante mi marido pensando que así tendrían más éxito en su pretensión. No dudé en complacerles y me faltó tiempo para manifestárselo:

—Cariño, los cadetes solicitan tu permiso para hacer un Belén viviente en honor del compañero Josef Coto. Les ha dicho que le haría mucha ilusión representar a San José, ponerse una túnica y estar junto a la Virgen María y al Niño Jesús. Sabe que está muy enfermo, que se va a morir pronto y desearía hacer ese papel por última vez.

Mariano se quedó pensativo. No atisbaba a comprender mi petición, porque estaba obsesionado con que los alumnos debían dedicarse al

aprendizaje de sus enseñanzas. Además, él predicaba con el ejemplo no despegándose nunca de sus libros y a duras penas tenía tiempo para otras cosas.

—Mi vida, no lo entiendo, —al fin respondió—. Con los trastornos que estas padeciendo, siguiéndome con los seis pequeños ¿cómo tienes ánimo todavía para decirme que quieren montar un Belén viviente?

—¡Sí, amor mío! Josef Coto otros años solía hacer de San José en la iglesia de su pueblo, con una barba larga, vistiendo una túnica y sosteniendo una vara de nardo florecida en su mano.

—¡Pero cómo voy a consentir que un alumno se vista con una túnica y empuñe una vara de nardo! Lo que debe vestir es su uniforme militar y empuñar un sable.

—Eso no es un desprestigio, una cosa no está reñida con la otra. El San José del altar mayor tiene una vara entre sus manos. Estamos en Navidades, los cadetes sin vacaciones y tus hijos sufriendo muchas calamidades y privaciones. Les hace mucha ilusión a todos. ¿Por qué no haces una excepción?, ¡Josef está tan malito!

—¿Querida, sabes una cosa? Nunca te conté la travesura que hice, junto con otros compañeros, entre ellos mi amigo Luís Daoíz, siendo cadete en Segovia en las Navidades de 1786, cuando no existían vacaciones. La víspera de Nochebuena nos introdujimos en las guardillas del Alcázar, rompimos el tablaje de una pared, penetramos y nos apropiamos de unas aves. En la noche siguiente, nos metimos por una ventana en la despensa del teniente de alcaide y robamos dos perniles. En la cena no pudimos festejar mejor día tan señalado, pero desgraciadamente nos delataron las sobras. Fuimos arrestados en el cepo dos horas diarias durante varios días; menos mal que no se nos quitó la ración de comida y la cama para no caer enfermos por el excesivo frío que hacía en ese cuarto. A pesar de la travesura, el Consejo del Centro se quedó impresionado por la habilidad que mostramos varios compañeros para elaborar y llevar a cabo tan bien un proyecto común.

— Cariño, eso es lo que ahora han hecho tus alumnos. Todos se han solidarizado con su compañero Josef Coto y han hecho suya su petición.

—Es lógico. La unión para el trabajo en equipo se inculca en la educación militar. Eso llevaría a forjar nuestro lema: “*Todos para cada uno y cada uno para los demás*”, que refleja el compañerismo característico de nuestro Cuerpo. ¿Sabes que te digo? Dioni y sus compañeros se han unido para organizar un acto muy loable, no es una travesura y les autorizo a qué hagan

ese Belén. ¡Ayúdales, por favor!

—¡Te lo agradezco, cariño! Se van a llevar una gran alegría. Además pondré a alguno de nuestros hijos de pastorcillos. Les hará ilusión y nos vendrá bien a todos.

En Nochebuena, Fuencisla y los niños más pequeños, Jacobo y Vicentín, se quedaron en sus aposentos y yo asistí a la Misa de Gallo con el resto de mis hijos y mi ama Josefa, el Colegio en pleno ocupó los bancos como si estuvieran en formación. Unos improvisados cadetes-batidores daban escolta a ambos lados del altar. En un lateral, un Belén viviente, con mis hijos como pastorcillos y Josef representando a San José que, pese a su fiebre, su mal le estaba dando un respiro, sin la habitual molesta tos de los últimos días. Todo el pueblo, también en el templo, contemplaba fascinado el improvisado Belén y observaba sorprendido la organización y la disciplina de unos cadetes que se encontraban en la más tierna juventud.

La Misa fue oficiada conjuntamente por el capellán del Colegio y el párroco del pueblo.

Evoco las palabras del párroco antes de empezar:

—Vecinos de Aldeaseca, este año nos complace celebrar la Santa Misa de Gallo con unos invitados de excepción, el Colegio de Artillería que viene de Segovia y la familia del teniente coronel Mariano Gil de Bernabé al frente de su esposa Petra. Lo que están haciendo los artilleros para librar a España de los invasores es digno de alabanza, como también es digno de alabanza el comportamiento de doña Petra para conservar a la familia unida, siguiendo a su esposo con toda su prole. En estos críticos momentos, que necesitamos una España fuerte y unida, doña Petra nos está dando ejemplo, pues: “La fortaleza de una nación deriva de la integridad del hogar”. Manifestémosles nuestro cariño, respeto y hospitalidad.

Comenzó la misa y me queda pensativa. ¡Pobre Josef!, menos mal que conseguí hacer realidad su deseo, mas ¿qué podía hacer si estos cadetes son como mis hijos? Y menos mal que conseguí ver a mis hijos sonreír, tan ilusionados por hacer de pastorcillos.

El capellán del Colegio tomó la palabra en la Homilía y nos animó con una brillante alocución:

—Vecinos de Aldeaseca, artilleros, familiares. En situaciones tan complicadas, como las actuales, nos anima confiar en la Divina Providencia prodigando sus dones a través de personas tan amables y caritativas como los habitantes de este hospitalario pueblo. Imploramos a Santa Bárbara para que

los guíe a su morada, porque: “cada acto de caridad nos aproxima un poco más al cielo” y para que proteja a nuestro Colegio durante el azaroso viaje en que nos hemos aventurado y a la abnegada familia del teniente coronel Gil de Bernabé, unida como una piña alrededor de su esposa Petra. Pido al Niño Dios que esta guerra se termine cuanto antes por nuestro bien y el de toda España.

El sacerdote sabía que la palabra de Dios calma las ansias de los espíritus atormentados. Por unas horas todos los asistentes, hombres y mujeres, ancianos y niños, unidos en un sentimiento común, elevamos nuestras plegarias al Sumo Hacedor por el pronto final de las hostilidades e intentamos olvidarnos de los horrores de la guerra. Los artilleros, recordando su día grande, tuvieron la oportunidad de implorar el amparo de su excelsa Patrona, tan necesario en estos críticos momentos.

El día 26 por la mañana reanudamos la marcha, después de recibir la bendición del párroco del pueblo y entregar la vara de nardo de San José al cadete Josef Coto, para que siguiera portándola y nos diera suerte. Todo el pueblo salió a despedirnos y las mujeres a la vez que nos daban el adiós, entre lágrimas y sollozos, tenían que retener a sus hijos porque salían corriendo detrás de nosotros dispuestos a unirse a la expedición, pensando que también podrían ayudar a la defensa de su tierra.

Me causó mucha emoción tanto clamor popular. Los habitantes, una vez más, como en otros sitios, ansiosos por recobrar su tan anhelada libertad, pues no puede existir paz mientras no se tenga libertad, estaban unidos por el sentimiento común de derrotar a los franceses para expulsarlos de España.

Antes de subirnos al carro Mariano se acercó para comprobar que todo estaba en orden y darnos las últimas instrucciones. Entonces, de forma espontánea, le hice una petición.

—Cariño, estoy apenada por Josef Coto. Está muy malito y no debe seguir a pie. Aunque en el carro ya vamos apretados, podemos hacerle un sitio y que Jacobo se siente en las rodillas de un hermano.

—¡Sea, Petra!, eres una mujer inteligente y sensible y tienes un corazón de oro. ¡Llévadlo!

—Y tú eres muy comprensivo y tienes un corazón compasivo, que tampoco tiene precio. ¡Dios te lo pague!

Nos dispusimos a atravesar la provincia de Zamora. Dejamos atrás los pueblos de El Cubo y Villar de Ciervos y con ellos quedó atrás el aciago año

bisiesto de 1808.

La expedición llega a Puebla de Sanabria (1 mes y 3 días después)

El 4 de enero de 1809 llegamos a Puebla de Sanabria, después de soportar nuevamente grandes molestias y las inclemencias de un crudo invierno con intensas lluvias, molestas ventiscas y copiosas nevadas.

Me llamó mucho la atención el inexpugnable Castillo de los Condes de Benavente, situado en la cumbre de la inmensa mole de roca donde se edificó la villa. Hicimos un alto, todos bajamos del carro, Mariano se aproximó y, antes de preguntar por nosotros, me adelanté y le hice participe de mis lamentaciones:

—¡Amor mío, qué mal lo estamos pasado! ¡Cuánto frío! ¡Qué tiempo tan inclemente!

—Mi vida, ya sabías que el viaje iba a transcurrir por todo tipo de incómodos caminos.

—Lo sé. ¿Mas quién podía imaginarse tanto padecimiento? Sólo nos queda el alivio de las lamentaciones.

—¿Cómo van los niños?

—¡Fíjate! Jacobo no deja de mordisquear ese mendrugo de pan duro que encontró en el carro, José sigue mal, ahora no para de toser. Los demás se quejan mucho de hambre y frío, ¡ya sabes!

—¿Y el bebé?

—Después de todo, es el más feliz. No se da cuenta de nada; bien arropado, su alimento no le falta y con el traqueteo acunado.

Mariano se marchó con el director para ocuparse de sus deberes y transcurrida una hora regresó y me dijo:

—¡Lo siento, mi bien!, todavía no podemos relajarnos.

—Ahora... ¿qué acontece?

—Los franceses siguen cosechando victorias por esta zona.

—¿Y cómo es eso?

—Hemos hablado con el oficial de la Casa de Postas y nos ha dicho que a finales de diciembre tuvieron lugar combates por esta zona, el 25 en Tarancón y el 26 en Benavente. Napoleón ha dirigido el grueso de su ejército hacia el norte de Castilla. Nuestro aliado, el general inglés Moore, tras una serie de escaramuzas, tuvo que retirarse con su Brigada Ligera hacia Galicia en una lamentable y desastrosa operación, causándoles graves daños sus perseguidores galos.

—Entonces... ¿qué vamos a hacer?

—Descansaremos aquí, comeremos algo y seguiremos hacia La Coruña.

Encontrándonos en esta conversación se acercó Dátoli para interesarse por nosotros, como solía hacer con frecuencia, y me preguntó:

—¿Doña Petra, cómo van ustedes? ¿Y el bebé y los niños?

—Vamos con mucho padecimiento, señor. Sobre todo los niños, lo están pasando muy mal. No puedo atender a José debidamente ni dar al recién nacido sus tomas a tiempo.

—¿Y Josef Coto?

—Sigue muy malito, tiene mucha fiebre. Me temo lo peor.

—El enfermero les está atendiendo en las paradas, ¿no?

—Sí, señor, mas poco puede hacer, no cuenta con suficientes preparados para las necesidades de todos.

Continuamos viaje encendiendo hogueras en los pocos altos que se hacían para reconfortarnos. Nos calentábamos, y el cocinero Cadenas y su ayudante Arze, cuando disponían de avíos, preparaban con gran diligencia caldo caliente, que nos ayudaba a soportar mejor las bajas temperaturas. En esos momentos siempre se nos acercaba algún profesor o dependiente para interesarse por los niños, especialmente por José y el bebé y por el cadete Josef Coto. Mi marido pasaba con nosotros todo el tiempo que le permitían sus obligaciones.

Cuanto más avanzaba la expedición más nos parecíamos a una caravana de gitanos, yendo de acá para allá, cuyo hogar es su carreta y su esperanza, como una leve sonrisa, es llegar al siguiente asentamiento donde procurarse la vida y, sin hogar estable ni patria, su ilusión es vivir un día más. Mi ilusión era llegar cuanto antes a nuestro nuevo destino y mi esperanza, regresar algún día a la tierra que nos vio nacer en paz y libertad, porque: “No hay en la tierra contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida”.

La expedición llega a Orense (1 mes y 11 días después)

Entramos en la ciudad gallega de Orense el 12 de enero, después de otras ocho lamentables jornadas; algunas de ellas, como si estuviéramos atravesando remotas regiones de Siberia, pues la nieve cubría cuanto se ponía al alcance de nuestra vista. A veces se desfiguraba el camino, cubierto por el blanco manto, y podíamos seguir gracias a las indicaciones de los oficiales a caballo destacados a vanguardia de la columna. La vista era el único órgano

de nuestro cuerpo que disfrutaba de la impresionante belleza de esos paisajes, esculpidos en un blanco inmaculado por el cincel del invierno, porque los demás órganos de nuestro cuerpo sufrían lo indecible.

Otros días transitábamos por caminos dónde no se veía ni una alma y dónde el silencio lo envolvía todo, a veces roto solamente por los graznidos de algunos cuervos que nos sobrevolaban como únicos seres vivos de la naturaleza. Tenían la esperanza de servirse de algún resto de comida que dejásemos en los altos, desistiendo de la persecución cuando, después de nuestra partida, comprobaban que nada aprovechable había quedado. Era tal la penuria alimenticia que arrastrábamos que los posibles desperdicios, producidos en situaciones normales, eran aprovechados por la propia expedición.

Nuestra llegada a la ciudad causó una gran expectación, sus habitantes salían a la calle para ver tan insólita estampa y al percatarse del deplorable estado de los cadetes, se movilizaron para llevarles ropa y botas, como era casi habitual al llegar a los pueblos de tránsito. Además, los rigores climatológicos pasaron factura al pobre Josef Coto que experimentó un notable empeoramiento. Nada más bajarnos del carro se nos acercó Dionisio y me saludó con un beso.

—Dioni, hijo, ¿necesitas algo?, —le pregunté.

—No, madre, nos vamos apañando con lo que nos dan al pasar, imagino que como ustedes.

—Claro, y dime ¿cómo te encuentras?

—¡Molido!, mas no se preocupe, padre está pendiente de mí. Hay compañeros que lo están pasando peor, Ahora Mariano Sánchez también se ha puesto muy enfermo.

—Ten cuidado, cariño. Abrígate con la manta, no vayas a caer tú también.

—¿Madre, cómo está Josef?

—Está muy malito, hijo. Ha empeorado de sus calenturas.

—¿Y ustedes?

—¡Bueno, ya lo ves!, desfallecidos, poco alimentados. Tu hermano José también ha empeorado, la erupción se le ha extendido a manos y pies y un oído le está supurando.

Nos alojaron en los pajares y cuadras de la hospedería de la Casa de Postas, porque no había habitaciones para todos. El oficial de la Casa informó a mi marido sobre las noticias que tenía referentes a la situación en Galicia y

después vino a comunicármelo.

—Petra, nos han dicho que Moore ha muerto a causa de las heridas recibidas en combate, pero consiguió llevar a sus hombres hasta La Coruña. Después, el enemigo tomó la ciudad y, al no poderse defender la Plaza, el gobernador se vio obligado a capitular.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—¡Ya ves! Cambiaremos de planes otra vez.

—¿Ahora a dónde iremos?

—Tengo que estudiarlo con el director. Te lo diré antes de partir.

En la madrugada del día 13, encontrándonos listos para reanudar la marcha, Mariano me informó del nuevo plan de viaje.

—Mi vida, las hordas de “Marte” siguen siendo nuestro azote, no nos dan tregua. ¡Está decidido, nos vamos a Sevilla!

—¿Cariño, porqué allí?

—Ahora parece ser la ciudad más segura.

—Eso dices cada vez que cambiamos de rumbo.

—Sí, es lo que pretendemos, pero el acoso de los franceses nos hace cambiar de planes continuamente. ¿Qué otra cosa podríamos hacer? Esta vez es distinto, allí está el Gobierno de la Nación y la Dirección General de Artillería y, por ahora, no hay rastro de franceses.

—¿Y cómo vamos a atravesar España con tanto hostigamiento de los gabachos? Están por todas partes.

—¡No te preocupes! Después de su derrota en los campos de Bailén no se han vuelto a atrever con Andalucía y haremos la marcha atravesando Portugal, son nuestros aliados.

—¿Mariano, por qué no ha venido el cadete Josef Coto?

—El pobre se está apagando y se quedará aquí con su compañero Mariano Sánchez, vendrán del hospital a recogerlos.

—¡Pobrecito!, ya era como uno más de la familia.

—¡Anda! Subid al carro, nos vamos.

Me alejaba de Orense, con mi marido, mis hijos y mis amas como si fuéramos una bandada de aves migratorias volando hacia las cálidas tierras del sur, para mitigar allí los rigores del invierno castellano. Pero a diferencia de estas aves, que tienen programado el regreso a su tierra, nosotros carecíamos de programación alguna, en un incierto viaje sin retorno a la vista y sin perspectiva de futuro.

Comenzamos a atravesar Portugal, encontrando algún consuelo al pasar por los pueblos hasta llegar a Baltar, adonde arribamos el día 29, tras otras dieciséis fatigosas jornadas, en las que a veces se hacían muy penosas las marchas, durante las primeras horas del día, cuando atravesábamos extensas zonas cubiertas con dorondón. Su gélida humedad nos calaba hasta los huesos, su espesura apenas nos permitía ver a los que iban delante en la expedición y el intenso frío dejaba a nuestro paso cencellada, como blancos flecos de escarcha colgando de las hierbas y matojos que flanqueaban ambos lados del camino.

En Baltar hicimos un alto para pernoctar y aunque no era novedad que los pobladores por donde transitábamos salieran a recibirnos, que nos animaran, ofrecieran alimentos y se preocuparan, especialmente por las prendas de abrigo de los jóvenes cadetes y de mis hijos, esta vez, me sorprendió que procedieran de los portugueses tantas muestras de hospitalidad y solidaridad.

Cuando paramos se lo comenté a mi esposo:

—Cariño, estoy sorprendida. ¿Te has fijado en esta gente, cuanto nos están trayendo?

—Si querida, no es extraño. Es gente muy amable y sabes que son nuestros aliados. Y yo estoy sorprendido de tu entereza y de cómo consigues que los niños soporten tan duro viaje.

—Mariano, no sé cuánto tiempo podré hacerlo, ya me faltan las fuerzas. No veo el final de este tormento.

—¡Relájate! En el otro extremo de Portugal podemos vislumbrar nuestra meta, como se vislumbra la luz al final de un largo túnel, aunque no seamos capaces de percibir la claridad.

—¡Menos mal! Hasta ahora la única meta que teníamos era huir de los gabachos y subsistir, sin vislumbrar luz alguna.

Con el nuevo día continuamos camino, sin que me llamara la atención ningún paisaje ni accidente geográfico, no porque no los hubiera, sino porque iba tan deprimida, casi sonámbula, que no podía prestar atención a otra cosa que no fuera el interior del carro.

La expedición llega a Oporto (2 meses después)

El día 31 llegamos a Oporto y nos acomodamos en unos almacenes de su puerto. Por la mañana mi marido, que me había visto desesperada, me tranquilizó diciéndome que ya nos faltaba poco para llegar. Dátoli había

enviado un comunicado al Director General del Arma, el mariscal de campo Maturana, solicitando la habilitación del Convento de San Laureano de Sevilla para la instalación de los expedicionarios y donde los cadetes pudieran continuar interinamente las clases.

Partimos de Oporto después de cuatro días de reparador descanso, algo recuperados y con el ánimo levantado. Atravesamos muchas aldeas, dejando atrás los blancos paisajes nevados de Castilla y del norte de Portugal y ahora transitábamos por los ocres y áridos barbechos luso-extremeños interrumpidos por algunas dehesas salpicadas de alcornoques. También habíamos dejado atrás las bajas temperaturas y aunque ya estábamos sobre cero seguía haciendo mucho frío. Mi cuerpo acusó los cambios que se habían producido en el color de las tierras y en la temperatura reinante, sin embargo mi alma seguía igual de congelada que cuando salimos de Segovia al no barruntar cuándo y cómo se produciría el fin de nuestro viaje.

La expedición llega a Lisboa (2 meses y 17 días después)

Entramos en Lisboa por la tarde del día 18 y nos albergamos en su Casa de Postas. Aquí, encontrándome con las amas y los niños en una mesa esperando la llegada de alguna colación, llegó mi marido. En su rostro adiviné que traía una mala nueva y solté una exclamación:

—Mariano, ahora, ¿por qué esa pesadumbre? Otra desgracia, ¿no?

—No, no es para tanto, pero no te va a gustar lo que voy a decirte.

—¡Venga ya, dilo!

—Siento decirte que el resto del viaje lo haréis sin mí.

—¿Por qué? Si ya falta poco.

—No puedo decírtelo ahora.

—Sospecho que está pasando algo grave y temo por tu vida.

—¡Sosíégate! Nada malo me va a pasar. Debo partir de inmediato para Sevilla.

—Cariño, con tantas penalidades como estamos pasando tenerte cerca de nosotros era un alivio.

—¡Lo sé, lo sé! Pero no te preocupes, Dioni, que es un joven muy responsable, estará pendiente de vosotros.

—¿Y nosotros, que vamos a hacer?

—Estáis agotados. Descansaréis y dentro de unos días embarcaréis para Huelva.

—¡Ten mucho cuidado, cariño!

—No queda otra. ¡Lo lamento! Os esperaré en Sevilla.

Después mi marido me refirió que Dátoli había enviado un nuevo comunicado a Maturana, informándole sobre el estado de los alumnos, extenuados y desarropados y reiterándole la previsión de alojamiento para toda la expedición y, sobre todo, de camas y demás indispensables para la subsistencia de los cadetes, pues no habían podido recibir las oportunas asistencias de sus padres o tutores.

El 1 de marzo, encontrándonos en el Puerto de Lisboa, dispuestos para embarcar en un mercante, me acerqué a mi Dionisio, le di un beso y viéndole cariacontecido y cabizbajo le pregunté:

—¿Hijo, te aflige algo? Estabas tan contento por viajar en barco y de pronto, ese semblante y el de tus compañeros, igual. ¿Qué os pasa?

—Madre, nos hace mucha fiesta ir en barco, ninguno habíamos visto uno ni siquiera en dibujo, mas hemos recordado a nuestro compañero Josef Coto que, además de representar a San José en el Belén, cuando se enteró a dónde íbamos nos dijo que le hacía mucha ilusión ver el mar.

—Hijo, lo que estáis haciendo tiene mucho mérito. Quizá Josef esté viendo el mar desde el Cielo. Ahora podéis descansar y pasarlo bien con las jornadas venideras. Ten presente que el ánimo gozoso hace florida la vida; el espíritu triste marchita los sucesos. ¡Disfrutad del viaje!

Se trataba de una novedad para casi todos, principalmente para mis hijos y para los cadetes; era la primera vez que viajaban en barco y que iban a ver el mar. Además, Dionisio y sus compañeros, al saber que este tramo del viaje no tendrían que hacerlo a pie, no pudieron reprimir su contento, pero el recuerdo de sus compañeros enfermos les había entristecido.

El segundo día de navegación Dionisio me sorprendió llamándome en mi camarote al atardecer. Quería alertarnos sobre el sorprendente espectáculo que había comenzado a divisarse con motivo de la puesta del sol, poco antes de ocultarse tras la línea del horizonte. Salí a cubierta con las amas y los niños y observamos la magia del atardecer sobre el mar. El color del cielo fue cambiando progresivamente de azul intenso a diversos tonos amarillos, rojos y violetas alrededor del astro, cuyo disco se veía de un blanco deslumbrante con una aureola dorada. Su reflejo sobre el agua formó una áurea estela que se iba abriendo a tonos rojizos y violáceos hasta perderse en la inmensa oscuridad del océano. El momento más asombroso fue justo el de la puesta,

en que el astro rey, como si de una refulgente cabeza se tratara, reflejaba su larga cabellera dorada en el espejo del océano, que se iba deslizando sobre la superficie del agua hasta perderse en el horizonte. Una vez oculto el disco solar, por encima del crepúsculo todavía reinante, se hizo visible una luna llena rojiza. A las pocas horas el crepúsculo desapareció y la luna se tornó azulada, iluminó el cielo y rielando sobre el agua dibujó una caprichosa estela de muaré de plata.

Era algo maravilloso, que tuvimos el privilegio de presenciar, porque solo se da unos pocos días al mes. Era como si el sol y la luna, conscientes de las tenebrosas marchas de las jornadas transitadas, se hubieran confabulado para iluminarnos y hacernos más grata la travesía; como una señal anunciándonos que la luz había vuelto a nuestras vidas y los oscuros días pasados, desde nuestra salida de Segovia, estaban a punto de concluir.

El resto de las singladuras también nos animamos a observar la mágica escena, aunque el satélite ya no se mostrase en todo su esplendor al estar comenzado su fase de cuarto menguante.

La expedición llega a Huelva (3 meses y 5 días después)

Al cabo de cinco interminables días de navegación, a la vista de la costa de Portugal, arribamos al Puerto de Huelva. Cuando desembarcamos tuve una grata sensación de bienestar al saber que estábamos de nuevo en tierra española y lejos de los gabachos, que se extendían y destrozaban todo a su paso, sin respetar vidas y haciendas, como hace la marabunta.

Al capitán Miralles le faltó tiempo para acercarse a nosotros y preguntarme:

—¿Doña Petra, cómo lo llevan?

—¡Bueno! A Dios gracias que hemos descansado en Lisboa y durante tan agradable travesía, sino solo Él sabe cuál habría sido nuestro destino, pues es mucho el cansancio acumulado y la desnutrición que llevamos.

—Señora, ahora descargarán el carro con sus pertenencias y la mula, pasaremos la noche en unos tinglados del muelle y mañana continuaremos camino para Sevilla. Por cierto, el director ha autorizado a su hijo Dionisio para que siga con ustedes en el carro.

—¡Muy agradecida, capitán!

Al despuntar el día, como siempre, nos preparamos para la siguiente etapa del viaje, que afortunadamente parecía ser la última, después de desayunar un

chocolate poco espeso pero bien caliente con un pedazo de pan preparado por el cocinero del Colegio y su ayudante.

Mis dos amas y toda la prole subieron al carro. Dionisio se puso a las riendas y yo a su lado. Reanudamos la marcha, ya sin la vista de la escarcha matutina, de los paisajes nevados y de las áridas tierras en barbecho. La geografía se había vuelto de relajantes colores pastel, predominando el verde de la campiña andaluza con sus bosquecillos y viñedos. También dejamos atrás las bajas temperaturas, permitiendo despojarnos de las mantas que nos cubrían. Con este disfrute para la vista y el confort del buen tiempo, el día 14, encontrándonos en las alturas del Aljarafe, cerca de Castilleja de la Cuesta, divisamos Sevilla.

La alegría que me entró al llegar a la capital onubense se repitió al ver que por fin estábamos llegando a nuestro destino. Era como el agua de los manantiales que debe su frescura a su permanente fugacidad. Mas estas fugaces alegrías no suponían ninguna etapa en mi vida. Era consciente de que los vuelos naturales del espíritu humano no van de placer a placer, sino de una esperanza a otra. Se lo dije a las amas y a los niños con la esperanza de que pronto tendríamos nuestro hogar y les animé a cantar, cosa que hicieron de buen grado pensando que el juego estaba a punto de terminar.

Cuanto más nos acercábamos a la ciudad, más bella nos parecía. Poco a poco iba divisando a lo lejos las cúpulas de sus espléndidos monumentos. La hermosa muralla que la rodeaba; en su interior, la torre de la majestuosa Giralda, próximo a ella la Torre del Oro y diseminado por todo el recinto, sobresaliendo por los tejados, las espléndidas espadañas de numerosas iglesias.

Asombrada por tan hermosa vista en el horizonte, anunciando el final de nuestro viaje, me dirigí a mi Dionisio.

—¡Mira, hijo, no te parece bonita Sevilla! Si nuestro Alcázar de Segovia parece el castillo de un cuento de hadas, Sevilla parece una ciudad de “Las Mil y una Noches”.

—¡Es verdad, madre! Mire, ahí abajo, en el camino hay una pareja de militares a caballo.

Eran dos guías que nos estaban esperando en la vega para conducirnos hasta nuestros aposentadores. La atravesamos, sorprendidos de su verdor, que se extendía hasta las orillas del río Guadalquivir. Después de un buen rato escuchando el suave rumor del discurrir de sus aguas, llegamos al arrabal de Triana y atravesamos su puente de barcas.

Se trataba de la única construcción sobre el río y el único paso de toda la zona navegable para comunicarse con Triana y el Aljarafe. Parecía que estábamos cruzando el largo puente levadizo de un gran castillo, cuyo foso era el cauce del río que discurría rodeando gran parte de la muralla de la ciudad.

La expedición llega a Sevilla (3 meses y medio después)

Llegamos a la espléndida Puerta de Goles, ahora conocida como Puerta Real, desde que el rey Felipe II entrara por ella en su visita a la ciudad. Allí estaba esperándonos mi marido con una comisión de oficiales aposentadores. La expedición hizo alto, bajamos del carro y en ese momento vi a Mariano que se dirigía hacia el director y le decía:

—¡A la orden de usted, mi coronel! ¡Bienvenidos!

—¡Bienhallados, Mariano!, —le respondió Dátoli.

—¡Sin novedad! ¿Qué tal el viaje desde Lisboa?

—¡Mucho mejor, Mariano!, ¡ya ve, hemos sobrevivido! ¿Y usted, qué tal su cometido?

—¡Bien, señor! Entregué a los reos en la prisión. Después, me presenté al general Maturana y me nombró aposentador del Colegio. Ya he visto el edificio y las dependencias que vamos a ocupar; he preparado un plan de alojamiento y tengo prevista la comida para hoy.

—¿Está lejos?

—¡Qué va!, ¡Ahí, al lado! Es ese convento que podemos ver, el de San Laureano.

—Ya lo veo, es el edificio que solicité. Mariano, ¡ande!, vaya a abrazar a su familia.

Vino hacia mí, me besó, me acarició la cara, me estrechó contra su pecho con un cálido abrazo, le saludaron las amas y besó a todos los niños, que le habían rodeado abrazándole.

—Mi vida, ¿qué tal el viaje?, — me preguntó.

—Desde que nos dejaste, afortunadamente mejor. La travesía en barco fue muy relajante y sin tanto frío, sobre todo desde Huelva, que el clima andaluz es más benigno, y con más ánimo al pensar que pronto te veríamos y que al fin llegaríamos a nuestro nuevo hogar.

—¡Por fin! ¿Cómo estáis?

—¡Ya ves!, derrotados, exhaustos y famélicos por los avatares del camino y preocupados por ti. José ha experimentado una ligera mejoría, parece que

este clima le sienta mejor. Menos mal que a Dioni le autorizaron a acompañarnos en el carro. Se ha portado como todo un hombre.

—¡Bueno, ya se acabó la pesadilla! Ya me has oído, vamos a alojarnos.

Llegamos al Colegio-Convento de San Laureano, estaba muy cerca de la puerta de entrada a la ciudad donde se hizo la recepción, extramuros de la ciudad. Entramos por el portón del patio de cuadras y, con las indicaciones de Mariano, las amas desengancharon la mula y la metieron en la cuadra, descargaron el carro y penetramos todos con el equipaje hasta el patio del edificio porticado, donde se hallaba la residencia del Convento, para esperarle.

Mariano se había preocupado de que las distintas estancias contaran con el mobiliario preciso para poder alojarnos sin problemas y tenía alimentos para tomar algo antes de retirarnos a descansar.

Nos encontrábamos en el corredor que da a las celdas y cuando llegó mi marido para llevarnos a nuestras estancias, impaciente por no haberle podido transmitir mis sentimientos cuando nos saludó, como hubiera sido mi deseo, le di un fuerte abrazo, pero la fatiga acumulada hizo que me fallaran las fuerzas, se me escapó un gran suspiro y me desvanecí en sus brazos.

Cuando me desperté me encontraba en la cama de nuestra celda dormitorio y Mariano a mi lado. Era muy entrada la noche, no me había querido despertar, porque estaba exhausta del viaje. Me dijo que los niños y las amas ya habían cenado y se habían acostado. Yo, a pesar de mi cansancio, le rodee con mis brazos y piernas, le besé una y mil veces tan apasionadamente que el deseo iba recorriendo todo mi cuerpo. Cuan cierto es que la pasión hace desaparecer el cansancio. Él hizo lo propio y tantas arrebatadoras demostraciones de amor irremediamente incrementaron nuestra mutua entrega. Seguimos con nuestro juego amoroso en el lecho, como si quisiéramos recuperar todos los días que habíamos estado sin vernos. Se trataba de un jergón de borra, pero después de todo lo pasado me sentía como si estuviera reposando en un espléndido colchón de plumas.

Al día siguiente mi marido me comentó que Maturana, enterado de nuestra llegada, había informado al ministro de la guerra, Antonio Cornel. Entre otras cosas le decía que acababan de llegar los profesores, caballeros cadetes y dependientes del Colegio de Artillería de Segovia: “...viniendo los segundos sumamente derrotados por no haber sacado de dicha ciudad más ropa que la puesta”.

Por fin se acabó tan penoso éxodo, después de tres meses y medio de interminables y heroicas jornadas, llegando hasta la extenuación, a pesar de la corta edad de mis hijos y de la tierna juventud de Dionisio y demás cadetes. Desgraciadamente, estos tuvieron que lamentar la pérdida de los compañeros Josef Coto y Mariano Sánchez, que se quedarían en Orense y después morirían a causa de las enfermedades contraídas durante el viaje.

Yo hice tan penoso y dilatado peregrinaje con una angustia y preocupación indescriptibles, por mis pequeños y, sobre todo, pendiente de la salud de José; temía por su vida a causa de las pocas asistencias que le pudimos prestar, esforzándome para transformar mis palabras de temor en palabras de aliento. Pero afortunadamente ¡llegamos!

A lo largo de estas interminables y sufridas jornadas fui testigo de las etapas más trágicas y memorables de la historia del Real Colegio de Artillería, alejándose continuamente de los franceses, para llegar a una población segura donde poder continuar su labor.

También fui testigo de la generosidad, del sacrificio y del coraje mostrado por todos mis hijos, tan pequeños, y con José muy enfermo, durante tan tormentoso viaje. Asimismo, fui testigo del cariño que me profesaban mis dos queridas amas, al no dejarme sola en ningún momento, soportando pacientemente tan doloroso viaje, pasando mucho frío y mal alimentadas y, sobre todo, complaciendo mis deseos de seguir la suerte de mi marido.

Soportando las inclemencias climatológicas y las adversidades de la contienda, viajamos en condiciones apremiantes e inhumanas, alimentándonos escasamente y descansando poco, sobre todo en las poblaciones de paso, donde el Colegio, a veces, podía continuar las clases, pues no siempre se lo permitía, con su acoso, el despiadado enemigo.

¡Dios mío! ¡Qué mérito tan grande! La férrea voluntad de los artilleros, por continuar con su Colegio abierto para no interrumpir las enseñanzas de los cadetes, fue toda una proeza digna de pasar a los anales de la Historia.

También fue toda una proeza digna de la mayor alabanza mi inquebrantable deseo de seguir a mi marido a toda costa y con toda la familia, que mis amas quisieran acompañarme, que todos mis hijos soportaran con mayor o menor agrado tan penoso viaje, que José se quejara lo mínimo, a pesar de su terca enfermedad y que el bebé Vicentín, como si fuera consciente de la situación, solamente me reclamara el pecho cuando yo estaba en disposición de dárselo.

Al alivio que sentí por haber alcanzado la meta le siguió una nueva preocupación. Ahora no podíamos contar con los recursos a los que estábamos acostumbrados en Segovia. ¿Cómo nos enfrentaríamos a una vida tan distinta y tan escasa de disponibles, como la que disfrutábamos en nuestra querida tierra?

Elevé la vista al Cielo y pedí ayuda al Todopoderoso, a la vez que metía la mano en mi faldriquera y comprobaba que el documento que había guardado con tanto celo seguía en su sitio.

12.

EL COMIENZO DE OTRA PESADILLA

...Recuerdo mis primeros días en la bella ciudad de Sevilla.

Yo no tenía claro cómo me enfrentaría a la nueva vida y en mis cavilaciones vinieron a mi mente las palabras de Daniel Defoe: “Considerando más el aspecto brillante de la situación que lo que me faltaba, este recurso, a veces, me proporcionó un inefable consuelo”; así que pensé en volcarme haciendo cuanto fuera posible por el bien de mi familia. En lo que respecta a mi marido y a mi hijo Dionisio, ellos si tenían claro cómo afrontar la nueva situación.

La perseverante voluntad de Mariano y del resto de los profesores y alumnos del Colegio de Artillería les llevó a establecer su “Templo de Minerva”, sin pérdida de tiempo, en dependencias del Convento de San Laureano. Protegidos por sus veneradas paredes, lejos de la amenaza francesa, los cadetes podrían seguir instruyéndose con las miras puestas en finalizar sus estudios cuanto antes para incorporarse a los ejércitos de España como oficiales y poder dirigir con acierto a sus tropas contra las hordas del terrible “Marte”.

El 15 de marzo de 1809 cambió sus amplias y bien equipadas dependencias de su casa solariega en el histórico Alcázar de Segovia por otras muy sobrias y vacías del Convento sevillano. Ocuparon sus celdas y aulas, dispuestas alrededor de un artístico patio con arcadas de medio punto apoyadas en columnas de mármol, y utilizaron otras piezas, como sus cocinas, cuadras y capilla. Con el fin de adaptar las dependencias para su nueva finalidad, cadetes y dependientes comenzaron rápidamente a practicar algunas reformas con las instrucciones dadas por mi esposo y el director.

A Mariano y a mi Dionisio se les veía de muy buen talante, porque al fin podían reanudar su vida y en un sitio de excepción. El “Templo de Minerva” aunque no tenía en esta ciudad los medios de enseñanza de que disponían en Segovia, como era su magnífico laboratorio de Química y su espléndida Biblioteca, contaba con otras interesantes ventajas. Disponían de una prestigiosa fundición de cañones y de la mejor maestranza de Artillería de la Nación, industrias de gran interés para el perfeccionamiento de los profesores y el adiestramiento de los alumnos en la técnica artillera. Gracias a las enseñanzas llevadas a la práctica en estos establecimientos, los cadetes al terminar la carrera serían promovidos a oficiales del Arma, pudiendo también

ser facultados como ingenieros industriales.

De mí no podía decir otro tanto, me encontraba taciturna y malhumorada, pues pasados los primeros momentos de alivio por encontrarnos a salvo, volvió a invadirme una gran sensación de angustia.

Si bien el edificio del Convento tenía una magnífica arquitectura de estilo italiano, el de su residencia, donde nos alojamos toda la familia, era menos suntuoso, con las estancias, también excesivamente reducidas y austeras, dispuestas en un corredor alrededor de otro patio menos grandioso. No quiero ni recordar lo que sentí en el momento de tomar posesión de nuestros aposentos. Cuando vi donde teníamos que vivir, pensando sobre todo en los niños, uno de pecho, otro enfermo y los demás extenuados, se me encogió el corazón. Me quedé cavilando adonde había llegado mi situación por la guerra y por el amor.

Mariano no tuvo tiempo de semejantes reflexiones. Al día siguiente, bien temprano, asistió a una Junta Gubernativa en el despacho del subinspector interino del Departamento y director de la Fundición de Bronces, brigadier Arriada, bajo su presidencia y la asistencia de todos los oficiales llegados de Segovia para tratar sobre la reorganización del Centro.

Lo primero que hice yo, después del desayuno, fue escribir una larga epístola a mi querido tío Pablo para relatarle los motivos de mi marcha de Segovia con toda la familia, las peripecias del viaje y el estado en que habíamos llegado. También le comunicaba dónde nos habíamos instalado y le tranquilizaba, porque, afortunadamente, aquí habíamos encontrado el sosiego que tanto anhelábamos después de tan duro peregrinar.

A los pocos días, después del nombramiento de dos nuevos profesores que se encontraban sirviendo en Andalucía y de las buenas perspectivas para avanzar en la enseñanza de los cadetes, mi marido y mi hijo parecían otras personas. Se les veía muy ilusionados y se estaban recuperando de la fatiga y de la desnutrición, acumulada durante tan largo viaje, a una velocidad asombrosa; respondían al dicho de que: “Cuando se anhela algo de corazón desaparecen del vocabulario las palabras cansancio y desilusión”.

Por mi parte, aunque anhelaba de todo corazón acoplarme a nuestra nueva vida, en mi semblante seguían percibiéndose las marcas del sufrimiento y del desencanto. Me recuperé pronto del cansancio del cuerpo pero no del alma, aunque no perdía la esperanza de recobrar la ilusión antes o después, para lo cual me propuse poner todo mi empeño en conseguirlo.

Los distintos paisajes que atravesamos durante el viaje por tierras de

Castilla, Galicia, Portugal y Andalucía y los sorprendentes aspectos del cielo en tantas amanecidas y puestas de sol, que observamos desde el carro y desde el barco, dejaron impresa en la paleta de mi mente unos bellos colores blancos, ocres, amarillos, rojos, violetas y verdes, con una múltiple gama de resplandecientes tonalidades. El trajín, la tensión, la escasa alimentación y los pocos descansos de tan largo y sufrido viaje grabaron en la paleta de mi cuerpo unos colores oscuros, parduzcos y grisáceos. La incertidumbre sobre el nuevo destino, la enfermedad de José y el continuo acoso de los gabachos plasmaron en la paleta de mi corazón unos colores sombríos y negruzcos. Los pinceles que pintaron mi retrato, que pondría en el nuevo hogar, no tomaron los bonitos colores de la paleta de mi mente, los tomaron de las paletas de mi cuerpo y de mi corazón. El resultado fue que mi cuerpo no había envejecido los tres meses y medio del viaje, sino más de tres años y medio. Cuan cierto es el refrán: “La cara es el espejo del alma y los ojos sus delatores”. La expresión de mi rostro reflejaba el sufrimiento de mi alma y mis ojos lo revelaban, mas yo procuraba tapar ese retrato continuamente para no dar a mis hijos más motivos de padecimiento.

Con nuestra vivienda limitada a unas cuantas raquíticas celdas de una residencia de frailes carente de comodidades, sin el mobiliario y demás pertenencias propias de una casa, sin mis vestidos y demás atuendos y lejos de mis amigas y de mis propiedades, la mariposa que antaño me sentía comenzaba a languidecer. Había perdido los bonitos colores que solía vestir y el brillo irisado de sus alas y no tenía campos a donde volar libremente para solazarse y alimentarse. Desterrada muy lejos de su hábitat, estaba comenzando una extraña metamorfosis.

En la estancia que servía a los religiosos para cocina de la residencia organicé la nuestra con un hogar de leña. A su vez la usamos como comedor, después de poner varias sillas recogidas de distintas celdas y montar una mesa con un tablero grande de madera apoyado sobre unos caballetes, utilizada también como mesa de estudio para los niños y para las labores de la casa.

Cuando tuve ocasión le pregunté a mi marido porqué había hecho el viaje desde Lisboa solo y en secreto. Me contestó que el embajador de España le había encomendado la arriesgada misión de llevar hasta la cárcel de Sevilla a Luís Gutiérrez, redactor de la Gaceta de Bayona y a su compañero Juan Enrique de Goicoechea, por ser reos de lesa-nación. Que era un encargo

personal del general Eguía, de quien había sido su secretario y persona de confianza en el Ejército de Castilla la Vieja, para evitar que ambos se confabulasen en el camino con el fin de obstaculizar la demostración de sus graves crímenes y, al mismo tiempo, impedir que fuesen linchados en los pueblos de tránsito, antes de que la policía hiciera las averiguaciones pertinentes y el juez pudiera dictar sentencia. Posteriormente nos enteramos que habían sido declarados culpables de los cargos que se les acusaban y ajusticiados.

Mariano también me comentó que había desempeñado la misión viajando por su cuenta y riesgo con dos alcaldes y una escolta bajo sus órdenes, sufragando de su bolsillo todos los gastos del viaje y sin recibir ayuda alguna del Real Erario. Cuando mi marido se enteró de que los dos carceleros habían sido generosamente gratificados no presentó reclamación alguna, “porque prefería vivir en la miseria y sin lecho donde reposar antes que molestar y pedir algo a nuestra asfixiada Nación”, como él mismo expresaría en su solicitud de ascenso a coronel en propiedad.

Aunque estaba contenta por ver a toda mi familia reunida a la hora de comer, los pensamientos que me asaltaron cuando ocupamos nuestros aposentos seguían martillando en mi cabeza sin darme un momento de respiro. Transcurridos unos días, estando todos sentados a la mesa, me quedé pensativa, Mariano se dio cuenta de mi semblante, absorta en mis pensamientos y me preguntó:

—¿Querida, en qué estás pensando? ¡Baja de las nubes! Ya estamos en casa.

—Amor mío, no puedo dejar de pensar en nuestra situación.

—Piensa que la pesadilla del traslado se acabó y que ha comenzado una nueva vida para nosotros.

—¡Sí, sí, ya lo sé! Esa pesadilla se acabó, mas ahora comienza otra. ¡Escucha a tus hijos! José quiere preguntarte algo.

—Padre, el juego ha terminado, ¿no?

—Si hijo, gracias a Dios ya ha terminado.

—¿Y quién ha ganado?

—Has ganado tú y también todos tus hermanos. Todos os habéis portado como unos campeones.

—Entonces... ¿cuál es el premio?

—El premio... es algo de Sevilla, en su momento os lo diré. No seas

impaciente, hijo.

—¡Me da igual, esto no me gusta! ¡Quiero volver a mi tierra, quiero irme a mi casa, a mi habitación, con mis amigos!

Cada lamentación de José penetraba en mi corazón, produciéndome un intenso dolor, como si me clavaran una afilada daga. Para aliviar su disgusto, y mi malestar, intenté que su padre le diera algún consuelo e hice que se callara cambiando el tema de la conversación.

—¿Ves, Mariano? Este edificio es magnífico, pero las habitaciones no son confortables y los niños no tienen amigos.

—¡Ya veo! Sabes que eran las celdas de la residencia de los frailes, mas aquí estaréis a salvo y yo trabajaré al lado.

—Mi vida, eso no nos quita la tristeza. Necesitamos tiempo para adaptarnos.

—Querida, ten un poco de paciencia. Ya sabes que la vida está sujeta a una continua adaptación aunque normalmente no nos demos cuenta. ¿Pero dime, ahora por qué estás triste?

—Es que, igual que los niños, añoro nuestra casa de Segovia, tan bien organizada, tan confortable, con su gran chimenea, ese agradable olor a leña, a chocolate caliente, a los bollos recién horneados y, sobre todo, estoy pensando en el futuro tan incierto que nos espera.

— Yo también me acuerdo mucho nuestro hogar, pero añorar el pasado es como correr tras el viento. Ahora lo que más me inquieta es el devenir de los acontecimientos. Son tiempos muy duros, pero estoy convencido de que pasarán pronto. En lo que a mí respecta pondré todo mi empeño para que así suceda. Ahora tenemos que dejar la vida que habíamos planeado para disfrutar de la que está por venir.

—¡Tienes razón, esposo mío! Nos acostumbraremos. No quiero crearte más preocupaciones y procuraré convencer a los niños. Después de todo, me conforta saber que Dioni está muy cerca de nosotros, bajo tu protección y que podré verle con frecuencia.

Al terminar la cena Mariano se fue a su cuarto de trabajo para revisar los libros y los apuntes que había traído de Segovia. Esa habitación y su mesa serían las que utilizaría para faenar, y donde pasaría la mayor parte de su tiempo en casa dedicado a sus estudios, investigaciones y preparación de las clases. ¡Su horóscopo no se equivocaba! Los niños y las amas se fueron a sus aposentos, equipados con los mismos sencillos catres que utilizaban los frailes, en cuyos reducidos armarios habíamos puesto la poca vestimenta que

pudimos traer de Segovia.

Habíamos comenzado nuestra nueva vida intentando sobreponernos a las circunstancias. Mis hijos me ayudaban en lo que podían, sobre todo las niñas en la cocina y en la costura, con idea de que aprendieran las labores de la casa, aunque el mayor peso de las tareas domésticas lo llevaran mis dos serviciales amas. Yo me preocupaba y me ocupaba de su educación, entretenimiento y prácticamente de todo lo demás, como atenderles cuando se les caían los dientes de leche, quitándole importancia hasta que recibían el obsequio después de ponerlos debajo de la almohada, y cuando sufrían paperas o cualquier otra enfermedad, procurando su aislamiento.

¡Nunca había descanso con tantas criaturas!

Las preocupaciones de mi marido, a veces, no le hacían reparar en cuanto lo necesitábamos todos y yo no quería crearle más inquietudes contándole las cosas triviales, aunque para mí importantes, que siempre suceden con una progenie numerosa. Entonces prefería respirar hondo, tragar saliva y callarme porque le queríamos mucho y le comprendíamos. Mis amas y yo nos mirábamos por el rabillo del ojo y acabábamos sonriendo con la picara complicidad de nuestras miradas. No obstante, en sus ratos libres hacía lo que podía y se relajaba sabiendo que yo tenía la ayuda de Josefa y de Fuencisla.

¡Santo Dios! ¡No sé qué haría yo sin ellas!

Al cabo de unos días, después de la angustiosa pesadilla de los tres meses y medio del traslado, estaba más sosegada, pero tenía la sensación de encontrarme en otro mundo, en otro sueño y con otra pesadilla. Veía mi incómoda casa, tan sobria, con tan poco menaje y mobiliario, sin cortinas, dentro de una comunidad de frailes y me acordaba de mi comfortable mansión de Segovia con su buen mobiliario, sus lujosos cortinajes y sus sillones de rica tapicería, rodeada de otras casas señoriales en el centro de la ciudad.

La gente que me cruzaba por la calle, en mis cortas salidas, desconocidos y con su habla andaluza, que me resultaba extraña, a veces ininteligible, traía a mi mente a mis paisanos, la mayoría conocidos, que nos saludábamos y hablábamos en puro castellano. Los colmados, las calles, los edificios, ¡todo era tan distinto a lo que estaba acostumbrada! Tenía que despertar de ese mal sueño y acoplarme de una vez a nuestra nueva vida.

Una mañana, cuando estaba tejiendo un jersey, sentada cerca de la ventana, disfrutando de una agradable temperatura, de la luz y del aroma del

azahar, propio de esta ciudad en la estación primaveral, escuché la voz de mi marido llamándome insistentemente desde la puerta:

—¡Peti..., Peti, querida!, ¡buenas noticias!

—¿Qué acontece, esposo mío?

—¡Esto va marchando! Han autorizado a completar el cupo de alumnos eximiéndoles de las pruebas de nobleza y podremos admitir supernumerarios hasta los dieciocho años de edad. Como sabes, la edad de reglamento para el ingreso es entre doce y quince.

—¡Qué bien! ¿Y mientras tanto qué haces?

—Organizo las instalaciones, el profesorado, el plan de estudios y cuanto sea menester para poner en marcha el Centro.

Como siempre, queriendo compartir sus alegrías e intentando no mostrar mi pesadumbre al ver que nuestros hijos se estaban criando lejos del ambiente de paz y comodidades que deberían tener, y yo había disfrutado en mi infancia, le contesté con una sonrisa en los labios:

—Me alegro mucho por ti, cariño, pero estoy preocupada por la salud de nuestros hijos. Sabes que José está ahora con dolor de oídos, Antonio tiene mucha tos y Vicentín, que ya no mama, no se acostumbra a las papillas, lleva varios días comiendo poco y se ha quedado muy delgado.

A medida que le decía esto se me saltaron las lágrimas y empezaron a correr por mis mejillas, porque en ese momento lo que necesitaba saber era cuando podríamos darles el hogar que se merecían. Mariano se acercó a mí, visiblemente compungido, y mientras me las enjugaba me dijo:

—¡Tranquilízate, querida!, todo eso lo conozco y tú sabes que el galeno hace poco vino a verlos. Mañana hablaré con él otra vez y le diré al enfermero que venga con los preparados de la botica que le indique.

Después me atrajo hacia sí y rodeándome con sus brazos me calmó con un suave apretón, a la vez que apoyaba su cara sobre mi mejilla y me obsequiaba con un beso. Entonces me acordé de que Fuencisla, con sus unguentos, tenía buena mano para sanar los padecimientos; de niña, me atendía con tanto esmero que cuando llegaba el facultativo ya estaba casi todo solucionado.

Los días transcurrían sin pena ni gloria y la tristeza no se apartaba de mí ser. Tenía nostalgia de los paseos por las calles y los campos segovianos, de las estancias en casa de mi tío, de las reuniones con mis amigas en el Círculo Recreativo, de las visitas a mis arrendatarios con los que, a veces, además de

charlar, compartía mesa y mantel, de las comidas en nuestra casa donde no nos faltaba nada que fuera de nuestro agrado, de las ricas y variadas ropas que vestía según las ocasiones y de las alhajas que lucía en los frecuentes actos sociales a los que asistía.

Aquí, todo era tan distinto. No sabía nada de mi tío Pablo, ni de mis amigas, ni de mis arrendatarios. Aquí no tenía amigas y no nos podíamos permitir las comidas que deseábamos, pues los disponibles eran muy limitados. Aquí estaba casi sin ropa y sin alhajas, porque pocas fueron las que pude traer de Segovia al no haber sitio en el carro para más carga.

¡La nueva vida se presentaba tan extraña, tan distinta! Pasaban los días y yo seguía como si estuviera aletargada, sumida en una larga pesadilla. La apatía se había apoderado de mí y no tenía ganas ni de comer. Estaba profundamente deprimida, lo cual procuraba disimular para no trasmitírselo a los niños. Ahora mi mundo se limitaba a mi marido, a mis hijos y a mis amas, encerrada entre las cuatro paredes de las habitaciones de la residencia.

No obstante, no perdía la esperanza de despertar pronto de ese maldito sueño y poder gozar del regalo de visitar otros lugares de la ciudad, sus magníficas iglesias, sus calles, sus monumentos, sus jardines o su alameda en compañía de mi familia y de poder disfrutar de ciertas comidas típicas de Andalucía.

La linda mariposa que antaño me sentía, ya sin poder controlar su vuelo, pues estaba a merced de un indeseable viento, muy lejos de los floridos campos donde solía revolotear y libar, seguía languideciendo. Pero debía adaptarse a los nuevos aires, sin remisión, precisaba sobrevivir para seguir dando a su marido todo el amor que se merecía y para no dejar desamparada a su querida y numerosa y prole.

Afortunadamente, dentro de las tinieblas en que me había sumido un rayito de luz vino a iluminarme. Era algo que acudió a mi mente con el relato que me hizo el teniente coronel Molina sobre el Batallón de Voluntarios de Honor de la Real y Pontificia Universidad de Toledo, que se encontraba en Sevilla, cuyos jovencitos escolares patriotas habían dejado todo, su familia su casa, su ciudad y sus estudios, para luchar por nuestra libertad.

Era algo que yo poseía y ellos no.

13.

EL DESPERTAR DE MI PESADILLA

...Vuelven mis recuerdos a finales de marzo de 1809...

Y yo, identificada con los ideales de los valerosos escolares del recién creado Batallón de Voluntarios de Honor de la Universidad de Toledo, aunque también había dejado todo, mi casa, mi ciudad y mis propiedades, por lo menos poseía algo que a ellos les faltaba, tenía a mi familia conmigo. Esto me dio fuerzas y decidí adaptarme rápidamente a la nueva situación, despejando mi apatía y mostrando interés por las cosas, pues yo también tenía a alguien por quien luchar.

Comencé disipando mi apatía interesándome por los universitarios de ese Batallón, cuando ya se encontraba instalado, instruyéndose y en vías de completarse en Sevilla, porque sus ideales se identificaban con los míos y además su destino muy pronto se uniría al de mí marido.

El comportamiento, el sentido del deber y el patriotismo de estos estudiantes-soldados fueron elogiados y tan admirables como los de la propia Universidad. Por ello vienen a mi memoria los relatos que me hicieron de su épica marcha desde que salieron de la Imperial Ciudad de Toledo, casi a la vez que yo lo hice de mi añorada Segovia, tratando de alejarnos de la amenaza francesa, hasta que tomamos contacto con esta Unidad en la bella y hospitalaria ciudad hispalense.

Su jefe, el teniente coronel Juan Molina, enterado de nuestra llegada a Sevilla nos hizo una visita de cortesía. Le recibí yo, pues Mariano no estaba en casa y, al ver el interés que mostraba por el asunto, me informó con todo lujo de detalles sobre las vicisitudes que había experimentado el Batallón universitario desde su constitución. Así comenzó su relato:

—Doña Petra, tengo noticias sobre el proyecto de su esposo para formar oficiales de urgencia. Ahora, yo estoy al mando del Batallón toledano. Me interesan sus planes, por lo que agradecería le informara sobre nuestra conversación.

—Lo haré con mucho gusto, señor Molina. Nosotros también teníamos noticias sobre la “Proclama de Alistamiento” y la proeza llevada a cabo para la gestación de su Unidad.

—¡Ah, bien, magnífico! Después, la Junta Central, para dar cumplimiento a la petición de la Universidad, acordó que tendría seiscientas plazas y que se denominaría: “Batallón de Voluntarios de Honor de la Real Universidad de

Toledo”.

—¡Qué brillante idea! y sobre todo sin coste alguno para el Real Erario; sabíamos que sería financiado conjuntamente entre el Cabildo de la ciudad y la propia Universidad.

—¡Así es! Además en los primeros pagos también colaboraron todos los profesores, unos adquiriendo vestuario y otros cediendo la totalidad o parte o de sus honorarios.

—¡Cuánto patriotismo y generosidad la de estos profesores! Son conscientes de que da más satisfacción usar las riquezas para una causa noble que la simple posesión de ellas.

—Vamos por buen camino, doña Petra, porque: “La liberalidad es la primera hija del amor y la piedra imán más atractiva para los hierros de la voluntad”, y estos docentes, atraídos por el proyecto, con su gesto han comenzado mostrando una férrea voluntad.

—Y dígame, ¿por qué se desplazaron hasta aquí?

— La presión francesa hizo que se ordenase su marcha a Sevilla el 4 de diciembre de 1808, cuando todavía se encontraba en proceso de formación, con el fin de completar su organización, equiparse y armarse para incorporarse después al Ejército de Extremadura.

—Señor Molina, he oído que además prestaron un inestimable servicio a la Nación.

—¡Sí, así es! También se le encomendó la escolta y guardia de honor de la Junta Suprema, desplazada a Toledo, la escolta del Cardenal Arzobispo de esta ciudad, Luis María de Borbón y la protección de la artística custodia de Arfe de su Catedral, entre otros valiosos objetos religiosos, así como de los caudales de la hacienda pública, hasta su llegada a Sevilla.

—¡Qué gran responsabilidad para un puñado de soldados-estudiantes bisoños!

—¡Mucha! Pero la han asumido con gran satisfacción. Estos hombres quieren luchar por la libertad que se les ha secuestrado y la libertad conlleva responsabilidad, pues la verdadera libertad consiste en el dominio absoluto de sí mismo.

—¿Y cómo hicieron la marcha hasta aquí?

—Con mucho sufrimiento, desplazándose a pie y solamente con los sables concedidos por la Junta Central en reconocimiento a la Unidad como su única arma y equipamiento. A pesar del hambre, la fatiga y la falta de medios por la precipitada salida de su ciudad, estos valerosos patriotas no se

rindieron en ningún momento. Afortunadamente, las continuas muestras de agradecimiento y las donaciones de viandas realizadas por los habitantes de los pueblos de tránsito les reconfortaban y evitaban que desfallecieran.

—Señor Molina, en esas condiciones hicimos nosotros el desplazamiento. Veo en estos universitarios a unos hombres muy fuertes de espíritu; se comportan como las cometas, cuanto mayor es el viento que se opone a su ascenso más se elevan. ¡Realmente son unos patriotas!

—¡Tiene usted razón! En los momentos difíciles es cuando se pone de manifiesto el auténtico sentimiento patrio de las personas y su disposición para intervenir contra las amenazas.

—Y dígame, ¿qué pasó con la escolta del séquito y con lo que transportaban?

—Señora, para dar protección a la comitiva se segregó un centenar de efectivos del Batallón que marcharon directamente a Sevilla. El 16 de diciembre se constituyeron como escolta y guardia de honor de la restablecida Suprema Junta Central Gubernativa de España e Indias.

El teniente coronel hizo una pausa. Aproveché para ofrecerle un refrigerio. Llamé a Fuencisla y le solicité que nos pusiera café, pastas y una frasca con agua. Agradeció el ofrecimiento, dio unos sorbos al café y continuó:

—Doña Petra, el reducido y mal pertrechado Batallón entra en Hinojosa de Córdoba al alba del día 19, donde sus integrantes son recibidos con gran alegría y alojados voluntariamente en algunas casas. A los dos días recibe instrucciones para incorporarse al Ejército de Extremadura bajo las órdenes del general Galluzo. Permanece en Córdoba mientras se intenta su pertrechamiento y por una nueva orden reanuda la marcha hacia el Sur. El día de Nochevieja llega a Alcalá de Guadaira, donde son aclamados por sus vecinos y obsequiados con hogazas de excelente pan, el mejor regalo que podían recibir, dada la penuria alimenticia que arrastraban. También son recibidos por la nobleza y el clero venidos de Sevilla.

—Señor Molina, perdone que le interrumpa. Su relato me evoca el largo éxodo que sufrí, por media España y atravesando Portugal con el Colegio de Artillería, en busca de una ciudad segura. Por eso, lo estoy siguiendo con gran atención y hondo pesar.

—Señora, la fatalidad hizo que ese mismo día falleciese en Sevilla el Serenísimo Señor Conde de Floridablanca, decretándose honras fúnebres, su entierro en la catedral a las diez de la mañana del 31 y nueve días de luto

oficial.

—¡Qué pérdida tan importante para el destino de nuestra Nación!

—Sí, muy importante y en el momento más inoportuno.

—Teniente coronel, ¿le sirvo otro café?

—Bueno, si no es molestia.

—Por favor, continúe, es muy interesante su relato. ¿Qué pasó después?

—Ese luctuoso suceso retuvo en Alcalá de Guadaira a nueve oficiales y doscientos cuarenta patriotas toledanos hasta el 3 de enero de 1809. Por la mañana llegaron a Sevilla, acuartelándose en el Convento Franciscano de los Terceros.

—¿Y cuándo se hizo usted cargo de la Unidad?

—Tomé el mando inmediatamente y acto seguido comencé su organización. Su equipamiento y adiestramiento en la instrucción, manejo de las armas y táctica de infantería también empezaron sin demora.

—Señor Molina, no estará siendo tarea fácil completar sus efectivos.

—¡Claro que no! Comencé recurriendo a voluntarios de varios lugares de Castilla la Nueva que estaban reunidos y dispuestos para la defensa de la Patria. Muchos eran profesores, que fueron admitidos rápidamente al cumplir con los estatutos de creación del Batallón.

—¿Y cómo han respondido tan valerosos voluntarios?

—Lo han hecho de forma sorprendente. Por su gran entusiasmo y buena disposición para el servicio a los dos meses ya evolucionaban como los más veteranos. Por ello se han hecho acreedores al favor de la Junta Suprema, mereciendo el honor de que el propio Gobierno presenciase sus ejercicios, en repetidas ocasiones, expresando públicamente su satisfacción.

—Señor Molina, veo que estos universitarios poseen valor, presencia de ánimo, entusiasmo e interés por el trabajo, un conjunto de virtudes hermanas, que cuando una falla, las otras se debilitan, mas cuando una remonta las demás cobran fuerza.

—¡Efectivamente, doña Petra! Poseen todas esas virtudes en grado máximo desde que asumieron enfrentarse a la adversidad. Eso les llevará a tener éxito, pues presencia de ánimo y valor en la adversidad valen para conquistar el éxito más que un ejército.

—Señor, he sabido que por su patriotismo y manifiesto amor al Rey, la Junta Suprema ha elegido a los mejores para formar su guardia de honor en el Alcázar y como fuerzas de orden público.

—¡Así es! Al comprobar que eran leales al Gobierno legítimo, en unos

momentos en que Sevilla atravesaba la etapa más crítica de su historia, los ha considerado como un bastión inexpugnable ante las traiciones y confabulaciones típicas de una ciudad bajo amenaza de sitio.

—Señor Molina, tengo entendido que estos universitarios son muy conocidos y apreciados por la población.

—Doña Petra, es por su patente aplicación y pericia militar. Por ello, la Junta les ha otorgado el tratamiento de “Don”, la reputación de “Distinguidos”, el distintivo de una “espada o sable” y un uniforme privativo.

—Realmente: “Las honras consisten, no en tenerlas, sino en solo arribar a merecerlas”. Estoy segura de que contribuirán decisivamente a la liberación de la Patria.

El teniente coronel hizo otra pausa, terminó su café y después de beber un póculo de agua le pregunté:

—Señor Molina, tengo entendido que a esta Unidad se la conoce con distintos nombres. ¿A qué se debe?

—Verá..., recibió el título de *Batallón de Honor* al responsabilizarse de la custodia de los caudales públicos y objetos religiosos en su marcha a Sevilla y ser designados en esta ciudad como fuerzas para servicios especiales. También es conocida como *Batallón de Voluntarios*, por formarse con individuos de esta condición, *Batallón de Línea*, por intervenir en primera línea de fuego y *Batallón Literario*, en recuerdo de las tres Academias literarias que existían en la Universidad de Toledo.

El teniente coronel finalizó la narración diciendo que la Unidad ya contaba con más de cuatrocientos efectivos y que continuaba con sus planes de reclutamiento hasta ser completada. Estuvo un rato más conmigo y se despidió amablemente, sintiendo la ausencia de mi marido y rogándome que le informara y le transmitiera sus saludos.

Ese día Mariano llegó a casa algo más tarde de lo habitual, pues acababa de incorporarse el brigadier Arriada como nuevo director del Colegio y tuvieron una reunión de profesores. Cuando tuve ocasión le conté detalladamente cuanto me había relatado el señor Molina. Se quedó pensativo y apesadumbrado por no haber podido hablar con él, y enseguida me dijo:

—Querida, ¿Sabes que he comunicado a mis superiores varios planes útiles para la liberación de la Patria repetidas veces y todavía no me han contestado? Sería ideal poder contar con estos universitarios para formar un

buen número de oficiales en poco tiempo. Son unos patriotas, continuamente hacen gala de su aplicación y pericia militar y están bien dispuestos para el estudio. Aprenderán rápidamente. ¡Los tendré en cuenta en mis futuros planes!

—Mi vida, las ideas son la simiente, las palabras, el abono, los seguidores, las hojas, y los resultados, el fruto del árbol de cualquier proyecto. A veces la semilla no llega a germinar porque cae en terreno baldío, porque el mal tiempo la arruina o porque alguna alimaña se la come. Algo de esto le ha pasado a la semilla de tu proyecto. Ha tenido problemas para germinar, bien porque no le han prestado el interés debido, porque se ha quedado dormida en los cajones del tiempo o porque algún rival la ha obstaculizado. Mas no te desanimes y siémbrela cuantas veces precises hasta que las condiciones sean propicias y la veas germinar. Es el primer paso para que crezca el árbol de tan interesante proyecto y dé los frutos deseados.

—Querida, —me dijo —, tienes razón. Además, tú estás predicando con el ejemplo, con tu persistencia para traer al mundo el mayor número posible de hijos que pudieran continuar mi camino y contribuir en su día a la liberación de nuestra Patria. No sabemos cuánto durará esta guerra y si habrá otras venideras. Eres una gran mujer y seguiré tus consejos.

Después de la visita del señor Molina y de la interesante conversación que mantuve con él, mi ánimo comenzaba a encontrarse mejor. Ya empezaba a familiarizarme con todo, la gente, los colmados, las calles. Me parecía estar despertando de ese tenaz sueño que me tenía atrapada en una persistente pesadilla y mi angustia comenzaba a disiparse. Mas el despertar era lento y la angustia se fue transformando en una extraña sensación que se apoderó de mí.

De nuevo caí en otra depresión que me impedía salir a la calle y a relacionarme con la gente. Me sentía prisionera, desterrada en una ciudad extraña. Apesadumbrada, me enclaustré en mi casa, donde solamente me encontraba bien, rodeada de mi familia y de mis amas, lo único que tenía igual que en mi tierra, y me dediqué a ellos en cuerpo y alma, a sabiendas de que había perdido mi libertad por la libertad de mis hijos.

Consciente de mi abatimiento, comencé a poner remedio para salir de él cuanto antes. Cada mañana al despertarme me decía: “este va a ser un buen día”. Al acostarme pensaba: “que suerte la mía teniendo a toda la familia reunida”. Durante el día cuando volvían las amas de la compra les

preguntaba: “¿dónde habéis estado?, ¿qué habéis visto?, ¿con quién habéis hablado? Me decían cosas tan bonitas y me hablaban tan bien de la gente con que se relacionaban que comencé a sentir curiosidad y me animé a acompañarlas alguna vez.

Una mañana, cuando ya estaba organizado nuestro nuevo hogar, las amas, que ya conocían los alrededores y donde se encontraban los colmados, me invitaron a dar un paseo por la ciudad. Mi ánimo no estaba para ello, pero decidí hacerles caso, sobre todo por los niños y para superar mi depresión. Fuencisla se quedó en casa con el bebé y me fui con todos sus hermanos y Josefa. En el recorrido me quedé prendada de la ciudad y le comenté al ama:

—¡Que hermosa es Sevilla, toda la ciudad rodeada de murallas coronadas de esbeltas almenas, con tantas puertas y postigos de entrada de espléndida arquitectura! ¡Cuántos monumentos! ¿Verdad que empequeñecen, aunque no restan valor, a las históricas joyas arquitectónicas de nuestra querida Segovia?

—Sí, señora. ¿Se ha fijado en cuantos naranjos hay por las calles? ¿En la deslumbrante blancura de sus casas? ¿En las bonitas buganvillas con flores rojas y amarillas que rodean las puertas señoriales de las casas coloniales? ¿En sus corrales de vecinos, con grandes patios interiores, repletos de macetas con variedad de plantas y muchos geranios y gitanillas multicolores adornando suelos y paredes?

—¡Claro que sí, Josefa! Todo esto despierta alegremente mis sentidos. Además, el aroma de azahar inunda el aire que respiramos y me embriaga. Es un placer disfrutar de tanta belleza, de tan espléndido aroma y de tan benigna temperatura.

Todo era una novedad para nosotros, principalmente su benévolo clima. ¡Cuán distinto al de Segovia! Empezaba a despuntar la primavera y habíamos pasado de recrearnos en el blanco de las cumbres próximas a nuestra ciudad, responsable de los fríos vientos que nos enviaban, a disfrutar del colorido paisaje de los campos sevillanos y de las calles de la capital con su agradable olor y apacible temperatura.

¡Qué delicia, sin ropa de abrigo, con la posibilidad de que los pequeños jugaran tranquilamente en la calle o en el patio del Convento y con una gente tan abierta y servicial, que tanta ayuda me brindaron en mis primeros días aquí!

Cuando regresamos a casa, la depresión que arrastraba y la fobia que me

había nacido hacia la ciudad comenzaron a disiparse al disfrutar de ella y comprobar el comportamiento de sus habitantes. Al vernos titubear hacia donde ir o quedarnos extasiados mirando algún monumento siempre se acercaba alguien para interesarse por nosotros, para preguntarnos si necesitábamos algo o para darnos alguna explicación sobre lo que estábamos viendo. Sevilla me parecía maravillosa y sus habitantes encantadores.

Igual que el sol siempre vuelve a salir entre las nubes, por mucho que dure una tormenta, yo comencé a salir a los colmados y a la tahona acompañada de una de mis amas y pude constatar la gentileza de que hacían gala los dependientes. Ya iba entendiendo su lenguaje y no tenía reparos en aproximarme a quién fuera, en relacionarme con la gente. Incluso me sentía halagada cuando me decían que les gustaba como hablaba, que lo hacía muy fino y al ver que se quedaban embobados escuchándome.

Casi sin darme cuenta mi abatimiento daba síntomas de desaparecer y mi alma comenzaba a serenarse después de los angustiosos meses pasados desde que salimos de mi añorada Segovia, del sufrimiento por tan largo y tormentoso viaje, de la remembranza de lo que tuve que dejar en mi tierra y, sobre todo, del acoplamiento a una nueva vida tan lejos y con mis siete hijos.

Ya estaba en disposición de cerrar todas las puertas del pasado detrás de mí y de abrir una ventana al futuro, pues solamente cerrando etapas de la vida, liberados de condicionamientos del pasado, estamos listos para afrontar el futuro con ánimo renovado.

¿Pero, por esta ventana al futuro que estaba punto de abrir entrarían los aires bonancibles anhelados por mi alma o, por el contrario, penetraría otro fatídico y peligroso vendaval, que la cerraría estrepitosamente dejándome sumida nuevamente en otra indeseada depresión?

14.

LA SEMANA SANTA SEVILLANA DE 1809

...Llegó la Semana Santa de 1809, la primera que pasábamos en Andalucía.

El 27 de marzo decidí abrir la primera ventana a mi nueva vida, la que me conectaría con el mundo exterior. Era Domingo de Ramos; mientras desayunábamos toda la familia reunida comenté cuanto había oído sobre cómo celebraban la Semana Santa los sevillanos. Al terminar, con el entusiasmo que mostraban mis palabras, le pregunté a Mariano:

—¿Cariño, quieres que vayamos a Misa de doce a la Catedral? Al parecer se desarrolla con una pompa única. Así conoceríamos también por dentro tan magnífico monumento y después podríamos ver alguna procesión. Me han dicho que son muy ostentosas.

—¡Muy bien pensado! Prepara a los niños y dile a las amas que nos acompañen. También puede venir Dionisio. Hoy tiene el día libre y lo está deseando.

Salimos de casa dando un paseo. Josefa llevaba en brazos a Vicentín, Fuencisla y yo, a los más pequeños de la mano. José, de nueve años, iba al lado de mi esposo hablando entusiasmado de su futuro. Le decía que quería ser militar como él y su hermano, que le hacía mucha ilusión. Conocía bien esa vida, pues se había criado en ese ambiente.

Las calles estaban abarrotadas de gente. Parecía que toda Sevilla estaba en ellas. Llegamos al templo y nos quedamos atónitos contemplando tan soberbia obra. Un clérigo, percatándose de que éramos forasteros, nos informó de que era la catedral gótica más grande del mundo.

—Miren, —nos dijo —, tan majestuoso como es su exterior, con la torre y campanario de la Giralda, lo es su interior, con sus cinco grandiosas naves, su maravilloso coro flanqueado por enormes órganos y su espectacular Capilla Mayor. Pasen y contemplen tanta belleza.

—Todo es encantador, pero lo que más me ha llamado la atención es la suntuosa Capilla Real. ¿Podría explicarnos algo de ella?, —le dije al amable sacerdote.

—¡Con mucho gusto, señora! Lo haré mientras empieza la Misa. La Capilla Real es una especie de ábside renacentista que da alojamiento a los panteones de Fernando III el Santo y de su hijo Alfonso X el Sabio. Además, en el mausoleo que ven en el brazo derecho del crucero reposan los restos de

Cristóbal Colón.

La vista se me iba y se me venía de uno a otro de los excelentes cuadros que adornaban las paredes. Me detuve a contemplar uno de ellos y, como si me hubiera quedado extasiada, contagiada por la imagen de la pintura, exclamé:

—¡Qué hermosa Santa Teresa!

—¡Sí, señora!, ese precioso óleo es del afamado pintor Zurbarán, —continuó explicándonos—. Allí pueden ver unas pinturas de Murillo; son los retratos de San Isidoro, San Leandro y la Visión de San Antonio de Padua, una impresionante visión celestial que solamente un genio como él podía plasmar de esa forma en un lienzo.

—¡Mil gracias, padre! Sus explicaciones nos han cautivado y no queremos robarle más tiempo. La Misa está a punto de comenzar, vamos a sentarnos para seguir la Liturgia.

Al terminar la ceremonia, en la calle, un cofrade sevillano, al percatarse de que no éramos de esta tierra cuando nos oyó hablar, se nos acercó, se presentó como Manuel, Manolo para los amigos, y se ofreció para informarnos sobre la Semana Santa.

—¿Don Manuel, desde cuándo se hacen estos actos?, —le pregunté.

—Señora, por acá, la Semana Santa comienza con la creación de unas asociaciones destinadas a venerar la Pasión y Muerte de Nuestro Señor, rindiéndole culto procesional. Conocidas como Hermandades de Pasión, tenían distintos fines: enterramientos, casas de beneficencia y hospitales que sostenían, —contestó Manolo.

—¿Y cuántas hay?

—Existen más de cuarenta, la mayoría establecidas entre los siglos XVI y XVII.

—¡Pues sí que son antiguas estas procesiones!

—Sí, pero no siempre han desfilado de la misma forma. Al principio, realizaban las estaciones de penitencia sin pasos ni imágenes, sólo con una cruz parroquial con manguilla y un crucifijo portado por el sacerdote, visitando lugares fuera del casco urbano. Entonces, las hermandades se constituían en iglesias y conventos extramuros. Posteriormente, al aumentar su número, con el fin de distinguirlas, además del crucifijo llevaban un estandarte con un Misterio de la Pasión pintado. El arzobispo Niño de Guevara, para llevar un orden y compostura, dictó que las corporaciones

hicieran estación en la Catedral y las del barrio de Triana en la Parroquia Mayor de Santa Ana. Así se salvaban las dificultades para cruzar el río Guadalquivir por el puente de barcas.

—Señor, hemos oído que ahora algunas hermandades salen con unas espléndidas imágenes.

—¡Efectivamente! A partir de ahí comenzaron a encargar tallas en madera con las representaciones de los estandartes a afamados escultores, como Pedro Roldán o Juan de Mesa. Montadas sobre parihuelas, eran acompañadas por los hermanos de sangre, que marchaban disciplinándose y por los hermanos de luz, portando hachones encendidos. Por eso actualmente hay cofradías que desfilan solo con cruz parroquial y estandarte y otras que tienen pasos con algunas imágenes.

Presenciamos la procesión de “La Borriquita”, que, por la vestimenta de sus cofrades, con túnicas blancas de cola y un ancho cinturón de esparto, deduje que se estaba recordando la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Cuando pasó el último hermano no quisimos quedarnos a ver más procesiones, porque era tarde para los niños, estaban alterados y no paraban de enredar. Entonces, Manolo nos informó brevemente, aunque visiblemente emocionado, sobre las hermandades que procesionaban ese día.

—Manolo, se está haciendo de noche, ya es hora de irnos. ¡Muchísimas gracias!, —le dije al terminar sus explicaciones.

—¡Hasta mañana! Si vienen me encontrarán aquí. Es mi puesto favorito para ver las procesiones, —contestó al despedirse.

Regresamos a casa, sorprendidos de cómo vivía el pueblo sevillano la Semana Santa y comentando la cantidad de hermandades que había y el fervor que se respiraba en el ambiente. Decidimos seguir admirándola otros días, porque contábamos con la inestimable ayuda de Manolo que, transmitiéndonos todo su entusiasmo, se había ofrecido para acompañarnos.

Afortunadamente, la primera ventana que abrí a mi nueva vida me trajo una suave brisa de tranquilidad y bienestar.

El Lunes Santo fuimos al lugar de encuentro con nuestro anfitrión. Los asistentes solían llevar sus propias sillas, que colocaban a lo largo de la carrera, pero a nosotros nos faltaban manos con tanta prole y no podíamos hacerlo, amén que teníamos un buen trecho andando. Siempre había gente amable que al vernos con tantos niños nos ofrecían algunas. Enseguida, llegó nuestro cicerone y después de saludarnos comenzó su relato:

—Hoy rememoran a Jesucristo en su labor evangelizadora la Hermandad de “Las Aguas”; la de la “Vera Cruz” con una imagen del Señor, probablemente la más antigua de Sevilla; la de “El Museo” luciendo un Señor de la Sagrada Expiración tallado por Cabrera y una Virgen de las Aguas obra de Ramos.

Acababa de pasar la primera procesión y la inquietud de mis hijos precipitó nuestro regreso a casa sin esperar el paso de más desfiles.

—Ya ve usted..., tenemos que despedirnos. ¡Mil gracias! Sentimos no poder venir mañana, —le dije a Manolo.

—Entonces, sólo me resta decirles que el martes salen tres procesiones con las Hermandades de San Benito, de “El Dulce Nombre” y de la “Santa Cruz”.

Volvimos a casa con el crepúsculo vespertino y en el camino compramos unos buñuelos en un puesto ambulante, que a los niños les encantaron.

Fascinados de cuanto habíamos visto y oído, el miércoles salimos de nuevo para seguir viviendo tan hermosa tradición de la cultura religiosa sevillana. Nos presentamos en el punto de encuentro con nuestro experto guía, le saludamos y seguimos atentos sus relatos.

—Hoy siguen recordando la tarea de Jesucristo las Hermandades de: “La Lanzada”, “Los Panaderos”, “San Bernardo”, con una imagen del Señor de la Salud atribuida a Cansinos, “El Buen Fin”, con un Cristo de Rodríguez y “Las Siete Palabras”, con un Nazareno con la cruz a cuestas de Ribas.

Asistimos al paso de dos hermandades y pensé que ya era hora de regresar a casa para no agobiar demasiado a los más pequeños. No estaban acostumbrados a este trajín y enseguida se cansaban. Se lo comenté a Mariano y nos despedimos de Manolo.

—Señor, es un placer prestar oídos a sus explicaciones. Aunque tristes, tenemos que irnos ya. Le estamos muy agradecidos. ¡Hasta mañana, si no surge algún inconveniente!

—¡Hasta mañana, señora! Las despedidas tristes son el comienzo de la cuenta atrás para un alegre reencuentro.

El jueves, con la ayuda de Fuencisla que era una excelente cocinera, preparé una comida típica de estos días: ensalada de Cuaresma, garbanzos con bacalao y torrijas. Por la tarde salimos y de nuevo abusamos de la amabilidad de nuestro cicerone.

—El Jueves Santo, —explicaba Manolo —, recuerdan la Última Cena y la institución de la Eucaristía las Hermandades de: “Los Negritos”, con un Cristo de Ocampo, “La Exaltación” y “Monte Sión”, con imágenes de la Escuela de Roldán, la “Quinta Angustia”, con esculturas de Nieto, “El Valle”, con un Cristo de Perea, “Las Cigarreras”, con uno de Roldán; mereciendo ser destacada la “Pasión” por su Señor, talla completa de cedro con brazos articulados, una de las obras cumbres de Montañés.

El viernes decidimos contemplar los desfiles procesionales en el barrio de Triana. Quedamos con nuestro anfitrión en la entrada del puente a la puesta del sol. Nos llevó cerca de la Iglesia Santa Ana y allí seguimos con atención su discurso:

—Hoy celebran la gloriosa Pasión de Jesús y su muerte las Cofradías de: “La O”, del gremio de Pellejeros, con un soberbio Nazareno de Roldán, “La Esperanza” y “El Cachorro”, portando un sorprendente Crucificado, así conocido porque su imaginero, Ruiz Gijón, tomó como modelo el rostro de un gitano con ese apodo.

Como otras veces, no esperamos el paso de todas las hermandades. Cuando comprendimos que, después de sus explicaciones, ya habíamos visto lo suficiente nos dispusimos para regresar a casa, haciéndoselo saber a nuestro atento guía.

—El sábado no podemos salir, Manolo, mi marido está muy ocupado. Agradecemos su disposición a lo largo de la semana. Ya sabe dónde vivimos, puede visitarnos cuando desee. Nos gustaría corresponderle.

—Señora, me ha encantado memorar estas fiestas con personas tan apasionadas como ustedes. Agradezco su ofrecimiento. Cuando me lo permita mi trabajo me acercaré a verles.

Nos despedimos de don Manuel, agradeciéndole nuevamente sus explicaciones. Los niños también lo hicieron, lo abrazaron cariñosamente y regresamos a casa.

...Recuerdo las buenas nuevas que me dio Mariano después de Semana Santa.

Todos los días esperaba con impaciencia su llegada a casa para hablarle de los acontecimientos de la familia. Su presencia me hacía sentir aliviada de tanta responsabilidad. Él me contaba lo sucedido en su trabajo y me daba noticias sobre la situación bélica. Un día, nada más llegar se fue directamente a su

celda de estudio. Cuando me percaté de ello entré a verle, le di un beso y me senté a su lado.

—Mariano, no te he oído llegar, —le dije.

—Creía que no estabas en casa. ¡Alégrate!, tengo buenas noticias.

—¡Suéltalas ya, vamos!

—Dentro de nuestro infortunio me complace decirte que hoy he sido confirmado en el empleo de teniente coronel.

—¡Cuánto me alegro!

—Hay otras que te gustarán más.

—Estamos derrotando al enemigo, ¿verdad?

—¡No, querida! Pero tenemos que hacerlo cuanto antes y, para contribuir a lograrlo, hace unos días varios profesores solicitamos ser destinados a un ejército de operaciones. No te lo había dicho en espera de contestación para evitarte un disgusto.

—¿Y esta era la buena noticia? ¿Otra vez, te vas?

—¡Cambia esa cara, mujer! No nos lo han concedido. Nos prefieren aquí adiestrando a los futuros oficiales.

—¡Huy, qué alivio! Ya no soportaría separarme de ti.

—Espera, tengo más cosas que contarte.

—Imagino que ahora de Dioni, ¿no?

—Esta vez has acertado. Ya hemos empezado las clases y Dioni ha sido autorizado para dormir en casa.

—Esta si es una buena nueva. Volveré a dormir tranquila sabiendo que toda la familia está reunida, aunque solo sea por la noche. Seguiré rezando para que esta guerra no os aparte más de nosotros y acabe cuanto antes, porque la paz y la armonía constituyen la mayor riqueza de la familia.

Acababa de dar un beso a Mariano por esta noticia cuando José entró en el cuarto.

—¿Padre, se ha olvidado de nuestro regalo?, — preguntó.

—No, hijo, pronto lo disfrutaréis, —le contestó.

—¡Bueno..., pues díganos qué es!

—¡Está bien, te lo voy a decir! Ir de excursión al río, a pescar y después al Arenal para bañaros.

—Padre, también teníamos río en Segovia. Esto no me gusta, quiero volver con mis amigos, —replicó José.

—Hijo, donde iremos es como una playa y el agua está caliente. ¡Os gustará! Ahora, deja trabajar a tu padre. Ya os he dicho que volveremos a

Segovia pronto, —le contesté yo.

Las noticias que nos dio Mariano este día casi fueron una excepción. Lo normal era que al llegar a casa, absorbido por su faena, se adelantara repitiendo casi siempre lo mismo:

—Petra, nuestros ejércitos necesitan muchos oficiales. Tenemos pocos alumnos y estoy turbado por la situación bélica. Las clases deben empezar cuanto antes.

Y yo le respondía, casi siempre, exponiéndole cómo se encontraban nuestros hijos y nuestras carencias. A decir verdad, mi esposo siempre tenía una palabra de consuelo para todos y se preocupaba por atender nuestras demandas.

...Recuerdo cuando Mariano comenzó las clases.

A los pocos días llegó a casa muy contento. El alumnado ya se estaba completando con jóvenes de Sevilla entre catorce y dieciséis años y había empezado dictando las clases a los cadetes de los cuatro cursos, que las seguían tomando apuntes.

Como era habitual, cuando regresaba a casa, cambiábamos impresiones. Él me hablaba de sus ocupaciones; yo, de las cosas del hogar y nunca faltaba tema sobre nuestros hijos. Después de cenar solía quedarse preparando las clases del día siguiente, trabajando en alguno de sus proyectos para el Arma o ayudando a Dionisio en sus estudios. Lo hacía bajo la escasa iluminación de una lámpara de keroseno o de algunas velas, cuando el sol decidía privarnos de sus dones de luz y calor que tan generosamente esparcía por esta bendita tierra.

Una noche que nos costaba quedarnos dormidos, cada uno con el pensamiento puesto en sus problemas, estuvimos charlando largamente. Le mostré mi interés por su labor y por conocer los estudios que estaba realizando nuestro hijo, a sabiendas de que disfrutaría contándomelo.

—¿Mariano, cómo va Dioni con los estudios?, —le pregunté.

—Dionisio va bien. Además, sabes que yo le ayudo en casa con sus deberes.

—Sé que está en segundo curso, pero ¿por qué no me explicas lo que hace?

—¡Encantado! Ya sabes que a las seis tiene que presentarse en el Colegio, cuando se levantan los cadetes internos. Hasta las nueve tiene lectura del Kempis, estudio privado, Misa y desayuno; a las nueve, clase de Ciencia y a

las once su curso tiene Idiomas; entre las doce y las dos de la tarde, la primera comida y después descanso.

—¡Claro, querido! He ahí porque vienes a casa a esa hora para comer, — le interrumpí.

—¡Sí, Petra! Continúo... A partir de las dos tiene Baile, Dibujo, Ejercicios Facultativos, algunas asignaturas de la mañana, Rosario, merienda y recreo. A continuación, conferencias y estudio colectivo. A las ocho y media viene a casa, que es la hora de la cena en el Colegio, donde se acuestan a las diez y guardan silencio.

—¡Pobres chicos! ¡Qué horario más agotador!, sin tiempo para otros menesteres propios de esas edades. Me entristece pensar que también les gustaría divertirse, jugar a la pelota o con los aros en la calle o juntarse con chicas de su edad. Son unos imberbes y se comportan como adultos. Menos mal que Dionisio duerme y pasa el tiempo libre en casa y, a veces, puede jugar un poco con sus hermanos.

—¿Y a nuestro hijo le falta mucho para terminar la carrera?

—¡No, querida! Por la situación bélica hemos propuesto reducirla a dos años. Si lo aprueban al terminar el curso ya será oficial.

La noticia, aunque muy grata, me causó cierta intranquilidad pensando que su primer destino, con tan solo quince años, iba a ser en el frente. También porque me había encariñado con sus compañeros por el estrecho contacto que tuve con ellos durante los tres meses y medio que duró el traslado desde Segovia. Como él, muchos se incorporarían a unidades de los ejércitos en operaciones y poniéndome en el lugar de sus madres, afligidas al no saber de su paradero, no quería que algo malo les sucediese.

No obstante, comprendía que todos teníamos una misión en esta vida y ahora, también en esta guerra. Yo, antes de la contienda, tenía muy claro cuál era mi misión en esta vida, ¿pero, y ahora?

15.

LOS FRANCESES SECUESTRAN MI HACIENDA

...Recuerdo la noticia del secuestro de mi hacienda.

Mi misión en esta vida era preocuparme por la alimentación, la educación y demás necesidades de mi extensa familia y procurar su bienestar, para lo cual contaba con los recursos necesarios. Sin embargo ahora, desgraciadamente, por culpa de la maldita contienda, no podía proporcionarles el bienestar al que tenían derecho y se merecían por su cuna, ya que lejos de Segovia yo no recibía las rentas de mis numerosas propiedades y no podíamos disfrutar de nuestra confortable casa.

Mi misión en esta guerra era bien distinta a la de mi marido y mi hijo Dionisio, era estar lo más cerca posible de ellos y mantener a todos mis hijos alejados de la amenaza enemiga, protegiéndoles e ingeniándome para procurarles alimento, vestido y educación.

Comprendí las razones de los impagos de mis rentas en abril de 1809, cuando recibí un inquietante correo de mi tío Pablo dando contestación a mi epístola. Traía noticias muy alarmantes. Me decía que los gabachos estaban cometiendo toda clase de tropelías en Segovia, sobre todo en las iglesias y que estaban confiscando cuantos bienes y propiedades se les antojaban. Mientras lo leía contenía la respiración y me iba entrando una gran congoja, propia de un mal presentimiento. Se lo comuniqué a mi marido y cuando leyó la carta soltó una exclamación.

—¡Querida, esto no me gusta nada, yo también tengo un mal presentimiento, muy malo!

El último día del mes, pasada la media noche, a pesar de estar el cielo muy iluminado, porque había luna llena, sorprendentemente nos quedamos en tinieblas. Ya estábamos en la cama y nos levantamos y acercamos a la ventana para ver por qué había tanta oscuridad. Se trataba de un eclipse total de luna. El mal presentimiento que ambos habíamos tenido tomaba más fuerza con este hecho. En la antigüedad existía la creencia de que los eclipses ejercían una influencia mala, “oscura”, como una señal de alerta por algún infortunio.

A los pocos días, cuando Mariano llegó a casa, me entregó un sobre que me había llegado en la diligencia con el correo de Segovia.

—Será otra carta del tío Pablo, algo que se le olvidó decirnos. Ya la leeremos después, ahora, vamos a comer, —manifesté.

—¡No querida, no! ¡Ábrelo! ¡Esto sigue sin gustarme!, —me contestó—. Sabes que estamos intranquilos con las noticias de Segovia. ¡Ven, siéntate!

—¡A ver..., a ver...! Tienes razón, me envía un comunicado del gobierno de Segovia referente a mi hacienda.

—¡Querida, qué pasa!, ¿Por qué ese llanto? Nuestro mal presentimiento, ¿no?

—¡Sí, mi amor! Me comunican que todos mis bienes han sido secuestrados. Dicen que si regreso me los devuelven y me envían dinero para el viaje.

Nuestro mal presentimiento se había confirmado tan solo una semana más tarde y el infortunio se había desvelado. Mariano se levantó, su rostro denotaba una gran pena, me transmitió su sentimiento y yo me quedé petrificada. No pude contestarle porque la voz se atascó en mi garganta. Un sudor frío comenzó a brotar de mi frente y las lágrimas resbalaban por mis mejillas como dos chorros de agua. Hacía poco tiempo que el joven dramaturgo Grillparzer afirmara: “Las lágrimas son el sagrado derecho del dolor” y tenía razón, me brotaron del intenso dolor procedente de mi alma, dejándome sin aliento. Perdí el sentido durante unos segundos y le siguió un gran mareo. Mariano me ayudó a tomar asiento y me ofreció un vaso con agua. Bebí un poco y pasado un buen rato, cabizbaja, ya pude articular palabra y le dije:

—Cariño, no me da igual perder mi hacienda con una prole tan numerosa, pero no voy a regresar.

—¡Esposa mía, lo siento! Qué decisión tan difícil. Si te quedas, mal, si te vas, quizá peor. ¡Medítalo pausadamente!

—Mariano, desde que tuve el presentimiento, esperando lo peor, lo he venido meditado mucho y ni quiero, ni voy a regresar, podría ser una trampa.

—Mi amor, ¿has pensado que solamente con mi sueldo, sin tus rentas y las mías, también confiscadas, pasaréis muchas estrecheces?

—Claro, he pensado en todo. ¡Ya nos arreglaremos! Prefiero quedarme contigo y con nuestros hijos comiendo solo un pedazo de pan que disfrutar de mis propiedades lejos de ti. En las circunstancias actuales creo que es lo más sensato. ¿No te parece?

—Tienes razón, querida, es lo más cuerdo. Los franceses me la tienen jurada y podría tratarse de una treta para secuestraros o, lo que es peor, Dios sabe a qué vejaciones os someterían para hacerme regresar. No quiero que os hagan ningún daño, me moriría de tanta pena.

—¡Sí, querida! Ahora, más que nunca, necesitamos estar juntos. ¡Vendrán tiempos mejores!

Al terminar esta conversación nos dimos un largo abrazo entre sollozos, costándonos Dios y ayuda separarnos. Nos secamos las lágrimas y procuramos tranquilizarnos para que los niños no se disgustasen al vernos.

Desgraciadamente, por la ventana recién abierta al futuro entraron vientos de preocupación, angustia y dolor y la puerta del pasado, que había decidido cerrar definitivamente, se entreabrió instalando nuevamente el dolor en mi alma. Pasé unos días devanándome los sesos de tanto cavilar sobre la noticia, a sabiendas de que ya había tomado la decisión y de que era irrevocable, pero no dejaba de martillearme en la cabeza, porque no alcanzaba a comprender como había gente tan malvada. Ya me lo decía Josefa: “Cuanto mejor es uno, tanto más difícilmente llega a sospechar de la maldad de los otros”.

Encontrándome ya con siete hijos, la bella mariposa que me sentía en Segovia continuaba su extraña y fatídica metamorfosis. Perdió sus alas y, sin poder volar en busca de alimento, comenzó a extinguirse. Mas su cuerpo se transformó en una larva, dispuesta a seguir viviendo, pues tenía que volver a su condición de mariposa para velar por su indefensa y numerosa prole, privada del disfrute de los fértiles campos de flores que tenían a su disposición en tierras castellanas. Su destierro se estaba haciendo cada vez más despiadado.

...Recuerdo la solicitud que hizo Mariano sobre una pensión de viudedad.

El 5 de mayo mi marido llegó a casa más tarde de lo habitual. Ya estaban todos los niños acostados y yo esperándole, como era habitual; no podía irme a la cama sola. ¡Qué día más largo! Parecía que las horas no pasaban. Cuando le oí llegar salí a su encuentro y le noté muy triste. Le di un beso y no pude reprimir decirle:

—¡Tienes mala cara, cariño, te veo muy agotado! Tanto trabajo, las clases, tus estudios.

—Mi amor, será porque el placer que a veces acompaña al trabajo pone en olvido a la fatiga. ¡Tengo que hacerlo, España lo necesita!

—Cariño, con las penalidades que estamos pasando ¿qué sería de nosotros si nos faltases? Sabes que cuando nos invade la pena un día dura tanto como tres otoños y nuestros hijos son tan pequeños...

—¡Lo sé, mi amor! Y como estoy muy preocupado por vosotros he

solicitado a Su Majestad ser agraciado con la pensión de viudedad que no disfrutarías por haberme casado de oficial subalterno y porque te has quedado sin hacienda por seguirme a favor de la causa de los patriotas y para mantener a la familia unida. ¡Te lo mereces!

—¡Mariano, qué gran gesto! Eso es de agradecer, mas yo no quiero que te pase nada malo, yo también me moriría.

Mi esposo, preocupado por la situación económica en que quedaríamos si nos faltara durante esta guerra, también solicitó al Rey la concesión del empleo de coronel en propiedad, por la pequeña subida de sueldo que ello supondría, en atención a nuestra precaria subsistencia.

No había pasado un mes cuando recibió contestación al primer escrito y me dio la grata nueva, que ojalá tardara en necesitar.

—Petra, mi petición ha sido aceptada. La Junta Central ha resuelto que se te tenga en cuenta para los beneficios de la viudedad o del Montepío cuando se produzca mi fallecimiento.

—¡Gracia, mi amor! Que penoso me es pensar a tiempo futuro. ¡Ya veo que estás en todo, tus cadetes, tus proyectos, tu familia! Pero deberías trabajar menos y preocuparte más por tu salud, sino yo también terminaré enfermando y entonces... ¿qué sería de nuestros hijos?

...Recuerdo las noticias sobre la ejecución del secuestro de mi hacienda.

Pasados unos días, me llegó otro patético correo de mi tío Pablo, comunicándome la ejecución del secuestro de todos mis bienes. Me decía que las nuevas autoridades de la provincia habían ordenado la confiscación de cuantas propiedades, no pertenecientes a los afrancesados, fueran de su interés. Que le habían interrogado sobre los propietarios de las fincas que administraba y cuando se enteraron de que yo era la titular y esposa del oficial de la proclama revolucionaria, al no haber regresado a Segovia, no dudaron en secuestrar todas mis casas y fincas en el término municipal que estuvieran. Con ellas estaban beneficiando a muchos partidarios de los franceses, gratificando de esa forma su traición y su infamia.

Mi marido, después de leer la carta detenidamente, una y otra vez, pues no podía dar crédito a su contenido, sin poder remediarlo, soltó una exclamación en clara alusión a los traidores:

—¡Querida, qué gentuza, qué canallas! Las almas capaces de cometer malas acciones, con hipocresía, falsedad, traición o engaño, sólo se dejan conquistar con presentes y otras, que no lo son, se vuelven despreciables

cuando ven la ocasión de sacar partido.

Acongojada, sin poder contener las lágrimas, pensando en la deplorable calidad humana de cuantos habían propiciado tales atropellos, disponiendo a su antojo y por la fuerza de los bienes que, con tanto trabajo y sufrimiento, habíamos conseguido familias de bien, le respondí:

—Sí, esposo mío. Además es sabido que toda mala causa es defendida siempre por hombres malvados y con medios perversos.

Ya estaba en vía de recuperarme de la depresión originada por el devenir de los acontecimientos cuando esta noticia entró en mi alma como un vendaval, que cerró de golpe la ventana por la que había empezado a asomarme a un nuevo futuro prometedor y terminó de abrir la puerta del pasado. Otra vez volvían a entrar en mi vida vientos indeseables, trayendo más tribulaciones a mi mente y nuevamente el desasosiego a mi cuerpo y el dolor a mi corazón, arrastrándome otra vez hacia las tinieblas de otra odiosa depresión en lo más profundo de mí ser.

Y por si eso fuera poco, llegó Mariano con una inquietante la noticia.

MI INQUIETUD ANTE UN POSIBLE TRASLADO

...Recuerdo los planes de traslado del “Templo de Minerva” en mayo de 1809.

En unos momentos en que la depresión nuevamente empezaba a apoderarse de mí, Mariano me dio la inquietante noticia de un posible traslado un día que llegó muy tarde a casa. Todos habíamos cenado y ya nos encontrábamos en la cama, incluso yo, una de las pocas veces que no le había esperado levantada a causa del gran cansancio y abatimiento que me invadía. Vino directamente a nuestra alcoba procurando no hacer ruido, sobre todo para no despertar al bebé Vicentín y empezó a desvestirse. Como yo estaba intranquila por su tardanza, todavía no me había quedado dormida y pude oír sus pasos y su sigilosa entrada en el dormitorio. Esperé a que estuviera acostado y, entonces, exclamé:

—¡Mariano, qué tarde has venido hoy!

—Peti, creía que estabas dormida. He procurado no hacer ruido para no despertarte.

—¡Ya lo he visto!, mas no me has despertado, acababa de acostarme y estaba esperándote. ¿Has cenado?

—Sí, he tenido mucho trabajo y he tomado algo en el Colegio.

—¿Es que ha surgido algún problema?

—¡No! ¡Solo un contratiempo! Las dependencias que hemos ocupado son adecuadas para los cincuenta cadetes que vinieron de Segovia, pero se han quedado pequeñas al completarse el alumnado con otros cien jóvenes de Sevilla y hemos estado estudiando un plan urgente para trasladarnos a otro sitio.

—¿Y en qué consiste ese plan?

—Simplemente, en reconocer varios edificios de la ciudad, que en principio los consideramos más apropiados para el traslado.

—¿Y tienes que hacerlo tú, como siempre?

—Bueno... lo haremos varios oficiales, pero yo soy el responsable. Mañana empezaremos el trabajo.

—¡En qué mal momento, mi vida! Sabes que no me encuentro bien en este momento y no me gustaría otro traslado, aunque sea dentro de Sevilla y a otra casa mejor. Los niños ya se han habituado a ésta y tienen algunos amigos. Josefa y Fuencisla conocen los colmados.

—¡No te preocupes!, si nos vamos, probablemente lo hará solo el Colegio, la familia podría seguir aquí.

—¡Sí, claro, así te veremos menos!

—Querida, no has pensado en lo que acabas de decir. Sabes que lo haría por vuestra comodidad.

Estaba tan desolada, tan triste, había tardado tanto en superar la angustia del traslado desde Segovia, que había dejado una profunda herida en mi alma. Sentí como si esa herida se me hubiera abierto y la sangre estuviera brotando a través de mis lágrimas. Le contesté entre sollozos:

—Mariano, sigo muy preocupada por la salud de nuestros hijos. José ha empeorado, los oídos le duelen y le han comenzado a supurar, Jacobo tiene mucha tos y Vicentín no engorda.

Cogió un pañuelo, me atrajo hacia sí y mientras me enjugaba las lágrimas, que habían llegado a su corazón con más fuerza que mis propias palabras, se esforzó en consolarme.

—¡Tranquilízate, querida! Verte así me rompe el corazón. Sabes que el galeno vino hace poco. No obstante, hablaré con él mañana otra vez y le diré al enfermero que venga con los específicos que mande.

Mi esposo, con el corazón dividido entre su amada profesión y su querida familia, pasó muchas horas estudiando una nueva ubicación para su Colegio, formando parte de una junta de profesores y teniendo en cuenta el ahorro de gastos al Real Erario. A finales de mes, una vez concluidas las inspecciones exteriores de los edificios, me puso al corriente de la decisión tomada.

—Mira, Petra, —me dijo —, para el traslado hemos propuesto el Cuartel de Artillería de la Plaza del Duque, es un edificio muy grande, pero se prevé mucho desembolso para su acondicionamiento; la Universidad, mas carece de espacio para el recreo y ejercicio de los alumnos; el Real Colegio de San Telmo, antiguo Centro docente en ciencias matemáticas y militares, como lugar más idóneo por su cercanía a los establecimientos que los cadetes deben visitar; finalmente el Convento de San Antonio de Padua, por su salubridad y desahogo, mas tiene el inconveniente de estar alejado de dichos establecimientos. No hemos propuesto otros inmuebles por estar mal distribuidos, ruinosos o alejados, o por ser excesivamente grandes o de utilidad pública, como hospitales y conventos.

—Mariano, con tantos sitios disponibles, no creo que tengáis problemas para elegir uno. Espero que terminéis pronto ese cometido para que se

mitigue mi inquietud y se alivie un poco tu carga de trabajo.

—Cariño, no te preocupes, no pienses que es mucha faena la que tengo. Para el que ama lo que hace, lo que hace no le supone un gran trabajo.

A los pocos días, con la primavera en todo su esplendor, asomada a una ventana contemplando la belleza y el colorido de los árboles de la calle, estuve recordando con mi marido algunos momentos desde que llegamos a Sevilla. Después, él me comentó:

—Petra, me he enterado que el Batallón de escolares toledanos también tiene un problema de espacio. Sus efectivos han aumentado y están buscando otras dependencias.

—Mariano, tal como me has contado, en Sevilla hay muchos edificios oficiales y conventos disponibles dispuestos a colaborar con el Ejército.

—¡Sí, claro! Acaban de interesarse por la casa desocupada que tiene la Universidad. Les han respondido que las piezas solicitadas las consideran absolutamente inapropiadas por su situación y tamaño, además las están utilizando como aulas para la enseñanza pública.

—Seguro que ellos también encuentran pronto otro lugar.

—Sí, pero me temo que están tanteando en la misma línea que nosotros.

Una noche a finales de mayo, cuando Josefa y Fuencisla estaban recogiendo la mesa, después de la cena, los niños se habían acostado y mi marido se había retirado a su cuarto de trabajo, permanecí sentada, mirando al suelo ensimismada. Mariano, al echarme de menos por no haberle dicho que me iba a la cama, vino a la cocina y al verme en tal actitud, se acercó, me acarició la cabeza, me dio un beso en la frente y me preguntó:

—Peti, querida, ¿sucede algo?, te veo muy abatida.

—No, esposo mío. Estoy bien. Solo pensativa.

—¿Entonces... esa cara? Si parece que vas a llorar. ¡Qué digo!, ¿porque has roto a llorar?

—Cariño, es que no dejo de pensar en nuestra acogedora casa de Segovia. ¡La echo mucho de menos!

—Yo también pienso en ella y la añoro, amor mío. Qué cierto es el dicho de que: “nada hay tan dulce como la patria y el hogar propios, aunque uno tenga en tierra extraña y lejana la mansión más opulenta”.

Me ayudó a incorporarme de la silla, me secó las lágrimas, me abrazó y empezó a besarme para espantar los negros nubarrones que se cernían sobre

mi mente y para terminar de consolarme me llevó de la mano hasta la alcoba. Allí correspondí a sus besos y a sus caricias sin deshacer el abrazo que nos unía. Sus ojos brillaban de forma especial y sentía como si de los míos brotara fuego. Nuestras respiraciones cada vez se volvían más jadeantes y la pasión fue en aumento, llegando a desearnos mutuamente, por lo que nos metimos en el lecho y consumamos nuestro amor, del que nacería nuestro octavo hijo.

La cálida primavera estaba a punto de dar paso al bochornoso verano sevillano, con las calles flanqueadas de frondosos naranjos de intenso color verde, cargados de abundantes frutos que pronto cambiarían a su llamativo color rojo, acacias con sus dorados ramilletes y jacarandas cubiertas de vistosas flores lilas prodigando sus aromas por doquier. Yo empezaba a sentirme bien otra vez y un día decidí sorprender a mi marido con una comida típica de Andalucía. Después de recibirle con todo mi cariño como era habitual, le dije:

—Mariano, tengo una sorpresa para ti. ¿A que no adivinas que tenemos hoy para comer?

—No se me ocurre que puede ser. ¿Qué has preparado?

—Gazpacho. Es una especie de sopa fría vegetal típica de esta tierra. Se toma en verano y es muy nutritiva y refrescante. A tus hijos les ha encantado ¡Seguro que a ti también!

—¡Muchas gracias, Peti! Estoy deseando probarlo.

Nos sentamos a la mesa. Le veía impaciente por decirnos algo y no me equivocaba. Tomó unas cucharadas de gazpacho rápidamente y con la última en la boca comenzó a hablar:

—¡Qué rico! A propósito, yo también tengo una sorpresa para vosotros. Un profesor me ha informado sobre los hermosos jardines que tienen los Reales Alcázares. Aunque son privados, a nosotros nos dejan visitarlos. ¿Os gustaría?

Conocedora de la faena y de las múltiples preocupaciones de mi marido, cuando llegaba a casa procuraba animarle y distraerle, pues enseguida volvía al Colegio, a la Fundición o a la Maestranza o se quedaba en casa trabajando en alguno de sus estudios. Por eso la propuesta de Mariano me pareció una magnífica idea y le contesté:

—Mi vida, si te parece, vamos mañana, que es domingo, y llevamos a toda la prole. Así podremos disfrutar de algún tiempo para nosotros y

relajamos.

—¡Bien... bien... querida! Tienes razón. No pienses que solo me preocupo de mi trabajo. También deseo conocer tus necesidades y la de los niños. Además de pasar un día de solaz, es un buen momento para que me contéis vuestras inquietudes.

Emocionada por sus sentidas palabras me levanté y, antes de que pudiera darle un abrazo de agradecimiento, sentí unas fuertes nauseas. Eran propias de mi estado, por lo que me ausenté hasta que se pasaron las molestias. De regreso, llamé a las amas para darles noticia de la interesante propuesta que había hecho mi marido.

Tal como habíamos planeado, el domingo por la mañana fuimos a pasear por los jardines del Alcázar. Se trataba de un paraje singular, de gran belleza. El profesor tenía razón. Nada más llegar descansamos en el llamado Jardín de las Damas, formado por varios patiecillos y muretes encalados, cubiertos de plantas en flor. Después, atravesamos una zona de hermosos macizos recortados, un laberinto de cipreses y un bosquecillo de naranjos.

Al entrar al Jardín Grande dimos con un jardinero afanado en arreglar un espléndido seto y le saludé.

—¡Buenos días, señor! ¡Qué bonito vergel!

—¡Sí, señora!, como puede apreciar es de estilo renacentista. También se le conoce como el Jardín de Carlos V, porque el Emperador lo mandó construir en su luna de miel, con sus flores multicolores y delicados aromas, para deleite de los sentidos de su futura esposa Isabel de Portugal.

Una corte de esbeltas palmeras, obsequiándonos con sus oportunas sombras, parecía vigilarnos desde lo alto. Rodeamos un arriate cercado con plantas ornamentales de un verde intenso y entramos en una pequeña glorietta donde nos sentamos en un banco de llamativos azulejos. Mi esposo me cogió la mano y mirándome a los ojos me declaró:

—Peti, cuántas ganas tenía de estar contigo de esta forma, alejados del Convento, de los libros, de los problemas, olvidándonos de tantos sinsabores, aunque solo sea por unos minutos.

—Yo también las tenía. La rutina diaria de cada uno nos absorbe y los días transcurren sin que apenas tengamos tiempo para nosotros.

—¡Es verdad! Precisamente ahora, cuando nuestros hijos están creciendo, todo mi tiempo lo acapara esta maldita guerra. Agradezco tu paciencia y comprensión conmigo. Gracias a que estás a mi lado todo es más llevadero,

pero me entra una gran sensación de impotencia cuando cavilo sobre el resultado de esta guerra y pienso en el futuro de toda la familia.

—¡No te preocupes, mi amor! Tus gozos y tus sinsabores también son los míos. Disfrutemos de estos momentos.

—¡Si, si!, es fácil decirlo pero no asumirlo. A veces me asalta el pensamiento de lo que sería mi vida sin ti y la pena me ahoga. ¡Cómo me iba a imaginar que en la felicidad hubiera tanta tristeza!

—¡Mi vida, pues claro que la hay! Paradójicamente la felicidad se moldea con dos sensaciones tristes, como tú bien sabes: el recuerdo de su privación en el pasado y el miedo a perderla en el futuro.

Los niños, capitaneados por su hermano José y bajo la atenta mirada de las amas, jugaban alrededor de una fuente de mármol de gran belleza, cuyos chorros de agua salían por la boca de unas curiosas esculturillas. Mariano y yo tuvimos una larga y comprensiva conversación a la vez que nos recreábamos con el relajante sonido del agua, con los aromas de las flores y con el canto de diversas especies de pajarillos.

Seguimos recorriendo los jardines dejando a nuestro paso estanques, galerías, pórticos, fuentes y estatuas de gran encanto, así como flores, setos, macizos de plantas y variedad de árboles de múltiples colores y sorprendentes contrastes.

De regreso a casa vimos a unos operarios, cerca de la Catedral, construyendo la Plaza de Santa Cruz. Las obras trajeron a la memoria de mi marido sus trabajos de visitas a edificios y él me los recordó:

—Mi querida Peti, mañana tengo que continuar con las inspecciones y cuando termine redactaré el plan de obras. Urge hacerlo porque Maturana ha trasladado al Ministro de la Guerra el acuerdo del Colegio solicitando la admisión de más pretendientes para llevar a cabo el plan de enseñanza previsto.

—Cariño, deseo tanto como tu ver el fin de ese proyecto por el bien de todos. ¡Espero que sea pronto!

—De todas formas ten el ánimo preparado, no solo para esperar lo que deseas, sino también para soportar lo que acontezca.

Con el paseo por los jardines del Alcázar y el día de solaz con la familia mi depresión daba síntomas de empezar a disiparse. Entonces decidí abrir nuevamente una ventana al futuro, por la que podría disfrutar de la vida aprovechando las oportunidades que se nos brindaban en nuestro nuevo lugar de residencia.

No obstante, el consejo de Mariano, con sus últimas palabras: “Ten el ánimo preparado, no solo para esperar lo que deseas, sino también para soportar lo que acontezca”, me dejó pensativa, apesadumbrada. ¿Por qué me habría dicho eso? ¿Es que ya habían elegido un posible edificio para el traslado y no me complacería?

17.

CESAN LOS PLANES DE TRASLADO

...Recuerdo los nuevos planes para el traslado del “Templo de Minerva”.

Afortunadamente, por la ventana que acababa de abrir al futuro estaba comenzando a penetrar aire fresco en mi vida. Por fin se desveló lo que encerraba el consejo que me había dado Mariano. La decisión del traslado del “Templo de Minerva” al cercano Convento de San Antonio de Padua, que me permitiría continuar viviendo en San Laureano, seguía devolviendo a mi alma el sosiego deseado. Siguiendo con este plan, el 30 de mayo se solicita el presupuesto de las obras para ser adaptado a la nueva función, que sería valorado por el arquitecto Tomás Escarena en cuarenta y dos mil novecientos reales de vellón.

El fraile guardián de San Antonio, que me conocía de asistir algunas veces a su Misa, me comentó la reacción que había tenido la congregación ante los trabajos topográficos que se estaban realizando en el Convento.

—Doña Petra, —me dijo —, “he solicitado a Su Majestad que busquen otro edificio, porque la comunidad religiosa sería muy sensible a esta novedad y muy perjudicial para el auxilio espiritual a los fieles de las parroquias más cercanas. No obstante accederé gustoso, si fuera absolutamente preciso, en beneficio e interés de la causa pública. Todos los frailes serían los primeros que colaborarían, como lo han hecho en otras ocasiones. En la actualidad tenemos muchos religiosos en las enfermerías de los ejércitos”.

—¿Reverendo, sabía usted que el padre jesuita Antonio Eximeno, eminente matemático y docto artillero, fue profesor primario y jefe de estudios del Colegio que se quiere instalar en dependencias de su Convento cuando se inauguró?

—¡No, no lo sabía! doña Petra.

—¡Pues sí, padre! Formó parte de su primer cuadro docente en su “casa solariega” del Alcázar de Segovia. También, pronunció el famoso discurso de apertura del Centro: *“Necesidad de la Teoría para desempeñar en la Práctica el servicio de Su Majestad”*. ¡Sería una interesante colaboración que el Colegio de Artillería se estableciera en su Convento!

A los pocos días el guardián de San Antonio me confesó que, atendiendo a su petición, la Junta Suprema había solicitado un informe sobre otros

lugares más adecuados, sugiriendo dependencias de la Real Sociedad de Medicina y otras Ciencias y una mansión de la Duquesa de Medinasidonia, situada en el barrio del Duque.

Se lo comuniqué a mi marido y me contestó:

—¡Lo sé, mi amor, ya tenía noticias!, mas ninguna de esas sugerencias ha tenido éxito. La propietaria de la casa de la Duquesa, no ha querido colaborar. Por su parte, la Sociedad de Medicina contestó que: “En tan doloroso caso quedaría extinguido tan apreciable Cuerpo, conservado brillantemente en su larga vida de 109 años”. Como ves hay muchos edificios, pero cada uno tiene su problemática. No es fácil... ¡Seguimos con contratiempos!

—Querido, a pesar de todo, intuyo que terminaréis en San Antonio de Padua. Son los que menos pegas ponen. ¿No crees?

—Sí, cariño, yo pienso lo mismo, pero todavía no hay nada claro.

En junio, mi esposo volvió a casa sorprendido después de inspeccionar el Convento de San Antonio para continuar con los trabajos de adaptación.

—¿Petra, sabes que me he encontrado al teniente coronel Molina en San Antonio de Padua?

—¡Qué casualidad! ¿Cómo está? ¿Qué hacía allí?

—Está bien, mas, un poco agobiado, como yo, buscando otro cuartel para su Batallón.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me comentó que al haberse completado su Unidad hasta seiscientos cuarenta y tres hombres, sus instalaciones en el Convento de Los Terceros se quedaron pequeñas, por lo que habían trasladado parte de sus efectivos a San Antonio de Padua.

—¡Cariño, qué mala suerte! Se os han adelantado. ¿Ahora, qué vais a hacer?

—Buscaremos otro sitio o seguiremos en San Laureano con más cadetes en régimen externo.

—¡Qué fatalidad! Después de todo ese sitio no nos venía mal. Está muy cerca de aquí y podríamos seguir con nuestra casa.

—¡Ya! Mas la visita a San Antonio de Padua ha sido interesante por otro motivo. He confirmado mi idea sobre la posibilidad de hacer oficiales del Ejército en pocos meses si pudiera disponer de los escolares de esa Unidad. Ahora que los conozco personalmente, y enterado de sus buenas cualidades, podría darles formación en una academia, allí mismo. Lo he comentado con

el teniente coronel y le ha parecido una excelente idea.

—¿Pero, mi vida, cómo vas a hacer oficiales en unos meses? ¡Es muy difícil en tan poco tiempo!

—Querida, que sabias son las palabras de Séneca de que: “No nos atrevemos a muchas cosas porque son difíciles, pero son difíciles porque no nos atrevemos a hacerlas”. Por mi parte, me atrevo, pues sé cómo hacerlo y por parte de los alumnos, acostumbrados a situaciones difíciles y con muchas ganas de ser oficiales, tampoco habrá problemas.

Ese día después de cenar, Dionisio, que no había dejado de observar el semblante de su padre, cuando se retiró de la mesa me preguntó:

—¿Madre, qué procesión le anda por dentro a padre? Lo veo intranquilo, pensativo, casi no ha probado bocado.

—Hijo, está preocupado. Tu padre ha sembrado varias veces una semilla y no ha germinado. Ahora está dando vueltas a la cabeza para ver como lo hace otra vez. Se trata de su proyecto para formar rápidamente a muchos oficiales para el Ejército y la Milicia Nacional, tan necesarios para la salvación de España.

—¿Y qué ideas tiene, madre?

—Según me ha dicho, está pensando hacerlo con los soldados del Batallón de Voluntarios de la Universidad de Toledo. Ha visto que tienen magníficas cualidades y mucho valor, pero les falta preparación militar. Los conoce personalmente, porque algunos ya estaban acuartelados en el Convento de San Antonio de Padua cuando practicó allí el último reconocimiento.

Cuando nos fuimos a la cama, Mariano me comentó que había oído la conversación que tuve con Dionisio y me lo agradeció con estas palabras:

—Mi amor, mi semilla todavía no ha hecho germinar mis planes, sin embargo tus planes se están llevando a cabo, pues estás dando muchos hijos a la Patria, a pesar del gran sacrificio que supone para ti en las actuales circunstancias. Me he dado cuenta de cómo, siguiendo con tus planes, estás inculcando a José la importancia de servir a España para vivir en paz y libertad. No me cansaré de decirte que eres una gran mujer, tenaz y persuasiva. ¡Seguiré tus recomendaciones!

Días después, Mariano me contó que había cursado una visita académica a la Maestranza con sus cadetes y que allí le habían informado sobre la iglesia contigua, donde se podía contemplar un gran tesoro artístico y me animó a

visitarla.

El domingo siguiente decidimos asistir a la Misa Mayor en ese magnífico templo. Ya eran las once de la mañana y como teníamos el tiempo contado alerté a las amas:

—¡Fuencisla..., Josefa..., nos vamos a Misa! Apresurad a los niños o llegaremos tarde.

—¿A qué iglesia vamos? ¿Está lejos?, —preguntó Josefa.

—¡No, no! ¡Está cerca! Vamos a la iglesia de San Jorge, la del Hospital de la Santa Caridad. Está contigua a la Maestranza.

Nada más pisar el umbral del templo, fue tal mi asombro que no sabía a dónde dirigir la mirada. ¡Todo era tan bello! Mi actitud llamó la atención de un sacerdote de la parroquia, que se nos acercó y, dirigiéndose a mí, nos invitó a entrar.

—¡Pasen, pasen! Veo que no son de esta tierra y admiran las obras de arte. Hay muchas. A su marido le he visto alguna vez entrando en la Maestranza, pero imagino que nunca ha tenido tiempo para visitar el Templo. Si les parece, mientras empieza la Misa, les explico.

—Estaba tan absorta por cuanto veía, que exclamé: ¡Esta iglesia es una auténtica joya artística! ¡Qué magnífico retablo!

—¡Si, señora!, —respondió el clérigo—. Es una imponente escena del entierro de Nuestro Señor, con la Virgen, Nicodemo y José de Arimatea. Una hermosa representación de las tres virtudes cardinales. ¡Es genial!

—¿Reverendo, qué nos dice de los cuadros que adornan las paredes?

—Son otra maravilla, salidos del pincel de Murillo. A la derecha, “El Milagro de la multiplicación de los panes y los peces” y el pasaje del Éxodo en el que “Moisés hace brotar agua de la roca”; representan obras de misericordia. Los otros son: “Santa Isabel de Hungría curando a los tiñosos” y “San Juan de Dios transportando a un enfermo”. A la izquierda hay cuatro pinturas escenificando otras tantas obras de misericordia: “La curación del paralítico”, “El retorno del hijo pródigo”, “Los ángeles de Abraham” y “La liberación de San Pedro de la prisión por un ángel”. ¿Qué les parecen?

—¡Que son producto de un genio! Lo mismo que los dos estremecedores óleos que hay a la entrada de la iglesia.

—¡Así es! Esos simbolizan la muerte. Son dos sorprendentes alegorías, obra de Valdés Leal, otro genio de la pintura. Una representa la brevedad de la vida y la fugacidad de los bienes materiales y la otra, la gloria humana.

—¡Muchísimas gracias, reverendo! Nos ha encantado su magnífica

lección de arte. No le robaremos más tiempo. Ahora tomaremos asiento, la Misa está a punto de comenzar.

Terminada la ceremonia regresamos a casa directamente. El verano estaba a punto de empezar y el sol nos lo hacía notar arropándonos con su caluroso manto. Yo, con tan buen recuerdo, pensando en cuanta belleza había contemplado, y mi marido elucubrando sobre el cambio de ubicación de su Colegio.

A finales de junio Mariano me comentó que acababa de crearse una Fábrica de Fusiles de Chispa y el coronel Dátoli, nombrado su director, había solicitado nuevamente el desalojo del Colegio, porque quería instalarla en San Laureano. Consideraba idóneas sus dependencias, después de ser ampliadas con las fincas contiguas, para las distintas exigencias de esa industria, situada en las afueras de la ciudad y bien comunicada para los transportes de las materias primas y de la producción.

La probable evacuación de San Laureano para ser utilizado con otros fines de guerra incrementó mi desasosiego ante un inminente traslado de mi casa a otro sitio distinto de San Antonio de Padua. La preocupación por este contratiempo, unido a la sofocante canícula que ya hacía por las noches, no me dejaba pegar ojo. Lo soportaba peor que el calor de Segovia en época estival. Allí tenía varias estancias y utilizaba la alcoba mejor orientada, que se mantenía más fresca por estar apartada de los rayos del sol.

Habiendo decidido la Junta Suprema suspender la ubicación del Real Colegio en el Convento de San Antonio de Padua por encontrarse ya ocupado, en julio Mariano me contó que los problemas no habían cesado. Por la nueva ventana que yo había abierto al futuro dejó de penetrar aire fresco, pues me horrorizaba tener que trasladar de nuevo la casa. Pero todas las noticias no iban a ser malas; también, me dio una agradable sorpresa:

—Petra, el director tiene dos invitaciones para asistir mañana a los toros. Se celebra una corrida conmemorativa del primer aniversario de la victoriosa Batalla de Bailén. Me ha preguntado si queremos ir en representación del Colegio. ¿Qué te parece? ¿Te animas?

—¡Claro, cariño!, ya sabes que disfruto acompañándote adonde sea. Nunca he asistido a una fiesta de toros. No sé si me gustará, pero me hace ilusión conocer las tradiciones de esta tierra.

Me arreglé para la ocasión, me recogí el pelo y cogí mi sombrero de

guano y un abanico. Dejamos a los hijos con las amas y salimos de casa a la cuatro de la tarde. Fuimos caminando, extramuros, por el arenal, hasta la zona del Baratillo donde se encontraba la plaza. No estaba lejos, pero nos costó un poco llegar porque hacía un calor asfixiante.

El coso era de madera, aunque cerca de él ya había comenzado la construcción de otro de mampostería. Me sorprendió ver cómo vestían algunas mujeres, con traje de volantes, peineta y mantilla y los hombres, con sombreros de ala ancha. Nos sentamos en una grada próxima al ruedo en la zona de sombra. ¡Menos mal! A nuestro lado, un sevillano, apreciando que éramos ajenos a los avatares de esta fiesta, se dirigió a mí y se presentó:

—Señora, me llamo Francisco, todos me dicen Paco. Estoy fijándome en ustedes e intuyo que no son de aquí y que no saben de qué va esto.

—¡Encantado, señor! Yo soy Petra y este es mi marido, Mariano. Somos de Segovia y, efectivamente, nada sabemos de esta fiesta.

—¿Quieren que les explique algo?

—Nos encantaría oír sus comentarios.

—¡Con mucho gusto, señora!

—Ante todo, me gustaría saber cómo traen los toros hasta la plaza.

—Verán, los toros bravos normalmente se crían en el campo, son asustadizos y salvajes y se apartan cuando tienen menos de cuatro años. Para atraparlos, los camperos utilizan un estrecho paso entre las montañas, lo cubren con ramas secas y dejan una pequeña entrada con un portalón. Llevan una vaca hasta la zona y la dejan atada. Cuando alguno acude al oír sus mugidos entra en la trampa y los camperos desde su escondite cierran el portalón. Le ponen al toro un lazo en el cuello, le atan unas largas sogas a las patas y cuernos para dominarlo y lo conducen a pie hasta la plaza.

—¡Señor, pobres animales! Me estremece un poco pensar como los capturan y los traen hasta aquí.

—¡Bueno, eso se está acabando!, —replicó el sevillano—. Algunos ganaderos ya han empezado a criarlos en sus dehesas y pronto todos procederán de sus criaderos.

El espectáculo comenzó a las cinco en punto. El primer toro salió al ruedo, donde varios “toreadores”, como se llamaba a los que toreaban a caballo, le estaban esperando para hacer la suerte de varas, hiriéndole con la punta de sus lanzas en la espalda. Algún caballo resultó herido por la furiosa embestida del animal, y cuando estuvo lo suficientemente castigado, los toreadores se marcharon.

En este momento, aparté la vista del ruedo, porque no me gustaba ver la sangre corriendo por el lomo del animal. La dirigí hacia las gradas, donde había otro espectáculo de luz y de color, a causa de los vistosos vestidos veraniegos, mantones de manila y abanicos de vara y media de alto entre las mujeres de los tendidos de sol.

Al volver de nuevo la mirada al ruedo, un “torero”, como se llamaba a los que toreaban a pie, armado con una capa roja y una pequeña espada, estaba avanzando hacia el animal que, después de mostrar su gran bravura sacudiendo la arena con sus pezuñas, marchaba al trote para embestirlo. Lo recibió con su engaño, moviéndose grácilmente de un lado a otro, hasta que se situó apropiadamente para colocarle una estocada entre los cuernos. Cuando cayó muerto, después de varios intentos, un par de mulas lo arrastró afuera del ruedo. De forma similar hicieron la faena a otros cuatro animales.

Una banda de música tocaba pasodobles cuando toreadores y toreros hacían bien su trabajo. La gente, que abarrotaba la plaza, aplaudía las buenas faenas y gritaba ¡olé... olé...! Si mataban bien al animal, se les premiaba con algún trofeo, consistente en una parte del animal, como la oreja o el rabo y después daban una vuelta al ruedo, mientras eran aclamados por los espectadores a la vez que les lanzaban ramos de claveles y sombreros.

Me encantaba el ambiente y la animación de la plaza y admiraba el valor de toreadores y toreros, pero el estómago se me encogía cuando veía brotar la sangre por los costados de los animales y escondía la mirada detrás de mí abanico.

Terminada la corrida, mientras salíamos de la plaza, Paco siguió explicándonos curiosidades sobre esta fiesta:

—Señora, todas las personas que han intervenido hoy son aficionados. ¿Lo sabían ustedes?

—¡Que va, señor, lo ignorábamos!

—Pero todas las corridas no se desarrollan de esta forma. Ya ha empezado el toreo a pie moderno con profesionales, inventado por el sevillano “Costillares”, que a finales del siglo pasado lo sistematizó y reglamentó. Organizó las cuadrillas bajo las órdenes del matador, estableció los tercios de la lidia, introdujo el toreo de capa como primera suerte, mejoró el uso de la muleta, incorporó una nueva forma de practicar la estocada, a “vuela pie” y fijó el vestuario para los maestros y los subalternos. No obstante, como la variedad de suertes que estableció se practicaban de forma caótica, nuestro contemporáneo Pedro Romero, de Ronda, convirtió esa

forma de torear en una técnica precisa, sobria y eficaz, que prepara a los toros para la muerte. Por ahora, a estos profesionales solo los vemos con motivo de alguna fiesta o acontecimiento extraordinario.

—Paco, le quedamos muy agradecidos por sus explicaciones. Nos ha ilustrado ampliamente sobre esta fiesta, desconocida para nosotros,—. Esta fue mi despedida.

Cuando regresamos a casa, la canícula no había cesado. El sol se había puesto pero las calles manaban fuego y el bochorno rodeaba las casas y penetraba en su interior, a pesar de tener sus puertas y ventanas cerradas. Yo estaba agotada y, aunque acostumbrada a los embarazos, esta parecía quitarme la vida con la ayuda del calor. Me faltaban las fuerzas, las piernas se me habían hinchado y me dolía mucho la espalda.

Esa noche me costó conciliar el sueño. Además, no paraba de dar vueltas a la cabeza con las imágenes de tan singular espectáculo. Había disfrutado de él, por su arte y su colorido, pero también me había estremecido por la forma de morir tan bravos y hermosos animales. Yo no sabía nada de toros hasta que llegué a la plaza, mas después de ver la corrida y oír las explicaciones de Paco comencé a comprender la razón de esta fiesta.

Con el nuevo día volví a la rutina de las labores de la casa, acompañada de mis dos serviciales amas, a la brega con los males y a la educación y ayuda en los estudios de mis hijos, pues la buena educación es el verdadero alimento del alma y el origen de muchas virtudes. Presintiendo que no podrían disfrutar del estatus que les otorgaría la herencia de mis propiedades, deseaba ayudarles a que fueran personas de provecho para que pudieran crearse su propio patrimonio. Tenía en mente las palabras de Aristóteles: “En realidad vivir como hombre significa elegir un blanco: honor, gloria, riqueza, cultura, y apuntar hacia él con toda la conducta, porque no ordenar la vida a un fin es señal de gran necesidad”. Quería que ordenaran su vida, mas no deseaba que centraran su blanco en la riqueza, bien efímero que podrían haber disfrutado sin esfuerzo alguno, sino en el honor y en la cultura, bienes que precisan esfuerzo pero son duraderos. En inculcárselo nos esforzábamos tanto su padre como yo. Eran los mismos bienes que Mariano pretendía infundir a sus alumnos.

En tal sentido, a pesar de la crisis originada por la guerra en todos los ámbitos, gracias a su perseverancia y a la de otros profesores, en Sevilla continuaron las actividades docentes, manteniendo el alto nivel característico

de su Colegio. Asimismo, siguieron redactando y actualizando textos académicos, mejorándolos en los aspectos científico y técnico, al tener a su disposición la prestigiosa Fundición de Bronces de San Bernardo y una magnífica Maestranza de Artillería, lugares donde Mariano llevaba a cabo las prácticas de su magisterio y se perfeccionaba en la ingeniería, ciencia que después transmitía a sus cadetes.

Pero mi marido no se acomodaba solamente a estos trabajos. Siempre que podía investigaba sobre otros temas encaminados a la mejora del Arma. Así desarrolló un nuevo método para fabricar cartuchos de fusil y redactó un artículo sobre los cartuchos que deben utilizarse con las piezas de artillería de campaña, de todo lo cual cursó un informe al Ministro de la Guerra.

Un día de octubre, cuando oí abrir la puerta a Mariano al regresar del trabajo, me asaltó el pensamiento, como siempre cuando llegaba: ¿qué novedades traerá hoy? Enseguida sabía si eran buenas o malas por la expresión de su rostro y no tardaba mucho en desahogarse con las malas o transmitirnos su alegría con las buenas. Así fue, venía muy contento y al verle, como a menudo se lee el corazón en el rostro, supe que portaba buenas noticias. Su contagiosa alegría era el mejor remedio para que yo mitigara el malestar que arrastraba a causa del embarazo, pues el corazón alegre hace tanto bien como el mejor medicamento.

—Peti, seguimos con dificultades para encontrar un nuevo edificio para el Colegio, pero tengo una noticia que te hará muy feliz.

—Mi vida, nada me haría más feliz en este momento que terminar con la angustia de un posible traslado.

—Querida, de eso te voy a hablar. Por fin se va a acabar tu desasosiego, porque se ha dispuesto la continuación del Colegio aquí y la realización de las obras necesarias para poder alojar a cien cadetes.

Mariano tenía razón. El aire fresco siguió penetrando por la nueva ventana abierta a mi vida, calmando mi intranquilidad, pero no mi cansancio ni mi malestar físico, ya que solamente me había dado una buena medicina para el alma.

Por la noche, como era habitual, esperé con impaciencia su regreso para cenar con él, aunque los niños y las amas ya lo habían hecho. En estos días de verano y a estas horas, entre el calor y el embarazo, me encontraba rendida. Necesitaba reposar, pero cuando nos metíamos en la cama mi deseo de estrecharle entre mis brazos, de besarle, de acariciarle, de quererle, era tan

grande que nos llevaba a hacer el amor irremediamente y mi cuerpo se olvidaba de su fatiga, como la tierra se olvida de la fatiga producida por la helada nocturna cuando surgen los rayos de sol matutinos y le devuelve la calidez precisa para continuar su proceso creativo.

Eran tan pocas las horas que pasábamos en la intimidad que, cuando las teníamos, las vivíamos intensamente. El gran amor que sentíamos, siendo de todas las pasiones la más fuerte, pues ataca al mismo tiempo a la cabeza, al corazón y a todos los sentidos, hacía que las preocupaciones se alejasen, los problemas se diluyeran y que nos entregáramos el uno al otro de cuerpo y alma, como sucedió una vez más.

Cuando me levanté, el magnífico estado de ánimo que siguió a la noche de amor que me prodigó Mariano y la buena noticia que me había dado, hicieron que me encontrara muy bien, como si me hubiera desaparecido el desasosiego que arrastraba. A pesar de ello, no estaba segura si la puerta del pasado se habría cerrado definitivamente detrás de mí, pues mi marido me dejó intrigada cuando me dijo que pronto me daría una primicia, pero que no sabía cómo me sentaría.

Además de intrigada me quedé preocupada, pues cuando se dice algo así suele hacerse para preparar a uno porque la noticia podría no ser de su agrado.

18.

UNA ACADEMIA MILITAR EN MI CASA

...Recuerdo cuando Mariano decidió crear una academia militar.

Yo ya estaba a punto de cerrar definitivamente la funesta puerta al pasado, pues había abierto una prometedora ventana al futuro. Estaba contenta, porque ya no nos íbamos a trasladar, cuando mi marido me dio una noticia que, aunque buena para él, me creaba una gran preocupación por la carga de trabajo que le suponía y porque pasaría menos tiempo con la familia. ¡Lo tenía claro, mi destino era estar siempre en vilo!

Mariano, animado por su gran amor al servicio y deseoso de vencer cuanto antes a tan aborrecible enemigo, concibió la idea de crear la academia militar de sus sueños con los escolares del Batallón de Voluntarios de Honor de la Universidad de Toledo. Tenía presente una disposición de la Junta Central, del año anterior, que decía:

“El ejército permanente debía componerse de quinientos mil hombres y cincuenta mil caballos, disponiéndose para la defensa de las poblaciones el armamento en masa de todos los hombres capaces de llevar un fusil, organizados en cuerpos de Milicia Urbana. Más para esta fuerza colosal no había oficiales, y los que fueron improvisados por las Juntas provinciales eran ignorantes e inútiles. Para llenar este vacío, era de desear que se planteasen todas las escuelas militares que habían sido suprimidas; pero éstas en tres o cuatro años no podían dar fruto y el tiempo urgía”.

Estaba tan ilusionado y esperanzado en su proyecto, que la idea comenzó a asaltar su mente con tenaz persistencia, llegando a convertirse en una obsesión. Esto me preocupaba y, como a grandes ilusiones, grandes problemas y las obsesiones suelen causar malestar y nerviosismo, temiendo por su salud, cuando llegaba a casa procuraba evadirle de esos pensamientos. Entonces me esforzaba en provocar situaciones para atraer su atención hacia sus pequeños, o conversaciones sobre lo que habíamos visto de Sevilla o cuál sería el próximo sitio a conocer.

Un domingo, a principios de agosto, comencé a abrir nuevas ventanas al porvenir. Cuando la temperatura solía llegar a los cuarenta grados, le pregunté a mi marido si le gustaría que fuéramos a solazarnos a la Alameda de Hércules al salir de Misa. Era el Paseo más antiguo e importante de la ciudad y no estaba lejos de casa. Pensaba que, seguramente, por su abundante

y variada arboleda de álamos blancos y negros, cipreses, alisos, naranjos y árboles del Paraíso, se nos mitigaría algo el calor matutino y nuestros hijos disfrutarían un poco.

Llegamos a la mítica Alameda caminando y comprobamos que, además de un paraje de espacios verdes, de encuentro y esparcimiento para los sevillanos donde se podía pasear a pie o en coche de caballos, también era un espacio ideal para los niños, con algunos puestos de chucherías. En ella se desarrollaba un singular comercio en torno al agua, de excelente calidad, suministrada por tres hermosas fuentes de las seis que llegó a tener en su día.

Estaba presidida por dos magníficas columnas romanas de mármol coronadas con dos esculturas, una de Julio César, restaurador de Híspalis y otra de Hércules, legendario fundador de la ciudad. Montadas sobre pedestales, con sus capiteles, les confería carácter de monumentos de gran esbeltez. El Paseo terminaba con otras dos enormes columnas rematadas por leones y escudos representativos de España y de Sevilla.

Nos detuvimos en una pequeña explanada donde se estaba celebrando un espectáculo de titiriteros, cuya exhibición entusiasmó a mis hijos. Cuando terminó se pusieron a jugar bajo la atenta mirada de Josefa. Mariano y yo nos sentamos en un espacioso banco de mármol y disfrutamos de la belleza de su variada arboleda y de sus bonitos jardines, así como de los aromas de sus flores. Realmente se trataba de un espléndido jardín botánico.

El padre de un alumno de mi marido, que le reconoció, se acercó a saludarnos.

—¡Buenos días, teniente coronel..., señora....! Soy el padre del cadete Romero.

—¡Buenos días, señor!, —le respondí.

—Vengo con frecuencia a esta Alameda para esparcimiento. Nunca les he visto por aquí.

—Es la primera vez que venimos nosotros. Tome asiento, por favor. ¿Le agradeceríamos que nos contase algo sobre este lugar?

—Este es un sitio muy agradable y con mucha historia. ¿Sabían que goza de mucha fama en España e incluso en el extranjero?

—¡No, no lo sabíamos! Nos habían dicho que era la mejor rambla de Sevilla. Pero no imaginábamos tanta popularidad.

—Sí, señora. Es muy conocida en España y en toda Europa, porque aquí se acostumbraba a “correr toros”, “jugar cañas” y celebrar “justas y torneos”. Ahora es el lugar preferido para la vida nocturna y donde se reúnen

flamencos de Sevilla y de fuera para intercambiar opiniones y hacer exhibiciones de su arte.

—Señor, nos han sorprendido las monumentales columnas que flaquean las entradas. ¿Nos podría decir algo de ellas?

—¡Claro que sí! Esas columnas proceden de un templo romano dedicado a Hércules. Se encontraron durante unas excavaciones realizadas en la calle Mármoles en 1574.

—¡Qué interesante! Nos tenemos que marchar ya, señor. Con personas tan amables como usted estamos conociendo la historia de esta interesante ciudad. ¡Quedamos muy agradecidos!

—¡Con Dios! Ha sido un placer, que pasen un buen día, —dijo, mientras nos levantábamos.

La gentileza de los sevillanos, haciendo gala de ella por todas partes, afanados en enseñar la belleza de su ciudad, nos complacía y nos hacía más grata nuestra estancia en esta bonita tierra. Tenía la sensación que la indeseada puerta del futuro se acababa de cerrar definitivamente.

En casa se habían quedado, con gran pena, José y la pequeña María al cuidado de Fuencisla. El niño estaba con una recaída de su enfermedad y a la niña no la quisimos llevar a la Alameda en previsión de que algunas plantas le produjeran alergia. A nuestro regreso les trajimos barquillos y pirulís, que recibieron con gran regocijo.

Unos días después, cuando la jornada estaba llegando a su fin y me hallaba en el dormitorio dispuesta para meterme en el lecho, Mariano me rodeó la cintura con sus brazos, se quedó un momento mirándome a los ojos y a continuación me dirigió la palabra:

—¿Peti, sabes que eres muy linda?

—¡Vamos... zalamero! Cuando me requiebras de esa forma es que vas a decirme algo que no me va a gustar mucho. ¡Venga..., habla ya!

—¡No, querida! Ahora no me refería a tu belleza física, que sin duda la tienes, y no me canso de decírtelo.

—¿Entonces?

—Me refiero a tu belleza interior. Tienes un gran corazón y es lo que ha enamorado todos mis sentidos.

—Mi vida, la belleza es la forma que da el amor a la enamorada, porque la verdadera belleza radica en los ojos que la mira y en el corazón que la siente.

—¡Peti, eres un encanto! No sé cómo agradecerte tanto apoyo y comprensión hacia mi trabajo y tanto tiempo como me dedicas a mí y a los niños. Espero poder compensarte algún día.

—Esposo mío, la mayor compensación que puedes ofrecerme es tener a toda la familia unida. Nuestros hijos son el más bello regalo que has podido darme. Compartir tus inquietudes y tus ilusiones nos une todavía más.

—Además, ¡te amo mucho, mucho!

—Y ahora, dime, ¿qué te anda rondando en la cabeza?

—No puedo dejar de pensar en el proyecto para colaborar con mi experiencia docente al esfuerzo de la guerra. Te lo he explicado varias veces y es de suma importancia. Estoy decidido a presentar a la Junta Central ese plan para el establecimiento de colegios militares de “urgencia”, destinados a la formación de oficiales con jóvenes universitarios. En poco tiempo, yo podría organizar y dirigir el de Sevilla con los escolares de Toledo.

—¡Pues, bueno! Planta de nuevo la semilla de tu proyecto, pero ahora tendrás que dejar de pensar en eso durante un buen rato. ¿O es que crees que con esos pensamientos te vas a concentrar en lo que lo que vamos a hacer?

—¡Pícaro, ya sé por dónde vas! Quieres otra simiente para tus planes. Con esa dulzura con que me hablas, siempre me convences.

Mis caricias y mis besos fueron un buen argumento para que se relajara y se concentrara en hacerme el amor. Nos queríamos tanto que, en los momentos de intimidad, yo procuraba distraerle de otras preocupaciones de esta forma. Los hijos eran una bendición del Cielo y, en nuestro estatus nos los podíamos permitir, porque, hasta que salimos de Segovia, les procurábamos cuanto necesitaban: amor, alimento, vestido, educación. Sin embargo, tampoco esta vez, a sabiendas de que probablemente me quedaría embarazada, reflexionamos si era prudente traer otro hijo más al mundo en las circunstancias actuales, en plena guerra y prácticamente sin disponibles. Nuestra fe en el Todopoderoso era tan grande que teníamos el convencimiento de que velaría por nosotros y las aguas volverían a su cauce, porque tener una familia numerosa era un privilegio y un don del Cielo. Además, cuando anunciaba a mi marido la llegada de otro hijo se le iluminaba la cara y se ponía tan contento. ¡Cómo le iba a privar de tanta felicidad!

Mariano, animado por mis palabras, plantó de nuevo la semilla de su proyecto en agosto. Lo materializó en una instancia dirigida a la Junta

Central, cuyo borrador redactó en casa con gran entusiasmo y determinación. A medida que lo escribía lo iba repitiendo en voz alta para que yo me enterara. Describía con todo lujo de detalles la imperiosa necesidad que tenía España de contar con oficiales lo suficientemente inteligentes e instruidos capaces de enfrentar a sus hombres con éxito contra los avezados soldados de Napoleón. Ponía como ejemplo la academia que brindaba fundar en Sevilla, sobre cuyos alumnos expresaba:

“En la Academia que yo quiero establecer para instruir tales alumnos, saldrá el mejor plantel de oficiales que tiene la nación; en más de 15.000 estudiantes, bachilleres, licenciados, doctores y aún catedráticos de Filosofía y otras Facultades mayores que se precisan a tomar las armas, en las que no sólo podrán escogerse en número grande de oficiales subalternos de compañía, sino que entre ellos se descubrirán excelentes para jefes y aún para generales. No lo dudemos, así como las tierras beneficiadas por semillas delicadas, dan con prontitud sazonados frutos, de la misma suerte los estudiantes preparados para conocimientos más sublimes, deben en poco tiempo saber cuánto necesita un excelente militar”.

Mi esposo, persuadido por esta tenaz idea, proponía el establecimiento de academias en varias ciudades para instruir a unos ocho mil oficiales, bajo la dirección de un vocal de la Junta Central, con el correspondiente número subdirectores científicos y de competentes profesores. Se nutriría con los escolares de los batallones de voluntarios de las universidades de Toledo, Granada y Sevilla y se alentaría a los reverendos obispos para que colaborasen incorporando a esas academias estudiantes y novicios religiosos.

La simiente tardaba en germinar. La demora en la contestación a su escrito le mantenía en un sinvivir, pues más mata la espera del bien que tarda que padecer el mal que ya se tiene. Yo también estaba en un sinvivir, porque su situación emocional me la transmitía a través de nuestra fuerte conexión sentimental. Como era costumbre, yo compartía sus venturas y desventuras. Por eso le animé a plantar otra semilla en suelo más fértil.

Como en la ventura lo último que se pierde es la esperanza, vio la oportunidad recordando el venturoso Manifiesto Real de aceptar todas las ideas que le parecieran útiles para formar el ejército que precisaba España. En consecuencia, se dirigió al propio Monarca argumentando que para regimentar un ejército tan numeroso los oficiales deberían salir de los

cursantes de las universidades y otros establecimientos literarios.

Por fin la semilla de Mariano comenzó a germinar. Su escrito tuvo el eco ansiado y el proyecto fue acogido con gran entusiasmo por el Asistente de Sevilla, Jerónimo, marqués de Ustáriz. Pero un nuevo suceso desgraciado se interpuso en el camino de mi marido y el incipiente brote se marchitó. Aunque el Marqués mostró un incondicional apoyo y dio su beneplácito a tan interesante iniciativa, desgraciadamente, cayó enfermo de gravedad, falleciendo a finales de mes sin poder secundar la idea hasta ver inaugurada la nueva academia.

En mi vida era una constante que una mala noticia llevara de la mano a otra y, como si de una ley natural se tratara, este mes recibí otro patético correo de mi tío Pablo. Me relataba como habían comenzado a ejecutar en Segovia el Decreto del Rey usurpador de fecha 18 de agosto sobre supresión de conventos, comenzando por el de los Mercedarios Calzados.

En septiembre los señores Aniceto González y González Trabadelo tomaron posesión de las llaves, alhajas de oro, plata y piedras preciosas y todos los objetos de culto y demás efectos de la iglesia, sacristía y coro, bienes y efectos de la Comunidad y Convento. Solamente les dejaron tres cálices con sus patenas y cucharas para el Sacrificio de la Misa, advirtiéndolo al Padre Vicario la obligación de tenerlos disponibles para cuando se los requirieran.

Me dolía en el alma que los gabachos estuvieran haciendo tanto daño en mi tierra. Habían comenzado expropiando propiedades privadas, entre ellas las mías; ahora, las pertenecientes a la Iglesia. ¿Cuál sería el próximo atropello? Había que pararles los pies cuanto antes y como fuera.

Desgraciadamente, el proyecto de mi marido con esta finalidad seguía estancado, como me lo expresó una tarde a primeros de octubre, cuando regresó del trabajo. Venía cabizbajo, abatido y desilusionado, pues el curso de los acontecimientos le había dejado a punto de tirar la toalla. Me dio un largo abrazo, que le ayudó a soltar el suspiro que llevaba contenido y se desahogó conmigo.

—¡Petra, estoy decepcionado!, —me dijo—. La desgracia no deja de cebarse con nosotros. Después de año y medio desde que empecé a poner en conocimiento de la superioridad varios planes interesantes para la liberación de nuestra Patria, todavía no he tenido contestación. Ahora, cuando estaba a punto de conseguirlo, el infortunio se ha llevado a mi valedor.

Yo no soportaba verle en tal estado, porque sufría tanto como él, por lo que le animaba una y otra vez a que siguiera adelante con su proyecto.

—Mariano, no te aflijas, —le dije—. Donde una puerta se cierra, otra se abre. ¡Insiste, a tenaz no hay quién te gane! La constancia vence lo que la dicha no alcanza. Siembra tu árbol de nuevo. Tu proyecto es bueno y necesario para España y la Junta Central terminará aceptándolo.

—¡Gracias, mi amor! Tu apoyo y comprensión me da fuerzas. ¡Mañana me pondré manos a la obra otra vez! Además, solicitaré autorización para comenzar las clases en nuestra propia casa y durante mis horas libres.

—¿Pero qué dices? Nuestra casa convertida en una academia. Esa era la primicia que me tenías reservada.

—¡Si..., si..., esa era! Hace tiempo que lo vengo pensando. ¡Tal vez de esta forma aprueben mi proyecto!

—Cariño, ¿lo has meditado bien?

—¡Claro que sí! Tengo que empezar como sea. Será temporalmente, hasta que se inaugure la Academia en dependencias de San Antonio de Padua. No te preocupes, no te daremos mucho trabajo.

Mi esposo, sobrepuesto del luctuoso e intemporal suceso del marqués de Ustáriz, continuó en octubre con su ilusionante proyecto de crear y dirigir una academia militar de urgencia, comenzando en nuestra casa, y se dispuso a redactar una nueva solicitud a Su Majestad.

Insistía en el bosquejo de su proyecto y, lo más importante, hacía ver que serían inútiles los efectivos de este Ejército si no se procedía a crear e instruir pronto a los ocho mil oficiales que hacían falta para cubrir sus mandos.

Convencido de la urgente necesidad de comenzar lo antes posible y no conformándose con la demora, que le tenían en un sinvivir, continuaba exponiendo que: *“pensar en escribir los estatutos, arreglar las casas de su morada, circunstancias y uniforme de los Alumnos, tratados que deben estudiar y otros puntos, posiblemente les darán más brillantez y utilidad, pero alargarán su creación haciéndola más complicada y costosa”*. *“Para las críticas circunstancias que nos hallamos, en que es tan recomendable la economía, sencillez y, sobre todo, la prontitud, se puede decir que para mañana será tarde”*.

Con esta idea, y mientras se estudiaba la organización a implementar, proponía ocupar las horas de descanso de su trabajo en el “Templo de Minerva” en transmitir a sus alumnos los conocimientos y la experiencia

adquiridos por él en sus dilatados años de servicio. Lo hacía movido por su extraordinario interés por la causa, confiando el resultado en las excelentes aptitudes de los alumnos. Finalmente, planteaba:

“Puedo enseñar, con el beneplácito de mis jefes, lo necesario para ser un excelente oficial en el ejército a 40 o 50 o a todos los alumnos que tengan cabida en mi casa. No precisaría más recursos ni complicación que el nombramiento de un individuo de la Suprema Junta Central, para obrar con su acuerdo, nombrar los alumnos entre los Voluntarios de Toledo y asegurarles que el día que se hallaren en estado de examinarse, lo mismo que los Caballeros Cadetes de Artillería, lo hicieran y fueran ascendidos a Oficiales de los demás cuerpos del Ejército.”

...Recuerdo la apertura de la academia militar en mi casa.

Un asunto de capital importancia para España en momentos tan cruciales debería haberse aprobado en su primera propuesta, mas desconocíamos los entresijos de la política y las razones que la llevaron a no hacerlo. De no haber sido por el tesón de Mariano no habría visto la luz y las hordas de “Marte” hubieran terminado arrasando toda España, levantando sobre las ruinas sus asentamientos y subyugando a todos nuestros compatriotas.

Como las pasiones son los únicos oradores que convencen siempre, la pasión de mi marido por su proyecto, sumada a su tesón, como buen aragonés que era, hizo que por fin viera la luz. El día 14 de octubre me lo comentó pletórico de alegría:

—Querida, la Junta Suprema me ha comunicado, con gran satisfacción, que mi solicitud ha sido aprobada.

—¡Qué bien, cariño! ¿Y qué te han dicho?

— Ha visto complacida cuanto he propuesto sobre la necesidad de aumentar el número de oficiales de nuestros ejércitos en proporción a las circunstancias actuales.

—¿Y de comenzar en nuestra casa que te dicen?

—Les ha parecido muy bien. Se han servido aprobar mi plan en todas sus partes, admitiendo igualmente la generosa y patriótica oferta de instruir en nuestra casa a cuarenta o cincuenta alumnos, bajo la dirección del vocal de la Junta señor Marqués del Villar.

— ¡Enhorabuena, cariño! ¡Ves cómo había que insistir! Al fin tu semilla

ha comenzado a germinar correctamente. Tu sueño está en vías de hacerse realidad. En lo que respecta a utilizar un cuarto de los reservados para nuestra casa como aula para empezar las clases, dime que necesitas.

—¡No te preocupes por eso! Lo haremos en la celda que usamos de trastero, apenas tiene cosas y es la más grande. Preocúpate de que las amas la desalojen y la limpien. Traeremos del Colegio mesas, bancos y el material escolar sobrante y comenzaré dando las clases al dictado, pues los libros no han llegado todavía, para poder arrancar cuanto antes.

—¡Está bien, cariño, así lo haremos! Las amas se encargarán de llevar los enseres a otro sitio y de mantener el aula bien limpia y recogida todos los días.

A las clases que inauguró Mariano en nuestra casa llegaron los cuarenta primeros alumnos, como las primeras cuarenta hojas que brotaban en el joven árbol que acababa de plantar con tanta ilusión y denodado afán. De esta forma, mi marido puso la primera piedra para la creación de una academia militar en Sevilla como parte del ambicioso proyecto docente que había ideado para derrotar a los franceses.

Mi proyecto no era tan ambicioso como el suyo, pero quizá más laborioso. Consistía en darle a mi marido todo el amor posible, aliviar la tensión producida por su trabajo cuando llegaba a casa y consolarle en sus frecuentes momentos de abatimiento. También, bregar con nuestra numerosa prole, atendiéndola debidamente con su corto salario, haciendo muchas cábalas para alimentarla, adaptar la ropa de los mayores para los pequeños, ocuparme de la enseñanza de éstos y preocuparme por los padecimientos de todos. Eran proyectos que emanaban del corazón y que debía revisar continuamente, a los que entregué mi vida, gustosa por mi gran amor de esposa y madre.

A Dios gracias, mis imprescindibles amas me aliviaban de tanta responsabilidad, y más aún habida cuenta de mis frecuentes embarazos, como el que ahora estaba prosperando. Aunque acostumbrada a estos avatares, esta vez lo estaba llevando peor, me dolía la espalda, el calor me agobiaba y mi estado de ánimo me tenía malhumorada continuamente, a pesar de encontrarme mejor de la depresión por las nuevas ventanas que acababa de abrir al futuro.

El peor día fue uno a primeros de noviembre. Había pasado una noche muy mala, apenas pude pegar ojo y cuando Mariano se levantó y se marchó a

dar clase me quedé reposando un poco más. Al poner el pie en el suelo, nada más incorporarme, todo me daba vueltas y me desplomé sobre el suelo.

MARIANO CREA LA PRIMERA ACADEMIA MILITAR GENERAL

... Recuerdo mi estado y la buena noticia que me dio Mariano en noviembre de 1809.

Josefa acudió a mi alcoba al oír el ruido y, después de socorrerme, avisó al físico. Me reconoció y me comunicó que el desmayo se debía a problemas con el embarazo y que debía guardar reposo hasta el final.

El mal humor que me estaba produciendo contrastaba con el de Mariano desde que el Gobierno le autorizó a la creación de una academia, según su proyecto. El carácter le cambió; se le veía risueño, alegre y dicharachero. Era feliz y verle así también me llenaba a mí de dicha, olvidándome un poco de los trastornos de mi preñez. A primeros de noviembre llegó a casa con el semblante resplandeciente.

—Otra buena nueva. ¡Estoy segura!, —le dije.

—Sí, Petra, pero ésta no se refiere a mí. Es de tu hijo Dionisio. Será oficial el año que viene, Dios mediante.

—¿Y cómo es eso, Mariano?

—Es por la situación bélica. Se ha dado el visto bueno a los dos años de estudios para terminar la carrera. También se ha dispuesto que los cadetes de buena aplicación y conducta no se posterguen ni se detengan en el Colegio por falta de edad o estatura y que se admitan pretendientes entre catorce y dieciséis años.

—Mi vida, es una buena noticia, aunque me inquieta por el estado actual de las cosas y no sabemos cuánto tiempo va a durar esta coyuntura. Nuestro primogénito, como oficial, tendrá que incorporarse a una unidad combatiente con tan solo quince años. ¡Pero si tan solo es un niño!

—No te preocupes, querida. Dionisio ya piensa y actúa como un adulto. Sabes que está bien preparado; además de la instrucción que recibe en el Colegio cuenta con mi asesoramiento y las enseñanzas que yo le doy en casa.

—Lo sé, lo sé, mas no lo puedo remediar. ¡Cuánto sinvivir! Ya seréis dos trocitos muy importantes de mi corazón por los que esta maldita guerra me tendrá en vilo y sin poder conciliar el sueño. Cuan cierto es que: “La dicha no es más que sueño, y el dolor la realidad”.

—¡Cuánto me gustaría que pudiéramos volver a soñar! Pero los malditos gabachos nos están haciendo ver la cruda realidad.

A pesar de todo, esta noticia vino a aliviar un poco más el malhumor que me embargaba a causa de mi estado.

...Recuerdo los preparativos para la apertura de la Academia de Mariano. Afortunadamente la racha de buenas nuevas no cesaba. El 2 de diciembre mi esposo fue promovido al empleo de coronel y el 14 fue nombrado director de su tan anhelada y necesaria academia, estableciéndose en dependencias del Convento Franciscano de San Antonio de Padua, en la calle San Vicente.

Los orígenes de este convento se remontan a la construcción de una enfermería para la comunidad franciscana en el barrio de San Lorenzo. Posteriormente se ampliaría con más dependencias, con grandes interrupciones a causa de las depresiones sufridas por Sevilla en el siglo XVII.

Su situación, a las afueras de la ciudad, casi adosado a la muralla y próximo al río, era inmejorable para el reposo y el bienestar de los enfermos y para que los frailes disfrutasen de su retiro sin las molestias de la ciudad. También era un lugar muy apropiado para los alumnos de la Academia de Mariano, donde encontrarían la quietud requerida para concentrarse en sus intensos estudios y ejercicios.

Las adaptaciones para el nuevo cometido empezaron sin demora y mi marido me contó cómo lo estaban haciendo:

—Mira, Petra, los frailes nos han cedido, entre otras dependencias, la enfermería, los gimnasios y algunas celdas-dormitorio. Hemos construido encerados y faroles, y se han puesto vidrieras y todo lo imprescindible para equipar las habitaciones y las aulas.

—Mariano, —le contesté—. ¿No fue en este convento donde realizasteis unos reconocimientos y unos estudios para adecuar las instalaciones a las necesidades del Colegio de Artillería en previsión de su traslado?

—¡Así es!, mas toda esa labor, así como la redacción del presupuesto de obras correspondiente, no ha sido estéril. Nos vendrán bien para la nueva academia.

—¿Y cómo has conseguido el equipamiento y cuanto es menester para poder empezar?

—Por ahora, nos conformaremos con los materiales y suministros de primera necesidad ofrecidos desinteresadamente por la Real Maestranza de Artillería y algunos caballeros particulares, como el coronel retirado Cavalleri.

—Esposo mío, me imagino que seleccionar el profesorado habrá sido lo más difícil.

—¡Efectivamente! Lo estoy formando con oficiales del Ejército, sacerdotes, paisanos y soldados cualificados. El Observatorio de la Isla de León me va a enviar algún profesor de matemáticas, el soldado Vila del Olmo se va a encargar de la enseñanza del inglés y algunos civiles se han ofrecido gratuitamente como auxiliares, entre ellos Juan Acosta, profesor de matemáticas de la Sociedad Económica. Para jefe de estudios he nombrado al instruido teniente coronel Mackenna.

—¿Y cómo te las arreglas, sin disponibles ni presupuesto alguno?

—Por ahora bastante bien. Gracias a la generosidad de algunas instituciones y particulares, he conseguido los pertrechos necesarios sin realizar desembolso alguno de la Real Hacienda. Además, todo se ha hecho sin crear malestar a nadie ni implicar a ninguna autoridad.

...Recuerdo la apertura de la Academia.

El árbol del proyecto de Mariano seguía creciendo y cubriéndose de hojas y, encontrándose ya la Academia en su ubicación del Convento de San Antonio, comenzó su nueva etapa con ciento diecisiete escolares del Batallón de Voluntarios de Honor de la Real Universidad de Toledo.

El 16 de diciembre, cuando llegué al acto de inauguración, lo primero que me llamó la atención fue ver en su entrada ondear la Bandera blanca de su Batallón, que ya empezaba a conocerse con el apodo de “La Universitaria”.

Asistí al vibrante discurso de apertura pronunciado por mi marido, que se le veía muy emocionado y lleno de brillantes ideas. Rememoro cuando manifestó que entre sus alumnos militares-universitarios saldrían no sólo excelentes mandos de sección y compañía, sino que incluso algunos llegarían a jefes y hasta a generales. El tiempo le daría la razón. Muchos harían realidad sus proféticas palabras, bien con su heroico comportamiento derramando su sangre en los campos de batalla o alcanzando con su valía los altos empleos que había pronosticado.

Mi esposo, a sabiendas de mi interés por todos sus trabajos y de mis consejos, disfrutaba teniéndome al corriente de los avances experimentados en su proyecto y de los problemas y anécdotas que le sucedían. Al cabo de unos días me leyó con alborozo incontenible su Reglamento de Régimen Interior, porque contenía todas las ideas propuestas por él para su funcionamiento y otro día me habló sobre la incorporación de los alumnos.

—Querida, —me dijo —, ¿sabes que los escolares del Batallón toledano con tres años de estudios y buenas circunstancias en su nacimiento, costumbres y conducta ya han comenzado a ingresar en mi Academia?

—Mi vida, tengo entendido que esta Unidad, una vez completada y con sus efectivos uniformados, equipados e instruidos, partiría para servir en el Ejército de Extremadura.

—¡Así es!, mas ha recibido orden de permanecer en Sevilla al hacerse realidad mi plan y nutrirse con sus efectivos.

—Dime, cariño, ¿cómo se les reconoce?

—Los cadetes han adoptado el vistoso uniforme del Batallón toledano, destacando la prenda de cabeza, consistente en un casco de suela con visera de piel de oso y plumero rojo.

En otro momento me refirió el intensivo horario y el ambicioso programa de estudios que había implantado, con estas palabras:

—Hemos comenzado las clases, sin libros, con los alumnos tomando apuntes al dictado. La jornada escolar dura doce horas, desde las nueve de la mañana. Estudian Matemáticas, Nociones de Artillería, Fortificación, Dibujo Militar, Ordenanzas, Contabilidad y Táctica General, y se ejercitan en el manejo de las armas y maniobras de Infantería y Caballería.

—Imagino que al terminar el curso pasarán un examen para comprobar su aprovechamiento. ¿Cómo lo vas a hacer?

—Efectivamente. Se les evaluará mediante unos exámenes celebrados a puerta abierta con la asistencia de autoridades civiles, militares y eclesiásticas.

—Mariano, ya tienen que estar motivados estos jovencitos para soportar tantos estudios y jornadas de instrucción tan intensas. Se nota que son unos patriotas, y tú que eres un auténtico “Maestro de Patriotas”.

—Claro que están motivados, y mucho. Es la mente lo que hace al hombre libre o esclavo, las cadenas de la esclavitud solamente atan manos o pies y estos universitarios están motivados porque son conscientes de que no quieren vivir esclavos de los franceses.

Cuando terminó, para no agobiarme tanto hablándome continuamente de su labor y pendiente de compensarme por sus ausencias, me dijo que pronto me daría una grata sorpresa.

En efecto, a los pocos días, Mariano, conocedor de mi gusto por el arte, me propuso un plan para el domingo:

—¿Peti, te gustaría ir a Misa a la Iglesia Santa María la Blanca? Está en el casco antiguo de la ciudad y me han dicho que es una maravilla arquitectónica y artística, con unos magníficos óleos de Murillo, el famoso pintor sevillano que ya conoces. Además, allí podría dar gracias a Dios por haberme concedido la creación de la academia, que tanto me tenía desvelado.

—¡Claro que sí, esposo mío! Es una gran idea. Sabes que adoro el arte y así podremos conocer otro monumento de los muchos que existen en Sevilla y los excelentes cuadros que custodia. No sabemos cuánto tiempo estaremos aquí y solamente disponemos de algunos domingos para las visitas. ¡Siempre tienes tanta faena!

Nada más llegar al sitio me quedé asombrada de lo que estaba viendo y pregunté a un sacerdote si nos podía enseñar lo principal de tan espectacular templo, porque éramos forasteros. Se ofreció gustoso, con la característica amabilidad de los sevillanos, comenzando con una breve historia del monumento:

—Esta Iglesia también se la conoce como de Santa María de las Nieves. Es muy antigua; era una sinagoga en el siglo XIII, transformándose en templo cristiano a finales del XIV.

—Padre, estoy gratamente sorprendida de su fantástica fachada, —le dije al terminar su relato.

—¡Así es! Como pueden observar, la portada de la iglesia es de estilo gótico. Destacan unas delicadas arquivoltas adornadas con puntas de diamante y su espadaña, de doble cuerpo, con unos llamativos jarrones cerámicos en los laterales.

Después pasamos al interior del templo y el sacerdote siguió con sus explicaciones.

—La Iglesia está dividida en tres naves, separadas por esbeltas columnas toscanas de mármol rojo, con bellos adornos a base de yeserías barrocas representando ángeles y vegetales.

—Observo una extraordinaria riqueza ornamental, —apunté, cuando el clérigo hizo una pausa.

—¡Efectivamente! Pueden contemplar los magníficos Retablos de Nuestra Señora de las Nieves”, del “Sagrado Corazón de Jesús”, de “San Pedro en la Cátedra”, de la “Trinidad” y de la “Piedad”, de distintos estilos. En las paredes hay unas delicadas pinturas de la escuela sevillana del siglo XVII: La “Santa Cena”, La “Anunciación” de Domingo Martínez, “El sueño del Patricio” y “El triunfo de la Inmaculada” del célebre Murillo.

—¡Mil gracias, reverendo! Nos vamos a sentar ya, la Misa está a punto de comenzar y usted tendrá otros menesteres que atender.

El sacerdote dio por concluidas sus explicaciones y mientras mis oídos estaban pendientes de los Santos Oficios mis ojos se movían de arriba abajo, de rincón en rincón y de cuadro en cuadro, contemplando extasiada tanta belleza. Los óleos de Murillo, con la delicadeza de sus colores y la fuerza expresiva de sus composiciones ¡eran tan hermosos! Con razón este artista estaba acreditado como uno de los pintores más sobresalientes del barroco.

Acabada la Sagrada Liturgia regresamos a casa. En el camino iba comentando con Mariano cuanto habíamos visto y después, me interesé por la vida de sus alumnos. No lo podía remediar, desde mi salida de Segovia, que tuve tanto contacto con los cadetes de Artillería, entre los que se encontraba mi Dionisio, y presencié su comportamiento ante las penalidades que estaban pasando, veía a todos los jóvenes cadetes del ejército como si fueran mis propios hijos, tan necesitados de las atenciones que les suelen procurar sus madres.

—¿Mariano, qué tal tus alumnos? ¿Te dan muchos quebraderos de cabeza?, —le pregunté.

—No, querida. Yo evalúo faltas disciplinarias, de educación e inaplicación y las malas costumbres, que son objeto de expulsión. Al día de hoy ninguno ha merecido reprensión ni castigo alguno.

—Ya veo que son buenos chicos, pero trabajan mucho, igual que tú y todos los profesores, ¡es agotador! ¿Crees que aguantarán?

—¡Claro que sí! El deseo de aprender de estos virtuosos jóvenes compensa todos nuestros desvelos. Incluso he tenido que prohibirles estudiar más horas de las dispuestas, pues algunos enfermaban del sobreesfuerzo que estaban realizando, dado su extraordinario ánimo de superación.

—Mariano, lo comprendo, porque la esperanza es un magnífico estimulante vital y veo que estos universitarios han depositado una gran esperanza en terminar los estudios para poder alcanzar el objetivo de su compromiso.

El día 20 mi marido me explicó que el vocal de la Junta Central, García de la Torre había inspeccionado su Academia, “*quedando sumamente satisfecho del buen orden y disposición de su brillante juventud*”. Después continuó con sus explicaciones:

—Mira, ya hemos comenzado las clases con un reducido grupo de profesores civiles y militares, auxiliados por los alumnos más distinguidos, conocidos como “pasantes”.

—¿Y cómo están respondiendo?

—Todos muy bien y el gesto de algunos escolares, ayudando económicamente con parte de sus ranchos para la adquisición de pizarras y libros, es digno de la mayor alabanza.

Mi esposo, en su afán para que dejara de atormentar mi mente por la confiscación de mis bienes y, sobre todo, teniendo en cuenta mi avanzado estado de gestación, procuraba distraerme con otras cosas. En uno de esos momentos que estaba pensativa me comentó:

—Querida, por fin podré instruir apropiadamente a mis alumnos. Acaban de llegar los libros que solicité sobre Matemáticas, Aritmética y Geometría. Los ha enviado el capitán de navío Alvear de la Isla de León.

—Me alegro que ya dispongas de textos para enriquecer la sabiduría de tus alumnos. Mas yo no dejo de pensar en la canallada que nos han hecho con nuestras haciendas, empobreciendo nuestras vidas y en cómo nos vamos a arreglar con tan pocos disponibles. Espero que por lo menos tu trabajo ya comience a salir bien, pues el conocimiento es la única hacienda que no está sujeta a quiebras.

—¡Confiemos en el Señor! Creo que estamos haciendo lo correcto por nuestra familia y por nuestra Patria.

En la semana anterior a la Navidad Mariano me comentó con gran entusiasmo que tenía noticia de unas funciones en el Teatro Cómico Principal con motivo de las fiestas navideñas.

—Peti, mañana hay una representación de teatro, —me dijo—. Es la época del romanticismo musical. Tenemos pocas oportunidades para disfrutar de algunas horas de asueto y en Sevilla son muy escasas estas funciones. Es en el Teatro Cómico que se encuentra en la calle de la Muela. Si quieres vamos y que venga también Dionisio, ¡le gustará!

—Mariano, primero veré que ropa me queda de la que vino de Segovia. La mayor parte ya la he usado o la ha empleado Fuencisla, aprovechando la tela, para hacer vestidos a las niñas. Respecto a mis alhajas nada tengo que mirar, sabes que vendí las pocas que traje para asistir a la subsistencia de la familia. Algo me pondré, las alhajas son lo de menos. ¡Iremos!

—¡Qué gran mujer eres y qué gran familia tenemos! Eres muy prudente,

además nuestros hijos son obedientes y los hermanos, complacientes. Son tres de los cuatro pilares para que una casa sea fuerte e indestructible.

—¡Anda, si es ese proverbio que te enseñé yo! ¿Y no falta el cuarto pilar, “un padre valiente”, el que da fortaleza a la familia?

—¡Sí, claro! Pero eso lo debes juzgar tú.

—Yo no dudo de que tú seas valiente, porque lo estás demostrando en el día a día. Pero, dime ¿qué representan en el teatro?

—No lo sé, exactamente. Sé que unos días dan recitales de música y otros, operetas, esa especie de zarzuela que se ha puesto de moda.

A la llegada a ese bonito teatro, cuyo aforo era de mil doscientas personas, nos comentaron, como una curiosidad, que la empresa pertenecía a una mujer llamada Ana Scismeri. También nos dijeron que había fricciones entre la empresaria, responsable de la orquesta, y el Cabildo Catedralicio, del que dependían los profesores de la capilla musical de la Catedral, para autorizar su actuación. Hasta el propio Alcalde tuvo que interceder en una ocasión para que el Cabildo permitiera a los músicos ejercer su profesión en las funciones teatrales de la ciudad, por ser absolutamente necesarios para un mejor servicio público.

Después de disfrutar de un espléndido recital a base de famosas arias de ópera y algunas bonitas piezas para piano y violín, regresamos a casa un poco tarde y cuando llegamos todos dormían. Veníamos tan contentos de la velada que casi despertamos a los niños con nuestros cuchicheos. Entramos de puntillas en la cocina y allí estaba sentada Josefa, acompañada por la débil luz de una vela, con una taza de leche en las manos, vigilante como una lechuza. En realidad, estaba esperando nuestro regreso, preocupada por la situación, como si fuéramos dos jovencitos que hubieran salido de casa a hurtadillas. La acompañamos en su refrigerio mientras le contábamos lo que habíamos visto y oído y nos fuimos todos a la cama.

Las clases en la Academia de Mariano marchaban a pleno rendimiento y sus alumnos compaginaban los estudios con los servicios propios del Batallón, realizando muchas veces misiones armada por ser necesarias para la defensa de la plaza.

De esta forma, mi marido puso en marcha una Academia Militar con el haber del soldado como único gasto para la Nación. Era tan grande su satisfacción por el logro conseguido que un día se explayó, explicándome la esencia de su proyecto:

—¡Mira, Petra! Esto es lo que yo perseguía con mi sueño. Los alumnos de esta Academia adoptan una comunidad de doctrina, sin que existan rivalidades entre las distintas Armas. Se les forma para salir excelentes mandos de Infantería y Caballería y para proporcionar muchos oficiales de ciencia y saber a los cuerpos facultativos de Artillería e Ingenieros, con unos novedosos conocimientos.

—Entonces, por lo que me dices, estás formando oficiales para todas las Armas del Ejército. Esto nunca se había hecho ¿verdad?

—¡Así es! El alto prestigio del Centro se basa en el carácter “general” de su enseñanza, con un plan de estudios común para todas las Armas, en el que he incorporado la táctica general, ciencia enseñada por primera vez en España.

—¡Mi amor, cuánta generosidad estás demostrando y cuanto sacrificio estás haciendo! La Patria te lo agradecerá algún día, pero ahora yo te agradecería que templaras un poco, cada vez te veo más cansado y desmejorado.

—Querida, la Patria también te lo agradecerá a ti, por el sacrificio de tu vida y de tu hacienda por ella, y ahora yo te agradezco tu inmensa paciencia conmigo, tus desvelos como madre y tu abnegación con la familia.

La agotadora faena de mi esposo como director de esta Academia y profesor del Colegio de Artillería, desplazándose de un Centro a otro a caballo y con pocos descansos, no terminaba aquí. En casa, después de cenar, mientras se ponía a trabajar en alguno de sus estudios sobre el Arma, actualmente en su “Ensayo sobre la metralla”, yo me ponía a su lado, rezando en silencio para que no enfermara.

Pero tanto ajeteo y la escasa iluminación de su mesa de trabajo, bajo la escasa luz de algunas velas, empezaron a pasar factura a su salud. Algunas veces, no soltaba los papeles mientras cenaba y otras, casi no tomaba bocado por no perder el tiempo. Cada día él se sentía más enfermo y yo, más preocupada, pasando las horas haciéndole compañía, sentada a su lado. Era lo único que le reconfortaba. Su estado de salud, que para otros habría supuesto un motivo para rebajarse del servicio, para él constituía un estímulo pensando en dejar su obra concluida cuanto antes.

Como siempre que le veía intranquilo, abatido o malhumorado, en la intimidad de la alcoba procuraba sosegarle y proporcionarle unos momentos de relajación demostrándole mi infinito cariño. En esta ocasión no era

oportuno incitarle para hacer el amor, por lo que le distraje atrayendo su mano hacia mi vientre y hablándole de mi embarazo.

—Mira, cariño, que hermoso va ser nuestro bebé y qué juguetero. ¿No sientes sus pataditas?

Enseguida me prestó atención y comenzó a acariciarme la barriga mientras pronunciaba unas palabras para su futuro hijo.

—¡Es verdad, cómo se mueve! Será otro varón y seguro que, como sus hermanos, querrá ser artillero.

—¡Anda, presuntuoso, no te anticipes! Te recuerdo que también tienes dos hembras.

—¡Bueno, es igual! Lo que sea, será bienvenido.

—Sí, cariño, esperemos que las cosas cambien pronto y podamos regresar a Segovia para darles el futuro que se merecen.

Como en otras ocasiones similares, me quedé dormida entre sus brazos, disfrutando de él cada segundo de la noche, sintiendo su respiración y, en cierta forma, velando su descanso. Sabía que cuando se levantara se marcharía a su trabajo y ya no volvería hasta la noche, aunque algunas veces también lo hacía a la hora de comer. Mientras, yo me quedaba bregando con toda la prole, eso sí, con la ayuda de mis queridas amas, pero lo hacía de mil amores. Era el rol que me había tocado en el matrimonio y era dichosa haciéndolo. Educar, criar y ver crecer a cada hijo, y después contar con la ayuda de los mayores para echar una mano con los más pequeños, era mi vida la mayor parte del tiempo.

Cuando Mariano estaba en casa, aunque solo lo disfrutábamos unas breves horas al día, era un regalo de Dios. Su sola presencia cambiaba el ritmo de los quehaceres, ponía una sonrisa en nuestros labios y, con unos pocos consejos, resolvía los problemas cotidianos que frecuentemente surgían. Remataba los temas que yo había tratado en la enseñanza de los niños, que impacientes le esperaban a la vuelta del trabajo, porque lo adoraban y siempre les parecía corto el tiempo que pasaban con él.

Después de todas las ventanas que había abierto al futuro, ya me encontraba bastante restablecida de la depresión por el secuestro de mi hacienda y por los nuevos reveses a causa de las malas noticias procedentes de Segovia, que tanto atormentaban mi alma. Parecía que la puerta del pasado se había cerrado, pero no estaba segura de que lo hubiera hecho definitivamente, presentía que el restablecimiento no duraría mucho, pues la guerra no había terminado y más sinsabores vendrían que reavivarían ese

tormento.

Por las fechas festivas que se avecinaban y para no dar a mis hijos motivo de pesadumbre, decidí sobreponerme mostrando mi mejor semblante y disposición de ánimo, incluso cuando me quedé muy preocupada, después de la alarmante noticia que acababa de darme Mariano.

20.

LA OCUPACIÓN FRANCESA DE SEVILLA

... Recuerdo la Navidad de 1809 y con ella la inminente llegada de los franceses.

Afortunadamente la depresión me estaba dando un respiro en fechas tan señaladas como eran las navideñas y el día de Nochebuena me dispuse para la cena con toda la familia. Nos sentíamos muy dichosos por estar todos reunidos. La felicidad que nos pudiera deparar el dinero había desaparecido, mas como la verdadera felicidad se encuentra en el amor, y el verdadero amor, en la familia, estábamos muy felices. Fuencisla y Josefa, consideradas como dos más de nuestra familia, estuvieron casi todo el tiempo poniendo y quitando cosas en la ostentosa mesa que habían montado, más por el tamaño y por su improvisada decoración floral que por su contenido. A Josefa se la notaba muy contenta porque se sentía la madre de todos nosotros.

A pesar de ello, nuestra felicidad se veía empañada por la noticia que nos dio mi marido sobre los fatídicos rumores referentes a la aproximación de los franceses a Sevilla. ¡Ay felicidad, dócil taimada, que juega al escondite, apareciendo y desapareciendo, para que se la busque y cuando se la encuentra vuelve a desaparecer! Yo estaba embarazada otra vez y estas noticias traían a mi mente escenas de los tristes momentos de nuestra salida de Segovia. No podían borrarse, a pesar de estar degustando una cena especial, cuyo protagonista era un pavo relleno asado, que, excepcionalmente, Fuencisla compró en el típico Horno de San Buenaventura.

Qué buen pan y bollería horneaban en esta histórica tahona, donde, a veces, hacían asados por encargo, sobre todo para los buenos clientes como nosotros. No estaba lejos de casa por lo que las amas compraban allí frecuentemente el pan. La primera vez que fuimos a este establecimiento nos dijeron que era el horno más antiguo de Europa, cuyo origen se remontaba al siglo XIV.

Del pavo, como plato principal y único de la cena, acompañado simplemente de agua para beber, pasamos al postre, unos dulces andaluces típicos de Navidad, a base de pestiños, mantecados, alfajores y roscos de vino. Casi todos los habían traído compañeros de mi marido, con ellos nos habían obsequiado en tan señaladas fiestas, sabiendo de nuestra numerosa prole y escasez de disponibles.

Este año mis hijos montaron un insólito y pintoresco Belén aprovechando algunos leños de la cocina, ramas del campo y sus juguetes más apropiados, poniendo los muñecos para recrear a los componentes del Misterio y demás personajes y animales. Mariano les ayudó a fabricar algunos instrumentos caseros: una pandereta, una zambomba y un almirez, para acompañamiento de sus villancicos.

Por unos instantes intenté olvidarme de las contrariedades y de la tragedia que se avecinaba y disfruté viendo a todos mis hijos unidos y felices, amenizando la sobremesa con sus ocurrencias infantiles, bonitas historietas y divertidos juegos, ajenos a la barbarie de los gabachos. También cantaron villancicos y cuando llegó el turno al “Chiquirritín” sentí una intensa emoción. Era uno de los villancicos andaluces más tiernos y entrañables de la Navidad y también la canción de cuna que yo solía cantar o tararear para dormir a los más pequeños desde que llegué a Sevilla. Ese era el motivo por el que todos mis hijos la supieran muy bien.

Después de cenar fuimos a la Misa de Gallo en la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, perteneciente al Convento donde residíamos. Allí nos encontramos a casi todos los compañeros de mi esposo. El sacerdote, en la homilía, hizo una emotiva glosa sobre el nacimiento de Jesús y su analogía con la invasión francesa. Rememoro uno de los pasajes que más me llamaron la atención:

—El Emperador de Roma, Cesar Augusto, promulgó un edicto para que todos sus súbditos se empadronasen. Por eso José, que pertenecía a la casa de David, viajó hasta Belén, su ciudad de origen, donde se inscribió, y su esposa, María, dio a luz. Allí sucedió el mayor acontecimiento de la historia, el Nacimiento de Jesús. Pero igual que los romanos invadieron Judea, los franceses lo han hecho con nuestra querida España. Lo mismo que los romanos impusieron sus leyes a los judíos, los franceses lo están haciendo con los españoles. Igual que en Judea vino Jesús para salvar al mundo, esperamos que en nuestra Patria el ejército nos salve de la barbarie francesa. ¡Pidamos ayuda al Niño Dios para que sea presto!

Como la Divina Providencia nos dio el sueño y la esperanza en compensación a los cuidados de la vida, con mis plegarias le pedí al Creador que se hiciera realidad el sueño de regresar cuanto antes a nuestra tierra y, con la esperanza de que los deseos del sacerdote se cumplieran, regresamos a casa.

El 29 de diciembre, cuando Mariano y Dionisio entraron en casa al terminar su jornada en el Colegio, me llevé una agradable sorpresa al ver a mi hijo con las divisas de oficial en su uniforme.

—¡Dioni, hijo, qué veo! ¿De oficial?, —le pregunté.

—Sí, madre. He sido promovido a subteniente. Ya lo esperaba, ¿no?

—¡Si, hijo, pero no tan pronto! ¡Enhorabuena! ¿Y cómo es eso?

Tomó la palabra mi marido, que contestó por él:

—Las hordas de “Marte” se aproximan a toda marcha y de nuevo amenazan con destruir nuestro “Templo de Minerva”. Tenemos que cerrarlo, pero antes hemos promovido a los cadetes más aventajados a oficiales, para que puedan incorporarse a los ejércitos de operaciones.

—MI amor, me haces muy feliz, porque Dioni regresa con nosotros. Pero me temo que será una felicidad muy efímera, como siempre que recibimos buenas noticias. ¿Por cuánto tiempo va a ser?

—¡Lo siento, querida! Será por poco tiempo. Dioni vendrá conmigo a la Isla de León. Está siendo defendida por el Cuarto Ejército, yo voy destinado a su guarnición y Dioni a su Regimiento de Artillería.

—¡Mariano, si tan sólo es un niño! ¿Qué será de él cuando se vea sólo ante la vida y sin tu amparo? ¿Cómo va a cambiar tan pronto los libros por los cañones, la pluma por el sable y el aula por el campo de batalla?

—Petra, sí, sí puede hacerlo y sé que lo hará bien; está preparado. Es muy joven, mas será un buen oficial. Está ilusionado y la ilusión de nada vale si la realidad no la toma de la mano.

La dulce guinda del ascenso de mi hijo traía un envoltorio envenenado. Con el enemigo en las proximidades de Sevilla, el “Templo de Minerva” se había apresurado a promover a los catorce alumnos más aventajados para su incorporación a los ejércitos de su protectora diosa. Mariano se marchaba de nuevo a la guerra y, esta vez, con nuestro hijo Dionisio. ¡Dios bendito! ¡Qué calvario!

El desasosiego volvía a apoderarse de mí, ahora, cuando llevaba a otro hijo en mis entrañas. Una vez más parecía que el alma se me salía con los suspiros y la cicatriz de mi depresión volvió a abrirse, con la puerta del pasado.

Al día siguiente, el Centro, mientras hacía los preparativos para su disolución y para el reencuentro de los cadetes con sus familiares o tutores, fue sorprendido por la inminente llegada de los franceses, viéndose forzado a clausurar su actividad docente. Toda su plantilla y los alumnos quedaron

disponibles hasta recibir noticias sobre la nueva ciudad donde se establecería. Mariano me lo refirió, con mucha aflicción y nerviosismo, nada más llegar a casa.

—Querida, no te imaginas con cuánto pesar y dolor hemos tenido que cerrar el Colegio.

—¡No sabes cuánto lo siento, mi vida! La historia vuelve a repetirse. Con tanto como habéis trabajado para ponerlo en marcha y recopilar tan útil material de enseñanza... ¿Qué habéis hecho con él?

—Lo hemos dejado todo en buenas manos. Se va a encargar de su custodia un sacerdote patriota, el jesuita Antonio María de Tolesano. Una vez más los soldados de Dios están colaborando con los de “Minerva”.

—Cariño, también sé de tu inmensa rabia y amargura recordando a tus compañeros, destacados jefes artilleros, que con sus relevantes actuaciones durante esta guerra, consiguieron humillar al arrogante ejército francés.

—¡Sí, claro! El Colegio debería permanecer abierto y ahora más que nunca; seguiremos en otro sitio. De sus aulas salieron el general Morla que, siendo Gobernador Militar de Cádiz, consiguió la primera victoria contra los franceses, derrotando a la escuadra inglesa del Almirante Rosilly con un ejemplar despliegue artillero. También salió de sus aulas el general Maturana, que desarrolló el nuevo tipo de artillería volante, decisiva para el éxito en la Batalla de Bailén.

—Mariano, tu labor en esta guerra no es menos importante. También tú estás contribuyendo a la derrota de los gabachos desde tu puesto formando buenos oficiales del Ejército. Verás como muy pronto, con ellos al frente de las tropas, se conseguirá la victoria definitiva.

Hostigado por las hordas de “Marte”, el “Templo de Minerva” otra vez tuvo que levantarse rápidamente y trasladarse a paraje seguro, porque los ejércitos nacionales necesitaban a los aventajados oficiales que en él se formaban. En ellos confiaba España para lograr la libertad que tanto anhelaba, pues como diría don Quijote: “La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos”.

Mariano dejó la labor en su Colegio, que nuevamente se disolvía, tan solo a los nueve meses de su establecimiento en Sevilla, pero seguiría viviendo en nuestra casa de San Laureano y dirigiendo su recién creada academia. Se había propuesto resistir el mayor tiempo posible hasta la llegada de los franceses, pues cada día de enseñanza era vital para la formación de los

futuros oficiales universitarios. En enero de 1810 me refirió algo sobre el informe que había cursado al Marqués del Villar:

—Petra, he comunicado al Marqués que ya estamos instruyendo a ciento veinte individuos y pendientes de recibir otros tantos. Asimismo, le he dicho que no he aceptado a muchos pretendientes por no pertenecer al Batallón toledano, pero sí, a seis distinguidos del Real Cuerpo de Artillería, al cadete de Infantería Valladares y a dos paisanos por sus amplios conocimientos en matemáticas. También le he expresado mi disgusto por no poder instruir a todos debidamente, pues son más del doble de lo estipulado en mi compromiso.

—¡Qué gran labor estás haciendo! y ¡cuánta entrega! Por lo que me has dicho, parece que no cuentas con mucha colaboración para instruir a tantos. ¿Qué ayudas tienes?

—Por ahora, en la enseñanza colabora altruistamente del señor Acosta. Para la instrucción están contribuyendo los alumnos García Cuerba y Gregorio del Conde que, dada su valía, los he propuesto para ser instruidos como dignos oficiales.

—¿Mi vida, con tan pocos docentes y colaboradores cómo consigues sacar la faena adelante?

—Querida, lo hago con una gran ilusión, bastante esfuerzo y mucha dedicación, como tú bien sabes.

—Claro que lo sé, mi vida y a hora ¿sabes lo que te digo yo? Que muy pronto lograrás tus propósitos, porque el esfuerzo siempre ayuda a la fortuna.

—Hasta ahora, hemos enseñado Aritmética y seguiremos con las demás ramas de las Matemáticas, de todo lo cual podrán examinarse el mes que viene. Los aprobados aprenderán nociones de Fortificación, Táctica General, Dibujo y lo preciso de la Artillería para conocer cómo se relaciona con las demás Armas.

Cuando la Academia se encontraba dando sus primeros pasos, empeñada en el estudio del arte militar y con excelentes expectativas de progreso, gracias al interés y al sacrificio del profesorado y a la buena disposición de una juventud tan abnegada y entregada, la inminente amenaza vino a interrumpir la labor de mi marido.

Siendo una realidad que los deseos del joven muestran las futuras virtudes del hombre, los deseos de esos jóvenes estudiantes mostraban las elevadas virtudes que les adornarían, una vez concluidos sus estudios, cuando se incorporasen como oficiales a los ejércitos de España. El deseo de mi marido

era reanudar su actividad docente en cuanto se lo permitieran las circunstancias, ya que se presentaba un horizonte muy negro, mas como él solía decir: “el trabajo es un buen remedio para combatir cualquier mal”. Mi deseo era que esta cruel guerra terminase cuanto antes, para recobrar la paz y la libertad que tan alevosamente nos habían arrebatado y poder regresar a nuestra tierra para preparar el futuro de mis hijos, pero desgraciadamente todavía no podíamos vislumbrar su final.

Los franceses invadieron Andalucía el día 20 de enero y los componentes de la Junta Central, por seguridad, se vieron obligados a evacuar sus dependencias en los Alcázares, saliendo de Sevilla en la madrugada del día 24 para trasladarse a Cádiz.

El día 28 por la mañana, cuando Mariano se alejaba de casa a caballo, después de despedirle, me quedé pensativa y apesadumbrada. Apenas me quedaba ropa, ni nada de lo que había traído de Segovia y lo más importante para el futuro de la familia, había perdido las rentas de mis propiedades y ahora estaba a punto de perder a mi marido y a mi hijo Dionisio.

¡Qué gran tristeza invadía mi alma! La linda mariposa que yo me sentía en Segovia seguía experimentando su extraña metamorfosis. Su transformación se estaba desarrollando al revés, como al revés estaba discurriendo mi vida. Se había convertido en una larva, casi irreconocible, y seguía extinguiéndose, pues la tristeza es la muerte del alma. Ni siquiera en el destierro tenía reposo.

Por la tarde, encontrándome dando un paseo con Josefa por el pórtico de la residencia, vi a mi marido aproximarse con el rostro descompuesto y le pregunté:

—¡Mariano, qué semblante traes! ¡Ahora sí, los franceses! Ya están aquí, ¿verdad?

—¡Sí, querida! está confirmado. Se acercan a pasos agigantados. Vengo de clausurar la Academia.

—¡Qué pena!, hace poco más de un mes que la inauguraste, lo recuerdo muy bien pues estuve a punto de tener otro parto prematuro. Pobres chicos, con lo ilusionados y entregados que estaban. ¿Les habrás dicho algo?

—¡Claro que sí! Como la desdicha es el vínculo más estrecho de los corazones, les he reconfortado con una arenga: “*Si los paisanos huyen los soldados no deben huir y menos los que, como vosotros, se educan para*

oficiales. Mientras nos manden obedeceremos y, cuando esto nos falte, haremos lo que nos dicte la razón y el honor”.

—¡Muy bien dicho! Eso les habrá levantado la moral, ¿verdad?

—¡Sí..., sí! En estos críticos momentos de zozobra e incertidumbre, esta lección, parca en palabras pero de hondo significado ético, les ha animado, disipado sus inquietudes y restablecido la serenidad.

—¿Y cómo han reaccionado?

—Todos, emocionados y con lágrimas en los ojos, respondieron al unísono: *“A las órdenes de nuestro director arrostraremos con placer los mayores peligros”.*

—¡Cariño, qué magnífica lección les has dado! Estoy segura que les servirá para toda la vida.

—¡Eso espero, porque con esa intención la pronuncié! Después hice una breve ceremonia para la entrega de los despachos de subteniente a los primeros veinte alumnos y les arengué infundiéndoles mucho coraje, diciéndoles que serían los mejores oficiales de Europa.

—¡Enhorabuena, cariño! Sembraste una buena simiente en el fértil terreno universitario y lo abonaste abundantemente con tus conocimientos. Ahora has recogido los primeros veinte frutos y deseo que recojas muchos más en el futuro.

—¡Gracias, querida!

Fue el último acto académico de mi esposo, pero no su último servicio en Sevilla, ya que fue nombrado comandante de uno de los sectores defensivos de la ciudad con los profesores y alumnos de su Academia. Mientras me lo contaba yo tenía la mente puesta en mis hijos y en mis amas, estaba muy preocupada y le pregunté:

—Mariano, ¿nosotros podremos quedarnos aquí?

—Mañana te lo diré, cariño; antes tengo que hacer algunas indagaciones.

Nos fuimos a la cama casi sin cenar, pues todos teníamos el estómago cerrado, algunos con los ojos empapados en lágrimas, otros sin poder contenerlas y, como las lágrimas expresan sentimientos mejor que las palabras, nada les pregunté. Ya en el lecho, me acurruqué entre los brazos de Mariano, permaneciendo así casi toda la noche, desvelados y sin complacernos en demostraciones amorosas, como solíamos hacer las vísperas de su marcha. Él se levantó muy temprano, me dijo que iba a hacer algunas gestiones para nuestro alojamiento y se marchó.

Cuando me quise dar cuenta de su regreso ya estaba en el corredor de los aposentos con Dionisio y un pequeño equipaje. Imaginé lo que iban a hacer y, como no hay en el mundo palabras tan eficaces ni oradores tan elocuentes como las lágrimas, estas hablaron por mis ojos y entre sollozos les pude preguntar:

—¿Qué hacéis, tan pronto? ¿A dónde vais?

—Mi vida, ya te dije que he sido nombrado jefe de la defensa de un sector de la población, —contestó Mariano.

—¿Es que empiezas ya?

—¡Sí, sí! ¡No hay tiempo que perder! Los franceses están muy cerca y tenemos que tomar posiciones.

—Cariño, cuando oigo ese nombre me entran náuseas y se me revuelven las tripas.

—Querida, en estos momentos no hay más remedio que hacer de tripas corazón. Por favor, disimula tus sentimientos por el bien de los niños y si el corazón no te lo permite, que lo hagan las tripas conteniendo tus suspiros.

—¡Ya... ya, qué remedio! ¿Y cuál es tu cometido?

—Voy a proteger el barrio de Triana y sus baterías con los alumnos de mi Academia.

—¿Y Dioni, por qué está contigo?

—Es que también se viene. ¡Nos vamos ya!

—Y nosotros, ¿ya sabes lo qué vamos a hacer?

—¡Sí! Id enseguida a la Casa de los Niños Expósitos. Está en la Calle de la Cuna, muy cerca de la Plaza del Duque, donde hemos estado alguna vez. Habla con su administrador; en tu estado seguramente os acogerá y sino que te indique adonde podéis ir. Esa es la gestión que hice a primera hora de la mañana.

—¿Por qué tenemos que irnos ahora? ¿Por qué no nos quedamos aquí, en nuestra casa?

—Cariño, los gabachos ya están en las puertas de Sevilla y cuando entren ocuparán todos los cuarteles, conventos y otros edificios con capacidad para alojamiento de sus tropas. Ya sabes que no respetan nada, ni vidas ni haciendas, y mucho menos las pertenecientes a la Iglesia. ¡Aquí estaréis en gran peligro! La Casa de Niños Expósitos es una institución benéfica, carente de interés para ellos. ¡Si os admiten, allí estaréis a salvo!

—Mariano, veo que nada puedo hacer. Aunque me quedo afligida, cumplid con vuestro deber: *“Tú y tu hijo permanecer en las baterías hasta el*

último momento y después seguir la suerte de la Patria en el último rincón, con olvido absoluto de nosotros, que quedamos encargados al cielo”.

Estas fueron mis últimas palabras al despedirme, entre besos y abrazos a ambos, en el momento de su partida. Después, se me saltaron las lágrimas y me quedé pensativa. Sabía que los franceses iban a entrar en Sevilla y que probablemente Mariano y Dionisio se enfrentarían a ellos en el barrio de Triana. Esta vez mis sentimientos eran distintos a los de otras ocasiones, cuando solo se iba mi marido al frente. Entonces ignoraba donde se encontraba y el peligro que le acechaba, ahora conocía su destino y el peligro que corría. Seguro que cuando oyera los cañonazos al otro lado del río, donde también se encontraba mi querido Dionisio, sentiría las explosiones como estallidos de mi corazón por la agonía tan grande que me entraría, pensando que alguna de ellas les podría haber alcanzado.

Cuando los perdí de vista, seguí el consejo de mi marido y de nuevo hice de tripas corazón, aunque me costó, tragué saliva y alejé de mí esos pensamientos, ya que no quería transmitir la congoja que me invadía a las amas y a los niños, que también habían salido a despedirles. Ahora urgía nuestro traslado, así que les apremié para que empaquetaran nuestras escasas pertenencias mientras yo regresaba de gestionar el nuevo alojamiento.

En el camino las últimas palabras de mi marido, de manifiesto cariz dubitativo: “Si os admiten en la Casa de Expósitos, allí estaréis a salvo”, no dejaban de dar vueltas en mi cabeza: ¡Si os admiten...! ¡Si os admiten...! ¿Y si no nos admitían, que sería de nosotros?

Fue nuestro último día en San Laureano.

MI ALBERGUE EN LA CASA DE NIÑOS EXPÓSITOS

...Recuerdo mi estancia en la Casa de Expósitos de Sevilla en 1810.

En ella me presenté el día 29 de enero por la tarde para pedir asilo. Estaba temblando como un flan, conocía algunas las normas de la Casa y temía una negativa, por lo que me quedé paralizada cuando pisé la entrada al establecimiento. Pero, como a gran necesidad gran diligencia, aceleré el paso hasta llegar a la puerta del despacho de su administrador. Me armé de valor, porque el valor nunca es mayor que cuando surge la última necesidad, llamé con decisión, entreabrí la puerta y le saludé.

—¡Buenos días, señor! ¿Me permite?

—¡Pase... pase, señora!, —respondió el administrador.

—Soy Petra Ramos, esposa del coronel Gil de Bernabé.

—Antonio Jorezano, para servirle. ¿Qué se le ofrece?, —contestó, a la vez que se levantaba del sillón y mientras yo me acercaba a su mesa.

—Necesito albergue, señor, es urgente.

—¡Tome asiento, por favor! Veo que está embarazada y en estado muy avanzado. ¡Sí, puede quedarse!

—¡Agradecida señor!, pero el alojamiento no es sólo para mí.

—¿Y para quién más?

—Para mis seis hijos y mis dos amas.

—¡Huy, cuántos!, mal lo veo, señora. No sé si usted está enterada de las normas de la Casa. Aquí solamente acogemos a los niños abandonados, a los hijos de madres solteras y a los que son fruto de una relación extramatrimonial. Asimismo, damos cobijo a los recién nacidos de viudos para cuya crianza no cuentan con una mujer, a los hijos de viudas pobres y a los de matrimonios sin recursos cuando la mujer tiene que trabajar o no tiene suficiente leche para criarlo. ¿Se encuentra usted en alguno de esos casos?

—¡No, no señor! Estoy casada con un militar, como le he dicho, pero ha tenido que retirarse urgentemente a la Isla de León y por su cometido y mi estado no he podido acompañarle.

—¿Qué edad tienen sus hijos?

—La mayor, Juana, tiene trece años, María once, José ocho, Pedro cinco, Jacobo tres y Vicente poco más de uno.

—¡Lo lamento, señora, no tenemos sitio para tantos! Acogeremos a usted por estar embarazada y a los tres menores de seis años, son las normas de la Casa.

—Señor, a mis amas y a los otros hijos no puedo abandonarlos. José está muy enfermo y necesita mis atenciones. Si no puede ser, me quedaré con ellos en la calle, y que sea lo que Dios quiera.

—¡Señora, eso es una locura!

—Señor, mayor locura sería abandonarlos a su suerte. Amo muchísimo a mis hijos y a mis amas y usted sabe que en el amor hay algo de locura, mas en la locura hay algo de razón.

—¿Es que no tienen otro sitio adónde ir?

—¡No, no señor! Mi marido se marchó a otro destino de guerra y nosotros hemos tenido que desalojar los aposentos que ocupábamos en la residencia del Convento de San Laureano. ¡No somos de aquí y no conocemos a nadie!

—¡Espere, espere! Tantos suspiros y sollozos me están conmoviendo. La ley es poderosa, pero más poderosa es la necesidad. ¡Déjeme pensar!

Mientras el administrador reflexionaba, a la vez que ojeaba unos documentos, tuve una feliz idea y le dije:

—Señor, si nos acoge a todos, mis amas trabajarán para la Casa, en la cocina, en la lavandería, en el comedor, donde sea. Yo, cuando alumbre podré amamantar a mí hijo y además a un expósito.

—Señora, se lo agradezco, toda ayuda me viene bien. Además, la necesidad no conoce leyes. ¡Sea, pues! Improvisaremos unos camastros en el cuarto de la lencería para usted y las amas y en la enfermería para los niños. No hay otras estancias disponibles.

—¡Mil gracias señor! A propósito, tenemos un carro y una mula, ¿podemos traerlos?

—¡Claro que si, señora! hay un pequeño corral en la parte trasera, donde descargan las mercancías. ¡Hale! ¡Dese prisa!

Regresé a la que, hasta ahora, había sido nuestra casa lo más rápido posible. Cuando llegué, nuestro pequeño equipaje ya estaba preparado para el traslado. Cargamos el carro, se montaron toda la prole y Fuencisla, yo me puse en el pescante con Josefa a mi lado, a las riendas. No sé cómo pude llevarles hasta la nueva residencia. Era tal la ansiedad que me embargaba en esos momentos que hasta la vista se me nublaba y las piernas me temblaban.

Gracias a que la Divina Providencia acudió en mi socorro, infundiéndome el valor que precisaba, y contuve los suspiros, porque ahora todos dependían de mí y no podía mostrar síntomas de flaqueza. ¿Si no, qué hubiera sido de ellos? Les conduje apresuradamente hasta el nuevo albergue, nos alojamos de acuerdo con las instrucciones de su administrador y después de tomar un ligero refrigerio nos fuimos todos a dormir.

Al ver donde nos habíamos instalado de nuevo se me cayó el alma a los pies. Empecé a sentir la misma angustia que cuando llegué a San Laureano y en la soledad de mi cama, acompañada por la oscuridad de la noche, pude desahogarme. Rompí a llorar y Josefa, que se percató de mis sollozos, vino a consolarme. A Dios gracias, tenía su ayuda y amparo, como siempre. ¡Qué noche de zozobra e inquietud! Deseaba que llegara el alba y cuando su resplandor penetró por la ventana, despertándome después de un breve sueño, todo me era tan extraño que me levanté sobresaltada.

Según transcurrían los días, me parecía estar viviendo otro sueño, con otra horrible pesadilla. No veía a mi marido a las horas habituales, al levantarse, en las comidas, al acostarse. A la hora de las comidas no nos sentábamos todos a la misma mesa, yo lo hacía con mis amas y mis hijos lo hacían en el comedor con los demás expósitos. La piña que éramos había comenzado a desgranarse y al faltar Mariano, que le daba cohesión, se abrió y comenzó a deshacerse. Yo procuraba mantener reunida la parte que se había quedado conmigo y comencé a luchar para que influencias externas no siguieran deshaciéndola.

Otras veces, estando en mi casa de Segovia, cuando mi esposo se marchaba al frente yo me quedaba desconsolada e intranquila y aunque me costaba acostúmbreme a su ausencia, al estar entretenida preocupándome por mis pequeños y tener el consuelo de mis amas y el alivio de mis plegarias por su pronto regreso sano y salvo, se me hacía más llevadero. Esta vez era muy distinto. Mi Dionisio también se había ido a combatir, me quedaba en un albergue extraño, lejos de mi tierra, con la familia dividida, sabiendo que la ciudad pronto estaría ocupada por los malvados gabachos y, para colmo de desdichas, me encontraba en avanzado estado de gestación.

La indeseable puerta del pasado otra vez estaba abriéndose por mucho que yo me esforzaba para que no lo hiciera.

El último día del mes por la mañana, cuando me encontraba en mi cuarto,

sentada en la cama, pensativa y apesadumbrada, con Josefa planchando y Fuencisla cosiendo la lencería, nos sobresaltó una gran algarabía en la calle y nos acercamos a una ventana para ver lo que sucedía.

—¿Oye, señora? ¡Cuánto estruendo! No se ve a nadie por la calle ¿qué será?, —exclamó Josefa.

—Ama, deben de ser los franchutes que están entrando en la ciudad a tambor batiente. Ya me había referido algo el señor Jorezano.

—¿Y qué vamos a hacer? ¡Los odio!

—Ama, yo tampoco los puedo ver. No lo puedo remediar, mas no quiero envenenar mi alma con este mal sentimiento, por eso pretendo irme de aquí, cuanto antes, cuando dé a luz.

—¡Sí, señora! Mientras, aquí estaremos protegidos.

—¡Eso espero! Pero no debemos confiarnos mucho. Esos malvados son capaces de cualquier cosa.

Por la tarde llamó nuestra atención otro estruendo procedente del exterior. Nos asomamos por la ventana y tampoco se veía gente por la calle. Percibimos el ruido con más claridad y pudimos comprobar que se trataba de un tañido de campanas procedente de la Catedral.

—¿Ahora por qué repican tanto las campanas de la Giralda?, —me preguntó Josefa.

—Ama, don Antonio también me advirtió de que habría un alarde para dar la bienvenida a Pepe Botella. Debe de ser eso, sino ¿qué va a ser? ¡Para fiestas estamos los españoles de bien!

—¡Qué desfachatez!

—¡Cuánta amargura! Las autoridades han entregado la Ciudad sin oponer la más mínima resistencia. Incluso, parece que lo han hecho con el beneplácito de los ocupantes, porque los están recibiendo con toda pompa y boato.

Por la noche don Antonio me informó más detalladamente sobre la entrada de los franceses en Sevilla.

—¡Doña Petra, ha sido muy humillante! Entre el dilema de los gobernantes de la ciudad de si defenderla o no dejaron entrar a las tropas del mariscal Soult, haciendo un gran alarde a tambor batiente y enarbolando todas sus enseñas. No la defendieron, a pesar de que podían haber cerrado a cal y canto sus recias puertas al invasor, a pesar de la solidez de la muralla circundante, con sus torreones y almenas, a pesar de tener como única entrada procedente del norte su puente de barcas, que fácilmente podía

haberse desmontado, todo lo cual constituían obstáculos difíciles de superar para los asaltantes. Y no sólo se entregó la ciudad sin oponer la menor resistencia, sino que José Bonaparte fue cumplimentado por los cabildos civil y eclesiástico, para cuyo recibimiento hicieron repicar largo tiempo las campanas de la Giralda, instalaron luminarias públicas por toda la ciudad y colgaron de las bóvedas de la Catedral las banderas y las águilas galas capturadas en Bailén.

En esos días tan dolorosos para la Nación, encontrándome a punto de alumbrar a mi octavo hijo, no tuve más remedio que permanecer en Sevilla. Otra vez más, haciendo de tripas corazón, no había podido seguir a mi marido por circunstancias bélicas y por estar con un embarazo avanzado. Pero lo tenía muy claro, en cuanto me lo permitieran las circunstancias me reuniría con él.

No podía creer como los gobernantes se rebajaban tanto agasajando a los invasores, hasta el punto de que el día 4 de febrero, en su honor, les oficiaron un “Te Deum” de acción de gracias en la Catedral y organizaron una fiesta a la que asistieron muchos civiles, militares, seglares y religiosos, la mayoría disimulando su mala gana. En el bullicioso ambiente se respiraba una euforia de compromiso, casi de miedo contenido.

Pasaba el mes de febrero con la sensación de encontrarme recluida en una cárcel. No podía moverme libremente por la ciudad y menos expresar en público lo que pensaba de la situación a que nos habían llevado nuestros dirigentes. Menos mal que en la Casa de Expósitos estaba ocupada y distraída. Esto permitía que mi mente se evadiera un poco y que mi estado de desesperación se calmara pese a la marcha de los acontecimientos y por encontrarme lejos de mi marido.

Un día fui a ver al señor Jorezano con la determinación de pedirle ayuda para irme con mi marido. Cuando entré en su despacho estaba mirando por la ventana, se volvió y mientras iba hacia su sillón me saludó y me invitó a sentarme. Yo hice lo propio y le mostré mi gratitud.

—Don Antonio, —le dije —, de no ser por usted no sé qué habría sido de mi familia. Le agradezco de todo corazón cuanto está haciendo por todos nosotros. ¡Dios se lo pague!

—¡Está bien! no se preocupe, señora; es mi trabajo y un acto de conciencia, además de una labor humanitaria, —me contestó.

—Señor, no sé nada de mi marido y de mi hijo desde que salieron de Sevilla. ¿Tiene usted alguna noticia de los defensores de Triana?

—Sí, señora. Tengo entendido que se retiraron a la cercana villa de Castilleja de la Cuesta cuando entraron los franceses y después partieron hacia la provincia de Huelva, protegiendo el erario público gestionado por la Junta Central.

—Don Antonio, veo que a mi marido le siguen encomendando los servicios más penosos y arriesgados. Después de parir quisiera reunirme con él. ¿Puede ayudarme usted?

Oímos carcajadas en la calle y don Antonio me pidió que le acompañara para mirar por la ventana, sorprendiéndome el desparpajo de los gabachos paseando por la calle, con tanta naturalidad y arrogancia como si fueran oriundos de la ciudad. Mientras contemplábamos tan grotesca estampa, me dijo:

—¡Ve usted!, hay franceses por todas partes. ¡Está complicado! Han impuesto el toque de queda y controlan todas las puertas de la ciudad.

—Ya entiendo..., usted no quiere problemas.

—¡No..., no señora! Las apariencias engañan. Me muestro afrancesado para poder ayudar a los acogidos. Así no me ponen pegas.

—¿Entonces, podría conseguirme un salvoconducto?

—¡Veremos! Es difícil. Recuérdemelo en su momento.

—¡Vea, don Antonio! Este es el único salvoconducto que tengo, mas no me sirve para salir de la ciudad, solamente me sirve con los patriotas.

—Doña Petra, no debería llevar eso encima. ¡Es una temeridad! Le podría originar un grave problema. Sabe que aquí estamos en tierra hostil.

—¡Señor, lo sé, lo sé, y no me importa!, lo llevo conmigo como un acto de amor hacia mi marido, pero ahora necesito un salvoconducto que me sirva.

El Bando Revolucionario que había difundido Mariano en Segovia y que custodiaba en secreto como un preciado tesoro, después de mostrárselo a don Antonio, lo enrollé cuidadosamente, le puse su cinta y lo volví a guardar en mi faldriquera. A continuación me retiré a mi cuarto con la esperanza de que me ayudaría, pues la esperanza es lo último que se debe perder y nos expresa que el mañana será mejor. En la soledad de la habitación me imaginaba las penalidades que habría pasado en la defensa de Triana y después en su retirada hacia tierras onubenses.

El 21 de febrero parí felizmente, con la ayuda de mis serviciales amas y

con las atenciones del administrador de la Casa de Expósitos, hombre merecedor de ser incluido en el repertorio de los españoles insignes por su humanitario comportamiento con mi familia. Además, ese comportamiento lo extendía a cuantos se acercaban a su establecimiento en súplica de auxilio, como tuve ocasión de comprobar en varias ocasiones.

Yo estaba acostumbrada a este lance sin la presencia de Mariano y a los sentimientos que me embargaban antes del alumbramiento y después, cuando tenía al recién nacido entre mis brazos. Esta vez era otra cosa. El nuevo hijo vino al mundo en circunstancias muy adversas para la familia. Quizás por eso sentí la necesidad de quererle y de protegerle de una forma especial. Por eso, cuando le acogí por primera vez sobre mi pecho un cosquilleo recorrió todo mi cuerpo, sintiendo fluir la sangre por mis venas como nunca había sentido, hasta llegar a mi cara, llevando fuego a mis mejillas y tornando mi pálida tez en un bello color sonrosado.

¡El bebé acababa de abrirme una nueva y hermosa ventana al futuro!

Inmediatamente di gracias a Dios por la vida que acababa de concederme, dedicándole todas mis plegarias para que se criara sano y en paz, con el ensueño de que los gabachos se marcharan pronto de nuestra tierra.

Comenzaba a querer al nuevo retoño tan intensamente que necesitaba estar fuerte para criarlo bien. Como la naturaleza es muy sabia y el amor lo puede todo, el agotamiento acumulado los últimos días de embarazo, incrementado en el propio del parto, me desapareció como por arte de magia y la desgana para tomar alimento se tornó en un espléndido apetito.

Al cabo de unas horas, después del hermoso trance, que por estar familiarizada con él no fue menos doloroso, cuando me encontraba en el lecho amamantando al bebé el señor Jorezano vino a interesarse por nuestro estado.

—¡Huy, vengo en mal momento!, —me dijo desde la puerta.

—¡No, no señor, pase!

—¡Enhorabuena doña Petra! Cuando vine a verla nada más dar a luz usted estaba tan pálida como una pared encalada. ¡Ahora, qué buen aspecto tiene!, sus mejillas, ¡qué color han tomado!

—Ya ve, señor, cosas de la naturaleza.

—He visto que todo ha salido bien. ¡Que bebé más hermoso!

—¡Agradecida, don Antonio!

—¿Cómo se va a llamar?

—Señor, mientras el río corra, los montes hagan sombra y en el cielo

haya estrellas, debe durar la memoria del beneficio recibido en la mente del hombre agradecido. El bebé se llamará como usted, Antonio, que, por su gran humanidad y tantas atenciones hacia nosotros, no se apartará de mi gratitud ni de mi memoria mientras viva.

—Señora, palabras tan hermosas me congratulan y me dan fuerza para seguir con mi labor.

El señor Jorezano se sentó un momento a mi vera y me contó algo que me hizo estremecer y que me haría enloquecer si seguía en Sevilla mucho tiempo escuchando atrocidades de los gabachos.

—¡Doña Petra, qué horror!, —me dijo—. Los franceses están sacando todas las obras de arte de las iglesias y conventos de la ciudad y las están guardando en el Alcázar. Son cuadros de Velázquez, Murillo, Valdés Leal, Zurbarán y de muchos más de nuestros afamados pintores. Al parecer, quieren organizar allí el que han dado por llamar “Museo de Napoleón”. Yo no me lo creo, debe de ser una excusa para recopilarlos y después llevárselos a su tierra.

— ¡Qué desastre, don Antonio!, —le respondí—. ¡Por el amor de Dios, qué podríamos hacer! Cuando fuimos a la iglesia de Santa María la Blanca, a la de la Caridad y a la Catedral, disfrutamos de tantas pinturas hermosas.

—Poco podemos hacer nosotros que no lo estén haciendo ya nuestros soldados. Solo resta resignación y pedir el auxilio del Todopoderoso.

Al cabo de unos días bautizamos al neófito en la Iglesia de San Salvador con el nombre de Antonio. Como era habitual, su hermana mayor Juana lo amadrinaría y el director espiritual del Real Colegio, que tampoco pudo marcharse cuando llegaron los franceses, le administró el Santo Sacramento.

Aunque mi bebé no me trajo un pan debajo del brazo, lo hizo con un buen suministro de leche con el que pude amamantar también a otro niño expósito. Esto me permitió cumplir diligentemente con la palabra que le había dado al señor Jorezano por acogernos a toda la familia.

... Llegó otra Semana Santa.

El 16 de abril, sola sin Mariano, con mis hijos y mis dos inseparables amas, recordé con enorme pesar la Semana Santa del año anterior. Aquel Domingo de Ramos cuando fuimos todos a la Catedral, con el pueblo entero en la calle y la cantidad de procesiones que desfilaron. Esta vez era muy distinto. Las calles estaban prácticamente vacías y después de la incondicional capitulación de la ciudad, las nuevas autoridades confiscaron

las iglesias, sus bienes y enseres y muchas hermandades estuvieron a punto de desaparecer.

En Sevilla el cierre de conventos y monasterios había comenzado, cumpliendo el perverso decreto de José Bonaparte, que suprimía todas las órdenes religiosas, regulares, monacales, mendicantes y clericales y requisaba todos sus bienes. Las cofradías, para salvar sus pertenencias, reaccionaron dentro de sus posibilidades ante la nefasta disposición, trasladándose a otras dependencias.

Actitud tremendamente deplorable en el comportamiento de los invasores, pero más deplorable todavía fue la forma tan salvaje en que llevaron a cabo el cumplimiento de las órdenes de su Emperador, tal como me refirió el señor Jorezano:

—¡Qué salvajismo, doña Petra! Las tropas francesas, acuarteladas en el Convento de San Basilio, han derribado la puerta que comunicaba sus estancias con la iglesia y han entrado a saco destruyéndolo todo a su paso. En la Capilla de “La Lanzada” han arrebatado a la Virgen del Buen Fin su corona y le han mutilado el rostro a sablazos. Han quemado las tallas de la Magdalena, de Longinos y del sayón judío. Sólo se han salvado de la barbarie las imágenes del Cristo, San Dimas, San Juan, Gestas, las dos Marías y el caballo. El Convento de San Agustín ha tenido que cerrarse y el Santo Crucifijo que trasladarse a la parroquia de San Roque.

—¡Cuánto estropicio! A propósito... ¿sabe usted algo del Convento de San Antonio de Padua? Es un sitio muy entrañable para nosotros, allí estableció mi marido su Academia.

—Sí, doña Petra. Sus dependencias están siendo utilizadas como acuartelamiento para los gabachos y los artísticos y valiosos arcones de madera de caoba de la sacristía están sirviendo de pesebres para sus caballos y mulas. La comunidad franciscana ha tenido que abandonar su casa, saliendo detrás de su marido.

José Bonaparte, a causa de la descripción que le habían hecho de los desfiles procesionales de la Semana Santa sevillana quiso conocerlos personalmente, mostrando a las autoridades locales su deseo de presenciar algunos. El Prefecto de la ciudad solicitó a las cofradías la realización de las tradicionales estaciones de penitencia. La mayoría de las Hermandades, movidas por el odio al gobierno invasor, se disculparon con razones aparentes. A la salida del Viernes Santo solamente se presentaron, por compromiso, tres: la del “Gran Poder” de San Lorenzo, la del “Prendimiento

de Cristo” de Santa Lucía y la de las “Tres Necesidades” de su Capilla de la Carretería. El rey intruso, sintiéndose menospreciado, conteniendo la rabia, se resistió a salir del Alcázar para contemplarlas.

El domingo de Resurrección los dirigentes de Sevilla, con toda naturalidad, como muestra de desagravio y para congratularse con él, ofrecieron a los ocupantes un espléndido baile en el recinto del Archivo de Indias, debidamente acondicionado y decorado.

Me alegré mucho de que Mariano no hubiera sido testigo de estas atrocidades. Ya tenía bastantes preocupaciones con su trabajo. Además, el coronel Areco, director de la Fundición de Artillería, que había entablado amistad con mi marido, desde que iba a su establecimiento para hacer prácticas con los cadetes, y enterado de que yo estaba albergada en la Casa de Expósitos, un día vino a verme y me informó sobre las vicisitudes acaecidas en el mismo:

—Doña Petra, —me dijo —, los franceses se han apropiado de la Fundición y están fabricando proyectiles, cañones y obuses para su ejército. Como yo no quise colaborar, se hizo cargo del establecimiento el Fundidor Mayor de Sevilla, Manuel Pé-de-Arros, probablemente conocido de su marido, porque perfeccionó su oficio en el Colegio de Segovia. En el mes que estuvo al frente, construyó siete morteros de doce pulgadas sistema Dedòn. Actualmente la dirige el oficial artillero Vicente Berriz.

—Don Juan, esperemos que el señor Berriz ya no vuelva al Cuerpo después de su deslealtad con España.

—No hay duda de ello, doña Petra. Estoy seguro de que la Institución no se lo perdonará.

—¿Coronel, sabe usted que mi marido está en la Isla de León con los integrantes de su disuelta Academia?

—Sí, ya tenía noticia de ello y también que su familia no pudo acompañarle. ¿Usted qué planes tiene?

—Mi marido está esperando mi llegada. En cuanto me lo permitan las circunstancias me reuniré con él.

—En tal caso, doña Petra, me gustaría proponerle algo de capital importancia.

Encontrándome ya recuperada del parto, Josefa me animó a salir a la calle y dar un paseo hasta la Catedral. Me venía bien para ir reponiendo fuerzas.

Lo hicimos entre toma y toma del bebé, que se lo dejé a Fuencisla y partimos con las debidas precauciones por si teníamos que regresar en cualquier momento. Cuando divisamos el templo no podíamos dar crédito a cuanto estábamos viendo.

—¡Señora, mire, las banderas y las águilas capturadas a los franceses en Bailén por nuestros soldados!, —exclamó Josefa.

—¡Sí, sí, las veo! Ya me lo había dicho don Antonio. ¡Qué desvergüenza! ¡Cómo han claudicado estos gobernantes!

—¿Y ahora, qué es eso? ¿Qué están haciendo los gabachos?

—¡Qué barbaridad! Están saliendo a la carrera de la Catedral llevándose los cuadros.

—¡Si no lo veo, no lo creo! ¡Señora, vayamos a casa! Es muy peligroso seguir aquí.

—¡Si, Josefa, vámonos!

De regreso a la Casa de Expósitos, cuando nos encontrábamos cerca oímos unos gritos, que nos resultaron familiares. Al volver la esquina vimos a dos franceses forcejeando con una niña. Seguíamos presenciando atrocidades de los invasores, mas esta vez era contra nosotros.

—¡Dios mío, si es Juanita, y esos desalmados quieren forzarla!, —exclamé, mirando a Josefa.

Josefa reaccionó sacando unas tijeras de la faldriquera, corriendo en su auxilio, a la vez que chillaba:

—¡¡Canallas, bandidos!!

—¡Don Antonio... don Antonio...! ¡Socorroooo...! —grité yo.

Los gabachos soltaron a la niña al oír nuestras gritos y salieron corriendo. Mientras nos acercábamos a ella, Josefa exclamó:

—¡Vaya paseo! ¡Esto es inaguantable!

—Sí, ama, aquí no podemos seguir. Tenemos que irnos de Sevilla cuanto antes. ¡De la forma que sea!

—¡Pero señora, ahora no podemos, hay toque de queda!

—¡Ya lo sé, querida ama! Pero no me importa. Las leyes del corazón están por encima de las leyes de los hombres y además, a los invasores no les considero con autoridad para dictarme leyes. ¡Ya encontraremos la oportunidad!

Estreché a mi hija entre mis brazos. Su desgarrador llanto, mezcla de un gran sufrimiento moral y físico, también rasgaba mis entrañas. Cuando se tranquilizó le pregunté:

—¿Juanita, hija, te han hecho daño?

—Sí, madre. Me han dado un susto de muerte y me han lastimado los brazos. Me duelen, me duelen mucho. Uno me agarró tan fuerte que por más que forcejeaba no podía soltarme.

—Déjame ver. ¡Pero, hija, qué moratones!

—¡Santo Dios! Esos canallas casi le parten sus delicados bracitos. ¿Qué hago, señora?, —preguntó Josefa.

—Anda, vete al cuarto con la niña y dale consuelo. Yo tengo que ver a don Antonio, —le respondí.

—Juanita, ¡vamos, no llores! Ya pasó y no volverá a suceder. Tomaremos precauciones, —le dijo Josefa.

El señor Jorezano me abrió la puerta antes de que llamara. Estaba esperándome, había oído mis gritos y mis pasos.

Doña Petra, cuando me asomé no vi a nadie en la calle. ¿Qué ha pasado?, —me preguntó.

—Don Antonio, es que unos gabachos intentaron violentar a la niña a la vuelta de la esquina. Cuando acudimos en su socorro gritando salieron corriendo.

—¡Cuánto lo lamento! ¡Qué desalmados! Pero, pase, pase, siéntese.

—Don Antonio, también hemos visto a esos indeseables llevándose los óleos de la Catedral.

—¡Son demasiados agravios! Están usurpando todas las obras de arte de las iglesias y conventos de la ciudad. Por lo visto el mariscal Soult está obsesionado con el lienzo La Visión de San Antonio de Padua de Murillo. Va continuamente a la Catedral para disfrutar de él y, como el Cabildo no ha cedido a sus pretensiones, lo ha requisado.

—¡Cuánta aflicción, señor!

—Señora, la aflicción es como el hierro. Son muchos los golpes que estamos recibiendo de los gabachos y están forjando la aflicción en nuestros corazones, como el herrero forja el hierro.

—¡Lo sé, mas yo no me puedo resignar!

—Doña Petra, debe hacerlo, porque la resignación alivia todos los males sin remedio.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Algo podremos hacer!

—¡Poco, señora, por no decir nada! Solo pedir el auxilio del Altísimo y confiar en nuestros soldados.

—En ellos confío, pues sabe que mi vida está ligada a dos militares.

¿Pero, qué será de mi marido? Ya hace más de dos meses que no tengo noticias de él. ¡Tengo que irme a su lado! ¡Quiero irme a su lado! Me necesita y nosotros le necesitamos a él.

—¡A propósito! ha llegado un correo suyo. ¡Tenga!

Me retiré a mi aposento y me arrojé sobre el camastro boca abajo para ahogar mi llanto y las lágrimas empaparon la almohada. Era una mujer fuerte, pero los acontecimientos me estaban desbordando. No quería que mis hijos me vieran derrumbada para no preocuparles más de lo que ya estaban. Todavía no se habían acostumbrado a vivir en San Laureano y ahora en un hospicio, rodeados de rapazuelos, algunos de la más baja estofa, con los que probablemente no harían amigos. Sobre la cama, suspirando, solo pensaba en la forma en que podríamos salir de Sevilla para reunirnos con mi esposo. No comprendía por qué se había instalado en mi corazón tanto odio hacia los gabachos sintiendo que el odio es un vil sentimiento y el corazón no se debe envilecer con él, pues es nuestro más preciado tesoro. Se lo conté a Josefa cuando vino a verme, después de consolar a Juanita; me explicó que a ella le pasaba lo mismo y que era normal, porque: “El odio nace cuando el príncipe roba y usurpa bienes y las mujeres de sus súbditos”. Estas palabras me libraron de un gran pesar y me dieron fortaleza.

Ya sosegada fui a ver a Juanita y a sus hermanos. Les dije que los franceses eran gente malvada, que nunca salieran de la Casa solos, que si querían salir lo hicieran acompañados por mi o por una de las amas, porque, si no, podrían hacerles daño.

A continuación abrí la carta de Mariano, con gran nerviosismo. Comenzaba con estas palabras:

—Mí amada Petra: me aflige no poder escribirte más a menudo. Espero estéis bien. Pienso en vosotros continuamente y estoy desesperado por no saber nada de vuestra suerte. Ya tenemos casa en el Poblado de San Carlos, donde iniciaremos de nuevo nuestra vida, con la ayuda del Cielo, si las circunstancias permiten nuestro reencuentro.

Después me relataba cómo había efectuado el repliegue desde Sevilla hasta Cádiz:

—“A las cuatro de la mañana del día 30, me retiré a la villa de Castilleja de la Cuesta, alejándome de Sevilla con gran preocupación por no saber si os habrían dado albergue en la Casa Cuna. Mi desasosiego pensando en vuestra suerte volvió a hacerse patente cuando organicé un convoy para marchar

hacia el condado de Niebla con los profesores y alumnos de mi academia. Recordaba tu determinación acompañándome en la expedición en que nos marchamos de Segovia, pero ahora me imaginaba cuanto estarías sufriendo, embarazada y sola, con la responsabilidad de buscar albergue para toda la familia.

En Isla Canela disolví mi Academia y embarqué rumbo a Cádiz. Después pasé a la Isla de León, donde mi llegada, con los que me acompañaban, le vino como agua de mayo al Jefe del Cuarto Ejército, que sin duda necesitaba oficiales, pues el 5 de febrero cuarenta mil franceses del ejército del mariscal Victor ya se encontraban muy cerca de la Isla de León amenazando a la retaguardia de la División del general De la Cueva, que marchaba para hacerse cargo de la defensa de Cádiz”.

Cuando leí que nuestro hijo Dionisio había ascendido a subteniente y estaba destinado en un Regimiento de Artillería, tras un breve momento de dicha, una gran preocupación me invadió. Cada vez que recibía una buena noticia algo se interponía en el camino de la felicidad. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y detuve la lectura un instante. Transformada mi preocupación en nerviosismo, llamé a mis amas y a José para seguir leyendo en voz alta para que se enteraran del resto de la carta, que continuaba diciendo:

—“La negativa del Alcalde de la Villa a rendir la plaza al enemigo, en su avance hacia Cádiz, llevó a librar una dura batalla el 7 de febrero. Los franceses lanzaron violentos ataques desde el Portazgo, siendo contestados por el complejo defensivo fuertemente artillado del Puente de Suazo, apoyado por el fuego de lanchas cañoneras desde La Carraca. En una de nuestras baterías combatió Dionisio. ¡Fue su bautismo de fuego! Cuando tuve noticia de este suceso me vinieron a la mente tus palabras de preocupación por tu hijo: ¿Cómo va a cambiar tan pronto los libros por los cañones y el aula por el campo de batalla? Como ves, no ha tardado en hacerlo y lo ha hecho de forma ejemplar. Sin duda, tu hijo se ha hecho digno de una madre amantísima y estoy seguro de que su madre va a estar muy orgullosa de él.

El ejército invasor, obligado a replegarse, ha ocupado posiciones próximas a la villa de Chiclana, poniendo cerco a Cádiz y a la Isla de León. Me gustaría que vinieseis cuanto antes, pero ahora no es una buena idea, como podéis imaginar. Si lo hacéis andad con mucho tiento.”

Las amas me interrumpieron, prodigándose en halagos hacia Dionisio.

—¡Lo ve, señora! Su marido tenía razón. Dioni es un gran chico y un

buen oficial. Como discípulo aventajado del “Templo de Minerva”, con sus hombres, ha plantado cara con éxito a las hordas de “Marte”, —respondió Josefa.

—¡Es verdad, ama! Mas la pasión de madre no me hace desaparecer la congoja por saber que está en peligro.

Mariano también me contaba cómo habían transcurrido sus primeros días en tierras gaditanas. Entre otras cosas, decía:

—“En la Isla de León el general Eguía, que acababa de incorporarse como Secretario de Estado y del Despacho Universal de la Guerra, me reclamó para su equipo. Decidido a seguir con mi plan docente, siguiendo tus sabios consejos, le solicité autorización para reabrir mi Academia y trasplanté mi árbol en esta tierra con la esperanza de que prendiera pronto y comenzara a dar frutos nuevamente”.

En la mañana siguiente el señor Jorezano me mandó razón para que fuera a verle. Llamé a la puerta de su despacho, se levantó de su sillón para abrirme, me invitó a pasar y le saludé:

—¡Buenos días don Antonio!

—¡Pase, pase! doña Petra.

—¿Quería verme?

—Sí, señora. Es referente al correo que recibí. ¿Qué noticias tiene de su marido? ¿Se encuentra bien?

—Señor, está en la Isla de León, cercado por los franceses. Está con vida, pero se va a agotar de tanto trabajo.

—¿Por qué dice eso? ¿Qué cometido tiene?

—¡Huy... muchos! Ha reabierto la Academia Militar que fundó aquí y ha restablecido las clases para los cadetes de Artillería. Se ha hecho cargo de la Dirección General de Artillería. Tiene la misión de defender el Arsenal de la Carraca y el Campamento Sancti Petri y acude con sus alumnos a todas las alarmas. Además, forma parte de la Junta de Instrucción Pública de Cortes. ¡Es demasiado!

—Por cierto, doña Petra, ¡qué coraje el de los miembros de la Junta! Los vocales salieron precipitadamente hacia la Isla de León, para continuar allí su obra de gobierno, a pesar de verse tratados tan ignominiosamente.

—Sí, don Antonio. El mismo coraje que están demostrando los patriotas de la Universidad de Toledo y su maestro, mi marido, porque ya ve cuanto está haciendo para contribuir a la derrota de los gabachos.

—¡Doña Petra, ánimo! El sueño de su esposo se convertirá en realidad, pues tiene el coraje de perseguirlo.

—Don Antonio, temo que un día ya no pueda despertar de ese sueño como tarde mucho en reunirme con él. Cuando estaba a mi lado, al llegar a casa, procuraba distraerle de tanto trabajo, me preocupaba para que descansara y se alimentara y lo reconfortaba continuamente dándole todo mi amor. Ahora, que no tiene nadie a su lado que le frene, que le cuide y que le ame, antes o después, caerá enfermo de agotamiento y debilidad.

—¿Y de su hijo sabe algo?

—Sí, señor. Está combatiendo en la Isla de León al mando de una batería. Sus cañones se han impuesto a los del enemigo, han cortado el Puente de Suazo y evitado su paso a la Isla de León, deteniendo su avance hacia Cádiz. Ahora están impidiendo que rompan el cerco.

—¡Señora, a usted no le falta razón! Tiene un marido y un hijo extraordinarios. ¡Son unos patriotas!

—Sí, don Antonio. Me necesitan. ¡Tengo que irme con ellos!

—¡Está bien! La voy a ayudar para salir de Sevilla. Pondré todo mi empeño para que lo consiga.

—Confío en que usted lo haga, pero... ¿cómo?

—Doña Petra, vaya a ver al Alcalde del Barrio. La he recomendado para que le extienda un salvoconducto para toda la familia.

—Me faltan palabras de agradecimiento. No voy ahora, porque es muy tarde, pero mañana es lo primero que haré.

Por la noche, cuando me fui a la cama, me puse a ensayar lo que le diría al alcalde, intentando reprimir los suspiros, que se me escapaban sin remisión. Albergaba un mal presentimiento, pues no tenía duda de que este funcionario era un afrancesado, pero si la tenía respecto a si conocía o no a mi marido y cuanto estaba haciendo para derrotar a los franceses.

¿Cómo reaccionaría este señor si se enteraba de que yo era la esposa de un revolucionario y maestro de patriotas?

22.

MI ÉPICA HUIDA DE SEVILLA

...Recuerdo mi épica huida de Sevilla para reunirme con mi marido.

Esa noche, con la dirección del alcalde del barrio en mi cabeza y con la excitación por lo que estaba planeando, no pude pegar ojo. Estuve pensando en la familia; como la iba sacando adelante con la ayuda de Mariano y, aunque mantenía a los niños escolarizados, la ocupación francesa vino a interrumpir sus estudios. En el albergue, sin escuela y sin el apoyo de mi esposo, aprovechaba para seguir enseñándoles la grandeza de Dios y los conocimientos transmitidos por mis educadores, pues la hacienda se puede perder, como nos pasó a su padre y a mí, pero el saber es la única propiedad que nunca se pierde.

Pensaba como entre los pequeños, aunque gozaban de buena salud, siempre había algún imprevisto. José era una excepción, por las frecuentes otorreas y erupciones que le producían su enfermedad. Desde que se marchó mi marido, gracias a la ayuda de mis serviciales amas y a las atenciones de don Antonio, yo los solventaba airosamente. No obstante, echábamos de menos la figura paterna y más en estos momentos de incertidumbre, por cuyo motivo, estaba decidida a reunirme con él y lo llevaría a cabo cuando se presentase la ocasión.

Devanándome los sesos con estos pensamientos llegaron las primeras luces del día y enseguida me levanté. Después de desayunar fui a ver al edil en compañía de Josefa. Tuve que esperar un poco en el antedespacho, porque estaba ocupado. Le dieron aviso y cuando se quedó libre me mandó pasar. Josefa me esperó fuera.

Nunca olvidaré la desagradable conversación que mantuve con este alcalde de barrio, facultado como comisario de policía.

—¡Buenos días, señor!, —le saludé.

—¡Buenos días, señora! Pase y tome asiento ¡por favor!, —me contestó.

—¡Agradecida, señor!

—¿Qué se le ofrece?

—Me envía el administrador de la Casa de Expósitos.

—¡Ah, sí! Me mandó aviso de que vendría a verme. ¡Usted dirá!

—Desearía un salvoconducto para irme con mi marido.

—¡Ya! ¿Quién es?

—Es el coronel Mariano Gil de Bernabé.

- ¿Dónde está?
- Ahora está en la Isla de León.
- ¿Por qué no se fue usted con él?

— Porque me encontraba en avanzado estado de gestación y además tuvo que marcharse urgentemente para la defensa del barrio de Triana y a continuación retirarse a Cádiz.

—¡Ah! ¡Ya sé quién es!, el que huyó de Sevilla cuando llegaron los franceses.

—¡No señor, no huyó! Defendió la ciudad siguiendo órdenes y después se retiró, cómo la mejor opción para la vida de sus hombres y para poder seguir luchando contra los franceses desde otro sitio. ¡Cumplía con su deber!

—¡Lo lamento, pero usted no puede salir de la ciudad!

—Disculpe, señor, ¿por qué?

—Porque lo de usted es una sinrazón.

—¡Señor, usted está equivocado! El corazón tiene razones que la razón no entiende y eso no significa una sinrazón. Lo importante no es lo que nos dice la cabeza sino lo que nos dicta lo más profundo de nuestro ser.

—¡Bueno..., bueno..., palabras..., palabras! Mande llamar a su marido. Que vuelva a Sevilla y que se una a nuestra causa. Entonces, usted será libre de reunirse con él y marcharse a donde quiera.

Mi presentimiento de la pasada noche se había cumplido, el alcalde era un afrancesado que quería atraernos a su causa, pero yo seguía firme en mis convicciones y le contesté:

—¡Lo siento, señor! Su sentido del deber y del honor se lo impide. Eso sería una claudicación y no estoy dispuesta a influir en su ánimo para que sucumba como han hecho ustedes.

—¿Señora, no se da cuenta que es mejor doblegarse?

—¿Ante quién? Ante unos invasores que nos han robado haciendas y libertad. ¡No, no señor!, ¡antes muerta!

—¿Pero... no lo comprende? En esta vida hay que arrimarse al sol que más calienta.

—Pues usted tenga cuidado, no se arrime demasiado a ese sol; puede terminar quemándose o, lo que es peor, cuando llegue a su ocaso el oprobio caerá sobre su persona y no tendrá lugar donde esconderse.

—Señora, no sea tan catastrofista. ¡Piense! Ellos tienen la fuerza y por tanto el poder.

—¡Sí, sí, por ahora! Pero no tienen la legitimidad, porque han tomado el

poder por la fuerza.

—Usted no se da cuenta de que nuestro destino ya está unido al de los franceses.

—¡No, todavía no, señor! La guerra no ha terminado.

—¡La guerra terminará y la ganarán ellos con nuestro apoyo! Juntos formaremos una gran nación. Fíjese en el lema de la Revolución Francesa: “Libertad, Igualdad, Fraternidad”.

—¡Eso es lo que piensan ustedes! El lema, que por cierto lo acuñaron los masones, por si no lo sabía, aunque categórico, no deja de ser una falacia. ¿Es libertad invadir un país por la fuerza y quitársela a sus habitantes?, a eso yo lo llamo esclavitud. ¿Es igualdad robar los bienes de habitantes e instituciones de otro país?, a eso yo lo califico de expoliación. ¿Es fraternidad violar a las mujeres de sus hermanos del país vecino?, yo digo que eso es un horrendo crimen.

—Señora, en toda guerra se cometen algunos excesos y esta no iba a ser una excepción.

—Esos no son excesos de guerra, son comportamientos deleznales, que bien pueden calificarse como crímenes de guerra. ¿No sabe usted que donde unos levantan muros de opresión otros abren puertas que conducen a la libertad?

—¡Lo sé!, mas de momento los muros han sido levantados por los franceses y no vemos por ninguna parte las puertas abiertas por los que ustedes llaman patriotas.

—¡Descuide, pronto las verá! Nuestros valientes soldados lo están haciendo con tiento, pues lo que se hace con precipitación nunca sale bien.

—¡Eso lo veremos!

—Señor, los franceses nunca podrán arrebatarnos nuestra libertad, destruyendo nuestra fe y las ciudades levantadas sobre ella y apropiándose de nuestros bienes, porque la volveremos a recuperar, como el ave Fénix, renaciendo de las cenizas que hayan dejado a su paso.

—Ya ve usted que si lo están haciendo. Terminarán su plan construyendo una nueva nación sobre esas cenizas.

—Lo que están haciendo ustedes, dándoles su apoyo, es despreciable. Su debilidad no tiene nombre. ¿Por qué no siguen el partido de los españoles patriotas, amantes de su tierra y de su libertad?

—Señora, el mejor partido es el de los ganadores, que nos ofrecen seguridad y ahora están ganando ellos. ¡Piénselo!

—Señor, aquellos que cambian la libertad por su seguridad no merecen disfrutar de una cosa ni de la otra. Pronto se darán cuenta del error que están cometiendo. ¡Buenos días!

En el camino le comenté a Josefa, con gran nerviosismo, la desagradable pugna dialéctica que había mantenido con el alcalde y regresamos a casa completamente abatidas, sin conseguir nada, como yo me temía.

Por la tarde fui a ver al señor Jorezano para comentarle lo acontecido con la malograda gestión en la Alcaldía. Cuando entré en su despacho me pidió que tomara asiento, sabía a lo qué iba y por mi semblante de consternación intuyó que no llevaba buenas nuevas.

—¿Qué tal, doña Petra? La veo contrariada. Me da la impresión de que no consiguió el salvoconducto.

—¡Así es, señor! El alcalde, cuando se enteró de quién era mi marido, tuvo una reacción furibunda y me lo negó. Y no sólo eso, me pidió que le mandara a llamar para unirse a su causa.

—¡Lo siento mucho, amiga! Esa era la mejor forma para salir de la ciudad. La Puerta de Xerez da a la carrera de postas que le llevaría a su destino.

—Ese canalla pretendía que cayéramos en las redes de los franceses, como ha hecho él y otros muchos traidores.

—¡Tranquilícese, doña Petra! Lo intentaremos de otra forma. Ahora, Sevilla es un caos. Los gabachos están entrando a saco en las iglesias y conventos y lo están destruyendo todo. ¡Veré cómo hacerlo!

—¡Qué salvajismo! No aguanto más. Espero que algún día estos canallas paguen por sus desmanes. Tengo que irme con mi marido. ¡Cómo sea!

Asolada, decepcionada y cansada de tanto infortunio, me retiré a mi aposento y busqué algo de consuelo comentando lo sucedido con mis amas.

Como el corazón es el único órgano de nuestro cuerpo que sigue funcionando, aunque esté asolado, por el amor a mis hijos no les dije nada para no disgustarles. Me veían compungida y no dejaban de preguntarme qué me pasaba y cuándo nos iríamos con su padre; les contestaba que había tenido un día muy malo, que necesitaba descansar y que nos iríamos muy pronto con él.

Nuevamente se repetían las mismas ignominias de ciertos individuos, como en Segovia. El alcalde no fue el único que tomaba como un disparate

mi determinación y la de mi marido. También otros partidarios de los franceses, imbuidos de ideas peregrinas, o embaucados con extraordinarias promesas, querían convencerme para que lo mandara llamar y unirse a su mezquina empresa. Pero como el interés que a algunos ciega a otros ilumina, armada de coraje les mostré mi gran desprecio, haciéndoles ver su debilidad y aconsejándoles seguir al partido de los patriotas, el único que lleva a la dignidad y a la libertad.

Los afrancesados, concedores de mi decidida voluntad, después de esos lamentables episodios, no me volvieron a molestar, aunque tampoco me permitieron salir de Sevilla. Gracias a que el Todopoderoso nos había deparado providencial refugio en la Casa Cuna, milagrosamente encontramos albergue y protección donde otros se amparaban para ocultar sus crímenes y donde hallaban asilo los hijos de la vergüenza y de la indigencia.

Mas como el infortunio pone a prueba a los amigos y descubre a los enemigos, a los pocos días me llamó don Antonio, que tantas muestras de amistad me había dado. Me recibió en la puerta de su despacho, como si tuviera urgencia para decirme algo. Le saludé y hablamos de pie.

—Buenos días, don Antonio.

—Pase, pase, doña Petra. Voy a proponerle algo que creo de sumo interés para sus planes de reunirse con su marido.

—¡Usted dirá!

—Doña Petra, conozco a una persona que probablemente podrá ayudarla. Vaya a verla.

—¿Y cómo contacto con ella?

—Ya lo tenía previsto. He citado esta tarde a un señor que la acompañará a su casa. Estará en la puerta a las ocho.

No sé cómo podría ayudarme esa persona y no me parecía una buena idea ponerla al tanto de mis planes. ¿Pero qué podía hacer yo? Prefería hacer y arrepentirme, que no hacer y lamentarlo. Así que decidí intentarlo; quería salir de Sevilla a toda costa. Poco antes de las ocho ya me encontraba en la puerta de la Casa, movida por mi impaciencia y animada por la esperanza de un posible auxilio. Enseguida llegó el enlace, me miró de arriba abajo y me preguntó:

—¿Señora, me esperaba?

—Sí, señor. ¿Adónde vamos?

—¡Sígame a unos pasos de distancia!

—¿Pero, a quién vamos a ver?

—A alguien que le puede ayudar.

—¿Es que no tiene nombre?

—No debe saberlo, por su seguridad y la de él.

—¿Y por qué vamos de esta forma?

—Señora, guarde silencio, por favor. El que guarda su boca y su lengua, su alma guarda de angustias. La discreción es fundamental.

Después de un buen trecho, caminando detrás de él, cuando nos encontrábamos por el Barrio de Santa Cruz, me adelanté y le pregunté:

—¿Por qué venimos tan tarde?

—Ya le he dicho que la discreción es fundamental. La penumbra del arrebol vespertino dificulta nuestra identificación y tenemos que hacerlo antes del toque de queda.

—¿Y este laberinto de calles?

—Señora, no debe recordar el sitio. Se podría ir todo al garete.

—¡Lo comprendo!, confío en quién me envía.

—¡Ea...! Ya hemos llegado, es esa puerta. La espero por acá para acompañarla de vuelta.

Habíamos llegado a la misteriosa casa. Era un sitio sombrío, donde yo no sería capaz de volver si tuviera que hacerlo sola. La puerta de la calle era la misma de la casa. Me abrió el hombre incógnita y cerró tras de sí. Le saludé y me cortó antes de terminar de hacerle una pregunta. Todo me parecía muy extraño.

—¡Buenas tardes! Usted es..., —le pregunté.

—¡Si, si! Quién puede ayudarla. La esperaba, —me contestó.

Entramos en una habitación en la que destacaba una mesa rústica, llena de papeles y objetos de escritorio, en la que llamaban la atención dos grandes palmatorias con sus velas encendidas.

—¿Cuál es su problema?, —me preguntó.

—¡Verá!, quiero salir de Sevilla con mis dos amas y mis seis hijos. ¿Cómo puede ayudarme usted?

—Podría hacerle un salvoconducto, pero es mucha gente. Es complicado y muy arriesgado. No me atrevo.

Entonces confirmé mis sospechas, el que iba a ayudarme era un falsificador. Sin pensar en los problemas que podría acarrearle si se descubría que llevaba un salvoconducto falso, seguí adelante y le manifesté:

—Señor, la vida está llena de riesgos. Algo se podrá hacer.

—Bueno... sí, pero usted sabe que donde hay riesgo hay más provecho. Le costaría caro.

—¿Dígame cuánto, por favor?

—No menos de cien escudos.

—Señor, no tengo tanto dinero. Esta maldita guerra nos ha arruinado.

—Entonces, no hay nada más que hablar. ¡Buenas noches!

—¡Espere, espere, por favor! Puedo pagarle con mi anillo de boda. Es de oro y muy valioso. Es lo único que me queda de mi marido, mas no me importa perderlo si sirve para reunirme con él. —Le dije entre sollozos.

—Señora, me ha conmovido. ¡Sea! Deme los nombres y las edades de todos y siéntese ahí. No tardaré en preparárselo.

Con el documento en mi faldriquera, el enlace me acompañó de regreso a la Casa de Expósitos. Cuando llegué Josefa y Fuencisla ya estaban acostadas y dormidas. No quise despertarlas y esperé a que se levantaran. Entonces, las llamé para darles la noticia:

—¡Fuencisla..., Josefa...! Preparad las cosas, nos vamos con mi marido. ¡Es el momento!

—Señora, ¡pero qué dislate! ¡Es una locura hacerlo ahora! ¡Otro viaje con un bebé recién nacido!, —respondió Josefa.

—¡Josefa, dale con la locura! ¿No sabes que la locura a veces no es otra cosa que la razón presentada bajo diferente forma?

—¡Si, si! ¿Pero está segura? Aquí no nos dispensan mal trato. En Cádiz están soportando un cruel asedio.

—Querida ama, el daño moral que nos están causando esos desalmados es el peor de los tratos que pudieran darnos.

—La señora tiene razón, —replicó Fuencisla.

—Conocéis mi inquebrantable deseo de reunirme con mi marido y sabéis que Dioni está allí, y ahora, jugándose la vida como oficial. En la Isla de León podré verle y atenderle, sin que estos crueles franchutes nos gobiernen.

Dionisio era el predilecto de Josefa y mis palabras tocaron su fibra sensible. Era muy arriesgado, pero ¿qué nos podrían hacer los franceses a tres mujeres indefensas y siete niños pequeños?

—¡Presto, preparemos todo para la marcha! ¡Ya has oído, Fuencisla! ¡El tiempo vuela!, —exclamó Josefa.

—Señora, aunque ya soy muy vieja y me cuesta hacer otro incierto viaje, salí con usted de Segovia y con usted regresaré... con la ayuda de Dios, —replicó Fuencisla.

Cargamos en el carruaje las pocas pertenencias que nos quedaban y algo de comida para el camino, enganchamos la mula y se subieron mis hijos y Fuencisla. Josefa se puso a las riendas y yo a su lado con el bebé Antoñín. Me despedí del señor Jorezano, que nos deseó mucha suerte, y partimos hacia un incierto viaje.

Cerca de la Puerta de Xerez un soldado francés, con cara de pocos amigos, fusil en mano nos dio el alto.

—¡Alt...! ¿Où alléz vous?

—¿Cómo? ¡Ah! Vamos a Xerez, —le respondí.

—¡A ver, el salvoconducto!

—¡Un momento, tenga!

—¿Que llevan dentro?

—Algo de ropa y comida.

—¡Bajen el rastrillo!, —gritó el soldado mientras se dirigía al torreón con el salvoconducto en la mano.

—¿Por qué habrá hecho eso? ¿Y ahora, por qué entra en el torreón?, —le dije a Josefa.

—Esto me da muy mala espina. Seguro que van a comprobar algo, —me contestó.

El chirriante ruido del rastrillo al caer me estremeció con un mal presagio, como el que produce una bandada de cuervos graznando al atardecer. El soldado entró en el torreón y poco después salió con un compañero y rodearon el carro.

—Señora, hay orden de no dejarla salir de la ciudad. Dense la vuelta y váyanse a casa, —dijo el soldado, balbuceando una mezcla de español y francés.

De nuevo en la Casa de Expósitos, mientras las amas descargaban el carro y volvían con los niños a sus aposentos, fui directamente al despacho del administrador para informarle de lo acaecido.

—¡Usted aquí! La hacía muy lejos, —me dijo el señor Jorezano.

—No sé qué ha pasado. No nos han dejado salir y se han quedado con el salvoconducto.

—Señora, la han traicionado, ¡seguro!

—¿Cómo? He hecho todo con la máxima discreción.

—Usted sí, pero sus hijos....

—¡Explíquese, por favor!

—Sé quién ha sido. Ayer vi por la ventana a un gabacho dándole algo a Juanito. Es un rapaz poco recomendable que salió de la Casa hace unos meses, pero ha dejado en ella algunos amiguitos.

—¿El niño? ¡No puede ser!

—¡Si, doña Petra! Después entró y le llamé. Me costó hacerle confesar que sucio negocio se traía con el francés.

—¡Entonces!

—Estaba compinchado con él para sacarle información sobre ustedes a cambio de unas chucherías. Uno de sus hijos, con la mayor inocencia, le había dicho que no estarían mucho tiempo aquí, porque su madre estaba planeando llevarlos a Cádiz con su padre.

—¡Dios mío! Estaban sobre aviso y seguro que tenían orden del alcalde para no dejarnos salir.

—¡Tienen que capear el temporal! Deben irse enseguida, antes de que examinen el salvoconducto y se den cuenta de que es falso. ¡Los detendrían!

—¡Santo Dios! ¡Estoy desesperada! Cada vez lo veo todo más negro.

—Doña Petra, no se desespere. Piense que la hora más negra es la que precede al amanecer.

—¡Ya, ya! ¿Y cómo lo vamos a hacer?

—Tengo algo pensado. Ataré todos los cabos. Venga a verme mañana a primera hora.

—¡Mil gracias, señor! ¡Hasta mañana!

Reuní a mis hijos y les dejé bien claro que no debían hablar con nadie de nuestros planes, que no podíamos fiarnos de ninguna persona, porque del árbol del silencio pende el fruto de la seguridad. Después nos acostamos sin apenas cenar, a todos se nos había cerrado el estómago y los niños estaban muy tristes. No pude conciliar el sueño y por el aspecto de las amas y de los niños por la mañana, me percaté de que ellos tampoco lo habían hecho. Desayuné un poco de leche con un trozo de pan y me fui a ver al señor Jorezano. Me abrió la puerta de su despacho, hablamos del nuevo plan de fuga y me entregó un papel.

—Señor, no tengo palabras. ¡Quedo muy agradecida por sus desvelos para con nosotros! ¡Dios le bendiga!, —le dije al despedirme.

El 20 de abril por la mañana, cuando terminé con el señor Jorezano, dije a las amas que engancharan la mula al carruaje y metieran solamente una bolsa

con bocadillos. Por más preguntas que me hicieron de a dónde íbamos, solo les dije que siguieran mis instrucciones; después del incidente en la Puerta de Xerez no quería delatar mis planes. Así que nos dispusimos a partir solamente con lo puesto. Fuencisla se subió con el bebe y a continuación, los niños; Josefa y yo nos pusimos de nuevo en el pescante, armadas de valor. El miedo no nos cabía en el cuerpo, mas el miedo es una perturbación del ánimo que arruina la vida del cobarde y salvaguarda la del valiente, y a nosotras valor no nos faltaba.

—Bien, señora, ¿por dónde vamos?, —me preguntó Josefa.

—Por el Postigo del Carbón. No tiene puerta, rastrillo ni torreones para la guardia y es controlado por una patrulla que pasa frecuentemente. Creo que podremos salir por allí sin problemas, —le contesté.

—Es por donde entran los carros con carbón y mercancías para venderlas en las arcadas, ¿no?

—Así es, Josefa. Vamos bien de tiempo. Tenemos que estar allí a las dos de la tarde. Es la hora de comer y al parecer hasta las tres no pasa la siguiente patrulla.

—¿No es muy arriesgado, señora?

—¡Claro que lo es!, mas no veo otra forma si queremos salir de la ciudad a toda costa. ¡A situaciones arriesgadas, medidas desesperadas! ¿Qué sería de nosotros si no lo intentáramos de nuevo? En Sevilla no podemos quedarnos. ¡No queda otra! me agarraré a este clavo, aunque esté ardiendo.

En la calle, antes de llegar al Postigo del Carbón, nos detuvimos detrás de unos cuantos carros. Josefa me alertó:

—¡Mire, señora!, un “franchute” está parando los carros.

—Es un control. ¡Dios mío, otra vez! ¡Niños... cantad!

—¡Altooo!, ¡altooo!, —gritó el gabacho, cuando llegó nuestro turno.

Josefa paró el carro y yo mandé callar a mis hijos para oír lo que decía.

—¿A dónde van?

—Llevamos de excursión a unos niños de la Casa de Expósitos, — contesté.

—¿Tienen autorización?

—¡Si, vea!

—Espere que mire en el interior. ¡Uh...!, ¿qué es esa bolsa?

—Son los bocadillos para la merienda de los niños.

—¡Está bien, siga! Y regresen antes del toque de queda. Si no, podrían tener serios problemas,

El plan que había pensado el señor Jorezano comenzaba a salir bien. Aliviada, me salió un gran suspiro de lo más profundo de mi alma. Josefa arreó a la mula y yo mandé a los niños que siguieran cantando para dar verosimilitud a nuestro viaje. Divisamos el trajín existente en el Postigo y, tal como me había dicho don Antonio, nos situamos entre dos carros que salían de la ciudad. Ya en las afueras, pero a poca distancia de la muralla, oímos unos disparos de fusil. Temía lo peor, me quedé petrificada, no podía moverme para ver lo que sucedía y exclamé:

—¡Santo Dios, me han descubierto! Vienen a detenerme.

—¿Por qué a usted, señora?, si no se ven gabachos, —replicó Josefa.

—Ama, no se ven pero se oyen. Seguro que son disparos para darnos el alto. Se habrán enterado de que soy una espía.

—¿Pero, por qué dice eso? Son palabras mayores. La tensión que está sufriendo le está haciendo desvariar.

—No estoy desvariando ama y no te lo puedo decir hasta que nos encontremos a salvo. No quiero hacer a nadie de la familia cómplice de mis actos. Si me descubren con que pague solo yo es suficiente.

—Lo que está diciendo es muy grave, señora, eso lo castigan en el acto con la pena de muerte.

—Josefa, me he arriesgado pensando que a mi marido le agradecería saber que cada vez hay más personas en la lucha por la liberación de la Patria. Él se está dejando la vida combatiendo a los invasores en las aulas con sus propias armas. Si yo tengo que entregar la mía no me importa, los combatiré de la única forma que forma hacerlo, lo hago pensando en él y en la libertad de mis hijos.

—¡Pero, sosiéguese!, seguimos sin ver gabachos por ninguna parte. Deben de ser los expoliadores dentro de las murallas de la ciudad, —dijo Josefa, poniendo su mano sobre la mía intentando tranquilizarme.

—¡Uf..., que alivio! ¡Cuánto sufrimiento!

—Señora, me duele en el alma verla penar de esta forma. ¡Verá como todo sale bien y esta vez lo conseguimos!

El bebé Antoñín rompió a llorar. El traqueteo del carro, el ruido de los disparos y la conversación lo habían despertado, recordándole que era la hora de mamar y se lo pedí a Fuencisla.

—Fuencis..., dame el peque. Es hora de darle el pecho.

—¡Tenga, señora!

—¡Así..., qué bien! Qué hambre tenía el chiquitín.

Por fin comenzábamos otro precipitado viaje para reunirme con mi marido, que se vislumbraba tormentoso y enigmático.

Proseguimos camino, siguiendo las instrucciones del señor Jorezano, conscientes de que la suerte podía salvarnos la vida, aunque nada importante podría lograr si no era con el concurso de mi voluntad y una férrea voluntad no faltaba a mi determinación. Transitamos por caminos de tierra y campo a través en dirección de la Venta de la Portuguesa, se encontraba en la Carrera de Postas, el camino que debíamos seguir hasta Xerez. Ya en ruta, poco antes de llegar a la Venta de las Torres de Locaz tuvimos otro sobresalto. Un ruido extraño procedente de una rueda me hizo sospechar que estábamos en el final de nuestro viaje y no de la forma que había planeado. Josefa y yo nos bajamos del carro.

—¡Josefa, veamos qué ocurre!, —le dije.

—¡Lo que nos faltaba, señora! Se ha roto un rayo de una rueda.

—Es una fatalidad, pero demasiado poco nos ha pasado desde que salimos de Segovia con el carro tan cargado.

—Además, eso no es lo peor. ¡Mire... una venta!

—¿Quién habrá en ella?

—Me acercaré para comprobarlo.

—¡No, Josefa! cuida de los pequeños, iré yo.

—Tenga cuidado, señora, puede haber franchutes y sería el fin.

—No te preocupes, lo tendré. Antes veré la calaña que hay dentro.

Me aproximé a una ventana y, aunque tenía la contraventana cerrada, una rendija dejaba pasar algunos rayos de la tenue luz de la estancia. Miré al interior con precaución para no hacer ruido y ser descubierta. Había varios campesinos y un arriero sentados a una mesa, comiendo y bebiendo y el ventero en la barra. Tenía vía libre y me dirigí a la puerta con decisión. Recuerdo la conversación entre el arriero, el ventero y yo cuando me vieron aparecer.

—¡Mirad quién ha “llegao”! ¿A qué ha “veníó”? ¿Nos va alegrar el día?, —preguntó el arriero.

—¡Cállate, Hortensio!, ¡botarate! ¿No ves que es una dama y que le pasa algo?, —le recriminó el ventero.

—Señor ventero, voy a la Isla de León y necesito ayuda, —le dije.

—Anda Hortensio... ayúdale, es de los nuestros.

—Disculpe, señora, ¿qué “la pasao”?

—Mi carro tiene problemas con una rueda. Está muy cerca.

—¡Un momento!, trinco la herramienta de mi carreta y nos vamos.

Nos dirigimos al carro, del que todos se habían bajado para estirar las piernas y aliviarse en lo posible. El arriero había cambiado de actitud cuando le expliqué quién éramos y a dónde íbamos y no tardó mucho en solucionar el problema con una reparación de emergencia. Cuando terminó le pregunté cuánto le debía por su trabajo, a sabiendas de que podría verme en un aprieto, ya que no me quedaba ni un solo real. A Dios gracias, nada cobró, se lo agradecí y se marchó después de desearnos mucha suerte. Nos montamos y continuamos camino.

—¡Menos mal que el arriero ha tardado poco en reparar la rueda!, — exclamó Josefa—. Aunque se trata de un arreglo provisional esperemos que aguante hasta que lleguemos a nuestro destino.

—¡Dios te oiga, ama! Y menos mal que no nos ha cobrado, sino no sé cómo le habríamos pagado.

—¿Señora, por qué lo habrá hecho? Seguro que también odia a los gabachos.

—¡No, no es eso, Josefa! Es que cuando entré en la venta metió la pata confundíendome con una lagarta y habrá querido remediarlo. Además le manifesté cual era el motivo de nuestro viaje, quienes éramos y a dónde nos dirigíamos y me mostró su simpatía por nuestra causa.

Habríamos avanzado unas cuantas leguas cuando se levantó un fuerte temporal y comenzó a llover a cántaros. Para colmo de desgracias el toldo del carro empezó a calarse y algunos niños se mojaron. Le dije a Josefa que encendiera el farol, pues a causa de la lluvia la carretera apenas se divisaba. Pensando en que más contratiempos podrían pasarnos, al poco de adivinar la luz de otra venta, oí estornudar a José y clamé para mi interior: ¡Lo que faltaba! ¿Habrá empeorado?

—¿José, vas bien, hijo?, —le pregunté.

—¡Si madre, estoy bien!, son sólo unos estornudos.

—Madre, no le haga caso. Se ha mojado un poco y parece destemplado, —soltó Juana.

—A ver, hijo. ¡Es verdad, está ardiendo! ¡Juana, toma mi toquilla, tápale!

—Señora, José no ha comido en todo el día. Se divisa otra venta. ¿Paramos en ella?, —preguntó Josefa.

—Josefa, me parece bien, pero, ¡para ya! Antes, me acercaré a ver de qué

pie cojean los que se encuentren en ésta.

—Señora, esta vez iré yo. Me quedan unos reales. Miraré de traer algo caliente para José y un poco de comida para todos.

—¡Anda! llévate un farol y ve con tiento. Fuencis, mientras, baja a los niños para que se desahoguen un poco.

Josefa regresó a la carrera, exclamando:

—¡Son de los nuestros! ¡Vamos a resguardo! Es la Venta del Cuerdo.

El ama subió al carro, arreó a la mula y se paró al amparo de la venta. Se gastó los pocos reales que le quedaban en un refrigerio, a base de pan, queso y una taza de caldo de puchero caliente. Repusimos levemente nuestras fuerzas y nada más reanudar la marcha, con la meta puesta en encontrarnos con mi marido cuanto antes bajo cuya protección nos sentiríamos más seguros, Josefa me dijo:

—Señora, gracias a Dios que los de esta venta también eran de los nuestros y nos dieron algo de comida.

—Sí, ama, y gracias que seguimos sin ver gabachos, quizás la noche sea nuestra aliada y el temporal nos está ayudando.

—¿Ayudando el temporal, dice? No al pobre José, malito y se ha calado, —soltó Fuencisla.

Desde que planeé salir de Sevilla sólo tuve padecimientos, amenazas, traiciones y desencantos, pero nada de esto, ni el temor de encontrarme con alguna patrulla francesa hostil que se violentara con nosotros, que me obligara a regresar o que me impidiera la entrada a la Isla de León, me hizo desfallecer. La esperanza de ver cumplido mi sueño hacía que me sobrepusiera a todo ello. Como solía decir a Dionisio, la esperanza mira hacia delante y, aunque iba sin dinero, sin ropa y sin los enseres de la casa, en la meta estaba mi marido con quien empezaría una nueva vida desde cero.

No se veían franceses por ninguna parte. Realmente el temporal nos estaba ayudando y ahora también la noche. De nuevo pedí el amparo del Cielo para que el resto del viaje continuara de la misma forma, animando a todos a rezar el Rosario. Apenas habíamos comenzado las plegarias cuando fueron interrumpidas por unos estampidos y la voz de Josefa alertándome:

—¡Oye, señora! Ese ruido, parecen cañonazos. ¿No nos estarán bombardeando?

—¡Tranquila, Josefa! Es en la lejanía y apaga ya el farol, ha escampado y es más seguro para no llamar la atención.

—¡Ya está!

—¡Qué suplicio!, esto se está haciendo interminable.

—Ánimo señora, el mar siempre vuelve a la calma, por muy fuerte que sea el temporal.

—Querida Josefa, con los gabachos lo inesperado siempre acecha, como el lobo en la espesura de la maleza para caer sobre su presa cuando menos se lo espera.

—¡Razón no le falta! Menudos sustos nos dieron esos malvados en Segovia y en Sevilla. Menos mal que no debe de quedar mucho camino y parece que estamos teniendo suerte.

—¡Si, pero no me fio! Hasta que no me vea abrazando a mi marido no se me pasará esta angustia que no me cabe en el cuerpo.

Todos estábamos muy cansados y Fuencisla no pudo reprimir un: ¡parece que esto no tiene fin! Tenía razón, aunque a mí no se me estaba haciendo tan largo, porque amaba a quién me esperaba al otro lado del camino e iba distraída pensando en él. Josefa y yo parecíamos dos autómatas hablando en voz baja. Los niños se habían dormido. De repente me sobresalté y levanté la voz. Mis hijos se despertaron al oír mi exclamación y empezaron a preguntar qué pasaba:

—¡Dios mío! Se vislumbra gente. Debemos de estar cerca de la Isla de León y hemos topado con los sitiadores. ¡Es nuestro fin!

—Ya me parecía que estábamos teniendo mucha suerte. ¡Cuánto sufrimiento!, —respondió Josefa.

—No puedo distinguirlos. ¡Niños, silencio! ¡Josefa... enciende el farol!

—¡Alto... alto!, —gritó un soldado.

—Ya los veo. ¡Qué alivio!, llevan nuestros uniformes y hablan como nosotros.

—¡Loado sea Dios! Creo que ya estamos cerca.

—¡Quién va!

—Somos la familia del coronel Gil de Bernabé.

Uno de los soldados se aproximó y se asomó adentro del carro, que estaba mojado, encontrándose una estampa dantesca, el bebé llorando, José tosiendo y los demás hermanos quejándose. Se quedó sorprendido de vernos a todos tan abatidos y preguntó:

—¿Pero, señora, de dónde vienen?

—De Sevilla. Llevamos todo el día en los caminos.

—¡Claro!, allí es donde su marido fundó la Academia Militar de la que somos sus alumnos.

—¡Qué suerte dar con ustedes! ¡Estamos agotados! Hemos soportado mil contratiempos y penalidades durante el viaje.

—¡Cálmese, señora! Ya han llegado.

—¡Bendito sea Dios! ¿Y qué hacen ustedes aquí?

—¡Ya ve, señora! Además de asistir a las clases hoy estamos de escuchas en este puesto.

—¡Cuánta alegría! Niños... amas... ¿habéis oído?, estamos llegando.

El soldado nos dijo que esperásemos un poco, que iba a dar aviso a otro para que nos acompañara a caballo. Continuamos con tan grata compañía y sin poder contener mi impaciencia le pregunté:

—¿Soldado, falta mucho? Estamos extenuados.

—¡No señora! Ya se puede ver la villa.

—¿Entonces ya no hay peligro?

—¡No, no lo hay! ¡Ya están a salvo! Los franceses se han fortificado a poco más de una legua de aquí, pero nuestra artillería los tiene a raya.

—¿Sabe?, mi hijo es un oficial de esa artillería.

—¡Señora, puede estar bien orgullosa de él! Menuda actuación tuvieron en el Puente de Suazo.

—Lo sé y claro que estoy muy orgullosa de él. Y a mi marido, ¿lo conoce?

—¡Cómo no lo voy a conocer!, es nuestro director.

—Joven, en el camino hemos oído cañonazos.

—¡Los gabachos! Llevan unos días incrementado su hostigamiento, pero están lejos. Ahora están bombardeando Cádiz desde El Puerto de Santa María.

—¿Y... dígame, adónde nos lleva?

—Vamos muy cerca, al Poblado de San Carlos..., a la casa de su marido..., a su casa.

Llegamos con la noche bien avanzada. El soldado desmontó, llamó a la puerta y nos ayudó a bajar del carro. Los niños se llevaron un gozoso sobresalto cuando les dije que ya iban a ver a su padre. Esperé delante de la puerta a que abriera, con el bebé en brazos y con las amas y mis pequeños rodeándome. Oí la inconfundible voz de mi esposo en el interior de la casa:

—¿Quién es? ¡Qué horas son estas!

—¡Somos nosotros..., tu mujer..., tus hijos! Estamos todos aquí.

—¡Pero... bueno! ¡Un momento! ¡voyyy...!

Mariano abrió la puerta y antes de que pudiera reaccionar salté hacia él y nos fundimos en un gran abrazo, propio de dos jóvenes enamorados que llevaran mucho tiempo sin verse. Habían transcurrido escasamente tres meses desde que se fue, mas lo había pasado tan mal que me parecían una eternidad. Me costaba separarme de él pero, como en otras ocasiones, el acoso de los hijos por besarle y la espera de las amas por saludarle, rompió ese caluroso encuentro.

—¡Qué alegría! ¡Pasad, pasad!, —dijo en cuanto se liberó de los abrazos de sus hijos.

—Amor mío, cuantos sinsabores. ¡Creía que nunca llegaría este momento!, —exclamé, ya en el umbral de la casa.

A continuación, le entregué el único regalo que pude traerle y el que más le complacería. Le mostré a su nuevo hijo después de darle un sentido beso de amor.

—Mira tú benjamín, —le dije, mientras lo levantaba cogiéndolo en brazos.

—¡Qué guapo! ¿Cómo le has puesto?

—Antonio, como el administrador de la Casa de Expósitos de Sevilla, a quién debemos gratitud eterna.

—¿Querida, dónde has dejado el anillo de boda?, no te lo veo puesto.

—Mi vida, ya no lo tengo. Lo empleé para pagar nuestra libertad; un salvoconducto, que después no nos sirvió por culpa de una traición.

—Has hecho bien, muy bien. ¿Y vuestro equipaje?, ¿dónde está?

—No traemos equipaje alguno. Tuvimos que salir de Sevilla con lo puesto. ¡Ya te contaré!

Mariano llevó el carro a la cuadra, desenganchó la mula, la puso en el pesebre y regresó a casa.

—Habéis llegado cuando menos lo esperaba, —nos dijo—. Los ataques franceses se están intensificando. Ha sido una temeridad. Vuestra vida ha corrido mucho peligro. Seguro que habéis oído algún cañonazo durante el viaje.

—Sí, los hemos oído, pero lejos y cuando ya estábamos cerca de aquí.

—Bueno, dime, ¿cómo lo habéis conseguido?

—Con muchas penalidades. Ten presente que el gran amor y los grandes

logros requieren grandes riesgos. Mañana te cuento. Ahora, dime ¿cómo estás?

—Ya ves, bien, con mucho trabajo.

—¿Y Dioni?

—Bien, también. Hoy tiene servicio.

Los niños, forcejeando para volver a abrazar a su padre, le rodearon, exclamando:

—¡Padre..., padre! Qué ganas tenía de verle. También quiero ver a mi hermano Dioni. ¿Dónde está?, —preguntó José.

—Hijo, mañana podréis verle. Pero, ¡si estás ardiendo! y ¡esas erupciones!

—No se me quitan, padre. Me pica mucho. Me duele todo el cuerpo del traqueteo del carro. Estoy muy cansado.

Mientras Fuencisla atendía a José, continuó el intercambio de preguntas y respuestas sobre la familia y Mariano terminó diciendo:

—Veo que todos estáis desfallecidos. Os voy a poner algo de comer y os llevo a vuestros dormitorios. Mañana hablaremos.

—Espera, espera, antes quiero entregarte algo que traigo en mi faldriquera, —le dije—. Tu amigo, el coronel Areco, me entregó estos documentos para ti; se refieren a lo que los franceses están fabricando en nuestra Fundición de San Bernardo de Sevilla. Conocía a un operario patriota que trabajaba en ella y le pasó información de utilidad para nuestro Ejército, aún a riesgo de ser acusado de espía. Cuando le dije que venía a reunirme contigo no dudó en informarme, y me insinuó la posibilidad de traértela por la gran utilidad que le reportaría al Cuarto Ejército. Aunque me dijo que lo pensase bien, pues era muy peligroso, me ofrecí sin dudar.

—¡A ver, a ver! Si son los planos de los morteros de siete pulgadas y de los espectaculares cañones-obuses a la Villantroys, capaces de disparar enormes proyectiles de once pulgadas. Efectivamente, es una información de sumo interés para nosotros. ¿Sabes que has arriesgado tu vida pasando información del enemigo? Si te hubieran descubierto, sin duda, te habrían acusado de espía para el Ejército y ya sabes lo que hacen con esas personas.

—Mi vida, claro que lo sé. Mas cuando el coronel Areco me lo propuso no podía quedarme de brazos cruzados, sabiendo cuanto estás haciendo para combatir a los franceses. Yo también quería aportar mi granito de arena a la causa y lo he hecho, sobre todo, pensando en el fin de la guerra y en el futuro de nuestros hijos en libertad.

—¡Querida, qué gran mujer eres! Lo que has hecho es propio de una heroína y eso es lo que tú eres.

Era una monstruosidad el comportamiento los franceses en nuestra flamante Fundición sevillana, apremiando a los obreros españoles a construir armas para ser utilizadas contra sus compatriotas. También era una heroicidad el comportamiento de algunos operarios, saboteando a veces la fabricación de las piezas y pasando información de lo que se estaba haciendo a nuestro ejército.

Nos sentamos todos a la mesa y Mariano trajo una ligera colación de la cocina, pero, estábamos más rendidos que hambrientos, el cansancio de nuestro cuerpo y la congoja de nuestra alma nos había cerrado por completo el estómago, por lo que algunos comieron algo, otros se quedaron dormidos sobre la mesa y enseguida nos fuimos todos a la cama.

Yo estaba más hambrienta de amor que de alimento y en la mirada de Mariano me percaté de que a él le sucedía lo mismo, confirmando mi sospecha cuando entramos en el dormitorio, porque nada más cerrar la puerta volvió a abrazarme y a besarme con desmesurada ansiedad. Le pedí que templara un momento, que quería asearme un poco, ya que venía polvorienta y sudorosa por la tensión del viaje. Me preparó una tina con agua caliente, como solía hacer yo con él cuando regresaba de algún viaje. Cuando volví a la alcoba, después de asearme, él ya estaba dentro del lecho. Me quité la bata, me miró de arriba abajo, me estrechó entre sus brazos, me besó y me acarició insistentemente, y nos amamos una y otra vez, con pasión desmedida, lo que restaba de la noche, que no era mucho.

Quería poner los cinco sentidos en lo que estábamos haciendo, pero no podía reprimir el contarle, aunque fuera muy brevemente, la zozobra que habíamos padecido en Sevilla desde que nos dejó, los avatares de nuestra estancia en la Casa de Expósitos, las iniquidades de algunos afrancesados, los percances de nuestra salida de la ciudad y el incidente de Juanita con los gabachos. También le hablé de la bondad y de las atenciones de don Antonio Jorezano con nosotros, a quien le debíamos albergue en Sevilla para toda la familia en tan críticos momentos, cuidados durante mi parto y haber podido salir de la ciudad para reunirnos con él.

Mariano me contestaba que también tenía muchas cosas que contarme, mas podían esperar, pues no era el momento, ahora lo más importante era yo. Quería recuperar todo el tiempo que había estado sin verme y necesitaba

saciarse de mí, sentir mi cariño y hacerme sentir el suyo. Sus palabras me llegaron al alma cuando me dijo: Peti, el amor es un sentimiento muy bello cuando está cerca, pero es como una espina que se clava en el corazón cuando está lejos; tenemos que quitarnos las espinas que se nos han clavado durante nuestra separación. No podía estar más de acuerdo, teníamos que apaciguar el dolor de nuestros corazones y ya no pasó por mi mente pensamiento alguno que no fuera él.

Como los botones de las plantas se abren en una exuberante explosión de color y de aroma, mostrando las flores toda su belleza por el milagro de la primavera, mi corazón, cerrado, igual que el botón de una planta, por la angustia de la marcha de mi marido, obró el milagro de la bella estación; se abrió en una maravillosa explosión de amor, mostrando toda su ternura y me entregué a él con una pasión desmedida, aún a riesgo de concebir otro hijo más.

El cansancio y la tensión del viaje, más la agitación amorosa, hizo que me quedara dormida muy pronto. Al poco rato entró en la alcoba una pareja de gabachos y acribillaron a tiros a Mariano. Me quedé aterrorizada, petrificada, y los gritos de socorro no podían salir de mi boca; pensaba que nos habrían seguido desde Sevilla para dar con su paradero y ejecutar la amenaza que habían proferido en Segovia. Acto seguido se abalanzaron sobre mí e intentaron forzarme. Luché con todas mis fuerzas para que no pudieran ejecutar su vil intención, y al fin, con gran esfuerzo, pude articular palabra, emitiendo unos gritos: ¡¡Canallas, canallas..., no..., no...!!

23.

COMIENZA MI VIDA EN LA ISLA DE LEÓN

...Recuerdo el comienzo de mi vida en la Isla de León.

Y me desperté asustada, temblando y empapada de sudor. Mi esposo también se había despertado al oír mi agitación y le expliqué el terrible sueño que había tenido. Me atrajo hacia sí, me abrazó y, mientras me acariciaba la cabeza, me tranquilizó, diciendo que era fruto de la pesadilla del viaje, pero que esta ya había pasado. Le contesté que sí, pero que había otra pesadilla mucho más mala, que no acabaría hasta que terminara la guerra, y sollozando le manifesté mi impresión de que se trataba de un sueño premonitorio.

El 21 de abril de 1810, aunque era muy temprano, ya no podía seguir durmiendo, así que me dispuse para saltar de la cama y me faltó tiempo para apartar de mi mente el funesto sueño que tanto había atormentado mi descanso.

Después de la maravillosa bienvenida al nuevo hogar que me dio Mariano, de la excitada y tan deseada noche de mi llegada y del alivio que sintió mi alma al estar nuevamente al lado de mi esposo y cerca de mi Dionisio, tuve la sensación de que otra amplia ventana se me estaba abriendo al futuro, amenazando con cerrar de una vez por todas la puerta del pasado que tan insistentemente pretendía abrirse. Por ella podría adivinar un futuro de dicha y felicidad junto a mi familia y con el presentimiento de que el fatídico sueño no se haría realidad, pues la marcha de la guerra presagiaba el final de tan largo calvario.

Tras el penoso y accidentado viaje desde Sevilla, lo primero que hice fue solicitar a mi marido la presencia de un físico para reconocer a toda la familia y principalmente a nuestro hijo José. Había recaído de su dolencia a causa de la humedad y del frío que sufrió en el camino. Mi pesadumbre por sus frecuentes recaídas sería permanente a lo largo de mi vida, sobre todo a partir de nuestra estancia en esta villa, recién entrada la primavera. Después le informé sobre las tristes noticias que me había dado el coronel Areco de lo que estaba pasando en la Fundición de San Bernardo.

...Recuerdo cuando informé a mi marido sobre la situación en Sevilla.

En cuanto tuve ocasión le informé de las fechorías que estaban perpetrando los franceses con las instituciones religiosas y con su patrimonio artístico.

—Mariano, imagino que no sabes lo que están haciendo los gabachos en Sevilla, —le dije.

—¿De qué se trata? ¡Cuéntame!, —me respondió.

—Han almacenado en el Alcázar casi todas las obras de arte de los establecimientos religiosos.

—De eso no tenía noticia.

—Son aquellas hermosas pinturas que vimos en nuestras visitas a la Catedral, a la Iglesia de Santa María la Blanca y a la Iglesia de la Caridad y otras muchas más. Hay fundados rumores de que van a catalogarlas y, después, se las van a llevar a Francia.

—Ya sabes, querida, que lo que empieza siendo un rumor acaba convirtiéndose en realidad. Seguro que pretenden llevárselas a su tierra. Han hecho lo mismo en otros países.

—¡Cuánto daño están causando estos expoliadores! Me cuesta imaginar que ya no podamos contemplar nuevamente tan espléndidos cuadros.

—¡Siento no poder hacer algo de inmediato para impedirlo! Seguiré trabajando, contra viento y marea, adiestrando a muchos oficiales para combatirlos.

Pasados unos días, mis sentimientos percibían un avance en la extraña metamorfosis que estaba experimentando la linda mariposa de antaño que yo me sentía. La larva en que se había transformado y, que se estaba extinguiendo, terminó de hacerlo. Acababa de convertirse en una pupa encerrada en su crisálida de la “Isla de León”. Estaba en otro paraje, pero seguía desterrada y ahora atrapada.

Prisionera en esta villa cercada pasé casi dos años, todo lo feliz que me permitían las circunstancias, con mi esposo, siete de mis ocho hijos, mis dos fieles amas y cerca de mí primogénito. En ese tiempo los mejores momentos que viví fueron a causa de las noticias que alegraban a mi marido, como la que me dio relatándome los progresos de su nueva Academia.

...Recuerdo la reapertura de la Academia de Mariano.

Mi esposo trasplantó el árbol que había sembrado en Sevilla, con tanto esfuerzo, a la Isla de León y comenzó a regarlo con su trabajo y a abonarlo con su sabiduría. Los preparativos que estaba haciendo para la reapertura de su Academia progresaban adecuadamente.

—Petra, ya he sacado los utensilios de primera necesidad de los

almacenes de aprovisionamiento del Cuarto Ejército y la Marina me ha facilitado faroles, mesas, bancos y sillas, —me comentó.

—Mi vida, eso no es suficiente para ponerla en marcha como hiciste en Sevilla. ¿Cómo lo vas a hacer?

—¡Lo sé! ¡Déjame seguir! El Ministro de Estado Bardají ha donado doce mil reales. ¡Menos mal!, porque estábamos un poco agobiados económicamente. Tan solo contábamos con el haber del soldado y la cesión voluntaria de dos reales de los pocos alumnos que tenemos con asistencias, que ya habíamos empleado en la adquisición de los artículos escolares indispensables.

—Eso es otra cosa. ¡Cuánta generosidad! Antes, sus profesores de la Universidad de Toledo, con su contribución económica para la creación del Batallón de Voluntarios y ahora ellos, con su aportación para la apertura de la Academia. Denota una gran fe, tanto de unos como de otros, en la empresa en que se han embarcado.

—Sí, querida, la fe es el primer motor de cualquier empresa. Cuanto más potente es, antes se alcanzan los objetivos y más lejos se puede llegar.

—Mi amor, la tuya, me consta que es muy grande. ¡Pronto conseguirás tu meta!

—Además, la Junta de Cádiz se ha declarado protectora de la Academia y nos ha anticipado que va a contribuir con veinte mil reales durante varios meses. Nos vendrá de maravilla para potenciar su organización y las infraestructuras.

—Mariano, ya me ha contado Dionisio que vas muy acelerado y que te ayuda cuanto puede. ¡Qué buen hijo es!, — le manifesté al terminar su relato.

La Academia de mi marido fue restablecida en el mes de abril con el nombre de *Nacional y Patriótica Academia Militar de la Isla de León*. El árbol de su proyecto prendió en su nueva ubicación y comenzó a llenarse de hojas. Los alumnos entre catorce y dieciséis años fueron instalados en régimen de internado y los de diecisiete años o mayores, acuartelados o acampados. Nuevamente, bajo su dirección, el centro volvió a cobrar auge.

Como era habitual, me tenía al corriente de los progresos y, sabiendo cuanto me alegraba de sus triunfos, un día cuando estábamos en la alcoba antes de acostarnos, me comentó:

—¡Petra, esto va viento en popa! Hemos ocupado los pabellones del Hospital de la Población de San Carlos y hemos montado una escuela de

equitación. También, han puesto a mi disposición dos piezas de artillería para la instrucción práctica.

—¡A propósito, Mariano! el coronel Areco me dijo que los franceses tienen tanta confianza en la labor que se está haciendo en la Fundición de Sevilla que envían las piezas al frente, sin pasar ningún control ni realizarles prueba alguna.

—¡Me lo imaginaba! Los gabachos sabían que allí se hacía un excelente trabajo. Además, tienen urgencia para enviar los cañones al frente. Están negros con la resistencia que les estamos presentando en Cádiz.

—¿Y dime, ya se han incorporado todos los alumnos que tenías en Sevilla?

—¡Si, todos ellos y muchos más! A los escolares de Toledo se han sumado los cadetes y subtenientes del Cuarto Ejército para perfeccionar su adiestramiento, así como los distinguidos de la Real Maestranza de Ronda. También seguiré instruyendo allí a los cadetes del Real Colegio de Artillería mientras no tengamos un nuevo establecimiento donde reanudar las clases. Mi árbol ya está repleto de hojas.

El “Templo de Minerva” también se había instalado en la Isla de León, al amparo de la Academia Militar de mi esposo y, aunque quedó aislado bajo el implacable cerco de las hordas de “Marte”, continuó formando más oficiales, que se incorporarían a liderar nuestras tropas de “Minerva”, con mi marido como director de estudios y primer profesor, auxiliado por el teniente coronel Bergara como segundo profesor y el capitán Solana en funciones de ayudante mayor, ambos llegados con el éxodo desde Segovia. Por si esto fuera poco, también creó un curso para los aspirantes que desearan presentarse a los exámenes para su ingreso en el Real Colegio.

Para Mariano los comienzos de la nueva etapa académica fueron muy laboriosos, igual que en Sevilla. Además, por las noches, trabajaba en casa en alguna de sus brillantes ideas y se levantaba muy temprano para cumplir con sus deberes docentes, igual que hace el sol, que se acuesta tarde y se levanta temprano y nos ilumina con sus rayos. Ahora estaba centrado en la construcción de un Obrador de Salitres para la Población de San Carlos

Por si todo eso fuera poco, se le confiaron diversos cometidos de relevante importancia en momentos tan acuciantes, como la redacción de informes y memorias sobre temas de utilidad para el ejército. Asimismo, formando parte de la Junta de Instrucción Pública de Cortes, trabajó para la

mejora de las leyes y reglamentos requeridos por las reformas que se llevarían a cabo de nuestra Nación.

En la Isla de León Mariano no tenía un momento de respiro. Amén de sus múltiples faenas burocráticas y docentes asistía con el Batallón de su Academia a todas las alarmas que se establecían para la defensa de la plaza, sacándola de apuros en muchas ocasiones.

El tiempo que pasaba con la familia era muy limitado, no obstante ayudaba en los estudios a nuestro hijo José. Esto unido a que Dionisio estaba combatiendo y a que yo acababa de tener otro hijo más, los primeros días en mi nuevo hogar fueron tanto o más duros que en Sevilla. Sin dinero, sin ropa y sin lugares de esparcimiento, como alamedas, jardines, iglesias monumentales y otros parajes donde serenar el alma como en aquella ciudad, donde casi todo el tiempo gozaba de libertad de movimiento. Aquí, apenas podía desplazarme más allá de las cuatro paredes de la casa y de unas cuantas manzanas a su alrededor.

Me sentía como si la linda mariposa, que voló de Segovia hacia tierras del sur, forzada por los fatídicos vientos levantados por las hordas de “Marte”, continuara experimentando su extraña metamorfosis. Ahora convertida en una pupa, encerrada en su claustro de la Isla de León, estaba formando su cubierta de seda con el humo procedente de los cañonazos y de las explosiones de ambos bandos, que los vientos de la zona se complacían en arrastrar hasta la villa. Su destierro cada vez era más duro y despiadado.

Era angustioso, mas tenía el consuelo de que toda la familia estaba reunida. Faltaba Dionisio en casa, pero le veía de vez en cuando gracias a que estaba dando protección a Cádiz y a la Isla de León con su batería.

Un día, desesperada por las continuas tardanzas y ausencias de mi marido, le pedí que me explicara por qué, además de las clases y de las múltiples tareas burocráticas que le habían encomendado, tenía la misión de proteger el Arsenal de la Carraca y el Campamento de Sancti Petri con sus alumnos.

—¡Mira, querida!, —me respondió —, Cádiz es el último bastión de la resistencia española contra el despiadado sitio impuesto por el mariscal Victor. Protegida por las defensas del Fuerte y río de Sancti Petri, los baluartes del puente Suazo, de la Carraca y los levantados hasta Puerto Real, con las fortificaciones de la Isla de León y de San Carlos y las defensas de la península del Trocadero, es inexpugnable una vez cortado el puente. La ciudad se ha convertido en un símbolo del rechazo nacional a la invasión

gala. Convertida en la capital de la España no ocupada, acoge a las Cortes liberales y a la Regencia. ¡Todos tenemos que contribuir a su defensa en la medida de nuestras posibilidades!

—Mi vida, lo comprendo, es que añoro tanto tu compañía...

—Además, sabes que el Gobierno cuando se estableció aquí no estaba libre de intrigas, como en Sevilla. Los pobladores de la Villa se amotinaron y comenzaron a producirse disturbios callejeros, peligrando nuevamente la vida de los vocales. Por eso esperaban impacientes a los soldados del Batallón toledano para retomar sus cometidos como guardia de honor y fuerzas de orden público.

—Mariano, es un hecho incontestable que los gobiernos se sostienen fundamentalmente sobre los pilares del temor y de la ley. Los hombres malos obedecen al primero, los buenos, solamente al segundo. Veo que tu sentido del deber te lleva, con tus alumnos, a servir nuevamente al lado del Gobierno legítimo, en las aulas y combatiendo donde lo requiere las circunstancias. ¡Eres un hombre bueno y un “Maestro de Patriotas” y eso te honra mucho!

Poco después, mi marido me hizo partícipe de unos rumores que le llegaron de la Fundición de Sevilla.

—¡Petra, no te imaginas el disgusto que tengo! Nos han llegado noticias de que los franceses han fusilado a un capataz y a dos operarios españoles de la Fundición de San Bernardo. Se cuenta que sabotearon la construcción de tres obuses enviados a las baterías que nos están bombardeando. El caso es que después de los primeros disparos las piezas quedaron inservibles al comenzar a agrietarse los tubos. Al parecer, habían empleado en su fabricación una aleación de metales impropia que le provoca ciertas imperfecciones. Su ayuda a la causa les ha costado la vida.

—¡Cuánto dolor! Se han arriesgado a sabiendas del peligro que corrían. ¡Eran unos patriotas! ¡Dios los tenga en su gloria!

—También nos han comunicado que los franceses han paralizado la fabricación de los morteros de siete pulgadas, después de mandar uno al frente; resultó tener insuficiente precisión y su fundición daba problemas. Sin embargo, continúan construyendo los cañones-obuses del sistema Villantroys. Esto confirma la información que me trajiste de Sevilla.

—Amor mío, espero que la guerra termine antes de que pongan en servicio esos monstruosos cañones. Si no, estos malvados no sólo van a esquilmar nuestro patrimonio nacional y nuestras haciendas, también

acabarán destruyendo nuestras familias y nuestras ciudades.

Estas noticias facilitaban las peticiones de Mariano para organizar su Academia. Estableció una plantilla docente con personal de su confianza, profesores que ya había tenido en Sevilla, oficiales de la Armada y del Ejército, algún instruido escolar, soldados competentes en enseñanza, algunos religiosos y varios civiles. Un alumno enseñó inglés, un soldado se encargó de la clase de esgrima y el vocal de la Junta Central García de la Torre impartiría Historia Sagrada y Profana.

...Recuerdo como organizó Mariano la Academia.

Me lo explicó, a sabiendas de que me interesaba, porque nuestro hijo José se había enterado de que su padre estaba planeando crear una clase para preparar a menores de edad para el Ejército y tenía ilusión por ingresar en ella.

—Mira, Petra, sabes que esta carrera precisa de mucho esfuerzo y dedicación. No sé si José podría soportarlo por sus problemas de salud.

—Él está muy ilusionado con ser militar. Por lo menos, dejémosle que lo intente.

—¡Está bien! Cuando sea declarado alumno de edad reglamentaria, seguirá unos estudios que duran seis meses, con asignaturas militares y científicas, ejercitándose también en Educación Física, Equitación y Esgrima, con un intenso horario académico de unas doce horas diarias desde las cinco y media de la mañana. Empiezan con una revista de aseo y después marchan a Misa. Vuelven al cuartel y practican las formaciones de ordenanza. A las ocho entran en clase, a las diez comienza el estudio privado y tienen la primera comida a las doce.

—Mariano, ese es el momento en que te espero con impaciencia para la comida y para que tus hijos pasen un rato contigo. Por la noche casi nunca pueden verte.

—Continúo. A partir de las tres de la tarde se instruyen en obligaciones militares y matemáticas y se adiestran en el manejo del arma y evoluciones. De seis a siete y media tienen paseo y recreo; después, cena, Rosario y estudio, hasta las diez de la noche.

—¡Pobres chicos! No tienen tiempo ni para respirar, igual que tus cadetes de Segovia. ¡Menos mal que estos son mayores!

—¡Espera, no he terminado! Cada día tienen dos horas de teóricas, dos de prácticas y dos de estudios. Éstos son vigilados por los alumnos “pasantes”,

responsables del orden y del repaso de las lecciones.

—Ya veo, cuanto sacrificio tienen que hacer para lo jóvenes que son.

—¡Así es! Ya sabes que la sabiduría solamente se llega a alcanzar con mucho sacrificio y dolor.

—Mariano, quiero preguntarte una cosa. ¿Por qué algunos días no vienes a comer o no vienes a dormir a casa?

—Esos días llevo a los alumnos al campo para hacer prácticas de fuego o bien para adiestrarlos en el montaje de tiendas de campaña y en el trazado de obras de fortificación, pernoctando en el campamento levantado por ellos mismos.

A veces veía a los alumnos pasando por el patio con el mismo uniforme de Sevilla y me recordaban tanto a mi Dionisio y a sus compañeros, con quienes me había encariñado tanto, que me interesé por sus vidas, como lo haría cualquiera de sus madres, preguntándoselo a mi marido.

—Esposa mía, —me respondió —, comen bastante bien con el importe asignado para ello, cuatro reales de vellón por plaza y día. En el desayuno normalmente, una jícara de chocolate; en la comida, sopa variada, olla castellana bien condimentada y postre; en la cena, ensalada, pescado y postre.

—Eso me alegro mucho, empezaba a preocuparme por ellos. En cada uno veo a nuestro hijo.

—Además, se presta especial atención la disciplina, dirigiéndola hacia la educación y otras normas propias de un caballero y de un oficial del Ejército. Hasta ahora, no se ha expulsado a nadie por desaplicación o mala conducta, a pesar del trabajo tan severo que realizan y del riguroso régimen interior a que están siendo sometidos.

—Mariano, cuanto más fuerte es el obstáculo más grande es la gloria que podremos alcanzar al vencerlo. Seguro que tus alumnos alcanzaran la gloria llevados de tu mano, pues con tus enseñanzas aprenden a superar esos obstáculos, haciéndoles más llevadero tan duro trabajo.

—Así es mi vida, ¿Crees que José podrá soportar tan agotador adiestramiento?

—Espera, querida, no adelantemos acontecimientos. Ahora es un niño, se educará como tal en tu Academia y aprenderá lo que es la vida militar. Ya veremos cuando sea mayor.

...Recuerdo el acto de entrega de la Bandera a la Academia.

Una efeméride importante, celebrada el 10 de mayo, como colofón a la

creación del Centro. Estábamos invitados al acto y se lo dije a José, que le encantaban todas estas ceremonias.

—¿Hijo, te gustaría asistir a la entrega de la Bandera a la Academia de tu padre? He pensado que podíamos ir todos. Tu padre presidirá el acto y se alegrará de vernos.

—¡Sí, madre! Sabe que las marchas, los himnos y todos los actos militares me gustan. Me hacen mucha ilusión. ¿Podré ver allí a mi hermano Dionisio?

—No estoy segura, hijo. Sabes que él está con su Regimiento en pie de guerra. A lo mejor puede asistir, pero si lo hace será como nosotros, de espectador.

La celebración se desarrolló con toda solemnidad en la Iglesia de las Carmelitas Descalzas. El Obispo de Sigüenza, Inocencio Bejarano, bendijo la Enseña e hizo su entrega en representación de las Cortes de Cádiz. Era la misma del Batallón de Voluntarios de Honor de la Universidad de Toledo, “La Universitaria”, que durante la Guerra de la Independencia cubría de gloria a esta Unidad.

Este mes Mariano me habló de los adelantos que había introducido en su Academia:

—Querida, —me explicó —, he perfeccionado el plan de estudios y he mejorado el sistema de evaluación de los alumnos con dos exámenes, mensual y semestral, en un acto público y valorando los conocimientos de táctica en el campo con la reunión de todas las Armas.

—¡Mariano, tienes mucha faena, te veo un poco agobiado! ¡Debes distraerte y descansar más!

Para que se evadiera un poco de sus quehaceres le propuse ir un día a la famosa Venta de Vargas. Tenía un tablao donde por las noches hacían un espectáculo de cante y baile flamenco, un género musical escénico, recién acuñado con este nombre, basado en la música y la danza tradicionales andaluzas, y desde que llegamos Andalucía no habíamos visto ninguno.

—Cariño, —le dije —, te parece bien que el domingo vayamos a la Venta de Vargas para ver flamenco. Ha surgido hace poco tiempo entre las provincias de Sevilla y Cádiz, coincidiendo su normalización con otras artes de procedencia popular como las corridas de toros.

—¡Claro que me gustaría! Así conoceremos algo más sobre esta encantadora tierra y su folclore. Además es un privilegio poder asistir a la

representación de nuevas manifestaciones artísticas.

El domingo, al caer la noche, fuimos a la mítica Venta, donde compartimos mesa con un matrimonio gaditano. Nos presentamos y antes de empezar el espectáculo, les pregunté:

—¿Saben ustedes quién actúa hoy y qué van a cantar? No somos de esta tierra y no estamos familiarizados con este novedoso arte.

—¡Sí, señora!, hoy intervienen dos cantaores pioneros, conocidos como “Juanelo” y “Franco el Colorao”, con un grupo de bailaoras flamencas y de renombrados guitarristas. Harán una exhibición de música de guitarra, cante y baile a base de cantiñas y sus variantes: alegrías, romera, mirabrás y caracoles. Es el folclore más genuino de la bahía gaditana.

Memoro la letra de una de las alegrías interpretadas, que después se convertiría en un clásico:

*A Cai no la llaman Cai
que la llaman relicario,
porque por patrona tiene
a la Virgen del Rosario.
Cuando te vengas conmigo
donde te voy a llevar,
a darte una vueltecita
por la muralla real.*

Con motivo de la guerra, al desarrollarse en la conciencia española un sentimiento de orgullo racial, se compusieron muchas piezas musicales, canciones, coplas y bailes; aportaciones artísticas que se representaban en teatros, saraos y en distintas manifestaciones populares, como la que habíamos asistido. Calaban tan hondo en el pueblo que era frecuente oír a la gente repetir las, tararearlas o tocar palmas por todos los sitios y a todas horas.

A finales de mes Mariano se puso a trabajar en una nueva organización de su Academia. Acababan de incorporarse ciento cincuenta soldados del Batallón toledano, doscientos cadetes del Ejército y todos los cadetes del Colegio de Artillería.

—¿Y cómo has solucionado el alojamiento para tantos alumnos?, —le pregunté.

—Lo he hecho disponiendo de la “Casa del General” e instalando un

campamento con tiendas de campaña para los alumnos de mayor edad.

Antes de terminar el mes mi esposo, pletórico de emoción, me refirió que el Gobierno, conociendo el éxito en los primeros exámenes, había regalado a los ocho más aplicados un sable de honor que rezaba: “*La Junta de Cádiz a los sobresalientes de la Academia Militar en 1810*”.

Al árbol de mi marido le seguían brotando hojas y continuaba dando frutos. Después de la graduación de los primeros oficiales en la Isla de León, como el Centro se quedó con un corto número de alumnos, el Consejo de Regencia dispuso la incorporación de otros trescientos voluntarios del Batallón toledano. Su fama de estudiosos y disciplinados era suficiente mérito para ser admitidos, también por el hecho de pertenecer a su Universidad. El árbol recuperó su frondosidad.

—Mariano, cariño, imagino que continuará el buen hacer de tus alumnos y su impecable conducta, —le pregunté, ante la nueva situación.

—¡Si, querida! Además, por la esmerada preparación y elevado rendimiento académico, que están demostrando, he recibido múltiples felicitaciones.

Mi marido, con su persistencia y tozudez aragonesa, en julio consiguió de la Regencia los nombramientos del segundo jefe del Centro, de los profesores principales y de los puestos administrativos de ayudante y secretario. Ya podía trabajar a gusto y muy pronto su árbol comenzaría a dar más frutos.

El 16 de julio, festividad de Nuestra Señora del Carmen, patrona de la Villa, daba comienzo la Feria del Carmen y de la Sal, que solía durar varias jornadas. Este año, a causa de la situación bélica, fue muy distinto, no se instalaron las tradicionales casetas de rifas ni puestos de venta de refrescos y de pasteles. Los actos se limitaron a una peregrinación hasta la Iglesia del Carmen, a la que me uní con mis niños y amas, asistiendo después a los oficios religiosos.

...Recuerdo el ingreso de mi José en la clase para niños de la Academia Militar.

Fue uno de los pocos momentos de dicha que tuve en la Isla de León, pese al tenso ambiente que se respiraba y al disgusto por los frecuentes brotes de la enfermedad de Mariano. Por fin se iba a hacer realidad el sueño de mi hijo José. Ver colmada su ilusión era como si hubiera desenvuelto el regalo de la felicidad con que me había obsequiado mi marido.

Mi hijo, entusiasmado con el acto de la entrega de la Bandera a la Academia Militar, persistía en su deseo de seguir los pasos de su hermano y de su padre. Seguro que mi marido estaría pensando en él cuando, tomando conciencia de la falta de medios para la escolarización de los niños del Poblado de San Carlos, creó una clase para menores de edad. En ella podrían continuar escolarizándose y preparándose para su ingreso en el Ejército.

Recibí con gran alborozo la buena nueva el día 1 de agosto y me faltó tiempo para comunicárselo a los niños y a las amas.

—¡Fuencis..., por favor! dispón la mejor ropa de José y abrillanta bien sus zapatos. Mañana comienza sus estudios en la Academia Militar de su padre en la categoría de cadetes menores de edad.

—¿Señora, tan pequeño? En los tiempos que corren es otra locura, —me respondió.

—Fuencis... ¡parece que la habéis tomado con la locura! ¿No sabes que la locura y la cordura son dos países limítrofes, cuyas fronteras se difuminan y no es posible saber con certeza en cuál de ellos te encuentras?

—¡Sí!, pero José es un crío, solo tiene diez años.

—¡Haz lo que te digo! ¡No te preocupes por él! Su padre es el director y estudiará con derecho a que se le cuenten los servicios desde la edad de doce años, pudiendo seguir después en un colegio miliar hasta hacerse oficial.

—¡Está bien! Enseguida, señora.

Al día siguiente la ilusión de José comenzó a transformarse en realidad. Mi impaciencia, esperando su regreso a casa después de la primera jornada de clase, era notoria y su contento todavía mayor, a juzgar por las voces que daba desde la puerta nada más llegar.

—¡Madre..., madre! tengo muchas cosas que contarle.

—¡Dime, hijo!

—Madre, nos han entregado un uniforme. Antes de entrar en clase tenemos que formar y nos pasarán revista de uniformidad y aseo; algún día a la semana tendremos instrucción y también nos llevarán a presenciar las formaciones y ejercicios de los cadetes mayores.

—Mi vida, ten presente lo que te voy a decir. Estudia mucho, pórtate bien, no te enfrentes a tus compañeros, obedece a tus profesores, sé puntual en todos los actos y ve siempre muy pulcro. ¡Verás cómo te hacen cadete de edad reglamentaria dentro de dos años!

—Madre, sabe que eso es lo que quiero, ser como mi hermano, seguiré sus consejos. También, he conocido a mis compañeros y me parece que haré

buenos amigos.

El deseo de José empezaba a cumplirse. Su ilusión pasó de la imaginación a la realidad. Su corazón estalló con destellos de alegría y regocijo, como la metralla en la explosión de una bomba, y nos alcanzaron a todos, contagiándonos de su felicidad. Su corazón quedó libre para llenarlo con la satisfacción del deber cumplido, ahora en el estudio y después en el trabajo.

En agosto el “Templo de Minerva” se trasladó a un cuartel de Artillería de Cádiz con el teniente coronel Bergara y el capitán Solana, profesores que ejercían con mi marido en las clases para los cadetes de Artillería impartidas en su Academia, en la que él seguía trabajando.

Asimismo, el Batallón toledano se extinguió en septiembre al no poderse completar de acuerdo con las normas de su constitución. Los pocos soldados que quedaron fueron agregados a distintas unidades del Ejército con la categoría de distinguidos y casi toda la oficialidad, dada su condición de profesores universitarios, a la Academia Militar.

Por la ventana que había abierto al futuro cuando llegué a la Isla de León hasta ahora lo único que vislumbraba eran algunos cambios en el humor y en la labor de mi marido. Del futuro de la familia nada adivinaba, como si esa ventana se hubiera abierto en plena noche y el amanecer no terminara de llegar. Dentro de esa cruel oscuridad estaba viviendo momentos trágicos, como el día en que mi esposo me dio un susto de muerte.

24.

MOMENTOS DE ANGUSTIA Y DESESPERACIÓN

...Recuerdo cuando Mariano dio síntomas serios de su enfermedad.

Fue un día de septiembre cuando se cayó al suelo sin sentido, nada más levantarse de su silla, después de comer. Era uno de los múltiples episodios de agotamiento que venía experimentando. Le ayudé a incorporarse y una vez reanimado le acompañé hasta la cama y lo recosté como pude. Le ayudé a meterse en el lecho y ordené a las amas y a los niños que no le molestaran. Era tal su extenuación que se quedó dormido enseguida y enlazó el día con la noche hasta la mañana siguiente, que se despertó aturdido y extrañado, a mi lado.

Yo siempre había sido una mujer muy fuerte ante cualquier adversidad, había resistido un tormentoso e interminable viaje con un bebe en brazos y una numerosa prole de corta edad, uno de ellos muy enfermo, había pasado hambre, frío y dolor, pero la idea de perder a mi esposo me sobrepasaba. No soportaría su falta, despojada como estaba de todos mis bienes y con la enorme carga de siete hijos menores.

Nunca pude reprocharle su gran amor por la Patria, dispuesto a defenderla ante cualquier adversidad, reflejado en las enseñanzas que impartía, en su actuación en el frente y en su iniciativa con el bando revolucionario que redactó y los mozos que levantó para la causa. Yo le amaba siempre con la misma intensidad, con una pasión ciega que restaba importancia a otras cosas, mas, a veces, no tenía más remedio que abrir los ojos para ver la cruda realidad.

...Recuerdo la solicitud que hice a Su Majestad.

Por eso, animada por él, el día 21 de septiembre escribí una instancia al Rey solicitando una pensión para mis hijos. Le presentaba el celo, la laboriosidad y el patriotismo que mi esposo y nuestros ocho hijos profesaban a la Nación y le exponía:

“Que la triste memoria de la orfandad me horrorizaba, porque la infatigable labor de mi marido y su entrega al servicio de la Patria, olvidándose de la falta que hacía a su familia al estar absorbido por su trabajo, debilitaba su salud a grandes pasos, asistiendo a ello con desconsolado llanto mis hijos y yo.

Que le seguí con toda la prole, afrontando las mayores privaciones e incomodidades del invierno, desde Segovia hasta Sevilla.

Que desprecié los intereses y el bienestar que insistentemente me ofrecían en Sevilla por amor a mi marido y para evitarle que mi permanencia con los afrancesados, ante el chantaje, su amor de padre y esposo le hicieran vacilar en no tomar siempre partido grande.

Que estaba allí a pesar de las insidiosas persuasiones con que algunos, teniendo por locura la determinación de mi marido y la mía, querían obligarme a llamarle para sucumbir como ellos. Los mismos sabían de mi valentía en despreciarles, afearles su debilidad y animarles a seguir el partido único.

Que en el albergue de la Casa de Expósitos de Sevilla, donde su administrador y otros fueron testigos de mi ejemplar comportamiento, dan prueba de ello. Esas mismas personas saben que de Segovia, donde tenía mis mayorazgos, me habían ofrecido el levantamiento del secuestro general si regresaba.

Que me habían librado el dinero para el viaje, pero me aproveché de él para seguir a mi marido con nuestra dilatada familia y dos amas, llevando con nosotros a cuantos pudimos y quisieron acompañarme”.

A pesar de la enfermedad que le estaba produciendo a Mariano su agotadora labor y de los múltiples obstáculos que le estaban poniendo en su camino para que cesara en su empeño docente, su ánimo no decaía. Por causas desconocidas, probablemente entre ellas los celos profesionales, algunas autoridades, incluso jefes militares, le habían mostrado su hostilidad, a veces con ridículas excusas como la de suspensión del pago de los haberes.

—Mira, Peti, —me confió un día—. Qué razón tenías cuando me animaste a seguir sembrando la semilla de mi proyecto aunque no llegara a germinar por distintas causas; sin embargo, ahora, que el árbol ya está crecido y dando sus frutos están intentando derribarlo.

—¿Qué ocurre, mi bien?

—¡Muchos contratiempos! Envían como soldados al frente ciento cincuenta alumnos de los más adelantados de mi academia y prohíben la entrada a los voluntarios que lo deseen. No me admiten a los universitarios de Cuenca que habían solicitado su ingreso en ella. Hacen oídos sordos a mi propuesta de establecer una clase de “Estudios Sublimes”, tan necesaria para conservar este saber en España. Y todo eso, a pesar de que ya hemos

promovido seiscientos cuarenta y siete alumnos a oficiales de Infantería y Caballería.

—Amor mío, tu árbol ha echado raíces muy profundas, su tronco es robusto y ya ha dado una abundante cosecha. Ese vendaval no podrá derribarlo. ¡Pasará!, ¡ten ánimo! Ya sabes que el fantasma de la envidia o de la ignorancia ha intentado muchas veces destruir una institución tan útil y patriótica, pero otras tantas veces la espada de “Minerva”, empuñada por tu mano, encarnando el espíritu de la sabiduría, ha desbaratado sus viles proyectos.

—¡Lo sé, lo sé, pero no lo comprendo! De todas formas no voy a desistir.

—¡Haces bien! Te han levantado obstáculos en el camino de una buena obra con el capricho de la sinrazón, pero esos obstáculos se derriban con la fuerza de la razón y sé que razón a ti no te falta.

Las adversidades no minaban el entusiasmo de mi marido por su obra, pero tantas y tan profundos contratiempos, al fin, comenzaron a herirle en lo más profundo de su ser. Así, un día, barruntando un incierto futuro de su Academia, expresaría a sus alumnos:

“Amanecerá el sol por su oriente, se elevará a su mayor altura, se precipitará en el ocaso y aun en la oscuridad tenebrosa de las indispensables horas de sueño, dejaremos los libros para coger el fusil, el cañón, caballo y azada para reducir a la práctica, en repetidas evoluciones y simulacros, cuanto nos enseñe la teoría”.

Para colmo de males, otra desgracia se cernía sobre la Isla de León al difundirse unos alarmantes y fundados rumores, que causaron el pánico entre la población. Por la ventana que había abierto al futuro lo único que seguía percibiendo eran más tinieblas.

A mediados de mes vivimos momentos amargos al advertir la presencia de una nueva y aterradora amenaza, dando credibilidad a los rumores que circulaban. Silenciosa e invisiblemente, otro ejército tan letal o mayor que las mismas bombas del enemigo, avanzaba sin tregua desde el interior de Cádiz hacia la salida de la ciudad. La superpoblación, la excesiva cantidad de barcos que arribaban a su puerto y la masiva llegada de refugiados, unido a la deficiente alimentación de los gaditanos, a base de mariscos y hortalizas recogidos en las rocas y huertas próximos a los desagües de la ciudad, provocó una epidemia de viruela y un brote de fiebre amarilla. Todo ello, unido a las altas temperatura propias de la estación veraniega, hizo que el

virus se extendiera rápidamente.

El implacable peligro del contagio obligó a la Regencia y a las Cortes Generales de la Nación, reunidas en Cádiz, a buscar refugio en la Isla de León.

...Recuerdo la primera sesión de las Cortes Generales.

De cuyo acontecimiento fui testigo el 24 de septiembre, entre otros que cambiarían el rumbo de nuestra historia. El Consejo de Regencia, superados los problemas que se le presentaron para completar su constitución y determinación de funciones, cuando ya se encontraban en la Isla de León todos los diputados, decidió convocar las Cortes Generales. Primero se trasladaron a la Iglesia Mayor Parroquial de San Pedro y San Pablo en procesión cívica, que presencié en compañía de Josefa. La carrera estaba cubierta por tropas de la Casa Real y soldados alumnos de la Academia de Mariano, y el pueblo, que se había echado a la calle, no paraba de vitorearles, mientras doblaban las campanas y se disparaban salvas de artillería en su honor, cuyos estampidos esta vez no me angustiaban.

En la Iglesia, los diputados celebraron una ceremonia, ante monseñor Pedro de Quevedo, que actuaba como presidente regente, prestando el protocolario juramento y cantando un solemne *Te Deum* de acción de gracias. A continuación se trasladaron al modesto Teatro Cómico de la Villa, dispuesto en forma de hemiciclo, donde se reunieron en su primera sesión extraordinaria, con el cometido de redactar la primera Constitución española.

Las Cortes, erigidas en poder constituyente, promulgaron los primeros decretos, que establecían un nuevo orden político, jurídico, económico y social, levantando un grandioso clamor popular, que no tardó en llegar hasta donde yo me encontraba. Pretendían crear una legislación liberal y poner los cimientos para un Estado democrático y de derecho, que sustituyera al Antiguo Régimen.

Los españoles de bien, amantes de su tierra y de su libertad vislumbrábamos el principio de una nueva e ilusionante etapa en nuestras vidas. Por eso, el pueblo estaba viviendo intensamente tan importante acto, como si se tratara de una verdadera fiesta, y no dejaba de gritar: ¡Viva España! , y de cantar el Himno:

*Del tiempo borrascoso
que España está sufriendo,*

*va el horizonte viendo
alguna claridad.*

*La aurora son las Cortes
que con sabios Vocales
remediarán los males
dándonos libertad.*

*Respira España y cobra
la perdida alegría,
que ya se acerca el día
de tu felicidad.*

El acontecimiento también estaba siendo vivido con gran entusiasmo por mi marido y los soldados del batallón de alumnos de su Academia, empeñados en dar protección a los diputados en sus desplazamientos y reuniones.

...Recuerdo los progresos del proyecto de Mariano.

Animado por este ambiente, mi esposo seguía practicando mejoras en su Academia. Organizó una biblioteca, que se nutriría con la adquisición de unos mil cien volúmenes, principalmente de obras científicas. Activó una imprenta para editar libros de texto y otras obras. Abrió una enfermería y una capilla, también empleada como escuela para los huérfanos de guerra más pequeños, donde el capellán les enseñaba la educación básica. También mejoró la manutención de los cadetes.

Como los alumnos también tenían que participar en la defensa de la población adaptó el horario, cuando las circunstancias lo demandaban, para simultanear las clases con servicios nocturnos de guardia y misiones armadas, sobre todo escuchas y retenes, y, en ocasiones, se veía obligado a suspender las actividades escolares para combatir donde fuera preciso.

Yo no dejaba de pensar en mi querido Dionisio. Cada vez que oía el estruendo de un cañonazo, la explosión de una bomba o me llegaban comentarios sobre alguna refriega, se me encogía el corazón pensando que podría verse afectado por ello.

Como las desgracias nunca vienen solas, tampoco dejaba de pensar en el desastre que nos sucedería si alguien de la familia se contagiaba de la fiebre amarilla, cuyos estragos iban en aumento, y que ya empezaba a ser conocida por el pueblo como el “vómito negro” y el “vómito prieto”, apelativos que

ponían a la situación un tinte todavía más trágico, si cabe.

En octubre, causaron baja los cadetes de todos los cursos del “Templo de Minerva”, instalado en Cádiz, después de terminar sus estudios y ser promovidos a oficiales sesenta y nueve. El día cinco embarcó en el puerto de Cádiz en la fragata Lucía para su nueva ubicación en Menorca, lugar seguro protegido por la Escuadra inglesa, aunque por causa de un temporal no se haría a la mar hasta el día once. Mi esposo, nombrado jefe de estudios para la nueva etapa académica, no tendría que incorporarse a su nuevo destino hasta que estuviesen debidamente instalados, permaneciendo al frente de su Escuela en la Isla de León.

De nuevo la incertidumbre sobre otro inminente traslado de Mariano, lejos de la familia, me conmocionaba y traía el desasosiego a mi vida. Era otra consecuencia de la maldita invasión francesa. ¡Cuánto tormento!

...Recuerdo la concesión de una pensión para mis hijos.

Cuya comunicación viví con mucho júbilo. En noviembre el Consejo de Regencia, teniendo en cuenta nuestra familia numerosa, los destacados méritos de mi marido y los relevantes servicios que había prestado a la Nación, satisfizo mi desesperada petición.

Otorgaba a cada uno de mis ocho hijos una pensión anual de mil reales de vellón sobre las vacantes mayores y menores del Arzobispado de México o de cualquiera otro arzobispado u obispado de América donde pudiera confirmarse la gracia. No obstante, tendría efecto pasados dos años, repartiéndose la pensión de cada fallecido o que falleciera después de esa fecha, y de los que estuvieran colocados, a partes iguales entre los sobrevivientes sin ocupación.

A mí ya me habían concedido la pensión de viudedad que, en su día, había solicitado Mariano. Sin embargo, se nos había denegado el beneficio del Montepío Militar para mí y mis hijos por haber contraído matrimonio mi marido siendo oficial subalterno.

Como si estuviera grabado a fuego en mí sino, la alegría duró bien poco, porque días después enviaron a mi José a casa, con bastante fiebre y el cuerpo lleno de ronchas. Eran demasiadas afecciones las que estaba sufriendo el pobre niño y esta vez su aspecto no me gustaba nada. Me puse en lo peor, pensando en la fiebre amarilla, y se me cayó el alma a los pies.

El físico me tranquilizó, explicándome que padecía una erupción miliar depuratoria, originada por un sarampión mal curado. Que el penoso viaje que hizo desde Segovia hasta Sevilla, con motivo de la guerra, mal alimentado, soportando rigurosas inclemencias del tiempo, mucho frío y la falta de las debidas atenciones, provocó un rebote interno del mal, depositando las supuraciones en la masa sanguínea. Por eso, el mal aparecía cada cierto tiempo y producía los distintos efectos que se observaban. A pesar del gran susto que me llevé y de la triste nueva, por lo menos ya sabíamos la causa de los frecuentes males que aquejaban a mi pobre hijo.

Y continuaban las malas noticias, porque la primera bomba enemiga lanzada desde Matagorda, hizo explosión el 1 de diciembre en el interior de Cádiz. Otras, comenzaron a volar con intervalos impredecibles, pero sin pausa, zumbando amenazantes sobre los tejados y azoteas de los edificios de la ciudad. A veces, el humo producido por las explosiones se confundía con las nubes del cielo, presentando un panorama muy lúgubre. Aunque causaban poco estrago en las viviendas, sembraban el pánico entre sus habitantes, que huían despavoridos hacia La Caleta y los Campos del Sur, donde nuestros aliados ingleses les ofrecían alojamiento de emergencia en improvisadas tiendas de campaña.

Pero estaba lloviendo sobre mojado, y más estragos que las propias bombas estaba causando el implacable enemigo invisible, con sus avanzadillas aéreas de mosquitos que, sin pausa, soltaban su mortífera carga indiscriminadamente. Cincuenta víctimas del contagio fallecieron de fiebre amarilla en octubre, registrándose hasta final de año unos veintidós enfermos.

El temor que sentía por las desastrosas noticias procedentes de Cádiz se transformó en fundado miedo cuando empezaron a darse casos de contagio en la Isla de León. Procuré disimularlo lo mejor posible, pues el miedo es más contagioso que la propia peste y se propaga más rápidamente y pedí a las amas que solo salieran de casa lo imprescindible e impidieran a mis hijos que lo hicieran.

Si antes digo esto, antes oigo a José quejarse lastimosamente más de lo normal y, al comprobar que tenía la tez amarillenta y que la fiebre le había subido todavía más, de mi boca salió un: ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¡lo que le faltaba al niño! ¡A mi José no! y de mis ojos brotó un chorro de lágrimas.

25.

LOS FRANCESES BOMBARDEAN CÁDIZ

...Comenzamos el año 1811 sitiados por los franceses y por la peste amarilla.

Afortunadamente el susto que nos dio José no era debido a la peste si no a una exacerbación de su enfermedad. Y a pesar de las angustiosas noticias sobre la peste amarilla, era inevitable salir de casa alguna vez, sobre todo para ir a la compra, cosa que solían hacer mis amas. Un día que lo hice yo, me crucé en la calle con un salinero que acostumbraba a traerme pescado de estero. El asedio había afectado mucho a su actividad porque la mayor parte de las salinas habían quedado dentro de la zona asediada. En ellas recogía pescado de excelente calidad y, cuando lo hacía, iba a casa para ofrecérmelo. Se paró, nos saludamos y me comentó algo que le había confiado un gabacho rebelde, confidente suyo a costa de algún suministro de tabaco. Yo me estremecí y me quedé apesadumbrada pensando en sus palabras. Después, el salinero se interesó por la familia.

—¿Doña Petra, y su marido y sus hijos, cómo están?

—Estamos bien de salud, señor, menos José por las continuas recaídas de su enfermedad, pero esta maldita guerra nos tiene a todos desquiciados. El asedio nos está creando una gran tensión y los alimentos comienzan a escasear. Cada día que pasa aumenta más la inquina del pueblo hacia esos abominables franceses.

—Tiene usted razón, doña Petra. Nosotros también lo estamos pasando muy mal, con mil ojos dónde faenamos para no caer prisioneros y además escasea la pesca.

—¡Qué Cruz! ¿A propósito, cómo anda usted de pescado?

—Probablemente, mañana podré llevarle algo.

—¡Agradecida, señor!, mañana le espero.

Estaba angustiada por el estampido de los cañones y preocupada por los rumores que llegaban del frente, donde Dionisio estaba combatiendo. Por eso cuando tuve ocasión le transmití a mi esposo la información que me había confiado el pescadero.

—Mariano, —le dije —, al pescadero le han soplado que los franceses están dispuestos a bombardear todos los edificios de Cádiz, pero, por ahora, los proyectiles no están causando mucho daño. ¿Qué ocurre? Por eso se oyen tantos cañonazos, tanto por la parte de Chiclana como por la de Puerto Real.

—Mira, Petra, eso es cierto. Los franceses están empeñados en destruir Cádiz. Piensan que así nos rendiremos.

—También se ha enterado que los gaditanos tienen la moral muy alta y dicen que no les preocupa. ¡Que sigan disparando! ¡Que no se van a rendir!

—Es que, además de la moral de los gaditanos, que, efectivamente es muy alta, los franceses tienen dos problemas con su artillería: por un lado, el alcance y por el otro, el tiempo de retardo de las espoletas. Para cubrir toda la ciudad precisan piezas que lleguen más allá de las tres mil toesas y carecen de ellas. Además, los vientos, que tan frecuentemente soplan en esta zona, modifican mucho sus trayectorias y alcances.

—Cariño, parece que estos vientos de levante o poniente, a veces tan molestos, son nuestros aliados en esta contienda. Y eso que yo no paraba de quejarme nada más llegar a la Isla. Imagino que Napoleón, como artillero que es, debe de estar que se lo llevan todos los diablos.

—¡Efectivamente! Además, al pretender llegar con sus proyectiles a todo el casco urbano, la distancia es tan grande que la mecha de retardo hace explotar las bombas antes de alcanzar el objetivo. Según parece, están probando unas espoletas nuevas, mas espero que el viento acelere la combustión de la mecha y no consigan la eficacia esperada.

—¿Mariano, y esos estremecedores cañones a la Villantroys, construidos en nuestra Fundición de Sevilla, que te referí? He oído que sus montajes, con forma de monstruosos dragones, causan espanto solamente con verlos. ¿Pueden hacernos mucho daño? ¿Y si empiezan a bombardear la Isla de León con ellos?

—¡No, Petra, sosiégate! Esos no nos quitan el sueño, no son lo que parecen. Afortunadamente, su alcance es limitado y apenas llegan a los límites de la ciudad. Además, su alcance disminuye con cada disparo y las piezas se deterioran enseguida, pues necesitan una gran carga de pólvora que las va desgastando. ¡Son espectaculares, pero su eficacia, desastrosa!

Algunas noches me estremecían los continuos resplandores de los fogonazos, seguidos por el estruendo de los cañonazos procedentes de ambos lados de la villa. Tenía la sensación de estar en medio de dos grandes tormentas, cegando mis ojos con el resplandor de sus rayos y dejándome sorda con el estampido de sus truenos. Mi mente desquiciada transmitía todo este malestar a mi corazón, encogiéndolo de angustia por la suerte que podrían estar corriendo las vidas y las haciendas de los sufridos pobladores

de Cádiz.

A pesar de ello, los bombardeos no amilanaban a los valientes gaditanos. Ante las trascendentales circunstancias que estábamos atravesando, la bella Gades, crisol de mil culturas, fraguado por los numerosos pueblos invasores que la habitaron, se unía al heroico clamor nacional dando muestras de un peculiar y alegre derroche de ingenio.

Dentro de la penosa vida que yo estaba llevando, igual que toda mi familia y el pueblo entero, no faltaban algunos momentos de ánimo, como cuando oíamos a los gaditanos en la calle cantar sus coplillas en tono jocoso para burlarse de los franceses y elevar la moral de sus compatriotas. Como si cada día estuvieran viviendo el Carnaval, el pueblo daba rienda suelta a su peculiar forma de ser, a su forma de vivir y de sentir, a su espléndida imaginación, a la típica guasa y al carácter abierto y jovial de su gente. Una de ellas, el tanguillo más popular, oído en boca de todo el mundo, hacía referencia a la artillería gala:

*Cañones de artillería,
aunque pongan los franceses
cañones de artillería,
no me quitarán el gusto
de cantar por “Alegrías”.*

*Con las bombas que tiran
los fanfarrones
se hacen las gaditanas
tirabuzones.*

*Que las hembras cabales
en esta tierra
cuando nacen ya vienen
pidiendo guerra.*

*¡Guerra! ¡Guerra!
Y se ríen alegres
de los mostachos
y de los morriones
de los gabachos.*

*Y hasta saben hacerse
tirabuzones
con las bombas que tiran*

*los fanfarrones.
Son de piedra y no se notan,
las murallitas de Cádiz,
son de piedra y no se notan,
“pa” que en ellas los franceses
se rompan la cabezota.*

Un día Josefa, cuando estaba faenando, se puso a tararear este tanguillo, haciéndome recordar una pregunta que me hizo José. No supe contestarle, por lo que se lo consulté a mi marido.

—Mariano, José me ha preguntado por qué las gaditanas se hacen tirabuzones con las bombas que tiran los franceses. ¡Qué extraño!

—Peti, no es extraño, tiene sentido. Es en alusión a los pedacitos de plomo que las mujeres acostumbráis a usar para sujetaros los rizos de los tirabuzones. Algunas granadas llevan en su interior tiras de este metal que en el momento de la explosión salen disparadas en pequeños trozos retorcidos aumentando el efecto de los fragmentos del proyectil.

—¿Por qué utilizan este tipo de granadas?

—Mira, lo normal es que las disparen de hierro macizo o con una carga de pólvora, pero han comenzado a rellenarlas de plomo. Imagino que, como buenos artilleros que son, estarán experimentando la forma de aumentar el alcance. También es posible que estén probando “proyectiles de metralla” para causar más daño a las personas.

Esta copla era una de las muchas que formarían el célebre Cancionero de la Guerra de la Independencia, el cantar de gesta del pueblo español durante una de las más sangrientas y gloriosas epopeyas de nuestra historia. Cantos de ánimo, de fe y de esperanza por la recuperación de la libertad usurpada y la unidad de España, tan vilmente mancillada. Canciones que pronosticaban el fin del imperialismo napoleónico en tierra hispana, con textos rigurosamente históricos, frente a otros relatos fanáticos y tendenciosos de los afrancesados.

Josefa, aficionada a cantar, hacía los quehaceres de la casa tarareando estas coplas. Cada día, al regresar del mercado, nos sorprendía con las nuevas estrofas que acababa de aprender.

Tuvimos noticia de que toda la población de Cádiz se había militarizado. La idea que los gobernantes no dejaron llevar a cabo a mi marido en Segovia

aquí si había tenido éxito. Grupos armados de civiles, circulando por calles y plazas, estaban dispuestos a defender hasta el último reducto de la ciudad. Todos, unidos en el patriotismo y organizados según su posición social, en burgueses, artesanos y pueblo llano, contaban con sus propias milicias. No obstante, los habitantes no perdían su característico buen humor, tan necesario para alejar el temor infundido de la invencibilidad del ejército napoleónico con su fama de guerreros victoriosos.

Mi proveedor de pescado, un día, cuando me trajo el suministro, me contó los simpáticos apodos inventados por los gaditanos para estos bravos patriotas.

—¿Doña Petra, ha oído usted los mote tan pintorescos que han puesto a las distintas fuerzas alistadas en Cádiz?, —me dijo después de hacer su entrega.

—¡No señor, no los he oído! No he tenido ocasión, apenas salgo de casa; bueno casi nadie lo hace. Ya sabe usted lo que pasa.

—Les llaman: lechuguinos, guacamayos, cananeos, perejiles, pavos.

—¿Por qué los apodan de esta manera?

—Es en alusión a alguna de sus cualidades personales, a su origen o a su vestuario. “Lechuguinos” son los Voluntarios de Puerta de Tierra, porque es un paraje donde existen muchas huertas; “guacamayos”, los Voluntarios Distinguidos por sus uniformes de vistosos colores —casaca roja, cuello y vueltas verdes y correa blanca —; “cananeos”, los cazadores por armarse con escopetas y cananas con cartuchos; “perejiles”, los artilleros de Puntales por el color verdoso de su vestimenta y “pavos”, los desaboridos integrantes de las milicias urbanas.

—Son muy graciosos y llamativos, señor. Denotan el salero y la ironía propia del pueblo gaditano, incluso en estos momentos de tanta tensión y sufrimiento que estamos viviendo.

—Señora, es la forma que tienen para evadirse y hacer su padecimiento más llevadero, pues el sufrimiento depende no tanto de lo que se padece cuanto de nuestro pensamiento e imaginación, el dolor moral aumenta nuestros males.

Además de la guerra y de la familia, recuerdo mi otra preocupación, evitar el contagio de las epidemias, sobre todo de la fiebre amarilla, que ya había comenzado a causar estragos entre los pobladores de la Isla de León. No pudiendo ni siendo prudente ayudar a los afectados, que eran recluidos en

lazaretos, por las tardes rezábamos el Santo Rosario en casa pidiendo la protección del Altísimo para todos. Mariano me consolaba continuamente diciéndome: “Confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades”.

Pero el tiempo nos seguía proporcionando amargas desdichas, como la tarde que oí a mi hijo Jacobo quejándose. Acababa de vomitar y cuando le vi, tan pálido y demacrado, y con mucho dolor de cabeza, no pude reprimir unas exclamaciones de: ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¡el niño, no!

26.

MOMENTOS HISTÓRICOS Y DE ESPERANZA

...Recuerdo el traslado de las Cortes Generales de la Nación a Cádiz.

Yo confiaba en el tiempo, pero seguía dándonos sinsabores, como la marcha de las Cortes Generales de la Isla de León a Cádiz en febrero de 1811 a causa del avance de las tropas napoleónicas y por la aparición de algunos brotes de fiebre amarilla entre la población. A Dios gracias los síntomas que presentaba Jacobo no eran producidos por este mal, si no por una indigestión.

Fui testigo de ese momento histórico desde una perspectiva de excepción, por el ambiente que se respiraba en la calle y por la intervención de mi marido en el traslado. Un día cuando José llegó de clase venía sorprendido, con muchas ganas de contarme lo que había presenciado en la Academia. Nada más entrar me dijo, un tanto eufórico:

—Madre, he visto a padre pasando revista a una sección de soldados a caballo de la Academia.

—Hijo, he oído que las Cortes se trasladan mañana a Cádiz. Será que los está preparando, como ha hecho en otras ocasiones, para dar escolta a los diputados en su desplazamiento, pues son fuerzas de su confianza.

—Sí, madre, debe de ser eso, porque eran alumnos del Batallón toledano.

—No cabe duda, casi todos los voluntarios de esta Unidad ya se han incorporado a la Academia de tu padre.

—A propósito, madre. ¡Si viera cuantas ganas tengo de aprender a montar a caballo!

—Mi vida, ten paciencia, cada cosa en su tiempo. Hablaré con tu padre a ver si pueden empezar a enseñarte; así, cuando ingreses de cadete efectivo ya serás un buen jinete.

Como la evolución de las operaciones galas cada día eran más preocupantes para los asediados, las Cortes Generales precipitaron la búsqueda de un lugar más alejado del enemigo, donde pudieran continuar su trabajo y, desde donde, en caso de inminente peligro, pudieran huir hacia un puerto libre de la España de ultramar. Esto, unido a la incipiente epidemia de fiebre amarilla, determinó la celebración de su última sesión en la Isla de León el día 20 de febrero y, acto seguido, su traslado a Cádiz, al abrigo de la armada inglesa, que garantizaría la seguridad de los diputados. Estos hicieron el traslado escoltados por alumnos de la Academia de Mariano, que después también les darían protección durante la celebración de las sesiones

Las sesiones continuaron el día 24 en el Oratorio gaditano de San Felipe de Neri y uno de los primeros temas que trataron, nada más ocupar sus nuevos escaños fue si con motivo de la contienda la ciudad debía suspender el carnaval o limitar las manifestaciones públicas a la máxima austeridad. La deliberación fue difícil al tratarse de unas fiestas de gran tradición popular cuyos orígenes se remontan al siglo XV.

A pesar de las ordenanzas reales y de los edictos municipales, llegaron las fechas de tan anheladas fiestas y yo veía al pueblo celebrándolo en sus barrios y a los ciudadanos acomodados haciendo los tradicionales recorridos entre saraos, cafés y bares, con su típica vestimenta carnavalesca, ajenos a la barbarie de los gabachos. Habían adornado las terrazas y los patios con farolillos de papel y algunos barcos fondeados en la bahía mantuvieron los fanales encendidos, como queriendo provocar a los desconcertados franceses. Las calles, por la noche, se veían repletas de viandantes con antifaces y caretas, lanzándose confetis, serpentinas multicolores y jeringazos de agua. Grupos de gente, con su baile, con su cante y tocando música de cañas y tambores, acallaban el molesto tronar de los cañonazos y las continuas explosiones procedentes de ambos bandos. La excitación del festejo les hizo olvidarse por unos días del peligro de contagio de la fiebre amarilla.

En estos días viví algunos momentos de satisfacción, porque el árbol de mi marido estaba dando más frutos. Recuerdo las palabras con las que Mariano me dio esta buena nueva a primeros de marzo:

—Petra, nuevamente cuando intervienen mis alumnos para proteger a los diputados recibo buenas noticias. La Regencia ha creado una escuela militar en cada uno de los seis ejércitos de España. Todas seguirán mi experiencia docente, adoptando el plan de estudios y el régimen interior de mi Academia, que se constituye en la *Escuela Militar del Cuarto Ejército*.

—¡Me alegro muchísimo, mi vida! Sabes que: “Las grandes obras son hechas no con la fuerza, sino con la perseverancia”. Con tanto tesón y esfuerzo estás haciendo una gran trabajo y no solo está fructificando el árbol que tu plantaste en Sevilla, sino que darán muchos más frutos los que están poblando con tu simiente el suelo patrio. De esta forma vas a contribuir más rápidamente al final de tan odiosa guerra. ¡Estoy segura que la Historia te recordará!

Mi marido estaba de tan buen humor que durante todo el día no dejó de

piropearme y de agradecerme todo el apoyo que le prestaba en sus proyectos. Su contagioso estado de ánimo continuó a la hora de irnos a la cama y cuando entramos en la alcoba me demostró cuanto me quería con un caluroso abrazo, seguido de un largo y dulce beso y de un sinfín de caricias por el pelo, por la cara y por todo el cuerpo. Yo le correspondí a todo sin medida, tal como me dictaba mi corazón de enamorada. Continuamos con estas demostraciones de cariño sobre la cama y ocurrió lo inevitable una vez más. Volvimos a entregarnos sin reservas y nos amamos tan apasionadamente que, fruto de tanta pasión y de tan elevados sentimientos, concebiría a nuestro noveno hijo, Ramón.

También viví algunos momentos de dicha, alternados con otros de tristeza, como cuando recibí la buena nueva de que mi Dionisio había ascendido a teniente con fecha del 17 de marzo, permaneciendo en su destino. La noticia me llenó de felicidad, aunque poco duró la alegría en casa porque acababa de llegar un correo del señor Jorezano, a quién me unía una buena amistad desde que me acogió en la Casa de Expósitos de Sevilla, con malas nuevas.

Llamé a mi marido para leérselo.

—Cariño, referente a lo que te comenté al llegar aquí, mira lo que me ha escrito don Antonio sobre lo que han hecho los franceses con las instituciones religiosas de Sevilla:

“Han organizado un museo napoleónico en el Alcázar con unas mil obras de arte de los establecimientos eclesiásticos. Manifiestan que es el Museo de Bellas Artes que necesitaba la ciudad, pero hay rumores de que los están catalogando para enviarlos a Francia. Abierto al público sevillano, exhibe cuadros de Velázquez, Murillo, Valdés Leal, Zurbarán y otros afamados pintores. También está la “Inmaculada” de la iglesia del Hospital de Venerables Sacerdotes. El Cabildo Catedralicio, para conservar el cuadro de Murillo “Visión de San Antonio de Padua”, con el que estaba obsesionado el mariscal Soult, propuso su intercambio por el “Nacimiento de la Virgen” del mismo pintor. Afortunadamente, la oferta fue aceptada y el cuadro requisado repuesto en su capilla.

Los franceses han continuado con el cierre de conventos y monasterios, expoliando sus bienes, y las cofradías han tenido que trasladarse a otras iglesias. En la Semana Santa de este año, ante la exigencia del Regidor de la Ciudad, el Duque de Dalmacia, el Domingo de Ramos solamente salieron dos

Hermandades, la de la “Sagrada Entrada en Jerusalén” y la del “Cristo del Amor” y el Jueves Santo, solo la de la “Quinta Angustia”.

—¡Lo ves querida, como yo no estaba equivocado! —me respondió—. Lo presentía cuando me informaste de lo que esos miserables estaban haciendo con el patrimonio religioso sevillano.

—¡Amor mío, qué mala noticia!, ahora que empezábamos a respirar un poco de felicidad.

—¡No te preocupes, volverá! Tú, que frecuentemente te comparas con una mariposa, sabes que la felicidad es como ese bello insecto; cuanto más la persigues, más se escabulle, pero si la ignoras, viene y se posa suavemente sobre tu hombro.

El señor Jorezano, también me adjuntaba la letra de una copla dedicada a esos pérfidos que pretendían retenerme en Sevilla con intención de atraer a mi marido para su indigna causa.

*A los afrancesados
ahora es la hora,
que quieran que no quieran,
de echar la mosca.*

*Yo no los nombro
a ninguno de ellos,
ni los conozco.*

*Andaluces, alerta
con los cañones,
no temáis a la Francia,
ni a los traidores.*

*Pero alentarse
porque todos los días
van a la cárcel.*

*¿Quién podría en Sevilla
tener un doblón
cuando vivía en ella
tan fino Ladrón?*

*Es más ventaja
ser ladrón de dinero
que de Guevara.*

...Recuerdo los primeros “gilitos” del Cuerpo de Ingenieros.

Un día, a mediados de año, Mariano me dijo que había tenido una brillante idea. Cuando me daba este tipo de noticias me echaba a temblar, porque lo que para él eran ideas brillantes para mi eran malos tragos; a él le suponían una mayor carga de trabajo y a mí una mayor zozobra, preocupada por su salud.

¡Así fue!, mientras se gestaba el tercer intento de restablecer la Real Academia de Ingenieros en Mallorca, mi marido tuvo una iniciativa para cubrir sus bajas y propuso al Comandante General del Cuerpo, el Conde de Noroña, que los más aptos de su Academia ingresaran en ella.

Pasados unos días, cuando nos encontrábamos toda la familia sentada alrededor la mesa, observé a Mariano relativamente alegre.

—Mí amor, te veo sonriente. Presiento que algo bueno te ha sucedido, — le dije al concluir su oración para bendecir la mesa.

— Sí, estoy contento. El Conde de Noroña ha aceptado mi propuesta sin reservas, pero quiere formar un tribunal examinador para admitir a mis alumnos que demuestren suficiencia.

—¡Qué buena noticia! ¡Estos eran los que faltaban! Ahora, tu Academia se constituye en una auténtica academia general donde se forman oficiales de todas las Armas.

—¡Así es, querida! Pero no estoy de acuerdo. ¿Es que no tienen confianza en mi trabajo?

—¡Cariño, eso no debe preocuparte! Lo importante es que eres un gran profesor y estoy segura que darán la talla, pues aprenden fácilmente. Dionisio dice que haces las clases muy amenas.

El Conde de Noroña le aclaró que no se hacía por desconfianza, sino para dar cumplimiento a las Ordenanzas y le proponía que después del examen permaneciesen en su Academia cuatro aprobados como profesores. Mariano, satisfecho con esta propuesta, aceptó el plan.

A mí, la llegada del invierno me asustaba. José padecía frecuentemente de los oídos y su rinitis empeoraba con la llegada de esta estación; aunque no hacía mucho frío la humedad era muy elevada y soplaba mucho viento. Mi temor ante los frecuentes enfriamientos y amigdalitis de los hijos me preocupaba continuamente. Teníamos mantas y una buena chimenea pero, a causa del asedio, empezaban a escasear los alimentos.

Ahora mi esposo acababa de echarse otra carga más a su intenso trabajo.

Mis temores sobre su delicado estado de salud no se disipaban, aunque le viera de buen humor y por muy halagüeñas noticias que me transmitiera, como la del día 20 de octubre.

—Petra, las pruebas para los aspirantes a Ingenieros ya van a comenzar.

—¡Está bien, mi vida! Ahora, vamos a comer, te estábamos esperando, los niños están hambrientos. ¿Además, recuerdas que hoy es el cumpleaños de tu hija Juana?

—¡Esposa mía, cómo me iba a olvidar de la niña! Le he traído una muñeca de porcelana. Espero que le guste. ¡Imagino que Fuencisla le habrá hecho una tarta!

—¡Claro que sí! Los dulces son su especialidad y, con los tiempos que corren, no sé cómo se las ha arreglado para hacerle una de chocolate, la preferida de la niña, ni cómo has conseguido tú esa muñeca.

Casi todos los aspirantes aprobaron los exámenes y en diciembre salió la primera promoción de “gilitos” de Ingenieros. Con este simpático apelativo se conocía a los alumnos de la Academia de mi marido, a quién tanto querían por el prestigio que daba a su profesión. Verdaderamente, era un modelo a seguir por sus alumnos.

Todos los aprobados se reunieron en Cádiz, donde continuaron su instrucción específica con los aspirantes examinados en los demás ejércitos. Era la ciudad idónea mientras no se abriera su propia academia y se pudiera resistir tan cruel sitio.

Mientras tanto, mi esposo tendría la oportunidad de proporcionar otra promoción más de aspirantes a oficiales de Ingenieros. Era una nueva cosecha de su brillante proyecto, por la que yo le felicité con un fuerte abrazo, recordándole que: “Si la semilla se siembra con fe y se cuida con perseverancia, sólo el tiempo nos dice cuándo se pueden recoger los frutos”.

Mariano, pensando en la falta de disponibles que quedaría su familia cuando faltase, en enero de 1812 cursa instancia al Consejo de Regencia solicitando el grado de brigadier, creyéndose con suficientes méritos para ello, por la pequeña subida de sueldo que le supondría. Desgraciada e incomprensiblemente no le sería concedido, pero el disgusto moral que le acarreó le ocasionaría un nuevo quebranto en su delicado estado de salud.

La capital, además de tener movilizados a casi todos sus hombres, vistiendo los llamativos uniformes, propios de cada unidad, y equipados con

armas blancas y de fuego, dispuestos a defender hasta el último rincón de la ciudad en caso de que el enemigo rompiera las defensas del asedio, tuvo que reclutar a otro ejército uniformado de blanco, pero sin armas blancas ni de fuego. Este era un ejército silencioso, provisto de armas incruentas, que se esforzaba en romper el cerco de la fiebre amarilla, que atacaba indiscriminadamente desde dentro, extendiéndose, sin compasión, hacia las afueras de la ciudad. Ya se había cobrado la vida de numerosos vecinos y la de veinte diputados de los sesenta que llegaron a enfermar, pero afortunadamente a la familia nos estaba respetando.

Mas como sólo el infortunio puede convertir un corazón de roca en un corazón sensible, toda España, acosada por los franceses, se estaba inflamando por los cuatro costados con el ardor de los patriotas, cada vez en mayor número, decididos a terminar con la ignominia de los invasores.

En la Isla de León el pueblo aguantaba y colaboraba y en su Venta de Vargas se alternaban las reuniones de cantaores, para exhibir su arte por las tardes—noches, con las de grupos de civiles, durante el día, a puerta cerrada. Los cantaores flamencos, esforzándose en aliviar la tensión y alejar las preocupaciones del público asistente; los civiles leales al Gobierno, dispuestos a apoyar la causa con sus propuestas para librarnos del yugo que nos estaba oprimiendo.

Por desventura una de estas reuniones terminó mal, tuvo que abortarse precipitadamente cuando oyeron en la calle un gran alboroto y después, una fuerte explosión y algunos disparos. Acto seguido se hizo el silencio y alguien empezó a aporrear insistentemente la puerta.

27.

EL NACIMIENTO DE “LA PEPA”

... Recuerdo los acontecimientos de marzo de 1812.

En la Venta de Vargas también se hizo un silencio sepulcral. Los patriotas reunidos en el local se quedaron petrificados e interrumpieron bruscamente la sesión. Los golpes en la puerta cesaron y entonces pudieron oír en la calle felicitaciones y exclamaciones de alegría, ¡bien..., bien...! Afortunadamente lo que atemorizó a los civiles reunidos en la Venta no había sido porque algún grupo partidario de los franceses les hubiera descubierto, sino porque unos paisanos conocían lo que iba a ocurrir al día siguiente, estaban celebrándolo y querían comunicárselo a los reunidos.

El 19 de marzo la labor de los civiles leales al Gobierno apoyando la causa, en sus reuniones secretas, para librarnos de la tiranía de los gabachos, se vería recompensada con un hecho sin precedentes de las Cortes Generales de la Nación.

Mi hijo José ya me lo había anticipado esa tarde de intenso viento y lluvia, cuando los niños jugaban en una alcoba y Josefa estaba en la cocina preparando la merienda. Vino a verme, estaba muy excitado y requirió mi atención.

—¡Madre, qué bien huele!

—Hijo, es que Josefa está haciendo chocolate caliente con picatostes para la merienda.

—¿Sabía que mañana no tenemos clase?

—¡No, hijo! ¿Por qué dices eso? ¿Ha pasado algo?

—Es que padre está preparando una escolta del Batallón de alumnos de su Academia. Por lo visto mañana es un día muy importante. Van a prestar un servicio especial a las Cortes en Cádiz y los profesores nos han dicho que no vayamos a clase. Nos han puesto deberes para casa.

—Mi vida, ahora merienda. Hoy te tomaré yo las lecciones. Imagino que tu padre llegará tarde.

A la mañana siguiente vino Dionisio a vernos y me anticipó una buena nueva, que, aunque todavía sin confirmar, por la expresión de su cara, ahora sonriente, ahora apesadumbrada, me dejó perturbada.

...Recuerdo el nacimiento de la Constitución de “La Pepa”.

Tal como me había dicho mi hijo José, las Cortes Generales reunidas en

sesión extraordinaria en el Oratorio de San Felipe Neri de Cádiz, celebraron un acto de gran relevancia histórica. Se trataba de la promulgación de la primera Constitución Política de la Monarquía Española, popularmente conocida como “La Pepa” por la festividad del día, una de las más modernas y liberales de la época. Terminado el acto los diputados se desplazaron a la Iglesia del Carmen, donde celebraron un solemne *Te Deum* de acción de gracias.

Ese día numerosos ciudadanos de Cádiz y de la Isla de León, apiñados frente a los tablados, donde los secretarios de las Cortes daban lectura al Texto Constitucional, ilusionados con el acontecimiento, aclamaban eufóricamente su presentación, a pesar de estar soportando estoicamente los rigores de un fuerte temporal.

Además de las inclemencias climatológicas, también soportaron otros excesos debidos a las actuaciones verbales de los representantes de la Nación. Los soldados alumnos de la Academia de Mariano, interviniendo como fuerzas del orden público, con su presencia y resolución posibilitaron la firma del texto constitucional y en todo momento, protegieron a los diputados en sus desplazamientos. Nuevamente la intervención de mi marido, con los hombres que estaba instruyendo para servir como oficiales en los ejércitos de España, influiría en la marcha de la Historia.

La participación de los alumnos de Mariano, mostrando una vez más su lealtad al Gobierno de la Nación, nuevamente sería beneficiosa para su Academia. Esta vez le reportó una mejoría en la contribución económica proporcionada por la Junta de Cádiz que le permitiría llevar a cabo varias reformas. Entre ellas el cambio de uniforme, que mi marido me describió con todo lujo de detalles.

—Me lo imaginaba, he visto a algunos con un uniforme distinto al de Sevilla. También es muy vistoso. ¡Qué guapos están!, —le contesté.

—Querida, la belleza de su uniforme no es un signo de presunción. Es el reflejo de sus bellos sentimientos y de sus múltiples virtudes: compañerismo, honor, lealtad, sacrificio, patriotismo...

En mayo me llegó otro patético correo del administrador de la Casa de Expósitos de Sevilla, comunicándome las nuevas atrocidades perpetradas por los franceses. Se lo leí a mi marido con gran pesar, porque temía darle un disgusto que afectase más su delicada salud.

—¡Escucha lo que me escribe don Antonio!, —le dije —: “Han quemado el convento de San Francisco. Han saqueado la Cofradía de “La Vera Cruz” perdiéndose su capilla, los pasos, cuadros, pinturas y otros bienes artísticos. Han expoliado la Hermandad del Amor, robando todas sus alhajas y ropas en la casa del mayordomo. Han cerrado el Convento de la Trinidad, la Iglesia de la Consolación, el Monasterio de la Merced, el Convento de San Basilio y muchos otros. Después de tantos atropellos, este año no ha salido ninguna procesión en Semana Santa”.

—¡Qué zozobra!, —contestó Mariano—. No sé cuándo va a terminar esto. Lo malo es que las cosas ya no volverán a ser como antes.

—¿Mi vida, cómo van a reparar estos pérfidos todo el daño que han hecho? y ¿cuándo van a devolver todos los valiosos objetos y obras de arte que se han llevado y todas las propiedades que han expropiado?

—Querida, bien sabes que el daño perpetrado es irreparable, sobre todo en el aspecto moral. Cuando termine la guerra, veremos si devuelven algo de lo robado; recurrirán a mil ardides para quedarse con lo más valioso.

Y como las desgracias nunca vienen solas, la noticia que me había anticipado nuestro Dionisio acababa de confirmarse, había sido destinado al Quinto Regimiento de Artillería acuartelado en Extremadura. Esto le causó un profundo pesar a mi esposo, perturbando su estado de satisfacción por la marcha de su trabajo. A mí también me causó un gran malestar, pues ahora nuestro hijo se alejaría de la familia y ya no sabríamos de él ni le veríamos con la frecuencia que lo estábamos haciendo. Pero no quise transmitir mi pesadumbre al resto de la familia, especialmente a su hermano José, tan animado por emularle. ¡No quedaba otra que hacer de tripas corazón, tan acostumbrada a ello, y disimular una vez más!

Afortunadamente, “Minerva” comenzó a invertir la marcha de los acontecimientos en Castilla de Vieja, auxiliada por nuestros aliados ingleses y portugueses, imponiéndose decididamente a “Marte”. A finales de julio recibimos la jubilosa nueva de la extraordinaria derrota francesa en la batalla de los llanos salmantinos de Arapiles, donde las fuerzas del mariscal Marmont sufrieron unas 12.500 bajas, incluidos prisioneros. Aunque esto no fue decisivo para el fin de la guerra, supuso un punto de inflexión en la campaña, pues forzaba a los invasores a replegarse hacia Valladolid y a José Bonaparte a abandonar Madrid precipitadamente. Comenzábamos a ver algo de claridad al final del túnel de tan detestable guerra, que se estaba haciendo

interminable, vislumbrando en el horizonte la retirada definitiva de los gabachos. ¡Por fin!, un rayo de esperanza comenzaba a iluminar nuestras vidas.

La noticia abría una nueva ventana al futuro de mi vida por la que penetraba una pequeña brisa invitando a presentir la anhelada paz y la libertad que tan alevosamente nos había arrebatado el país vecino, amparado en la cruel argucia de su amistad, y el regreso con toda la familia a nuestra tierra. Sin embargo, Mariano recibió las buenas nuevas del frente con poco entusiasmo, su antiguo temple combativo se estaba apagando a causa del agravamiento de su enfermedad, del disgusto por el veredicto negativo a su petición de ascenso a brigadier y de las muchas trabas que le estaban poniendo a su labor.

A pesar de que a lo largo del año la Escuela Militar venía recibiendo innumerables felicitaciones por la calidad y los resultados de la enseñanza, su dependencia del Cuarto Ejército, interviniendo en operaciones lejos de Cádiz, suponía un gran trastorno para el proyecto de mi marido. Estaba sufriendo un gran recorte en la percepción de los haberes y en las consignaciones para el Centro, viéndose obligado a tomar algunas medidas de austeridad.

—Petra, —me comentó un día, cariacontecido —, no he tenido más remedio que suprimir algunos servicios en la Escuela; entre ellos, la Compañía de Caballería, la Capilla y la Música. Su mantenimiento se había hecho inviable y he propuesto su traslado a Toledo cuando lo permitan las circunstancias.

—¡Haz lo que debas, cariño! Barrunto un pronto final para este conflicto y después, ¡sabe Dios qué destino le darán a tu academia! Además, tienes pendiente la incorporación a tu Colegio en Mahón y eso puede producirse en cualquier momento.

—¡No queda otra, querida! Pero lo que más me mortifica es el gran daño moral que se está causando a los alumnos por el retraso a ser promovidos a oficiales. También me duele el consiguiente perjuicio que supone para los ejércitos, por su imperiosa necesidad de oficiales en tan críticos momentos.

—¡Cuántos desvelos y sinsabores, cariño! Encima, con la marcha de Dionisio, la familia ha empezado a disgregarse de nuevo. Está visto que las desventuras nunca vienen solas.

Uno de los postreros proyectos de Mariano, consecuente con su delicada salud y conocedor de la importancia de los símbolos, fue encargar la

composición de un himno para su Academia. Después de la Bandera, es lo que le faltaba al Centro para su institunalización. El canto debía expresar todos los sentimientos positivos propios del Organismo: presentar la importancia de la comparación mitológica que él solía hacer, reflejar las aptitudes personales y militares de sus alumnos, que muy pronto se verían convertidos en oficiales del Ejército y mostrar la apremiante misión que les tenía reservado el destino.

La música sería compuesta por el músico mayor José Beymar y el catedrático y profesor del Centro José Rendón redactaría la letra:

*“Hoy “Minerva” risueña corona
vuestras sienes de verde laurel,
y os prepara los triunfos que un día
valerosos sabréis obtener”.*

*“Combatid y arrancad denodados
la victoria al tirano del Sena;
Sus legiones de Europa triunfantes,
arrollando con frente serena.*

*Y el soldado español que esperaba
en vosotros hallar su instrucción,
os verá con placer a su frente,
combatir por salvar la Nación”.*

Mariano no se alejaba ni un instante de su querida Academia y, a pesar de encontrarse muy enfermo y de sentirse muy débil, seguía faenando, supervisando las clases y poniendo y corrigiendo los exámenes. Pero la resistencia humana tiene un límite y el límite de la fortaleza de mi marido, por mucho que se esforzaba en disimularlo, ya le había llegado.

Un día, a principios de agosto, cuando se encontraba por la noche revisando su estudio: “Ensayo sobre la metralla”, recientemente terminado después de examinar los diferentes proyectiles lanzados por los franceses y estudiar los efectos que producían, oí un gran estruendo en su cuarto de trabajo y corrí alarmada para ver lo que había sucedido.

28.

MIS ÚLTIMOS DÍAS CON MARIANO

...Recuerdo la agravación de la enfermedad de Mariano...

Cuando entré en el cuarto de estudio de mi marido me lo encontré tendido en el suelo, sin sentido y le ayudé a incorporarse y a sentarse en su silla. Según me comentó, una vez concluido su trabajo, se había desplomado sobre la mesa y caído al suelo. Ahora que la tensión por la guerra comenzaba a aliviarse en la Isla de León, el mal de mi marido se estaba agravando a pasos agigantados. Su permanente sacrificio y su completa dedicación a la milicia y a la docencia estaban acabando con él. Su obsesión por la formación de oficiales hacía que apenas durmiera, que comiera mal y a deshora y a veces, ni lo hiciera, y que su carga intelectual no tuviera reposo, todo lo cual iba minando su salud irremediabilmente.

Su vitalidad se había ido debilitando progresivamente y yo, siendo una mujer muy rica, me veía en una situación harto angustiosa. Por el amor que profesaba, tanto a él como a mi Patria, y por la determinación de seguirle, habiendo sido secuestrados todos mis bienes, me encontré en la Isla de León con ocho hijos, aunque uno ya estaba colocado, embarazada del noveno, carente de recursos y ante una inminente situación de orfandad por la grave enfermedad que él padecía.

De nuevo una alegría traía de la mano una desdicha. El sitio del ejército francés a Cádiz estaba empezando cuando Mariano llegó a esta villa; ahora, que los bombardeos estaban cesando, su vida daba muestras de apagarse. Por ventura, los proyectiles tenían largo alcance, pero su precisión dejaba mucho que desear, pues la mayoría hacían explosión antes de llegar al objetivo; por desgracia, mi marido, aunque su árbol ya había dado muchos frutos, todavía no tenía la satisfacción de ver su objetivo alcanzado. Dentro de este descorazonador panorama una noticia le llenó de regocijo, igual que a todos nosotros. El mandato de la Regencia del día 3 de agosto al Cuarto Ejército, ordenándole que se preparase para la persecución del enemigo cuando abandonase sus posiciones, presagiaba un pronto final del asedio.

El día 12 Mariano llegó a casa antes de lo habitual. Me dijo que no se encontraba bien, que se iba a acostar, porque quería descansar un poco. Se pasó todo el día durmiendo y aunque no había comido no quise despertarle para ello. Cuando llegaron los niños les dije que no alborotasen para no molestar a su padre y en cuanto pude me fui a la alcoba y me senté a su lado

por si despertaba y me pedía algo. En la penumbra de la habitación solo pensaba en él, en tantas penalidades que estaba pasando por culpa de los franceses, en su salud que se le iba por momentos, y recordé que hacía dos días había sido la onomástica de San Lorenzo.

...Recuerdo mis peticiones a las Perseidas.

Era uno de los días de mayor actividad de las estrellas fugaces “Perseidas”, o “Lágrimas de San Lorenzo”. En la Edad Media esta lluvia de meteoros se asociaba con las lágrimas vertidas por ese Santo cuando fue quemado en la hoguera. Sus lágrimas, según la leyenda, eran las “estrellas” que en las próximas noches caerían del cielo. La leyenda también dice que son buenos días para pedir deseos en el momento de su observación.

Al caer la noche se dieron las condiciones óptimas para su contemplación, el cielo no estaba nublado y nuestro satélite hacía tres días que había entrado en luna nueva, o luna oscura, como se la conocía popularmente. Por ello, a eso de la media noche, cuando se puede observar mejor el fenómeno, me subí a la azotea de la casa con idea de pedir algún deseo.

Sobre el fondo negro intenso de la bóveda celeste destacaba el brillo de las infinitas estrellas que la poblaban y podían reconocerse las distintas constelaciones. Las estrellas fugaces dejaban sus estelas refulgentes al penetrar en la atmósfera, como si de un espectáculo de fuegos artificiales se tratara.

A medida que el cielo se inundaba con las Lágrimas de San Lorenzo, mis ojos se iban inundando con mis propias lágrimas, según iba manifestando los deseos de mi corazón: “Estrellas de San Lorenzo, que ilumináis la noche, iluminad nuestro camino para que se haga la luz en cuantos deseos he manifestado desde que salimos de Segovia y podamos regresar pronto sanos y salvos”, y el que repetía constantemente: “Perseidas maravillosas, igual que ilumináis la noche oscura, iluminar el corazón de toda mi familia para tener salud y, sobre todo, el de mi marido para que recobre la suya”.

De la misma forma que el brillo de las Lágrimas de San Lorenzo iluminaba la oscuridad de la noche estival, deseaba fervientemente que el brillo de mis lágrimas iluminara las tinieblas de mi corazón atormentado y todo se resolviera felizmente y cuanto antes.

...Recuerdo los últimos días de la vida de Mariano.

Cada día que pasaba la preocupación por mi esposo iba en aumento y puesto que la preocupación es un juicio en espera de pruebas, estas no tardaron en llegar. El día 22 me dio un gran susto al desmayarse en mis brazos cuando se levantó de la mesa a la hora de comer. Vuelto en sí, apenas se tenía en pie y le ayudé a llegar hasta la alcoba. Mientras le atendía, pedí a Josefa que avisara al físico. No tardó en llegar. Después de reconocerle me pidió que saliéramos de la habitación y me advirtió:

—Doña Petra, su marido tiene el pulso muy débil, está extremadamente agotado. Debe permanecer en reposo. Mañana que no vaya a trabajar, que siga en la cama, vendré a verle a primera hora.

El galeno se marchó. Cuando entré a ver a Mariano se había quedado dormido. Me senté en una silla a su lado, con la alcoba en penumbra, iluminada suavemente por la débil luz de una vela. Al cabo de unas horas se despertó y me preguntó con voz trémula:

—Peti, mi amor, ¿estás ahí?

—¡Claro, cariño!

—No te veo bien. Presiento que mi final está próximo y siento que mi labor está sin concluir.

—Ten sosiego, esposo mío. Solamente estás agotado de tanto trabajo y ahora debes descansar para reponerte. Por tu labor no penes más. La has puesto en marcha con mucho sacrificio y ya has comenzado a ver sus frutos, como el buen labrador que siembra la mejor simiente en campo fértil, la abona con el sudor de su frente y empieza a cosechar excelentes frutos. Los oficiales que has formado ya están combatiendo a los gabachos y tu labor será continuada, pues has creado una valiosa escuela. Además ya se ha sembrado tu simiente en toda la geografía nacional y todos los ejércitos de España se beneficiarán de sus frutos.

—Agradezco tus palabras, mi amor. Pero todavía queda mucho por hacer.

—¡Lo sé, lo sé! Mas ahora reposa, ¡por favor!

—No, mi bien, antes tengo algo que decirte. Te ruego me perdones si alguna vez te solté alguna inconveniencia o si te ocasioné algún quebranto. A veces en el acaloramiento de una discusión la lengua se desata y dice cosas que la razón rechaza.

—Amor mío, nada tengo que perdonarte, tu comportamiento conmigo ha sido siempre intachable y los quebrantos que he tenido me los han ocasionado los crueles invasores. Ellos son los únicos culpables. ¿Mas... por qué me dices esto ahora?

—Es que es inevitable que nos llegue la hora de rendir cuentas al Sumo Hacedor y presiento la mía cercana.

—¡Anda... descansa!, verás cómo te repones.

—Espera, necesito decirte algo más.

—¡Dime!, pero no te esfuerces.

—Te encarezco de corazón que cuides de nuestros hijos, especialmente de José, que está muy delicado y de la criatura que llevas en las entrañas. ¡Los amo tanto!

—¡Mí vida, lo haré,! Sabes que yo también los amo mucho y seguiré haciéndolo, contra viento y marea, mientras tenga fuerzas, para que se hagan personas de bien.

—También quiero decirte que siempre te he amado intensamente, estuviera donde estuviera y que te seguiré amando esté donde esté.

—Yo también te he amado y te estoy amando con todo mí ser y si algún día me faltases lo seguiré haciendo con la misma intensidad a través de nuestros hijos y de tu recuerdo.

—¡Perdona, otra cosa más! Te ruego transmitas mi infinita gratitud al señor Mackenna por su lealtad, le animes a que no desfallezca como sucesor mío y le des el encargo especial de que tome a nuestro hijo José bajo su protección mientras siga los estudios en su Academia.

—¡Tranquilízate, lo haré! Ahora, no hables más, tienes que reposar.

Tras esta conversación Mariano empezó a dormitar y yo guardé silencio. Abrí la ventana y me quedé sorprendida por la gran luminosidad de la noche, impidiéndome ver las estrellas. Dirigí la mirada hacia el cielo y vi una hermosa luna llena. Me trajo a la memoria aquella otra luna que nos acompañó durante la travesía de Lisboa a Huelva, con motivo de nuestro éxodo desde Segovia, anunciando el inminente fin de las tinieblas en que los gabachos me habían sumido y el próximo reencuentro con mi marido para comenzar una nueva vida en Sevilla. Esta vez la luna también me estaba acompañando, pero en otra travesía muy diferentes, con mi esposo, presintiendo que esa nueva vida que yo anhelaba estaba a punto de terminar y que él estaba comenzando el tránsito hacia otra vida mejor.

Apagué la vela de la mesilla, la claridad que penetraba por la ventana era suficiente para vigilar el descanso de mi marido y no me separé de él ni siquiera para cenar. Me acosté a su lado y permanecí mirándole casi toda la noche, mas como yo estaba muy rendida, el sueño me venció y me quedé traspuesta unos minutos. Cuando me desperté, muy de madrugada, sentí que

mi esposo no respiraba. Encendí la vela y puse mi mano sobre su frente. ¡Estaba frío! No pude contener el llanto y lo ahogué apoyando mi cara sobre su pecho.

Así me encontraron mis amas cuando se levantaron y entraron en la alcoba, alarmadas por mis gemidos. No recordaba cuanto tiempo estuve de tal forma; el profundo dolor de mi alma me había hecho perder la noción del tiempo.

Por desgracia el principal deseo que le había pedido a las Perseidas no se cumplió. Mi desconsuelo era tan grande que comenzaron a brotar lágrimas opacas de mis ojos y a recorrer mis mejillas con la misma velocidad que las Lágrimas de San Lorenzo recorrían el cielo. Eran las gotas de sangre de mi corazón atormentado y ahora también frustrado.

Yo nací con lágrimas, entre lágrimas transcurrió mi vida y con lágrimas cerré mi último día, pues yo me sentía morir con él. Todas las ventanas que había abierto a un futuro de paz, libertad, felicidad, tranquilidad por el porvenir de mis hijos y disfrute de las cosas bellas de la vida se cerraron bruscamente y su estruendo me dejó sumida en la más lúgubre oscuridad.

El físico, nada más llegar y examinar a mi marido, me confirmó lo que hacía tiempo yo me venía temiendo. Se limitó a certificar que Mariano había fallecido, casi repentinamente, a resultas de un acceso de su dolencia, producida por un excesivo agotamiento físico y mental en la madrugada del 23 de agosto de 1812.

El dolor que sentí era tan grande que no me dejaba reprimir mis lamentos, pues mi marido tan solo tenía 46 años y yo le amaba con locura. Era un gran hombre, ¡Dios lo tenga en su gloria! El sueño premonitorio del día que llegué a la Isla de León se había cumplido.

—Maldito Napoleón y malditos todos los franceses y sus cómplices, —exclamé—. Han arruinado la existencia de toda mi familia, económica y moralmente; primero secuestrando mi hacienda y ahora arrebatando la vida de mi marido.

—Señora, su marido ha muerto como un verdadero héroe, —me dijo Josefa, tranquilizándome.

—Querida ama, eso lo sé, pero esa circunstancia no mitiga mi sufrimiento, —le contesté—. Lo que no sé es lo que va a ser de nosotros, pero regresaremos a Segovia con todo nuestro infortunio y nuestro dolor en cuanto termine esta odiosa guerra.

Ese día se conjugaron dos hechos premonitorios sobre el proyecto de Mariano de formar oficiales que pudieran contribuir a la liberación de España, era domingo y había luna llena. El domingo, o “día del Señor”, es el día que Dios estableció para descansar, una vez finalizada su magna obra; la luna llena, según creencias atávicas, significa el alcance del éxito por la terminación de una obra que se empezó con luna creciente o bien el momento apropiado para proceder a su conclusión. Daba la casualidad de que había luna creciente cuando Mariano empezó su proyecto de adiestramiento de futuros oficiales en nuestra casa del Convento de San Laureano, eventualidad que se repitió cuando abrió su academia en San Antonio de Padua. Los hechos premonitorios confirmaban que Mariano ya había logrado su objetivo, cuyo éxito, desgraciadamente, no pudo disfrutar. Por lo que a mí respecta no podía decir otro tanto, mi objetivo jamás podría alcanzarlo.

La triste noticia del fallecimiento de mi marido se extendió rápidamente por toda la Villa, como puede comprobar a la salida del funeral, porque nada viaja a más velocidad que la luz, gobernada por leyes físicas, que las malas nuevas, regidas por sus propias e incomprensibles leyes inmatrimales.

Su pérdida causó un profundo dolor a cadetes y profesores de la Escuela, por lo mucho que le estimaban. Estoy convencida de que mi José fue el que más lo sintió. Ya no volvería a verle ni en casa ni en su trabajo. ¡Le había enseñado tantas cosas!, sobre todo a ser un virtuoso caballero y un buen militar. “El sol puede morir y volver a nacer; pero nosotros, una vez apagada nuestra breve claridad, hemos de dormir una sola y eterna noche”. Por más que me esforzaba no podía darle consuelo y su llanto desgarraba mis entrañas todavía más.

El subdirector de su Academia, señor Mackenna, transmitió a sus alumnos la triste noticia el mismo día del fallecimiento de su maestro y los galonistas, por delegación del alumnado, le participaron su profundo sentimiento, con una súplica, que Mackenna, visiblemente consternado, me leyó:

“Los sargentos primeros de esta academia, en representación de sus respectivas compañías, hacen a V. presente: que la infausta noticia del fallecimiento de su digno y desgraciado director, ha llenado de luto sus sensibles corazones; bien penetrados de cuantos sacrificios ha hecho el difunto por la prosperidad de este establecimiento, y más particularmente

para el bien de los exponentes, por tener el honor de ser individuos de él, no pueden menos, a más de llorar su falta amargamente, de ofrecerse con sus personas, bienes y hasta con la vida misma, para tributarle después de muerto la justa recompensa a que le han hecho tan acreedor sus continuadas fatigas e incesantes desvelos. Penetrados con igual dolor de la triste situación en que queda la señora viuda y su dilatadísima familia, ponemos igualmente en manos de V. nuestros esfuerzos, para que los tenga presente, usando de nuestras cortas facultades y buena voluntad en beneficio de este tan tierno e interesante objeto. Sentimos la grande inutilidad que nos rodea: ¡Ojalá nuestras fuerzas correspondiesen a nuestra obligación y nuestros deseos!...

... ¡Así Dios haya concedido al primero la gloria que le pedimos! — Población de San Carlos, 23 de agosto de 1812.

Al oír estas palabras, de tan hondo sentimiento hacia mi marido y de tan generoso ofrecimiento hacia mí, la emoción se reflejó en mi rostro y no pude contener el llanto. Cuando me calmé, le pedí que transmitiera a sus alumnos mi infinito agradecimiento y le hice participe del encargo de mi marido en su lecho de muerte:

—Señor, las últimas palabras que pronunció mi esposo en su lecho de muerte fueron para su querida Academia, en la que tanto trabajó y concretamente para usted.

—Doña Petra, es que para él su Academia era como otro hijo más y, como a estos, mucho la amaba. Ya conoce las palabras del filósofo: “Lo que con mucho trabajo se adquiere, más se ama”.

—Así es, señor. Me rogó, con lágrimas en los ojos, que le agradeciera de todo corazón la lealtad y la colaboración que siempre le había prestado.

—Señora, su marido fue un gran hombre hasta el último momento. Lo ha demostrado con sus postreras palabras de gratitud, pues el agradecimiento es la memoria del corazón. Él, enseñaba con la cabeza y con el corazón, por lo que tanto le querían sus discípulos.

—También me pidió que no desfalleciera nunca en su labor, aunque le pusieran muchos obstáculos en su camino, como él hizo.

—¡Así lo haré! Sé que su persistencia y tenacidad en buena parte se deben al aliento y a los consejos que recibió de usted. Cumpliré su deseo con sumo agrado, como si fuera su última orden. Su marido fue un extraordinario maestro y un magnífico referente para mí. Ha muerto ejemplarmente y una

muerte ejemplar honra toda una vida.

—Finalmente, señor, me suplicó que le transmitiera su deseo de que tomara bajo su protección a nuestro hijo José mientras siguiera los estudios en su Academia.

—Doña Petra, no se preocupe, lo recibiré bajo mi tutela. También cuente usted conmigo para cuanto se le ofrezca. De todas formas, conozco de su extremada prudencia, por lo que estaré pendiente de sus necesidades.

Los alumnos galonistas, fieles seguidores de sus enseñanzas, a los que había infundido grandes valores intelectuales y morales, en un gesto de lealtad, amor y agradecimiento, instaron al subdirector que solicitase de la Regencia la concesión de un subsidio para mí y para ocho de mis nueve hijos, porque Dionisio ya estaba colocado, dado el frágil estado de subsistencia en que habíamos quedado.

Bendito sea el robusto y frondoso árbol, bajo cuyas ramas se nos ofrecía refugio en tan críticos momentos de zozobra y desesperación, dentro de los inclementes tiempos que estábamos viviendo. Bendita sea la mano de mi marido, que lo plantó después de luchar contra los elementos denodadamente, hasta la extenuación, para que diera los frutos previstos en su plan, constatando las proféticas palabras de Jovellanos: “Bien están los buenos pensamientos, pero resultan tan livianos como burbuja de jabón si no los sigue el esfuerzo para concretarlos en acción”.

¡Mi eterno agradecimiento a los mandos y alumnos de la Escuela Militar del Cuarto Ejército!

Aquí terminan mis recuerdos, interrumpidos por el “ite missa est”.

El páter se acercó al féretro e hizo una breve, pero emotiva, glosa y un sentido elogio sobre mi marido. Solo recuerdo la cita: “Morir es el destino común de los hombres; morir con gloria es el privilegio del hombre virtuoso”. Las lágrimas brotaron de mis ojos y lo mismo les sucedió a mis hijos y a mis solícitas amas, trasmitiéndole un mensaje de dolor inexplicable y de amor infinito. A continuación, con la voz temblorosa por la emoción, el pater leyó un vibrante responso por el eterno descanso de su alma y acto seguido se procedió a su inhumación.

El malestar que me había embargado cuando Mariano me dio la noticia de su próximo traslado a Menorca ahora se había transformando en un dolor interno indecible al saber que jamás podría incorporarse a ese destino, ni

volver a su casa. Había soportado muchos sufrimientos y sinsabores en mi vida, reiteradas ausencias de mí marido, por motivo del servicio o de alguna guerra, varios y complicados partos, dolorosos traslados, incluso con la casa a cuestas, penosos éxodos y destierros, secuestro de toda mi cuantiosa hacienda, enfermedades graves de mis hijos... Pero el dolor por la muerte de mi esposo superaba al que había experimentado por todo eso, era un tormento que rasgaba mis entrañas, que me hacía sentir una infinita pena y una pesadumbre y amargura jamás percibida, y que en el futuro me haría vivir la vida de forma muy distinta.

Estaba habituada a su ausencia y muchas veces encontrándome embarazada. Lo llevaba más o menos bien, pues a la satisfacción por la buena situación económica en que siempre me dejaba, se unía la ilusión por su deseado regreso, que frecuentemente se unía a la alegría de recibirle con el presente de un nuevo hijo. Pero, esta vez se trataba de una situación muy distinta, a mi aflicción por habérselo llevado la parca para siempre, se juntaba la desazón por el gravoso estado de orfandad y viudedad en que quedábamos, sin recursos, y por estar engendrando el último fruto de su amor.

Se me acabó pretender la felicidad, que tan espléndidamente disfrutaba por mi origen, por el generoso patrimonio de mis mayorazgos y por haber compartido mi vida con tan maravilloso hombre, y que tan cruel y pertinazmente se me venía arrebatando, a causa de la guerra. A partir de este momento me desviviré para sobreponerme y combatir con todo mí ser el infortunio que acechaba a mis queridos hijos, por habérseles privado de la herencia a la que tenían derecho y por faltarles el faro de su vida. Me esforzaré en suplirle con mis cinco sentidos y con mi infinito amor materno, pensando que ya no se encuentra entre nosotros pero sí que seguirá viviendo en nuestros corazones.

Los alumnos galonistas, visiblemente compungidos, con lágrimas en los ojos, levantaron el féretro y lo trasladaron sobre sus hombros a la Antecapilla de Levante, emplazamiento preferente, cerca del altar mayor, donde se había abierto una cripta para darle la más digna sepultura, como se merecía tan digno hombre. Una vez introducido en su interior y sellado el hueco, procedieron a colocar una lápida de mármol para la posteridad, dedicada por la Escuela Militar del Cuarto Ejército en prueba de gratitud, con el siguiente histórico epitafio:

“TRANSMITE A LA POSTERIDAD LA MEMORIA — QUE EN ESTE LUGAR DEDICÓ —LA ACADEMIA MILITAR DEL CUARTO EJÉRCITO — A SU FUNDADOR EL CORONEL DE ARTILLERÍA — D. MARIANO GIL DE BERNABÉ, DÍA XXIII DE AGOSTO DE MDCCCXII”.

29.

170 AÑOS DESPUÉS. PANTEÓN DE MARINOS ILUSTRES DE LA CIUDAD DE SAN FERNAND. OCTUBRE DE 1982.

En el Panteón de Marinos Ilustres de la Ciudad de San Fernando, título y denominación que recibió la Villa de la Real Isla de León en 1813 en honor al monarca Fernando VII, hacía unos días que se detuvieron las obras para el embellecimiento de la Antecapilla de Levante y recolocación de algunas placas conmemorativas. Al retirarse una de ellas la pared se derrumbó y al comprobarse que en su interior había restos óseos, se paralizaron las obras y se puso en conocimiento de la superioridad.

Solicitada la intervención de personal forense, se procedió a retirar la cortina que cubría el hueco y comenzaron su trabajo los facultativos. Sacaron los escombros y limpiaron el polvo depositado con la obra; a continuación, examinaron detenidamente todo el contenido y tomaron muestras biológicas para su análisis en el laboratorio. Comprobaron que se trata de una cripta con los restos de un enterramiento antiguo, y los análisis del ADN pusieron nombre a la persona que allí descansaba. Por orden de la autoridad competente, se dejaron los huesos donde estaban, se reparó la pared y se volvió a colocar la placa conmemorativa en su sitio, tapada con una cortinilla hecha con la Bandera de España.

A los pocos días se hace una sencilla, pero emotiva, ceremonia de inhumación. Están presentes el Conservador del Panteón, capitán de navío José María Maza, el capellán de la Escuela Naval, el señor Miguel Gil de Bernabé, algunas autoridades y varios invitados.

El Conservador del Panteón informa que puesto el hallazgo en conocimiento de la superioridad, se comprobó que se trataba de los restos del coronel de Artillería Mariano Gil de Bernabé, patriota de la Guerra de la Independencia, inhumado el 24 de agosto de 1812 en ese lugar, entonces Iglesia de la Purísima Concepción de la Villa de la Real Isla de León, templo que en 1850 se había habilitado como capilla del Colegio Naval y Panteón de Marinos Ilustres. Se dio orden para que siguiera enterrado en el mismo sitio y la placa conmemorativa, realmente una lápida que honra su memoria, volviera a colocarse donde estaba, devolviendo la cripta a su estado original.

Después, el señor Maza indicó a Miguel Gil de Bernabé, heredero de

Mariano, que descubriera la cortinilla que tapa la lápida, dejando a la vista el siguiente epitafio:

“TRANSMITE A LA POSTERIDAD LA MEMORIA —QUE EN ESTE LUGAR DEDICÓ —LA ACADEMIA MILITAR DEL CUARTO EJÉRCITO — A SU FUNDADOR EL CORONEL DE ARTILLERÍA —D. MARIANO GIL DE BERNABÉ, DÍA XXIII DE AGOSTO DE MDCCCXII”.

A continuación pronuncia unas palabras, dirigiéndose al heredero:

—Señor, es un honor para nuestra Armada que los restos de su ilustre antepasado se hayan dejado en este santuario, con su lápida original. Su patriotismo y los innumerables méritos y servicios que realizó a España en momentos tan críticos para la Nación le han hecho acreedor a ello, siendo el único militar del Ejército de Tierra que reposa en él.

—Capitán, —respondió Miguel —, Mariano falleció en los brazos de su esposa Petra como un héroe de la Guerra de la Independencia y ella, por su actuación durante la contienda, manteniendo la familia unida, y por los extraordinarios servicios que prestó a su patria en circunstancias tan dolorosas, arriesgando su vida, también merece el calificativo de heroína. En nombre de la familia Gil de Bernabé les quedamos muy agradecidos.

Seguidamente el Conservador del Panteón y el heredero de Mariano, pensando en lo que bien podía haber ocurrido en el momento de la inhumación de Mariano en la Iglesia de la Purísima de la Isla de León, colocaron a los pies de la lápida un ramo de flores y un retrato de Petra, como homenaje a su persona, con la dedicatoria:

“TU ESPOSA E HIJOS NO TE OLVIDAN. PETRA RAMOS DE GIL DE BERNABÉ”.

El acto terminó con un emotivo responso pronunciado por el capellán de la Escuela Naval.

Miguel Gil de Bernabé, mientras tiene lugar el responso, se abstrae y piensa en la vida de Petra el día del entierro de su marido y posteriores, teniendo en cuenta los hechos transmitidos por sus herederos y por las crónicas de la Historia.

Finalizadas las exequias, a la salida de la iglesia se le acercó una multitud para expresarle sus condolencias. La mayoría de los oficiales del Cuarto Ejército, profesores y cadetes de la Academia Militar y muchos paisanos, cuando la cumplieron, no podían contener las lágrimas, igual que ella,

como mensajeras de una pena abrumadora y de un amor indescriptible. ¡Sabía que mucha gente apreciaba a su marido, pero nunca se había imaginado cuánta!

Uno de los oficiales le comunicó que las exitosas intervenciones del ejército y de las fuerzas aliadas habían obligado a los franceses a levantar el cerco de Cádiz, después de dos años y medio de cruel asedio. Afortunadamente, aunque en ese tiempo llegaron a lanzar más de quince mil proyectiles, solo unos quinientos causaron algún daño en sus edificios.

Por fin, había dado sus frutos la idea por la que su marido había luchado tan insistentemente para liberar a los españoles del yugo opresor, hasta el punto de costarle la vida sus desvelos para nutrir a los ejércitos nacionales con los oficiales formados en su Academia. Pero la tenaz idea de Petra, de seguirle a todas partes, incluso a costa de la cuantiosa hacienda que poseía, para mantener a su numerosa familia reunida y de regresar todos a su tierra, sanos y salvos, por desgracia se malogró a causa de los avatares de la guerra.

A los pocos días le informaron que en la madrugada del día 25 de agosto los franceses, aprovechando la nocturnidad, comenzaron la destrucción de todas las obras defensivas del asedio; que una gran columna de caballería e infantería se había retirado hacia Xerez de la Frontera; y que por la mañana exigieron a los ciudadanos del Puerto de Santa María la entrega de mucho dinero, so pena de hacer prisioneros a los que se negaran.

Gracias a Dios ésta fue la última ofensa de las innumerables humillaciones y crímenes perpetrados por los soldados franceses en la provincia de Cádiz. Cuando invadieron España eran precedidos por su fama de invencibles y valientes, sin embargo, durante la ocupación mostraron una crueldad sin límites con su trato inhumano a los prisioneros y a la población civil. Cuando, al fin, después de casi siete años de ignominias y vejaciones, se retiran a su país, su aureola de invencibles se había convertido en el desprestigio de los derrotados y su fama de valientes, en el fracaso de los cobardes, pues la crueldad es la valentía de los cobardes. Esto lo demostraron con el pillaje realizado en nuestro patrimonio artístico, que se llevaron a su tierra, sin embargo no se pudieron llevar el mayor tesoro, los laureles de la conquista de España, pues les acompañaba el oprobio y la vergüenza, a causa de sus mezquinas actuaciones en el campo del honor.

Transcurridos unos días, le dieron a Petra la buena nueva de que los franceses también se habían retirado de Sevilla. No pudo por menos que recordar su azarosa estancia en esta ciudad y llevarse un gran disgusto al

enterarse de la canallada que habían perpetrado en su famosa Fundición, tan estimada por su marido. Habían destruido o dejado fuera de servicio todos los hornos, máquinas y herramientas, abandonando todas las instalaciones y las piezas y proyectiles contruidos completamente inservibles.

Con la retirada definitiva de los franceses de Andalucía, aunque las hostilidades no habían cesado todavía, se barruntaba su pronto final. El fin perseguido por Mariano con su plan estaba dando sus frutos. ¡Qué pena su prematura defunción a causa de tan pertinaz dedicación!, por unos días más habría dejado esta vida con la satisfacción del deber cumplido.

Durante la ceremonia, seguramente Petra Ramos, desde el Cielo, ciento setenta años terrenales después del fallecimiento de su esposo, al lado de éste, de sus amas y de sus hijos, fue testigo de tan relevante y emotivo acontecimiento, acompañando en espíritu al Conservador del Panteón de Marinos Ilustres de la Ciudad de San Fernando, al descendiente de su marido Miguel Gil de Bernabé y demás asistentes al acto, comprobando que Mariano había pasado a los anales de La Historia.

De esta forma, Petra reivindicaba la memoria de su marido como un hombre íntegro y artillero excepcional, entregado a su profesión. También, como un hombre extraordinario, inteligente y valeroso que había pasado a la posteridad por su honor y por su patriotismo y con el que ella había compartido unos profundos sentimientos de amor a la familia y a la Patria, motivo por el que le siguió en su suerte hasta el último día de su vida.

30.

PETRA RAMOS DESPUÉS DEL FALLECIMIENTO DE MARIANO

Petra Ramos, ya sin su marido, continuó viviendo en la Villa de la Real Isla de León con su actitud característica de amor y sacrificio por su familia y por su Patria. El 16 de noviembre de 1812 dio a luz a su noveno hijo, que sería bautizado en la Iglesia Castrense del Convento de San Francisco, en el Poblado de San Carlos, por el párroco de la Escuela Militar fundada por su marido y amadrinado por su hermana Juana, poniéndole el nombre de Ramón.

En 1814, al terminar la Guerra de la Independencia, la “pupa” en que se había mudado Petra en La Isla de León acababa de transformarse en una “mariposa” para poder volar a su tierra. Mas ésta era una especie de mariposa de alas pequeñas, opacas y parduscas, que solo volaba de noche alrededor de la luz de alguna vela y que mal se mantenía con algún resto de comida que había caído sobre la mesa o el suelo. Petra regresa a Segovia con ocho de sus nueve hijos, subsistiendo solamente con una pequeña pensión de viudedad, cobrada con esfuerzo, pues ya no podía contar con sus propiedades ni con sus buenas rentas.

La alegre, delicada y preciosa mariposa, de grandes y brillantes alas, que se alimentaba en frondosos campos repletos de diversas flores antes de volar hacia Sevilla, se había convertido en una triste, basta y fea polilla a su regreso a Segovia, a causa de la guerra y del amor. Petra, que era una mujer joven, bella y lozana cuando huyó de Segovia por culpa de los franceses, regresó con el pelo blanco y la tez arrugada, mostrando las huellas de un gran sufrimiento físico y moral por el irreparable y gran daño que los invasores habían causado a su familia. Había envejecido tanto, que hasta sus paisanos más allegados apenas la reconocían.

¡Qué sorpresas nos depara el destino! Petra, que había pasado seis años desterrada en Sevilla y en la Isla de León, pero con la esperanza de regresar pronto a su Segovia natal una vez recobrada la libertad usurpada por los franceses, ahora se sentía desterrada en su propia tierra, desesperanzada y sin hogar. En Andalucía, a pesar de estar desterrada, había encontrado un nuevo hogar, había tenido a sus dos últimos hijos y allí había dejado a su marido para su descanso eterno.

La depresión que debió entrarle al llegar a su tierra y tener que comenzar

una nueva vida con toda su prole en casa de algún familiar, pues su mansión y su basta hacienda ya no le pertenecían, debió de ser más grande todavía que las múltiples depresiones que sufrió en sus diferentes estancias durante el éxodo propiciado por la Guerra de la Independencia. El dolor de ver su propia casa y sus múltiples propiedades en manos ajenas, de traidores o de enemigos de su patria, impotente al no poder hacer nada para recuperarlas, sería infinito.

Pero su infinito amor por sus hijos, y el recuerdo y el mandato de su amantísimo esposo en el lecho de muerte, la harían sobreponerse, preocupándose por su bienestar y su futuro hasta el fin de sus días.

Uno de sus hijos, José, honrando la memoria de su padre, sentaría plaza como cadete del Real Colegio de Artillería el 1 de diciembre de 1814, el día del restablecimiento del Centro, seis años después de su salida de Segovia. Su madre lucharía con gran denuedo y decisión para que recibiera el despacho de oficial, pues a causa de los múltiples trastornos acarreados por su enfermedad le querían dar de baja en el Colegio al ser confundido su mal con una dolencia inconfesable. Realmente se trataba de un sarampión mal curado a causa de las condiciones infrahumanas en que hizo la marcha de Segovia a Sevilla por la invasión de los enemigos, tal como había certificado el médico de la Isla de León que tantas veces tuvo que atenderle.

Petra Ramos, aunque no pudo dejar a sus hijos la valiosa herencia material que les hubiera correspondido por su cuna, les dejó otra herencia todavía más valiosa: el valor del conocimiento y el verdadero sentimiento del amor por la familia y por la Patria, glosado en palabras de Horacio como: “La virtud de los padres es una gran dote”.

Petra Ramos Baca de Villamizar, sin duda, al dejar esta vida fue recibida en la otra por su marido, acompañado por todos sus hijos y sus dos amas y por Santa Bárbara, como una heroína y una esposa y madre ejemplar.

AGRADECIMIENTOS

“PETRA RAMOS, HEROÍNA ANÓNIMA” ha sido redactada basándose en un trabajo de investigación documental llevado a cabo en los siguientes Archivos: Histórico Nacional de Madrid, Provincial de Toledo, Municipal de Toledo y Archivo General Militar de Segovia. También han contribuido otras instituciones y personas con documentos, datos o ayuda. A todos ellos expreso mi gratitud, especialmente a:

Directora del Archivo Provincial de Toledo, por los escritos relativos a la creación del Batallón de Voluntarios de Honor de la Real Universidad de Toledo.

Director del Archivo General Militar de Segovia, por los documentos sobre la constitución de dicho Batallón y la creación de la Academia Militar de Sevilla y los títulos, certificados y otros papeles de doña Petra Ramos y don Mariano Gil de Bernabé.

Directora del Archivo Histórico Nacional, por los papeles sobre el Real Colegio de Artillería en Sevilla.

Directores de los Archivos Histórico Provincial y Municipal de Segovia, por los relativos a padrones y propiedades.

Directora del Archivo Diocesano de Segovia y reverendos: don Fortunato de Blas García y don Fernando Castro García, párrocos de San Martín y San Miguel, por su ayuda en la localización de partidas de bautismo, matrimonio y defunción.

Don Miguel Gil de Bernabé García, representante de los herederos de doña Petra Ramos y don Mariano Gil de Bernabé, por sus valiosos datos familiares.

Don Álvaro García Perla, Presidente de la Asociación Andaluza de las Milicias Universitarias y su esposa doña Manoli García Arroyo (q.d.e.p.)

Doña Concepción Díaz Serrano por su entusiasta e inestimable colaboración.

.***

ACERCA DEL AUTOR



Coronel de Artillería (Ret.), del Cuerpo General de las Armas del Ejército de Tierra, Escala Superior. Especialista en Sistemas de Misiles. Diplomado Superior en Heráldica, Vexilología y Ciencias Nobiliarias; Diplomado en Genealogía, Heráldica y Nobiliaria por el Instituto Luís Salazar y Castro, y Diplomado en Heráldica Militar.

Es autor de más de 30 libros, entre ellos: *El Arma Nuclear, su historia, fundamento y efectos* (1976), *Sistemas de Misil Contracarro* (1982), *Sistemas de Misil Táctico Antiaéreo Tierra-Aire* (1985), *Biografía Nobiliaria de Don Bernardo de Gálvez* (1992), *El Regimiento de Artillería de Costa N° 5, Medio siglo de la Artillería de Algeciras* (1992), *La Artillería Española, Al Pie de los cañones*” (coautor, 1994), *El Cuerpo de Artillería, pionero en actividades de promoción y protección social* (2009)

Y de las obras inspiradoras de la presente novela: *Génesis y Herencia de la Academia Militar de Sevilla. Origen de las Academias Militares Generales y de la Milicia de Complemento*, (2009), en conmemoración del 200

Aniversario de la creación de la Academia Militar de Sevilla, durante una de las etapas más heroicas del Real Colegio de Artillería en su éxodo motivado por la Guerra de la Independencia. *El Real Colegio de Artillería y el Colegio-Convento de San Laureano de Sevilla* (2015), en conmemoración del Bicentenario del establecimiento del Real Colegio de Artillería en el Colegio-Convento de San Laureano durante la Guerra de la Independencia.

Ha publicado más de un centenar de artículos y folletos en diversas revistas militares y civiles y ha participado en varios Congresos Internacionales y Nacionales de Historia Militar, en diversos Seminarios de Artillería de Costa, en las cuatro Jornadas de Artillería en Indias y en las Aulas Militares de Cultura “General Castaños” de Sevilla y “Manuel Alonso Alcalde” de Ceuta.

Premio Ejército 1979 para Profesionales del Ejército, Mención en el Premio Ejército 1983 en la categoría de Profesionales del Ejército y Premio Ejército de Investigación 1988.